

Alexia Seris
A través del
Honor

Highlands II

*Tuesis Aestuarium
hodie Fyrth of Cromarty*



A TRAVÉS DEL HONOR

ALEXIA SERIS

Uno de los actos más honorables del ser humano es darle esperanzas a aquél que ya las ha perdido.

Alexia Seris.

Vuestro honor no lo conseguirá vuestro origen,
sino vuestro fin.

Friedrich Wilhelm Nietzsche

No harás nunca nada en este mundo sin coraje. Es la mayor cualidad mental junto al honor.-Aristóteles

A TRAVÉS DEL HONOR

HIGHLANDS 2

Dice la leyenda:

Un pequeño acontecimiento puede desencadenar una gran tragedia o una gran felicidad.

Tres mujeres encabezarán el destino de tres grandes hombres. Una de ellas representará la lealtad, otra de ellas el honor, y la tercera, el amor incondicional. A su vez, una de ellas tendrá el don de las visiones y tal poder conllevará una gran responsabilidad, así mismo también portará una maldición, si su destino no se cumple, morirá de amor entre torturas, dolor y fuego.

El honor y el amor van siempre de la mano, el uno sufre por el otro, sus caminos son el mismo, sólo si alcanzan sus destinos, serán libres para siempre.

Contenido

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[EPÍLOGO](#)

[Explicación de términos y Glosario](#)

PRÓLOGO:

Ian McRae y Katherine de Bradbury estaban pletóricos tras la petición de matrimonio por parte del *laird*. Sentían que su mundo estaba completamente en paz después de los terribles acontecimientos que habían vivido, pero afortunadamente para todos, el castillo del clan no sólo se mantenía en pie si no que los enemigos no habían conseguido traspasar sus puertas, pero la paz y la tranquilidad les duró poco y aún les quedaba algo a lo que enfrentarse.

Jacobo, Logan y Fergus esperaban a la pareja en el Gran Salón con una sombría expresión en la cara que no presagiaba nada bueno. Ambos se tensaron, se miraron un segundo y apremiaron el paso hasta llegar a ellos.

—Mi *laird*, mi señora — comenzó Fergus — tenemos que hablar.

—Eso no presagia nada bueno — gruñó Ian, tenía la sensación de que el día estaba a punto de atragantársele.

—No lo es — continuó Logan — mi señora, sentaos y por favor, responded a estas preguntas que vamos a plantearle — ella frunció el ceño con desconfianza.

—¿A qué viene ese tono tan formal? — preguntó quitándole las palabras de la boca a Ian.

—Milady, sois la señora del castillo, os debemos lealtad, obediencia y respeto — intervino Fergus, tanto la inglesa como el escocés se miraban sin entender nada.

—¡Oh por los Dioses! — exclamó Logan de nuevo ganándose una reprobadora mirada de los otros dos guerreros — Ian, Katherine, tenemos que saber cómo supiste qué hacer exactamente para proteger al castillo, tenemos que saber qué fue lo que ocurrió en el campo de batalla y sobre todo mi señora — se arrodilló ante ella — tenemos que saber quién os llevó del castillo y cómo conseguisteis salir de allí con vida.

Nada más terminar de pronunciar esas palabras, Ian derribó a Logan y se enzarzaron en una pelea brutal, los puñetazos volaban y siempre daban en

el blanco, el sonido de las patadas y los gruñidos que emitían los guerreros llenaron el ambiente y retorcieron el corazón de la inglesa. Fergus intentó detenerles pero Jacobo se lo impidió, ya iba a ser imposible salvar la cabeza de Logan, no había razón para perder a otro guerrero de confianza.

Katherine agradeció estar sentada porque de repente se sentía como si estuviese siendo juzgada por un tribunal, tardó un segundo más de la cuenta en reaccionar a las palabras que le habían sido dirigidas. No había burla en ellas, tampoco censura, más bien era una especie de ira contenida, curiosidad y preocupación.

Miró a su hermano fijamente a los ojos, pero éste estaba intentando sostener a Fergus mientras su futuro marido y uno de sus mejores amigos se pegaban una paliza lanzando y tirando todo a su alrededor. Observó atentamente la escena y sin decir nada se puso en pie y salió en dirección a la cocina.

Al cabo de unos minutos volvió al Gran Salón, Ian estaba a punto de estrangular a Logan que se esforzaba por sacarse al *laird* de encima, sin pensárselo dos veces, les arrojó el agua helada que llevaba en la cazuela.

Ambos hombres dejaron de pelear en ese instante mirándola con incredulidad mientras ella dejaba la cazuela en el suelo.

—¿Vais a dejar de comportaros como unos animales sin cerebro? — preguntó poniendo los brazos en jarras y miró furiosa a los dos hombres — ¿se puede saber con qué parte del cuerpo estáis pensando? — volvió a dirigirles una mirada tan helada como el agua que les lanzó — responderé a todas las preguntas que sean necesarias y lo haré delante de todo el clan para que todo el mundo quede libre de dudas.

—¡No harás tal cosa! — bramó Ian — ¡mi mujer no tiene por qué dar explicaciones!

—¡Pero las daré Ian McRae! Porque aún no soy tu mujer, porque ellos quieren saber, porque yo necesito que no me culpen de nada y porque ¡maldita sea! — golpeó con el pie el suelo con fuerza — ¡Soy yo la que tiene que tomar la decisión! — vociferó clavándoles la mirada a todos ellos, retándoles a que la desafiaran.

Ian no entendía a qué venían todas esas preguntas que claramente tan

sólo buscaban humillar a su mujer y él no podía permitirlo, ¿cómo era posible que cada vez que atravesaban un periodo dulce como la miel, algo ocurriese y la paz se volatilizase? Katherine no dejaba de desafiarle y ahora hasta los hombres de su confianza lo hacían.

—Ian — la voz de Niall atravesó la estancia — por mucho que te duela, todo esto es necesario — se acercó hasta Katherine y la besó en la mejilla con cariño — no omitas nada pequeña, quedará entre nosotros y procuraremos venganza — ella le dedicó una sonrisa llena de cariño.

—Bien — suspiró y se levantó para coger la mano del *laird*, necesitaba su contacto para poder hablar — esto fue lo que ocurrió...

Comenzó a relatarles lo ocurrido, desde el principio. Los recuerdos la estaban destrozando pero tenía claro que si no despejaba todas las dudas, si permitía que tan sólo uno de los hombres se fuera de allí sin estar plenamente convencido, la semilla de la desconfianza germinaría dando lugar a un frondoso árbol que se caería encima de ellos en el peor momento posible.

—Aquella noche fue la primera que pasé con Ian — miró al suelo ruborizada — y al amanecer volví a mi alcoba para poder dormir un poco más, al despertar de nuevo, sólo me apetecía gritar a los cuatro vientos que había encontrado el amor verdadero, ése por el que merece la pena vivir y morir... — miró con una sonrisa sincera al *laird* que le apretaba la mano con fuerza — nuestros padres decían: vivimos, protegemos y morimos por los que amamos — clavó sus ojos en Niall y en Jacobo — no hay mayor verdad en esta vida... — sonrió de nuevo — salí a cabalgar por la ladera este, Ian me dijo que era la zona más segura y aunque no quería que entrenara, no pudo impedirme cabalgar, de forma que eso hacía cuando unos hombres salieron a mi encuentro, intenté volver al castillo lo antes posible pero me cortaron el paso apuntándome con arcos — la mano del *laird* casi le aplastaba la suya — Ian me haces daño — le susurró y él aflojó la presión, le sonrió en agradecimiento — ellos me conocían, sabían mi nombre pero no me dijeron el suyo — miró al suelo de nuevo — me ofrecieron un trato y acepté, puse como condición volver al castillo para dejar la nota, uno de sus hombres me siguió en todo momento — suspiró — cabalgamos durante interminables días hasta que llegamos al campamento donde me encontrasteis.

Las fuerzas comenzaban a abandonarla y sintió la necesidad de sentarse,

Ian la cogió en brazos, se dirigió a una de las enormes butacas que había cerca del hogar y la sentó encima de él, abrazándola con firmeza, apoyándola en silencio. El resto de los hombres les siguieron, permanecieron en pie mientras esperaban el final de su relato, todos sus músculos tensos, la sangre hirviéndoles en las venas, sus corazones clamando venganza... y no habían llegado a la peor parte.

—Lo que allí ocurrió — miró a Ian a los ojos pidiéndole permiso y suplicándole que le diera parte de su fortaleza — Ricardo, el hermanastro del Rey... él estaba detrás de todo, él... — los ojos se la llenaron de lágrimas pero apretó los dientes para continuar — intentó violarme pero no lo consiguió, él... necesitaba que yo gritase y no lo hice — una lágrima se escapó de su control — quiero decir que para que pudiese... yo tenía que gritar y tan sólo cedí porque sabía que no podía defenderme de él pero entonces su... — bufó — no pudo violarme, entonces me pegó pero yo no dejaba de reír, pese al dolor, pese a sus incesantes golpes no dejé de reír — miró a Ian de nuevo y se perdió en esos ojos que ahora eran del color del cobre y fríos como el metal — me puso un cinto alrededor del cuello y me expuso desnuda ante sus hombres, volví a desafiarle y me golpearon de nuevo, cuando desperté, estaba en la tienda donde el espía McGregor me encontró y me dio el arco y el carcaj — miró a su hermano con cariño — allí le di un mensaje en clave para mi hermano y lo que ocurrió después ya lo sabéis.

—Jamás te perdonaré esto Logan — las palabras de Ian cortaron el aire como un cuchillo que se clavó en el corazón de su guerrero, él tampoco podría perdonárselo a sí mismo.

—Mi *laird* — dijo ella con una sonrisa — tienen derecho a saber y si tú me quieres, no me importa contar esto una y mil veces — le besó dulcemente en los labios — el hombre que me ofreció el trato resultó muerto en la escaramuza con el ejército inglés — volvió a mirar a su hermano — ¿recuerdas las historias del abuelo Bradbury? — él asintió — así supe cómo defender el castillo y ayudar en la frontera oeste... mi abuelo era un gran estratega, probablemente el mejor de Inglaterra — les explicó a los demás e Ian asintió con la cabeza — el Rey Francisco, padre de Enrique, consultaba a menudo con él sobre la protección de las zonas más vulnerables del país — cogió aire — me las contaba cuando era niña y yo me pasaba tardes enteras

sentada a sus pies escuchándole, me contó cómo había peleado por Durham, cómo había sitiado al enemigo con un gran aro de fuego y mi hermano me contó cómo cayó el castillo de mis padres — otra lágrima rodó por su mejilla, ésta vez se la limpió con rabia.

—Katherine — Jacobo estaba a punto de estallar — no tienes nada de lo que avergonzarte, eres una dama y juro que rebanaré la cabeza del que diga lo contrario — tenía los puños apretados a los lados de su cuerpo — las emboscadas tuvieron que ser obra de alguien que nos conoce, alguien que forma parte de nuestra familia.

—¡Oh Dios! — exclamó ella — ¿acaso creéis que soy la responsable del ataque? — les miró horrorizada mientras temblaba por la rabia contenida.

Los hombres la miraron en silencio y esa fue toda la respuesta que ella necesitó, se puso de pie casi de un salto y se enfrentó a su hermano y a los escoceses.

—Si esa es la opinión que tenéis de mí después de todo este tiempo y de lo que he hecho por el clan, no sois quien yo creía — miró a su hermano llena de dolor — no te reconozco Jacobo, somos familia, ¿cómo has podido creer tan siquiera un instante que yo traicionaría a Ian?

Se dio media vuelta para salir del salón pero el *laird* la detuvo con firmeza. Temblaba de ira, los ojos ardían en un tono oscuro que jamás había visto antes en ellos, el toque de sus manos era fuerte, pero ella se agitó y logró soltarse.

—¡No seré la señora de una atajo de salvajes! — gritó sintiendo como el corazón le estallaba en el pecho — no me lo pidas Ian, aquí delante de tu familia, de tu clan, declaro roto nuestro compromiso — miró a Logan y a Fergus — y para que os quedéis tranquilos os informo de que volveré a Inglaterra y me alejaré cuanto pueda de las tierras escocesas — las lágrimas pujaban por salir, pero logró contenerlas.

En cuanto Katherine salió del Gran Salón, Fergus, Niall y Jacobo sujetaron a Ian que tenía la intención de volver a golpear a Logan. Éste intentó explicarse, pero tan sólo consiguió recibir un puñetazo que casi le tumbó en el suelo.

—Vete de mis tierras Logan, ya no eres un McRae — le fulminó con la

mirada mientras se zafaba del agarre de los otros hombres — tienes dos lunas para irte de mi territorio, después te daré caza si aún permaneces en él.

CAPÍTULO 1

Logan Campbell, ex miembro del clan McRae se sentía totalmente desolado mientras observaba desde la llanura los muros del que hasta aquel triste día era su hogar. Se sentía solo como nunca se había sentido en toda su vida, ni siquiera cuando le fueron arrebatados sus padres siendo apenas un niño que podía caminar, porque los Dioses le habían puesto en el camino de los McRae y la hermosa Aileana le había acogido en su familia como un miembro más... allí había crecido bajo el mismo techo que Ian McRae, como su hermano, su mejor amigo, aquél por quien daría su vida.

Por primera vez en toda su existencia quiso llorar, un hombre de verdad no lloraba, un guerrero menos aún, pero saber que jamás volvería a luchar con Ian, que no volverían a abrazarse o a gastarse bromas entre ellos o...

—*¡Galla!*— exclamó mirando al horizonte.

—Aún no domino el gaélico — una voz femenina tras él le sobresaltó — pero eso no parecía significar algo amable — le dijo Katherine con una sonrisa.

—Mi señora, ¿qué hacéis fuera del castillo? — le preguntó desconcertado.

—Nerys me dijo que te ibas hoy de Nairn y como sabía que no te despedirías, decidí ponértelo más fácil — la inglesa le miraba a los ojos y eso era algo que siempre le gustó.

—Milady... — quería ofrecerle miles de excusas, quería explicarse... pero no encontraba las palabras apropiadas para ello.

—Logan — le cortó ella — entiendo por qué hiciste lo que hiciste, pero mírame a los ojos y dime si crees que sería capaz de traicionar a Ian — le cogió las manos entre las suyas — por favor...

—Nunca mi señora — bajó la mirada avergonzado — jamás lo haríais, estoy seguro, pero me avergüenza admitir que lo pensé.

—Deberías intentar hablar con Ian, seguramente él...

—Sois muy gentil mi señora — le cortó él, volviendo de nuevo a

tratarla con el formalismo apropiado, ella frunció el ceño en desacuerdo — pero ambos sabemos que dado el carácter de mierda que tiene y un ego del tamaño de la fortaleza, preferiría tragarse una herradura al rojo vivo antes que dar su brazo a torcer — suspiró lleno de pesar — y lo cierto es que tiene razón para hacer lo que hizo.

—Pero Nairn es tu hogar, es...

—Nairn es un paraíso en el que he podido disfrutar de más cosas de las que merezco mi señora, pero crucé la línea y ahora pagaré las consecuencias — la miró con renovado respeto — cuídele milady, es el mejor hombre que ha pisado jamás estas tierras y las ama casi tanto como os ama a vos.

—Logan... — Katherine tenía la garganta cerrada por los sentimientos que la desgarraban por dentro.

—Es mejor así — le dedicó una maravillosa sonrisa — tan sólo le pido a los Dioses que sean bondadosos y os colmen de toda la dicha y la prosperidad que os merecéis. Nos has enseñado lo que es el valor, la generosidad y la bondad de corazón Katherine de Bradbury y por eso siempre os amaré — sonrió forzosamente — os agradecería que no le contarais esto último a Ian, ya me odia lo suficiente.

—Logan, por favor... no te vayas, si el salvaje de mi futuro marido no te quisiera en sus tierras no te habría permitido asistir a la boda de Nerys y mucho menos, esperar hasta dos días después del enlace.

—Esa boda debería haber sido la vuestra milady — dio un paso hacia ella — fue un generoso regalo de vuestra parte.

Y sin poder soportar una palabra más de la bella inglesa que le había devuelto la humanidad al poderoso Ian McRae, se dio media vuelta y se alejó andando por el sendero que le llevaba a tierras extrañas.

—¡Logan! — grito ella de nuevo — dejaré que te vayas, pero lo harás con mi caballo — clavó sus ojos azules en los de él desafiándole — no te atrevas a negarte o te mostraré lo bien que se me da manejar el arco y las flechas.

El highlander estaba a punto de negarse, pero para variar Katherine le dejaba con la boca abierta. Y sin ser capaz de responder, tenía las riendas de su semental en la mano mientras observaba a la hermosa mujer alejarse

caminando a toda prisa de vuelta al castillo.

—Os deseo un propicio día en el enlace con mi hermano milady, siempre os llevaré en mi corazón — le susurró al viento sabiendo que ella no podía oírle.

Sonrió y agradeció a los Dioses que la hubiesen puesto en el camino de Ian, sin duda alguna era la mujer de su vida. Hubo una época en la que él también había deseado encontrar a su *cáraid*... pero era cuando tenía algo que ofrecer, ahora era un highlander repudiado, alguien sin un techo sobre su cabeza y sin honor.

De un salto se subió al hermoso ejemplar que la futura señora de Nairn le acababa de regalar y salió al galope sin un rumbo fijo.

El valle se extendía ante él haciéndole sentir más pequeño e insignificante de lo que en realidad era. Siempre le había encantado cabalgar por los exuberantes paisajes de las tierras de los McRae, ahora se sentía como un extraño, como un ratón asustado que espera ser cazado.

La amenaza de Ian no dejaba de latirle en la cabeza y golpearle en el corazón, era consciente de que se había pasado de la raya al cuestionar a Katherine y al hacerla aquellas preguntas, ¡por los Dioses! Hasta él mismo quería arrancarse la cabeza por ser tan estúpido... pero la lengua de aquella mujer... aquella inglesa de ojos oscuros como la noche y boca pecaminosa fue la que instaló en su mente aquellas ideas absurdas de traición hacia su *laird*, él sólo quería hacer lo correcto, pero se fío de la mujer equivocada. Y ahora era un hombre sin tierra ni hogar... ni familia.

Cabalgó durante horas hasta que la oscuridad se cernió sobre él y decidió hacer noche cerca de la frontera con el territorio de los McGregor, estaba seguro de que no le darían cobijo por ser un exiliado de Ian, ya que ellos estaban bajo su protección, lo que significaba que debían acatar sus órdenes, aunque el que hasta entonces había sido su *laird* sólo había mostrado interés por mejorar las defensas del clan que estaba siendo amenazado.

Al pie de una ladera encontró una pequeña cueva y tras examinarla con la poca luz natural que quedaba en el cielo, se abrigó con la capa de pieles y entró en su interior, al menos una parte de él, dado que la mayor parte de su anatomía quedaba a la intemperie. La vida iba a ser un infierno desde ese

momento, Logan estaba totalmente seguro de ello.

Se pasó la mayor parte de la noche sin pegar ojo y cuando finalmente se rindió a seguir intentándolo, montó de nuevo en su caballo y continuó el viaje hacia el este, quizá si entraba en un territorio hostil, su desgraciada vida terminaría prematuramente librándole de las penurias que le quedaban por vivir.

Pensó en lo mucho que aún le quedaba por hacer para ayudar a los McGregor, el viejo Angus siempre le había caído bien, era un hombre leal, justo y honorable, además amaba a sus hijas por encima de todo, pues pese a que podría haberlas forzado a buscar un marido para forjar una alianza con otro clan más poderoso, jamás lo había hecho, y eso era de respetar. No todos los *lairds* tenían el coraje y el valor suficiente para pedir ayuda.

Al pensar en el *laird*, no pudo evitar pensar en sus bellas hijas, Grizela y Athdara eran unas auténticas bellezas dignas de admiración. La primera, una mujer con un pelo dorado como el sol y unos ojos de un intenso color castaño, alegre, divertida e inteligente. La segunda era la que le quitaba el sueño, con el pelo de un salvaje rojo y los ojos tan verdes como los valles de Escocia, le tenía fascinado desde que era un niño.

Desde el mismo momento en el que conoció a las hermanas McGregor se dio cuenta de que eran exquisitas y unas raras joyas en aquellas tierras tan duras y salvajes, pues ellas eran encantadoras, dulces y amables, o eso pensó al principio, en cuanto cruzó unas pocas palabras con Athdara se dio cuenta de que esa mujer ocultaba un secreto y que no era la típica hija de un *laird* criada para mantener la paz en el clan y feliz a su *càraid*... no... esa pelirroja era un diamante en bruto y él sentía la necesidad imperiosa de limar todas y cada una de sus aristas.

Mientras pensaba en lo diferentes que eran las hermanas, no era consciente del camino que estaba recorriendo y como si el caballo sobre el que montaba le leyese el pensamiento se adentró en el territorio de los McGregor.

El amanecer ya había despertado la vida de los bosques hacía un buen rato y el sol lucía alto y abrasador, se acercaba el verano y al parecer este año tenía prisa por inundar de vida todo lo que le rodeaba, sin duda alguna la tierra de Daltra era tan hermosa como Nairn, las dos formaban parte de su

amada Escocia, aunque en esos momentos Logan se sentía en un mundo completamente distinto.

Se quitó la pesada capa de pieles y cuando escuchó el rumor del agua de un río cercano no se lo pensó, cabalgó deprisa hasta él y sólo tardó en zambullirse en las cristalinas aguas el tiempo que le llevó desnudarse.

¡Qué bien se sentía el agua fresca en la piel! Estaba realmente agotado del viaje y aunque no sentía el peso del sueño, sí que tenía los músculos agarrotados de pasar tanto tiempo sobre la silla del animal o caminando a su lado.

Se estiró todo lo que pudo y se sumergió en el agua para salir de nuevo a la superficie con un gran impulso, se soltó la melena que llevaba atada con una tira de cuero y volvió a sumergirse.

—¡Por todos los Dioses! — la voz femenina le sorprendió tanto que resbaló sobre una de las rocas del lecho del río sumergiéndose de nuevo.

—¡Athdara! — gritó Logan cuando salió de nuevo a la superficie intentando taparse las partes más íntimas de su cuerpo.

—¡Sumérgete más por los Dioses! — exclamó ella sin poder apartar la vista de ese montón de músculos brillantes por el agua — ¿qué haces aquí? — le preguntó obligándose a sí misma a no mirar por debajo del ombligo, pero la parte superior también le causaba estragos, por lo que decidió darse la vuelta y así evitar que el guerrero la viese ruborizada y turbada por la visión de su cuerpo desnudo.

—Estoy de paso, os lo juro — se apresuró a justificarse mientras salía tropezando con todas las piedras del lecho del río — no hace falta que le digáis al *laird* McRae que estoy en vuestros territorios.

—¿Y por qué habría de informarle de que su segundo al mando está aquí? — preguntó ella confusa, seguía de espaldas a él.

—Me ha expulsado del clan, ya no soy un McRae — su propia voz le estrangulaba, esas palabras le herían en lo más profundo.

—Siempre supe que eras demasiado atrevido para tu propio bien Logan — le dijo intentando no sonreír.

—Milady — se acercó a ella una vez estuvo visible — os rogaría que no

me denunciarais, pues de lo contrario, Ian me dará caza.

—Eso será en sus tierras — le dijo feroz volviéndose para mirarle a los ojos — aquí las leyes las hace mi padre, aunque estemos bajo la protección de los McRae — Logan fue a responder pero ella le puso un dedo en los labios — no discutas conmigo, sabes que jamás me ganarías, coge tus cosas y ven al castillo, te daremos cobijo hasta que decidas lo que quieres hacer con tu vida.

—Jamás osaría ponerlos en peligro ni a vos ni a vuestra familia — se sentía terriblemente inferior a ella en estos momentos.

—Venga Logan — Athdara se acercó a él agitando sus espesas pestañas y clavando su verde mirada en la de él — yo te protegeré de Ian McRae — le susurró peligrosamente cerca de sus labios sin dejar de mirarle fijamente a los ojos.

Durante algunos latidos el mundo se detuvo, los pájaros no cantaban, el sol dejó de brillar con fuerza, el viento no les rozaba... para Logan tan sólo existía una cosa en el mundo, una bella mujer de pelo rojo como el fuego, ojos verdes como los valles escoceses y una sonrisa que le hacía latir el corazón desbocado.

Con ella siempre era igual, la conocía desde hacía años y si bien siempre fue hermosa, cuando se hizo mujer todo lo bueno en ella se magnificó y cada vez que la veía, él se quedaba sin palabras, el corazón le latía con fuerza contra las costillas, el aire apenas le entraba en los pulmones y su cerebro parecía no encontrar nunca las palabras apropiadas. Y para más vergüenza, Athdara era totalmente consciente del efecto que tenía en él, pues siempre que estaban a solas se acercaba más de lo estrictamente necesario y no dudaba en susurrarle al oído o en dedicarle bellas sonrisas que le dejaban desconcertado.

Athdara disfrutaba cada segundo que pasaba con Logan, no podía evitarlo, cuando él estaba cerca, ella se deshinibía, le susurraba al oído, le sonreía y le miraba fijamente, era descarada con él y no se sentía mal por ello. Al contrario, adoraba notar cómo se le aceleraba el pulso al sentir a ese enorme highlander cerca de ella.

Caminó meneando las caderas rezando a los Dioses para que le

ayudaran a seducirle, desde que era una niña estaba enamorada de él y ahora mismo le veía más como un regalo divino puesto a propósito en su camino que como un hombre que lo ha perdido todo y necesita una mano amiga.

Logan se distrajo durante unos momentos en el sensual y seductor baile de la falda de la pelirroja, cerró los ojos un segundo para obligar a su cuerpo a comportarse, pues como le sucedía desde que era un chiquillo, cuando ella estaba cerca de él, la erección era inmediata y dolorosa.

Finalmente la siguió andando tras ella mientras se obligaba una y otra vez a pensar en algo que no fuese su precioso pelo, sus hechizantes ojos, sus eróticas curvas o su delicado perfume... no, era mucho mejor que empezase a visualizar que un oso negro le iba a atacar, o quizá en lo fría que estaba el agua... ninguna de las dos cosas surtió efecto.

En un cómodo silencio llegaron a las puertas del castillo y éstas se abrieron lentamente, Logan se sentía como un ladrón al que habían pillado con las manos en la bolsa de la recaudación. Tenía la sensación de que todo el mundo le miraba y de que todos sabían que era un hombre sin honor.

En cuanto entraron en el Gran Salón, Logan se quedó pálido.

CAPÍTULO 2

Dalra, Escocia, Mayo de 1521.

Angus McGregor estaba blandiendo su espada con un joven que le resultaba conocido a Logan, sin embargo su instinto se apoderó de él y alzando su propia espada y con un grito de guerra se lanzó contra el joven que le miraba aterrorizado.

En menos de un suspiro, el chiquillo estaba contra el suelo con el enorme highlander sobre él y el filo de su espada comenzaba a hundirse en su piel dejando salir un fino hilo de sangre.

—¡Logan! — gritó Angus — ¡por los Dioses! ¿pero qué demonios haces? — le sujetó por el hombro con firmeza.

—*Laird* McGregor — se incorporó confuso — este joven os amenazaba con su espada...

—¿A eso le llamas tú espada? Eso más bien es algo con lo que tallar un trozo de madera — el *laird* le miraba con diversión — te presento a Liam, pertenecía al clan de los Sutherland.

—Por eso me suena tu cara, tú eres el que se midió con Ian McRae — recordó Logan — hay que ser estúpido — le dijo con desdén.

—Logan — el *laird* sonaba serio — no le faltes el respeto a un invitado en mi casa, ¿acaso se te han olvidado los modales?

—No señor... pero este joven es un espía de los Sutherland y no me fío de él — le respondió mirándole a los ojos.

—Ya no lo es, ahora está haciendo méritos para ser un McGregor — le tendió la mano al chico que aún seguía tirado en el suelo muerto de miedo — ¿verdad que sí?

—Vaya... aceptáis a cualquiera en el clan — Logan desafió de nuevo al *laird* que le miró ofendido por su arrogancia.

—Ya lo creo que sí, hasta te aceptaremos a ti Logan — sus palabras se le clavaron como cuchillos — ahora que no tienes tierras, ni apellido, ni

honor... supongo que necesitas un lugar donde guarecerte ¿no?

—¡*Athair!* — Athdara había permanecido en silencio durante todo el intercambio de palabras, pero la crueldad de su padre la había herido a ella también.

Pero el *laird* McGregor no se molestó en mirar a nadie, alzó la cabeza altivo y salió del Gran Salón con pasos acelerados seguido de cerca por el chiquillo que arrastraba la espada tras él.

—Lo lamento Logan — se disculpó ella por su padre.

—Me lo merecía — sonrió forzosamente — merecía cada una de las palabras que me ha lanzado — ella se estremeció al ver la profunda pena en sus ojos — parece que últimamente no hago más que ofender a mis anfitriones.

Sintiendo como el corazón se le desgarraba por dentro de nuevo al recordar cómo Ian le había expulsado del clan, miró por última vez a la mujer con la que había soñado un millón de veces casarse y abatido se dirigió a la puerta para alejarse lo más posibles de aquellas personas.

—No me dejes — le suplicó Athdara — quédate conmigo Logan — tenía la voz estrangulada por las emociones — por favor, quédate conmigo.

—¿Por qué querías que me quedase? — preguntó sin mirarla.

—Porque es como tiene que ser — respondió misteriosa.

En ese instante varias doncellas y sirvientes entraron en el Gran Salón para limpiar la lucha del *laird* con el joven y para empezar a preparar la mesa.

El bullicio se extendió a su alrededor, pero ni Athdara ni Logan veían ni oían nada. Tan sólo se veían el uno al otro, tan sólo escuchaban sus corazones latiendo a toda velocidad dentro de sus pechos.

—¡Al fin te encuentro! — la voz de Grizela rompió el momento — lamento interrumpir — se excusó al ver a Logan mirar fijamente a su hermana.

—No te vayas — le dijo una vez más.

—Aquí estaré — prometió él aunque no tenía claro de donde habían salido esas palabras ni el convencimiento al pronunciarlas.

Las hermanas salieron del Gran Salón cogidas de la mano.

Era curioso verlas juntas, se comportaban como si fueran gemelas, siempre caminaban cogidas de la mano y a veces cuando se miraban la una a la otra parecía que entre ellas no eran necesarias las palabras. Pero en cuanto desaparecieron por el gran arco que separaba las zonas comunitarias de las zonas privadas todo su ánimo se vino abajo.

Grizela y Athdara subían corriendo por las escaleras hacia el dormitorio de la pelirroja. Ambas estaban deseosas de contar y de escuchar. Una de las doncellas más veteranas del castillo estaba adecentando la estancia, pero eso no molestó ni interrumpió a las hermanas, pues Ildora era de su confianza, a fin de cuentas, ella las había criado tras la dolorosa muerte de su madre siendo ellas demasiado jóvenes.

—¡Quiero los detalles! — dijo Grizela en cuanto cerró la puerta tras de ella.

—¡Por los Dioses! No te haces una idea de lo maravillosamente que está formado ese hombre — se ruborizó al recordarle totalmente desnudo en el río y comenzó a darse aire a la cara con las manos.

—No te andes con rodeos — su hermana se acercó a ella y la abrazó — ¿cómo fue?

Athdara suspiró profundamente, miró fijamente a su hermana y a Ildora que al ver cómo la tensión marcaba su rostro se acercó a las hermanas y se sentó con ellas en la cama a la espera de que Athdara les contara que era aquello que tanto la hacía palidecer.

Llevaba una semana teniendo unos vívidos sueños en los que ella y Logan compartían tiempo, espacio y unos momentos íntimos en los que él le declaraba su amor y ella finalmente era absuelta de la maldición.

—No llegamos muy lejos — miró a los castaños ojos de su hermana — a decir verdad ni siquiera nos besamos — bajó la mirada — necesito que se enamore de mí Grizela... de lo contrario...

—Lo sé hermana mía, lo sé — se abrazaron con fuerza y las lágrimas corrían libres por los rostros de ambas hermanas.

Las tres mujeres se abrazaron fuerte mientras unas palabras de alivio y consuelo eran susurradas en los oídos apropiados que tanto las necesitaban.

El tiempo pasó lentamente para todos, Logan estaba nervioso e impaciente, tal y como se imaginaba parecía que la única que le quería en aquellas tierras era Athdara, el resto de los habitantes del castillo no se habían molestado ni en saludarle... ¡qué diferentes eran ahora las cosas!

Recordó cómo le trataron cuando llegó a esta misma fortaleza acompañado por Fergus y por Jacobo para formar a los guerreros para la batalla y para mejorar las medidas defensivas del castillo y del pueblo... en aquellos días habían sido recibidos como héroes, festines en su honor, bailes, canciones y sobre todo sonrisas, muchas sonrisas... sin embargo ahora... ahora sólo recibía desdén.

Y lo peor de todo es que ni siquiera les culpaba, el anteriormente conocido como Logan McRae ahora era simplemente Logan, un hombre sin honor, sin familia y sin hogar...

El tiempo pasaba tan lentamente que el guerrero estaba a punto de perder los pocos modales que le quedaban, no hacía más que pensar en qué clase de locura se había apoderado de él para prometerle a la hija del *laird* que estaría esperando por ella, no era como si hubiese mentido, ¡por los Dioses! Él la esperaría toda su vida, pero en este preciso instante se sentía tan inferior que incluso empezaba a creer que la joven se había dejado llevar por el impulso de desafiar a Ian McRae.

Apenas podía soportar el sonido de su propia respiración y cuando todo su cuerpo se estremeció fue cuando decidió que huiría de aquel lugar y se convenció a sí mismo de que lo hacía para no enfrentarse a dos clanes al permanecer él en las tierras de un territorio protegido.

Con pasos lentos y pesados, se dirigió a la enorme puerta del Gran Salón que daba al patio de armas, allí recogería a su semental y saldría al galope.

—Logan — cerró los ojos mientras sentía que su corazón dejaba de latir — prometiste que me esperarías.

Se giró lentamente para enfrentarse a la ira en los maravillosos ojos verde jade de Athdara y necesitó hasta el último ápice de coraje para no

caerse de culo. Estaba más hermosa que nunca. Llevaba un sencillo vestido de color verde esmeralda que realzaba su intensa y vibrante mirada, Logan no tenía ninguna oportunidad.

Deslizó sus ojos por el exuberante cuerpo de Athdara y sintió unos celos terribles de la tela que tan prietamente se ceñía a su pecho, odió con todas sus fuerzas el discreto collar que descansaba en su tierna carne y hubiese dado con gusto su vida porque fuesen sus manos las que acariciaban sus caderas tal y como hacía ese cinturón de medallas de oro.

—Tan sólo iba a respirar aire fresco milady — la mentira le quemó las entrañas, ella le miró con los ojos entrecerrados.

—Podría acompañarte — su voz se coló hasta lo más profundo de su corazón y tan sólo pudo asentir.

Athdara no caminaba como una simple mujer mortal, no. Ella se deslizaba y atravesaba el Gran Salón con la gracia de una ninfa del bosque.

—Si salís sin una capa, cogeréis frío — le dijo el escocés forzándose a mirarla a los ojos.

—Si tengo frío — se acercó a él — me resguardaré entre tus brazos.

Le dedicó una sonrisa que le calentó todo su ser y después caminó con ese grácil paso que a él le tenía embelesado. Logan estaba a punto de arrodillarse y gemirle gracias a los Dioses por semejante regalo.

Finalmente y para no ponerse en una evidencia mayor, caminó con paso seguro hasta colocarse al lado de la bella dama que le acompañaba. Atravesaron el patio de armas y Logan sonrió al ver las atenciones que un par de mozos de cuadra le estaban dando a su semental.

—Un hermoso ejemplar — comentó la joven.

—Lo es, me lo regaló Katherine de Bradbury, futura señora de Nairn — le explicó él mientras se acercaban para acariciar al animal.

—Milady es muy generosa — Athdara sabía que para la inglesa sólo existía un hombre en el mundo, pero no pudo evitar sentir celos al escuchar pronunciar su nombre con tanta veneración.

—Después de como me comporté con ella — suspiró — aún no consigo entender por qué no ha pedido mi cabeza.

—¿Y qué haría ella con tu cabeza Logan? — la mujer le miró fijamente a los ojos — no es la mejor parte de tu cuerpo...

Athdara dejó la frase en el aire y antes de que el guerrero pudiese responder, se metió en el cubículo del caballo y comenzó a acariciarle lentamente.

El escocés necesitó varios latidos para concentrarse en lo que esa pequeña y excitante descarada le acababa de decir con ese pecaminoso tono de voz y esa intensa mirada. ¡Dioses! Daría lo que fuese con tal de que ella le permitiese conocer el sabor de su cuerpo.

—¿Te apetece... montar? — preguntó ella deslizando su mirada por el viril cuerpo masculino mientras Logan luchaba por hacer que el aire entrase en sus pulmones y la miraba con los ojos desorbitados — me refiero al caballo Logan — le aclaró disfrutando de ver a ese enorme luchador ruborizarse por sus palabras.

El escocés no pudo contestar, tan sólo asintió aún confuso y desconcertado. Esa mujer le volvía loco de atar.

Salieron de las cuadras al galope como era habitual cuando se desafiaban el uno al otro, atravesaron las enormes puertas de hierro que les separaban de los exuberantes valles llenos de vida y se lanzaron a trotar mientras intentaban darse caza el uno al otro.

Athdara estaba pletórica, absolutamente encantada con el hecho de cabalgar al lado de Logan, observarle dominando a su semental le hacía arder la piel y le hervía la sangre en las venas, ella jamás se había dejado manipular ni había acatado órdenes de nadie, pero que los Dioses la ayudaran, sabía que haría cualquier cosa que Logan le dijese, en especial si él no llevaba nada de ropa.

Por su parte, Logan no podía dejar de darle gracias a la providencia por permitirle vivir estos momentos de total libertad al lado de la mujer por la que suspiraba desde que era un crío. Era muy consciente de que en cuanto Ian se enterase de su paradero le daría caza como si fuese un vulgar venado, pero por las traviesas sonrisas y las ardientes miradas que la joven le estaba regalando, era capaz de entregarse él mismo a la ira de su mejor amigo.

Cabalaron sin ser conscientes de su destino ni de la distancia recorrida,

hasta que una flecha silbó en el aire y se clavó en el caballo sobre el que galopaba Athdara haciéndola caer al suelo en un brutal golpe.

—¡Athdara! — Logan gritó mientras espoleaba con fuerza a su semental para llegar al lado de su amada, se lanzó al suelo en cuanto la alcanzó.

—Vaya, vaya, vaya... — la masculina voz le dejó clavado en el suelo — ¡el mismísimo Logan McRae! — el hombre soltó una carcajada — ¿ahora te acuestas con él Athdara? ¿tan desesperado está tu padre que te ha vendido? — hizo un desagradable sonido aunque pretendía ser una carcajada — debió haberte entregado a mí — la miró con lascivia — yo sí que te habría dado una buena cabalgada.

En ese preciso instante, Logan lanzó su puñal y a punto estuvo de clavarse en el pecho del hombre que con tanto desprecio se dirigía a la mujer, lo esquivó en el último momento, lo que provocó que la ira del escocés aumentase peligrosamente, de hecho, a la pelirroja le dio la sensación de que estaba gruñendo.

—Abre esa sucia boca de nuevo Eskol y la próxima vez no fallaré — siseó con la ira bañando cada una de sus palabras.

Eskol McIntosh sabía perfectamente lo que iba a ocurrir a continuación, llevaba años estudiando a sus enemigos y aunque no confiaba en el guerrero, sí que sabía que estaba loco por la mujer, por lo que jamás la pondría en peligro. No es que pudiese culparle, él mismo ansiaba ese premio.

Sí, la bella Athdara con ese precioso vestido que le provocaba una enorme erección, tirada en el suelo, con tierra en sus mejillas, sus brillantes ojos llenos de ira, la piel enrojecida por la carrera sobre el semental, el pulso latiendo acelerado en sus venas y el miserable de Logan McRae intentando dominar sus más bajos instintos.

Lo cierto era que ese encuentro había sido una casualidad, pero en cuanto les divisó a lo lejos no pudo menos que enfrentarse a ellos. Podía oler su temor por no ser capaz de salvarle la vida a la mayor de las hermanas McGregor que aún permanecía en el suelo arrodillada... en cuanto le pusiese las manos encima, esa iba a ser su postura habitual, con las rodillas en el suelo, totalmente desnuda, delante de él mientras su boca...

Bien, hora de cortar esa línea de pensamiento o el highlander aprovecharía su debilidad.

—Logan — le dijo con una sonrisa — hacía tiempo que no te veía.

—Eskol, estás en territorio de los McGregor, no has solicitado permiso y por la ley vigente ahora mismo podría decapitarte y nadie me condenaría — le amenazó.

—Digamos que intentarías — hizo énfasis en la palabra — cortarme la cabeza, pero ¡ah! Yo tengo un secreto del que no tienes ni idea... ¿verdad Athdara? Preciosa, cuéntale a este bastardo que tu amado Eskol tiene un... don — dijo mientras clavaba sus oscuros ojos en los de la mujer que le miraba aterrada.

Y ahí estaba. Eso era lo que él había estado esperando. Ella no le había contado su secreto al escocés y por su expresión de terror, supo que no quería que él lo supiese jamás. Bien, las cosas no podían salirle mejor.

¡Oh iba a disfrutar de su momento! La bella e indefensa Athdara a su merced mientras él hacía fracasar los vanos intentos del highlander para defender el honor de la joven. Un suspiro se escapó de sus labios... Tantas noches había soñado con esto que ahora que lo tenía tan cerca se sentía sobre excitado.

Los ojos se le cerraron un latido. El tiempo justo que necesitó Athdara para lanzarle un dardo bañado en un potente narcótico.

—¡Pero qué diablos... — Logan apenas podía articular las palabras que le invadían la mente.

—Date prisa porque el efecto en alguien como él es muy liviano — se levantó rápidamente del suelo y se lanzó a los brazos de Logan que seguía aturdido por lo que acababa de presenciar.

Pese a las miles de preguntas que se agolpaban en su garganta, no hizo ninguna, así como tampoco desaprovechó la oportunidad de abrazar con fuerza el vulnerable cuerpo de la mujer y durante un par de latidos se distrajo con el contacto, su piel era caliente y su aroma a tierra salvaje y flores silvestres le volvía loco. No obstante, asió con fuerza las riendas de su semental e izó a Athdara para subir detrás de ella, la estrechó con fuerza entre sus brazos y galoparon de vuelta a la fortaleza.

Mientras ambos se mecían por el frenético ritmo del caballo que los llevaba de vuelta a casa, la joven sabía que por el momento estarían a salvo y se permitió la licencia de disfrutar del cercano contacto con Logan, sentir el calor de su masculino pecho contra ella le provocaba pequeñas y placenteras descargas en su vientre, su aroma la envolvía por completo y cerrando los ojos un instante, se dejó llevar por la fantasía.

Soñaba con el día en el que la profecía se rompiese.

CAPÍTULO 3

Desde que era una niña con apenas uso de razón fue instruida para que pudiese soportar la carga que conlleva un don como el de ella, no obstante, los Dioses le pidieron algo a cambio, que le devolviera el honor a un caballero caído... ¡cómo si eso fuese tan fácil de hacer! Durante años lo intentó, ayudaba a todo aquel guerrero del que oía hablar y así fue como conoció al malnacido de Eskol McIntosh. Sacudió la cabeza para librarse de los recuerdos.

Prefería dejarse llevar por la exaltación que sintió en su pecho cuando uno de sus sueños le revelaron que el hombre al que debía ayudar era nada más y nada menos que el mismo highlander del que ella llevaba enamorada toda la vida. El atractivo, valiente, viril, descarado, inteligente y poderoso Logan McRae... un escalofrío la recorrió entera.

—¿Te encuentras bien? — le preguntó al oído el highlander — ¿voy demasiado deprisa? ¿os hago daño? — su tono de voz le indicaba que estaba realmente preocupado.

—Me encuentro perfectamente — le miró por encima del hombro — no vas demasiado deprisa y desde luego no me haces daño — le sonrió con coquetería mientras intentaba no suspirar, adoraba estar entre los brazos de Logan.

—Me alegra oíroslo decir, mi señora — le susurró al oído y ella se estremeció de nuevo.

Estaba a punto de responder algo, pero las palabras se perdieron dentro de su cerebro cuando él hizo un pequeño gesto y ella comenzó a sentir algo realmente duro y potente apoyado contra su cadera. Tuvo que ahogar un gemido al imaginar lo que podría ser y mantener su mente lo más calmada posible fue un ejercicio de auténtica fortaleza, desde que se hizo mujer sus pensamientos se perdían a menudo en los recuerdos que tenía de su escocés favorito, así como en la intimidad de su alcoba, ella le daba forma a esas imágenes para convertirlas en sus fantasías.

Logan se esforzaba por mantenerse a lomos del caballo con Athdara

entre sus brazos, debía hacer acopio de toda su fuerza de voluntad ya que el olor de su pelo le inundaba las fosas nasales, el calor de su piel le hacía hervir la sangre y el deseo y el hambre que sentía por ella era tan descarnado que le dolía hasta respirar. Pero había algo que primaba sobre todos sus instintos y eso era el fuerte sentido de protección. Debía ponerla a salvo.

Cabalgaron en silencio durante el trayecto y en cuanto las puertas de la fortaleza se abrieron para ellos, Logan las atravesó sin pararse siquiera para desmontar, todo lo contrario, irrumpió en el Gran Salón aún a lomos del semental con Athdara fuertemente sujeta entre sus brazos.

—¡*Laird!* — bramó — ¡vuestra hija y vuestras tierras están en peligro!

Todo el mundo se paró en seco al verle entrar sobre su caballo y el *laird* Angus McGregor se levantó de un salto de su sillón frente a la chimenea donde disfrutaba de una partida de ajedrez con su hija pequeña, al menos hasta que el highlander pronunció las palabras que le partieron el corazón por la realidad que escondían, su clan no era lo suficientemente fuerte como para luchar y protegerse a sí mismo, así como tampoco él podría defender a sus hijas.

—¡Tantos dones como los Dioses les han otorgado a mis pequeñas se perderán para siempre! — susurró para sí mismo.

—¡Debéis pedir ayuda a Ian McRae! — Logan se bajó de un salto llevando con él a la joven a la que posó en el suelo con extrema delicadeza — os lo suplico McGregor, envidad algún emisario a las tierras de los McRae y solicitar a Ian que os envíe hombres para proteger vuestros dominios y a vuestras hijas — el corazón le latía con tal fuerza en el pecho que le golpeaba las costillas.

—¡Vos estáis aquí! — contestó el *laird* — pediré ayuda a mi leal amigo Ian McRae pero mientras sus hombres llegan, vos estáis aquí y podéis enseñarnos a protegernos contra esos depravados de los McIntosh.

—Lo lamento *laird* — la mirada de Logan se posó sobre la de Athdara y su corazón se rompió en mil pedazos — ya no soy un McRae, Ian me echó de su clan y amenazó con darme caza, si estoy aquí cuando sus hombres lleguen, estoy condenado.

Todo el mundo dejó de respirar en ese preciso instante, se esperaban mil

respuestas, mil palabras dichas con mil intenciones diferentes, pero ninguna de ellas eran las que fueron pronunciadas y que confirmaban que los rumores eran ciertos, que el legendario Logan McRae, mano derecha del *laird* Ian McRae... había perdido el honor y era un cobarde.

Los ojos de las mujeres se encharcaron de agua y las gargantas de los hombres se cerraron en desaprobación. Todo el mundo era consciente de que no tenían nada que hacer en caso de que Eskol McIntosh decidiese atacarles pues el clan McGregor no era un clan de guerreros, tan sólo eran comerciantes y criadores de ganado, no tenían ninguna oportunidad frente a los ladinos McIntosh y su eficaz estrategia y líder.

Y entonces las voces a su alrededor se alzaron increpando a su falta de honor y sugiriendo al *laird* lo que debía hacer con ciertas partes de la anatomía del highlander, pero él no podía escuchar nada porque era consciente de que aunque lo había negado hasta la saciedad, la realidad era otra muy diferente, no tenía honor, no tenía hogar, no tenía familia... lo había perdido todo porque era un cobarde. Estar al lado de Ian había sido fácil, pero ahora que estaba solo se daba cuenta de lo mucho que se había llegado a engañar a sí mismo.

La hija mayor de Angus sintió como su corazón se rompía cuando las imágenes de lo que seguramente ocurriría a continuación pasaron por su mente a toda velocidad, el aire apenas entraba en sus pulmones, la sangre se le había congelado en las venas y sintió como todo su ser se retorcía al comprender lo que estaba a punto de suceder.

—No lo hagas Logan — las palabras de Athdara fueron las únicas que él podía escuchar.

—No soy digno Athdara — le acarició las mejillas para secar sus lágrimas — que los Dioses me perdonen *mo beag bean-shìdh* — mientras pronunciaba esas palabras pudo sentir como hasta el mismo alma se le partía y una parte de sí mismo moría en ese instante.

—No me abandones Logan — sollozó e intentó sujetarle pero él se dio la vuelta y se subió de un salto a su caballo.

Athdara estaba dispuesta a suplicar, no podía perder al highlander del que estaba enamorada desde que era una niña y ya no sólo porque eso

supondría la destrucción de su clan, sino porque era consciente de que no podría soportar no volver a estar entre sus brazos. Para ella sí que era posible morir de amor y si Logan atravesaba aquellas puertas estaba condenada.

El rugido de su propia sangre en las venas le impedía escuchar nada más, simplemente salió igual que entró, espoleó a su caballo hasta que se alejó al galope de la mujer que amaba y del destino de un clan que le hacía sentirse humillado.

—Lo lamento *piuthar* — la cálida voz de Grizela se fundió con su mismo corazón pues ella podía sentir el dolor de su hermana y odió a Logan por herirla de ese modo.

—No lo hagas — Athdara la miró con ansiedad en los ojos — no me quites mi dolor, es lo único que me queda de él — le dijo con un susurro estrangulado.

Estaba a punto de caer de rodillas, pues el orgullo era lo único que la mantenía en pie. Con el corazón destrozado y las esperanzas de su clan hechas trizas, caminó con paso lento hacia sus aposentos.

—Una noche — dijo para sí misma mientras subía con escalones — me concederé una noche y mañana al amanecer aceptaré mi destino.

Sus palabras fueron una promesa y aunque tenía un intenso dolor sordo en el centro de su pecho, lo cierto era que ya apenas podía sentir la sangre en sus venas o la calidez de sus lágrimas mientras le recorrían el rostro.

Entró dentro de su alcoba y se tendió sobre la cama mientras se forzaba a sí misma a sacar todo su dolor y su rabia de su interior, le quedaba toda una vida de amargura, la ponzoña de esos sentimientos tan negativos tan sólo le aportarían más desgracias a su tormentosa existencia.

—*Piuthar* — la melodiosa voz de Grizela era como un bálsamo para ella — *piuthar*, despierta — se sentía tan bien teniéndola tan cerca... ¡oh su adorada hermana! ¡cómo la iba a añorar! — *piuthar* abre los ojos...

Poco a poco la luz del sol se filtró entre las sombras que se habían apoderado de su conciencia sumiéndola en un profundo sueño, uno en el que por primera vez en su vida desde que podía recordar, no había estado poblado de imágenes, sentimientos ni nada que la atormentase, durante muchos años había deseado no tener ese don por el que todo el mundo la adoraba, aunque

ella creyese que era una maldición, y ahora que tenía una muestra de cómo sería vivir a ciegas, se sintió abandonada, abandonada por los Dioses y por el hombre al que amaba desde que era una niña.

—Debo irme — susurró.

—No lo permitiré *piuthar* — esta vez su tono no era conciliador ni sanador — no me abandonarás ni destrozarás tu vida por la cobardía de Logan — Athdara abrió los ojos y vio llorar a su hermana por primera vez en su vida — no puedes dejarme sola *luaidh*, no lo permitiré... *tha gaol agam ort...*

Y como era habitual en ellas, enlazaron sus miradas y las emociones fluyeron de la una a la otra. Athdara pudo sentir la convicción y el deseo de venganza de Grizela y ésta pudo sentir el profundo pesar que afligía a su hermana.

—¿Sabes cuándo será la invasión? — le preguntó mirándola fijamente.

—En unos cinco meses... cuando caiga la primera tormenta que anuncia el invierno, los rayos serán su presentación — las palabras le arañaban la garganta.

—Pues ese es el tiempo que tenemos para destrozar a Logan — los ojos de Athdara se abrieron de par en par al oír a su dulce hermana — porque si ese hombre es tu *càraid*, va a tener que sufrir y luchar por ti.

—Me aterra que tengas un plan para Logan — la cogió de las manos con dulzura.

—Lo tengo Athdara, y créeme que se merece hasta la última noche en vela por romperte el corazón — se levantó de la cama y le ofreció un vaso con un líquido rojo en su interior — bebe esto y descansa, no saldrás en busca de un futuro que aún puede cambiar, dame la oportunidad de ayudarte — Athdara tomó el vaso entre sus manos mirando a su hermana con recelo — jamás te dañaría, te lo prometo.

Y supo que era verdad.

Su hermana era la mujer más buena y cariñosa del mundo, siempre comedida, siempre hábil, discreta, inteligente y hermosa como no había otra en el clan. Ella era la bondad, dignidad y pundonor hecha mujer. Sonrió y se bebió hasta la última gota confiando plenamente en Grizela.

—Una mujer tiene que usar todos los medios a su alcance para lograr sus objetivos — Grizela se repetía una y otra vez esas palabras a sí misma, mientras colocaba el cuerpo inconsciente de su hermana sobre la cama y la tapaba con las sábanas — y más aún cuando esos objetivos son salvar a tu clan y vivir un amor como el que estás predestinada a poseer — miró a su hermana con todo el amor que sentía por ella y le retiró un mechón rebelde de su rostro — *tha gaol agam ort mo piuthar* — susurró — haré lo que esté en mi mano para traer de vuelta al hombre que nos salvará a todos.

Acto seguido se levantó y le abrió la puerta a Ildora, en estos momentos en los que su hermana mayor era tan vulnerable, sólo podía confiar en ella para que la vigilase de cerca. La mujer entró en la alcoba, abrazó con cariño a Grizela y cerró la puerta cuando ésta abandonó el lugar para pasar el resto del día vigilando a la bella mujer que estaba inconsciente sobre la cama.

CAPÍTULO 4

Athdara se sentía mareada, todo a su alrededor era extraño, no sabía dónde estaba ni cómo había llegado allí, sin embargo no tenía miedo, algo le decía que debía estar justo donde estaba y que había algo muy importante que debía hacer en ese lugar... forzó a su conciencia a darle las respuestas que esperaba y entonces la imagen de Logan saliendo del agua del río completamente desnudo y mojado la golpeó con fuerza.

Un gemido se escapó de sus labios sin que pudiera evitarlo, ella le perdonaría cualquier cosa si tan sólo él volviese para quedarse a su lado y pese a lo que creía en un principio, no tenía nada que ver con la maldición que se cernía sobre ella, no... era otra cosa, algo más fuerte que su voluntad y más real que el suelo que pisaba. Él era su *càraid* y ella era el de él.

Su conciencia la obligó a centrarse, en ese momento se dio cuenta de que unas tímidas velas arrojaban una luz claramente insuficiente para que viese por dónde iba, pero que sin duda hacía del ambiente algo misterioso, atrevido, sensual... todo su cuerpo se alteró con la percepción de una gran sombra en el centro de la sencilla habitación.

Una gran cama era el único mobiliario de la estancia, las sábanas parecían ricas telas orientales del mismo color de la sangre, de un rojo tan brillante como los rubíes... el peculiar aroma de rosa de Bulgaria la hizo suspirar, ella conocía bien ese olor, su hermana lo usaba a menudo en sus aceites y sus efectos eran codiciados por muchos integrantes del clan.

Se acercó a la cama con tímidos pasos mientras sentía como el deseo y el ardor sexual se iban apoderando de ella, había tenido sueños eróticos antes, pero ninguno era la mitad de real que el que estaba viviendo en esos momentos, una parte de su conciencia le decía que no era un sueño exactamente, pero tampoco era una visión ya que no se sentía mareada ni tenía náuseas... no, más bien se sentía pletórica... y excitada.

A medida que la expectación crecía en su pecho y las ilusiones le aceleraban el corazón, su paso se volvió más rápido para acercarse a la silueta sin duda alguna masculina que descansaba en mitad de aquel lecho tan

sugereute.

Le pesaba no poder observar detenidamente a Logan, pues las sábanas le cubrían hasta media espalda, le hubiese encantado poder admirar sus poderosos músculos, pues aunque estaban relajados, sin duda alguna eran igual de hermosos y a ella le provocaban que todo su ser se alzara gritando por un poco de su atención.

Cuando llegó al borde de la cama aspiró un poco más de aire, pues de pronto parecía que éste había abandonado la estancia. La escasa luz que emergía de un par de velas situadas en unos candelabros estratégicamente colocados en cada esquina del cabecero de la cama le ofrecía una singular visión del hombre que se colaba en su corazón.

Acarició las suaves telas y en cuanto la piel de sus dedos las tocó, estas se convirtieron en un líquido espeso como la sangre, por un momento el miedo se apoderó de su corazón, intentó expandir su mente para acariciar la conciencia de Logan y que eso la calmase, pero no podía, estaba a ciegas, sola y su don parecía que había decidido abandonarla.

Separó los dedos de aquel líquido y cerró los ojos con fuerza, empezaba a ser consciente de que su cuerpo no respondía como ella esperaba, podía realizar suaves movimientos, pero no era capaz de pronunciar palabra alguna ni tampoco podía usar su don para protegerse y pedir ayuda. El miedo se transformó en un pánico atroz que la atravesó.

Cuando abrió los ojos de nuevo, la cama parecía que volvía a ser normal, una parte de ella quería comprobar qué había sido aquello tan extraño que había visto, pero no se atrevía.

Intentando controlar el agitado latir de su corazón, suspiró profundamente e intentó calmar su mente como tantas veces le había enseñado Ildora, no podía dejarse llevar por sus miedos y ella era consciente de que su don debía ser usado en completa armonía, de lo contrario se volvía inútil, pues en caso de tener una visión, ésta se basaría en los temores que le atenazarán el corazón. Tal y como había comprobado durante el paso de los años.

Volvió a cerrar los ojos y respirando lo más lentamente posible que pudo, pensó en Grizela, eso siempre conseguía calmarle la mente y muchas

veces también conseguía que su corazón latiese a un ritmo controlado. Esta vez no fue una de esas ocasiones, apenas era capaz de imaginar a su hermana pequeña, no fue capaz de oír su voz ni pudo acceder a ninguno de sus recuerdos juntas. El terror se hizo dueño y señor de todo su ser.

Sólo le quedaba Logan, sólo él estaba en aquel extraño lugar con ella, sólo él podría salvarla, al parecer de sí misma. La paz la envolvió al sentirse tan cerca del highlander.

Caminó de nuevo lentamente alrededor de la cama y se colocó al lado del hombre que dormía con la cabeza ladeada, acercó sus dedos al cabello oscuro y los acarició con ternura, sus recuerdos no existían, no tenía ni idea de qué era lo que había ocurrido entre ellos después de que le encontrase bañándose en el río, pero sonrió porque tenía que haber sido algo maravilloso para que ella pudiese disfrutar de sus atenciones a solas, aunque lamentó no recordar cómo había sido su primera vez con el hombre de sus sueños.

Se arrodilló suavemente a su lado e inhaló una gran bocanada de aquel aire impregnado del potente afrodisíaco que era el aroma de la rosa de Bulgaria, como si ella necesitase algún tipo de ayuda para excitarse cuando Logan estaba con ella.

Acercó sus labios al masculino hombro desnudo y posó en él un beso lleno de todo aquello que ella sentía por él.

El hombre se despertó y rápidamente se giró hacia ella, la cogió con fuerza de las muñecas y aunque la hacía daño, se dejó llevar por la sensación de ser dominada por el amor de su vida.

Éste la hizo pasar sobre él y la tumbó en la cama, le sujetó las muñecas por encima de su cabeza y hundió su rostro entre sus pechos, su cuerpo estaba totalmente desnudo de repente y Athdara se excitó aún más. Logan le mordió un pezón de forma muy brusca y ella gimió por el pellizco de dolor, pero se perdió en la marea de sensaciones que le provocaba estar con él, sin duda alguna, dado que era un poderoso guerrero en determinadas ocasiones le costaría controlar su propia fuerza.

Una mano se perdió en las suaves curvas de Athdara, la acariciaba con lascivia mientras su lengua la lamía el cuello y la mordía con demasiada fuerza en el hombro, sin duda alguna le había clavado los dientes para dejar

su marca sobre ella. La situación comenzó a volverse demasiado intensa para ella pero decidió que Logan sabría tratar a una mujer y se olvidó de su voz y de sus deseos para ceder al hambre animal que parecía sentir por ella el hombre que trataba de separarle las piernas.

Cerró los ojos intentado descubrir el placer de ese momento, toda su vida había deseado a Logan con todas sus fuerzas y ahora que le tenía a su merced no iba a quejarse.

Las piernas de Athdara se abrieron de golpe a la fuerza, la sensual cadera masculina se cernió sobre ella y la poderosa virilidad de ese hombre se adueñó de todo su interior de un solo y certero golpe.

En ese momento un grito desgarrador salió de la garganta de la mujer.

—Shhhh tranquila mi niña, tranquila — la familiar voz de Ildora no podía consolarla.

—Por favor, ve en busca de mi hermana — le suplicó con los ojos llenos de lágrimas.

Athdara lloraba con verdadero desconsuelo sobre el regazo de su hermana que la sostenía como podía mientras sentía el dolor, el miedo y la desazón vertiéndose sobre ella como aceite hirviendo.

Logan no podía dejar de boquear intentando coger algo de aire. Las vívidas imágenes que aún le perforaban la conciencia le habían provocado una dolorosa erección, era la fantasía erótica más intensa que jamás había vivido. Él tenía experiencia con mujeres, pero jamás ninguna de ellas le había hecho sentir tantas sensaciones como el sueño que acababa de tener, llevaba años deseando a Athdara e incluso un par de veces la había observado bañarse en el río y desde entonces tenía esos eróticos sueños que le hacían sentirse como un joven ansioso por probar a su primera mujer. El corazón le latía tan deprisa dentro del pecho que parecía que estaba a punto de salirse del cuerpo.

Eskol McIntosh abrió los ojos de golpe y la necesidad le golpeó con fuerza. El sabor de esa dulce y cremosa piel, la sensación de las caricias en sus dedos... todo ello le había provocado una erección tan brutal que no

había podido contenerse, todo estaba siendo mucho más intenso que las otras veces. Se escondió más en las sombras y esperó mientras intentaba controlar su respiración y sus más bajos instintos. Tenía claro que en cuanto llegara a su alcoba encontraría el alivio que necesitaba pues allí siempre le esperaba la muy entregada hija del antiguo líder del clan McIntosh. Sin preámbulos se acercaría hasta ella en cuanto cerrase la puerta y dejaría que el hambre carnal se apoderase de él.

Logan intentaba controlar su mente, su corazón y su cuerpo. Empezaba a sentirse realmente mareado y fuera de control, no era capaz de imaginar porqué motivo no era capaz de rechazar a Athdara y tampoco entendía el porqué de su comportamiento, se alejaba de ella pero se negaba a perderla de vista, decía una y otra vez que no era digno de ella pero se moría de celos al pensar que otro hombre ocupase su corazón, se sentía más confuso de lo que había estado en toda su vida, aunque a juzgar por las sensaciones que aún le atormentaban, el deseo podría con su voluntad.

Durante un segundo, el corazón se le detuvo al imaginar que esa escena que se había desarrollado en su sueño se hiciese realidad pero que en vez de ser él quien disfrutase de la bella Athdara fuese otro hombre el que probara las mieles de su cuerpo. Y hasta su alma le estalló de dolor.

No pudo hacer otra cosa que salir corriendo en dirección a las caballerizas, se subió a lomos de su semental y salió veloz como el viento. Paró el caballo sobre el que llevaba galopando varias horas y se bajó de un salto, se sentía terriblemente inquieto y algo dentro de él le provocaba una sensación que no sabía reconocer.

Un grito abandonó su garganta con tanta fiereza que los pájaros abandonaron sus seguros lugares en las copas de los árboles. Le dolía el corazón como nunca le había ocurrido, no entendía muy bien qué era lo que pasaba dentro de él, pero sí sabía una cosa y era que por encima de su propia vida, estaba la de Athdara.

Cerró los ojos y se dejó caer en la tierna hierba que cubría el valle.

No fue consciente de cuánto tiempo estuvo de rodillas rezando a los Dioses, pero cuando abrió los ojos de nuevo, un renovado respeto por él

mismo comenzó a invadir cada parte de su ser. Observó todo a su alrededor, el verde profundo de la hierba, el mismo que brillaba en los ojos de la escocesa que le robaba el sueño, alzó la vista y se dejó impresionar por el azul añil del cielo, había nubes de varias tonalidades de gris, pero el aire no olía a lluvia. Suspiró más de media docena de veces cuando fue consciente de que seguramente esos serían sus últimos momentos de libertad. Cogió un puñado de tierra entre sus manos y la olió. Echaría de menos esa sensación de poder acariciar la tierra que tanto amaba.

Se levantó pesadamente y caminó hacia su caballo, le cogió las riendas y uno al lado del otro comenzaron a recorrer el camino que les separaba de la tierra de Nairn, el que había sido su hogar y donde encontraría la muerte, aunque tenía la esperanza de que fuese después de suplicarle ayuda a Ian para salvar a los McGregor.

—¡Por los Dioses! — el grito masculino le sacó de su ensimismamiento.

—¡Fergus! — corrió hacia él en un primer instinto porque se alegraba mucho de ver a su amigo, pero recuperó el sentido común y se paró en seco — ¿vienes a por mí? — miró a su alrededor intentando averiguar si ya había cruzado la frontera de los clanes.

—¡No digas tonterías! — exclamó Fergus bajándose del caballo — ¿dónde te has metido? — se acercó a él y le abrazó con fuerza — te echamos de menos hermano.

—Ya no somos hermanos — le recordó sintiendo hiel en la garganta.

—¡Desde luego estás de lo más animado! — le palmeó con fuerza en la espalda — Logan, eres un McRae y lo sabes, Ian está dolido, ya sabes cómo se comporta con la bella Katherine, pero ¿qué quieres? — se escogió de hombros — somos highlanders y cuando encontramos a nuestra *càraid* nos comportamos como animales.

—De eso no tengo ni idea — desvió la mirada sin darse cuenta.

—Seguro que no — rio Fergus — si tan desolado te encuentras, ¿por qué vuelves a Nairn? — preguntó con curiosidad, quizá los Dioses le habrían metido algo de sentido común en esa cabeza tan dura.

—Los McGregor están en peligro — las palabras le quemaron las

entrañas — Eskol McIntosh amenazó a Athdara y algo me dice que no tardarán en invadir sus tierras.

—¡Malditos perros! — exclamó Fergus furioso — ¡ni siquiera es un highlander! — bramó de nuevo — ¡un maldito extranjero!

Ambos saltaron a los caballos y emprendieron el galope hacia el clan de los McRae, Logan sabía que le debía una disculpa a Katherine por su terrible acusación y que le debía a Ian defender el honor de su amada.

Miró a Fergus fijamente y su amigo le devolvió la mirada con una sonrisa. No necesitaron hablar de nada entre ellos, pues estaba todo dicho, el abrazo que se habían dado era una muestra de que Fergus le había perdonado y aunque perdiera la vida a manos de Ian, al menos no lo haría siendo un miserable sin nombre ni honor, no sería estando completamente solo en el mundo, pues Fergus le recordaría y lamentaría su muerte.

Atravesaron las tierras de Escocia dejando que su corazón se llenara del desprecio que sentían por aquél hombre que llegó medio muerto a las costas de su país cuando apenas era un niño y que fue acogido por el benevolente *laird* del clan McIntosh, un hombre que vivía con la extraña idea de que la bondad vencería a la maldad de los hombres, por desgracia no tardó en ver el error que había cometido, pues cuando Eskol apenas contaba veinte años de edad, se hizo con el control de aquellas tierras matando a su *laird* y seduciendo a su hija.

En cuanto divisaron las torres del castillo de Nairn, tanto Logan como Fergus se detuvieron en seco y se miraron a los ojos. El primero estaba seguro de que Ian le atravesaría el corazón con su espada en cuanto le tuviese ante él y el segundo confiaba en que los Dioses no hubiesen decidido que era la hora de su amigo.

Mientras atravesaban las tierras y se acercaban a las gentes que las habitaban, Logan podía sentir el odio que se respiraba en el aire y las miradas envenenadas de aquellos que hasta hacía poco habían sido sus hermanos de clan.

CAPÍTULO 5

Cuando las puertas de la fortaleza se abrieron de par en par, ambos highlanders entraron con paso sosegado, era evidente que los ánimos estaban más que exaltados y los murmullos con la palabra “traidor” llenaban el aire.

—Eres tan miserable que ni siquiera has intentado sobrevivir — la voz cargada de odio de Ian le destrozó el corazón.

Logan se bajó de su caballo de un salto, empuñó su espada pero la soltó cuando sintió como todo el mundo a su alrededor había desenvainado las suyas, miró a su mejor amigo a los ojos e intentó que viese que no tenía las más mínima intención de pelear contra él. Siempre se habían entendido sin palabras.

—Voy a matarte — susurró Ian apretando la punta de su espada contra la piel del cuello de Logan.

El tiempo se detuvo mientras ambos hombres se retaban con la mirada, durante toda su vida habían sido los mejores amigos, hermanos, aunque no de sangre, sí de alma y todo se había perdido por culpa de una mujer.

Logan recordó con amargura cómo aquella inglesa de ojos oscuros que había intentado matar a Lady Katherine le había persuadido para dudar de ella y de su amor por Ian, la hiel le invadió la garganta al recordar cómo la había tratado aquella vez en el Gran Salón cuando la interrogó como si fuese una vulgar ladronzuela, y para más vergüenza, lo hizo delante de los principales consejeros del clan y delante de Ian.

—Merezco morir sin duda — las palabras le arañaban la garganta — pero no vengo por mi vida *laird*, vengo a suplicar ayuda para los McGregor — se quitó el cinto que sujetaba su espada y lo dejó caer a sus pies — Eskol McIntosh amenazó a Athdara y creo que intentará invadirles, estoy aquí para suplicaros que les ayudéis.

Se dejó caer de rodillas al suelo ante la atónita mirada de todos los presentes, el más sorprendido era Ian, jamás en su vida se habría imaginado que Logan fuese capaz de suplicar y mucho menos de humillarse así para pedir ayuda.

—Los asuntos del clan ya no son asunto tuyo — le dijo con desprecio.

—¡Ian McRae! — la voz de Katherine atravesó el patio de armas y dejó a todo el mundo inmóvil — ¡suelta esa espada ahora mismo! — gritó desde la ventana de la biblioteca donde pasaba su tiempo libre.

—Será mejor que te prepares — le susurró al oído Fergus a Ian — parece que nuestra *valkiria* ha vuelto — le dedicó una sonrisa traviesa que molestó al *laird*.

Todo el mundo observaba la reacción de su líder, según la ley, él era dueño y señor de todos y nadie le decía lo que debía hacer o no, salvo una persona, la bella inglesa que se había ganado el corazón de todo aquel que vivía en la zona, incluso más allá de la frontera de los McRae.

Su futura señora aún no estaba casada con Ian, pero eso no les impedía vivir como un matrimonio y desde luego no evitaba que todos los integrantes del clan le ofreciesen el respeto que merecía. Todo el mundo había escuchado la desgarradora historia de su secuestro y de cómo le había salvado la vida a Ian McRae peleando como una *valkiria* y clavando una flecha en el negro corazón del hermano bastardo y traidor del rey inglés. Y cuando pensaban que ya no podía enseñarles nada más, cedió el día de su boda a Fergus y Nerys, alegando que ya habían esperado suficiente para amarse con total libertad.

Cuando la inglesa llegó hasta donde estaban, todos los presentes retuvieron el aire en sus pulmones, era conocida por su fuerte carácter y por no dejarse amedrentar ante nadie.

—Ian, te lo digo por última vez — se situó delante de él que la miraba furioso — suelta esa espada.

—Katherine, no te inmiscuyas en esto — la grave voz del *laird* le indicó que estaba a punto de perder los papeles.

La mujer observó a su futuro marido y vio en sus ojos el dolor tan profundo que sentía, supo que no quería hacer aquello y que si realmente mataba a su mejor amigo por una palabra jurada en un momento de tensión, se arrepentiría toda su vida y al final, la culpa le desgarraría el alma carcomiendo todo lo bueno que había dentro de él.

—Mi *laird* — se acercó un poco más a él — por favor — le miró a los

ojos fijamente — suelta la espada y deja que se levante.

—¡No! — fue el grito de Ian lo que terminó con su paciencia, no entendía cómo podía llegar a ser tan terco.

Pero no estaba dispuesta a perder a dos buenos hombres y por eso apretó los dientes con fuerza, retó a Ian a clavarle la espada a Logan y cuando vio que no cedería, cerró los ojos para intentar contener toda la rabia que bullía dentro de ella.

Cogió con fuerza la espada entre sus manos y gritó por el dolor.

—¡Suelta la espada! — bramó sin dejar de mirar a Ian.

—¡Por los Dioses! — Ian soltó el arma dejándola caer en el suelo y se apresuró a contemplar las heridas de su amada — ¿por qué lo has hecho? — la miró fijamente dejando que la rabia y la ira fluyeran por todo su ser, sus ojos oscurecidos parecían bronce bruñido.

—Porque te estás comportando como un animal sin cerebro — le siseó ella con furia — no voy a permitir que mueran dos hombres sólo por una estúpida discusión — arrancó sus manos de entre las del *laird* — ¡sois hermanos! ¡es un McRae! — le enseñó las palmas ensangrentadas — si yo derramo mi sangre por él, ¿no merece tu misericordia Ian? — le preguntó con el corazón golpeando sus costillas.

—No es un McRae — siseó el highlander — ¡Idoia! Trae la bolsa de las curas y unas vendas — miró furioso a Katherine — la inglesita se ha herido.

Esas palabras se les clavaron a ambos en el corazón, pero más que las palabras dichas, fue el tono con el que salieron de la garganta del *laird*. Los dos se retaron con la mirada y se dieron cuenta de que ninguno de ellos iba a ceder.

Katherine bullía de ira descontrolada, sólo podía pensar en estamparle un bofetón a Ian, pero si hacía eso, le pondría en un serio problema delante de medio clan, apretó los dientes con fuerza, cerró los puños hasta que se clavó las uñas en las heridas abiertas, los ojos se le encharcaron de lágrimas por el dolor, pero se obligó a no llorar ni gemir.

—Por favor Ian — le imploró — te lo suplico, no le mates, escucha lo que tenga que decir, ha mencionado un ataque contra los McGregor y ni siquiera has pestañeado — dio un paso hacia él — por favor mi amor — le

susurró — perdónale y salva la vida de ambos — una lágrima se escapó de su control y rodó veloz por su mejilla.

—Mi vida no corre peligro — respondió altivo.

—Mata a tu hermano y tu corazón se llenará de oscuridad — dio otro paso hasta estar tan cerca de él que podía sentir cómo le latía el corazón — escúchale, ha puesto en riesgo su vida por salvar la de otros — le acarició la cara dulcemente — ¿no te recuerda a alguien? — le dedicó una dulce sonrisa que acabó con sus barreras.

—Eres mi perdición — la rodeó la cintura con los brazos y la acercó aún más a él — ¿cómo has podido perdonarle? — le preguntó admirando su belleza, pero aún más su buen corazón.

—¿Cómo no hacerlo? — volvió a sonreír — *mo luaidh* — le besó dulcemente en los labios — por favor.

Todo aquel que estaba contemplando la escena sintió que su corazón se llenaba de orgullo por su futura señora, una vez más les había dado una valiosa lección de valor y bondad, además no podían evitar sentir que el amor que le profesaba a su *laird* les invadiera haciéndoles sentir afortunados por tenerla de su lado.

Ian la observó con detenimiento dejándose llevar por todo lo que sentía por esa mujer que conseguía humillarle con sonrisas, besos y esas miradas llenas de ira que le hacían desearla más a cada día que pasaba, pero contra lo que era incapaz de luchar era al escucharla hablar gaélico, se esforzaba por aprenderlo y aunque sabía que lo practicaba con su padre y con Idoia, a él solo le decía determinadas palabras para ablandar su corazón, era consciente de ello, pero lo cierto es que le daba igual, adoraba todo de esa mujer y por ella haría lo que fuese necesario. Incluso perdonarle la vida a un traidor.

—¡Ya habéis oído a vuestra señora! — vociferó Ian alzando a Katherine del suelo — Logan vivirá y explicará qué motivos le han traído de vuelta a la tierra que fue su hogar en el pasado.

Acto seguido se dirigió con ella en brazos hacia el interior del castillo a grandes zancadas mientras los demás sonreían sabedores de que Katherine era sin duda alguna, la *càraid* de Ian.

—Algo bueno has debido hacer en otra vida — le palmeó el hombro

Fergus sacándole de su ensoñación.

—Y no acierto a comprender qué pudo ser — Logan se levantó del suelo y miró fijamente a su amigo — esa mujer siempre consigue dejarme sin palabras.

—Sí, Lady Katherine es única — sonrió y recogió la espada de Ian del suelo — gracias a los Dioses que la tenemos cerca.

Ambos caminaron hacia el interior del castillo en silencio. Logan no era capaz de comprender por qué motivo su señora no estaba furiosa con él, después de cómo la había tratado, después de aquello por lo que la hizo pasar, ella debería suplicarle a Ian que le arrancase la piel a tiras.

Al entrar en el Gran Salón, saludaron al padre de Ian, era increíble cómo el antiguo *laird* había pasado mucho tiempo postrado en la cama sin apenas moverse y ahora era capaz de levantarse por sí mismo, había recuperado el buen color e incluso había comenzado a practicar de nuevo con la espada. Otro de los milagros de la bella inglesa.

Fergus observó al otro lado del Gran Salón a la mujer a la que amaba por encima de todo lo demás, aquella por la que había desafiado a Ian, aquella por la que con gusto vendería su alma, aquella que era la única dueña de su corazón y cuando la hermosa Nerys se giró y le vio mirándola, no se lo pensó, atravesó la estancia y se lanzó en sus brazos para besarle con todo el amor de su corazón.

Se habían casado apenas hacía unos meses gracias a que Katherine había insistido en que ellos debían casarse antes que Ian y ella, según argumentó en la reunión del clan, ellos llevaban más tiempo amándose en la distancia y ya era hora de que pudiesen disfrutar el uno del otro sin tener que dar explicaciones a nadie. No se alzó ni una sola palabra en contra de ese razonamiento. Ian intentó protestar pero Katherine se encargó de hacerle ver las cosas desde su punto de vista.

Logan saludó con cariño a Nerys y ésta le devolvió el abrazo y el beso en la mejilla, se alegraba muchísimo de que su hermano no hubiese matado a su mejor amigo, Katherine había tenido razón de nuevo, si le atravesaba el corazón con su espada, todo el mundo le perdería porque la oscuridad y el remordimiento se apoderarían de él.

Mientras Idoia le ofrecía una jarra de vino y algo que comer con una candorosa sonrisa, Logan se sentía como en un sueño, él ya no pertenecía a ese lugar, ya no estaba rodeado de hermanos... ahora simplemente era un hombre sin hogar que venía a suplicar por la vida de otros.

—Bien — la voz de Ian retumbó en el Gran Salón — cuéntame qué le ha pasado a Athdara.

—Estábamos cabalgando por el valle de sus tierras cuando Eskol lanzó una flecha y derribó a su caballo, ella cayó al suelo y poco después le lanzó un dardo que le dejó inconsciente en el suelo, salimos huyendo de allí y la dejé en la fortaleza de su padre, después puse rumbo a tus tierras para pedirte ayuda — le miraba fijamente esperando su reacción.

—Es decir, la atacaron, se defendió sola y lo único que tú hiciste fue correr — no podía evitar atacarle, se sentía profundamente herido y aún estaba furioso con él.

—Estábamos en desventaja Ian — intentó explicarle.

—¿Seguro? — clavó sus ojos dorados en él — por lo que cuentas, Athdara sabe defenderse sola y Eskol estaba en el suelo... ¿qué más necesitabas para apresarle? ¿acaso querías que él mismo se atase las manos?

—¡Basta ya Ian! — la voz de Katherine le atravesó el corazón — no hay nada de malo en la actitud de Logan.

—Sí que lo hay mi señora — interrumpió el mencionado escocés — Ian, no soy un cobarde, sé que ahora mismo crees que no tengo honor y no puedo demostrarte lo contrario, pero durante años has confiado en mí, sé que estás furioso conmigo pero eso no me hace menos hombre — miró a los presentes con frialdad — sí, pude haber apresado al extranjero, pude haber atravesado su corazón con la espada, pude haber hecho muchas cosas, pero en lo único que podía pensar era en poner a salvo a Athdara y en pedirte ayuda, porque por mucho que me odies, sabes tan bien como yo que Eskol es un estratega y seguramente ya habría dado órdenes de ataque aunque él muriese, además, el hecho de que no viésemos a otros, no quiere decir que no estuviesen allí.

Todo el mundo permaneció en silencio durante unos instantes mientras los varios pares de ojos se posaban en el *laird* McRae y en Logan. Ambos se

miraban a los ojos, pero sus actitudes eran muy dispares. Ian tenía ira y dolor en su ambarina mirada mientras que el otro tan sólo tenía súplica en la suya.

—¡Fergus! — bramó Ian — coge a unos cien hombres y armaros, partís inmediatamente hacia las tierras de los McGregor — miró a Katherine a los ojos y se acercó para abrazarla — tengo que ir con ellos mi amor, no puedo romper mi palabra de highlander y no puedo abandonar a un amigo.

—Por supuesto que no — se alzó para besarle en los labios — protege a nuestros aliados, yo me quedaré en nuestro hogar intentando que nadie me mate mientras tú no estés — le dijo con una sonrisa en los labios.

—El origen de esos ataques murió — le recordó aunque sabía que no era necesario, ella aún tenía pesadillas al respecto.

—Pero la desconfianza y el miedo son inevitables y aún me queda mucho por demostrar — se abrazó a él con todo el amor que sentía — sólo te pido una cosa — él esperó a que ella terminase de hablar — no mates a Logan, por favor... — le besó antes de que él pudiese protestar — vuelve conmigo y trae tu corazón lleno de orgullo por la victoria y tu alma en paz — le besó de nuevo — prométemelo Ian.

El *laird* McRae no podía menos que sentir que su corazón se llenaba de orgullo ante semejante mujer, había conseguido que no matase a Logan, algo que él tampoco quería hacer y además se había aprovechado de la situación para asegurarse de que no lo haría incluso fuera de sus fronteras. ¿Cómo podía negarse a esa intensa mirada azul como el mar de Escocia? ¿cómo no concederle todos sus deseos si al sentirla tan cerca de él, todo su ser se rendía con pleitesía?

—*Suirgheach* — le susurró al oído y disfrutó a notar como ella se estremecía — *tha gaol agam ort, mo bana-phrionnsa*.

Mientras el mundo dejaba de girar para ellos, Nerys y Fergus se despedían para lo que prometía ser una larga temporada. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas y él intentaba consolarla prometiendo que volvería para formar una familia con ella y para que la paz volviese al corazón de su cuñado.

Apenas unas horas después, los guerreros se preparaban para la travesía y poco después partían hacia los territorios de los McGregor. Les quedaba un

duro trabajo por delante, pues aunque eran highlanders, no eran guerreros, eran comerciantes y granjeros. En la mente de todos estaba la súplica para que el despiadado Eskol McIntosh no hubiese planeado un ataque en breve o no podrían hacer nada para evitarlo.

—Tranquila Nerys — Katherine abrazó con fuerza a su cuñada — volverán sanos y salvos.

—Aunque tengamos que ir a salvarles nosotras mismas — ambas se miraron a los ojos con determinación para romper en una sonora carcajada.

CAPÍTULO 6

Eskol McIntosh estaba en su alcoba tumbado boca arriba, con el torso desnudo, las caderas tapadas con una sábana y soportando el suave respirar de la mujer que dormía plácidamente a su lado mientras en su mente sólo había espacio para una cosa. La ansiada batalla que ocurriría en apenas unos meses y de la que no era capaz de predecir el desenlace.

Desde que era un niño pequeño fue consciente de que su mente funcionaba de forma distinta a la de los demás, donde los otros veían complicaciones, él veía oportunidades, nadie habría apostado por él y sin embargo allí estaba, siendo *laird* de unas tierras robadas y esforzándose por recordar todo aquello que había perdido.

Apenas recordaba a su madre, pues cuando llegó a las costas escocesas contaba con apenas diez años. Y ya habían pasado muchos inviernos desde aquel día. Pero sí recordaba una cosa, algo que llevaba grabado en una muñequera de cuero en el idioma materno y que jamás se quitaba: “*leve, kamp, du er bundet til goberbar*” (vive, lucha, estás destinado a gobernar).

Y eso era lo que había hecho desde que el inocente de Claud McIntosh le había descubierto muerto de hambre y sed tirado sobre las rocas siendo golpeado sin tregua por el mar embravecido. Se compadeció de él y le metió en su hogar, sin ser consciente de que aquel a quien estaba dando cobijo era en realidad una serpiente escondida en el débil cuerpo de un niño.

Pero ahora ya no era un niño y el pasado debía quedar atrás. Ahora era el momento de luchar, de pelear y de vencer, pues aunque no intuía el final de la batalla, él era un estratega y creía firmemente que su destino era destrozarse al clan de los McGregor para hacer suya a la hermosa Athdara, una mujer que tenía a su alcance las prósperas tierras de su padre y que además era toda una belleza.

La mujer a su lado se revolvió y abrió los ojos con la candidez de siempre.

—Estás muy tenso *mo gràdh* — él la miró con desprecio.

—Odio que uses el gaélico cuando estás conmigo — volvió a mirar al

techo — fuera de mi cama.

—Lo lamento Eskol — se giró para acariciarle el musculoso pecho — se me ha olvidado — se incorporó encima de él — perdóname.

—¿No te cansas de que te use teniendo a otra mujer en mi cabeza? — le preguntó con el odio tiñendo sus palabras y vio el dolor en los ojos de ella.

—¿Por qué lo haces? — preguntó a punto de echarse a llorar.

—Porque tú no eres mi destino, te lo he dicho muchas veces, disfruto de tu cuerpo pero tú no serás mi señora, la mujer que ocupa mi corazón es otra — ella se sentó de nuevo sobre el jergón — sal de aquí.

Desnuda y sin un ápice de dignidad dentro de ella, salió de la alcoba del hombre que le había robado el sentido y se introdujo en la suya deseando que nadie la hubiese visto y así evitar sentirse más avergonzada por no poder resistirse a ese hombre tan cruel.

Athdara se incorporó en el lecho, llevaba varios días muy turbada por aquella visión que la había dejado totalmente desconcertada. Se sentía débil y cansada continuamente y comenzaba a estar hastiada de que todo el mundo la tratase como si estuviese empezando a perder la cabeza, pues se había dado cuenta de que algunas de las mujeres que trabajaban en el castillo murmuraban cuando la veían aparecer y poco a poco la relegaban de algunos de sus quehaceres.

Sí, tenía que estar loca para amar tan desesperadamente a alguien como Logan, un hombre que ni siquiera había pestañeado antes de huir de su obligación que no era otra, que la de luchar a su lado. Ellos estaban destinados a salvar a su clan y a tener un amor tan intenso y puro como fuesen capaces de soportar. Ella lo había predicho cuando tan sólo era una niña y desde aquella noche, cada vez que miraba a Logan o le recordaba, ese sueño se apoderaba de ella y su visión se nublaba, su mente se abotargaba y todo su ser vibraba al son de la respiración del highlander.

—Buenos días — Grizela entró en la alcoba de su hermana seguida de Ildora que portaba una bandeja llena de viandas.

—No son buenos Grizela — la miró fijamente — tengo que irme y lo sabes, me estás reteniendo en contra de mi voluntad — una lágrima escapó de

sus ojos — tú más que nadie sabe que si me quedo aquí, Eskol me convertirá en su oráculo además de en su ramera particular... no me condenes hermana mía — le suplicó.

—No te condeno Athdara y me duele que lo pienses — la dama de compañía dejó la bandeja en la mesilla y ambas mujeres se sentaron a su lado — hace un par de días que no te doy el tónico que te adormece, lo que significa que si no te ves capaz de levantarte de esta cama es porque no puedes, pero el motivo no soy yo — Grizela le cogió las manos con cariño — jamás te dañaría y lo sabes, el elixir que te di potenció tu visión, pero nada más, todo lo demás está en tu mente — suspiró — te sientes débil porque él no se ha quedado a luchar a tu lado, porque es un cobarde y porque por mucho que tú le ames, él no te merece.

—¡No hables así de Logan! — protestó — no es así... sé que no lo es.

Pero en el interior de su corazón no estaba tan segura de ello, ella le había suplicado que se quedara con ella pero él no había hecho nada de lo que se suponía que tenía que hacer. El día que le encontró en el río se suponía que tenía que haber cedido a sus encantos y que la tomaría sobre aquella hierba verde y fresca por el rocío, pero no había sido así. También se suponía que él jamás podría decirle que no, y aunque esa palabra en particular no había salido de sus labios, lo cierto es que el hecho de que se fuese galopando fue más claro que cualquier palabra que hubiese podido emplear para alejarse de ella.

Miró a su hermana y a la mujer que la había criado y se dejó llevar por lo que sentía. Grizela le había dicho la verdad, era consciente de que ningún elemento extraño permanecía en su cuerpo y también se daba cuenta de que el estado de permanente tristeza en el que estaba sumida se debía a que durante semanas se había ilusionado con abandonarse a las atenciones de Logan y así superar la maldición.

—Sé lo que quieres decirme Grizela, pero no puedo evitarlo, le amo más que a mi vida — sentenció sabiendo que reconocerlo en voz alta sólo servía para que el dolor se hiciese más agudo.

Dicho lo cual, se levantó de la cama y aunque le supuso todo un reto, se mantuvo erguida, se puso una bata y se ciñó el cinto con fuerza. Ya era hora de empezar a continuar con su vida, no podía abandonarse a la tristeza y la

pena que sentía en su corazón, debía ser valiente y enfrentar su destino.

Cogida de la mano de su hermana, ambas bajaron hacia el Gran Salón para compartir el desayuno con su padre y con los miembros del consejo del clan. Justo antes de atravesar el gran arco, las hermanas se miraron a los ojos y sonrieron dándose la una a la otra el valor que las faltaba.

—Buenos días miladys — la voz de Ian McRae las sobresaltó.

—¡Ian! — ambas le miraron llenas de admiración y gratitud, el poderoso *laird* había acudido en su ayuda.

Se acercaron a él y le saludaron eufóricas, le abrazaron como si estuviesen en presencia de su salvador, y en gran parte, así era, pues si los McRae les enseñaban a pelear, tenían una posibilidad de sobrevivir.

—¡Hijas! ¡por los Dioses! Es un hombre comprometido — las regañó su padre ante la atenta y divertida mirada de Ian.

—Nunca me han molestado las muestras de cariño de las mujeres hermosas — las guiñó un ojo cuando ellas se separaron de él ruborizadas — pero... será mejor que esto lo mantengamos en secreto, de lo contrario, mi *valkiria* particular es probable que se alíe con los McIntosh y arrase vuestros territorios — les explicó con la voz cargada de orgullo, sin duda alguna Katherine era capaz de eso y de mucho más.

—Athdara... — la voz grave de Logan hizo que el corazón de la joven se le parase de golpe.

Durante unos instantes se miraron el uno al otro sin apenas atreverse ni a respirar. Lo que estaban sintiendo en esos momentos era demasiado intenso como para que un simple parpadeo lo estropease, se veían incapaces de expresar con palabras lo que sus corazones les gritaban.

—¡Mira a quién ha traído el viento! — la voz cargada de resentimiento de Grizela les hizo reaccionar — Ian — miró al *laird* con una pícara sonrisa — ¿acaso te lo has encontrado oculto entre la maleza?

—Grizela — Ian se sentía confuso por el cambio de humor de la joven, siempre era educada y comedida — entre nosotros hubo un malentendido, pero ya está solucionado, Logan jamás se ha escondido entre la maleza y jamás ha huido de sus responsabilidades — la advertencia velada del *laird* vecino no le pasó desapercibido a ninguno de los presentes.

La joven miró a Ian McRae directamente a los ojos sin un ápice de arrepentimiento en ellos. Sabía que se había equivocado con aquel ataque gratuito sobre el guerrero, pero se sentía dolida por lo mucho que su actitud esquiva hería a su hermana. Bastante tenía ella con lidiar con su propio corazón como para sentir a cada instante el temor, la ira y el miedo de Athdara.

—Hija — intervino el *laird* McGregor — creo que le debes una disculpa a Logan.

—No me disculparé ante él padre — por primera vez en su vida le desafiaba — tan sólo puedo prometer que intentaré contener mi lengua.

Acto seguido, miró a su hermana fijamente y salió del Gran Salón en dirección a su alcoba.

En el mismo instante en el que la joven de cabellos dorados salió de la estancia, todas las miradas se posaron en su hermana que no podía dejar de mirar a cierto highlander sin terminar de comprender qué era lo que le ocurría con él. Ninguna de sus visiones se hacían realidad cuando se trataba de él, estaba convencida de que la había abandonado, sin embargo, allí estaba, delante de ella, al lado del *laird* McRae y dispuesto a ayudar.

No fue consciente de que la conversación se había reanudado en el Gran Salón. Ian y varios guerreros más del clan vecino solicitaban a su padre que les cediera la organización de la defensa de la fortaleza, cosa que les concedió encantado.

A partir de ese momento todo fue como vivir en una tierra desconocida.

Los bravos guerreros se dividieron en equipos de trabajo, habían acudido más de cien hombres que se repartieron en cuatro grupos. Uno se encargaba de seleccionar a los aldeanos más fuertes y entrenarles con el arco y la espada, otro era el responsable de construir mejoras para que el castillo pudiese resistir un asedio, otro se puso al frente de la forja y comenzaron a fabricar espadas, flechas y cotas de malla y el cuarto se dedicó a explorar el territorio de los McGregor hasta el último rincón para conocer al detalle dónde eran más vulnerables.

Athdara y Grizela fueron enviadas a las cocinas para ayudar a preparar las despensas con una mejor organización para superar un asedio si es que

este llegaba a producirse.

—Grizela — la voz de Logan la sobresaltó — tu padre nos ha contado que conoces el poder de las plantas.

—Soy la sanadora de nuestro clan — respondió tranquilamente.

—Athdara utilizó un dardo para dejar inconsciente a Eskol McIntosh — observó los cálidos ojos de la mujer y esperó su respuesta.

—Si lo que pretendes es que me disculpe por ello...

—No, lo que quiero saber es si puedes preparar más brebajes de ese tipo y repartirlo entre los hombres.

—Creo que sí — respondió dubitativa — le pediré ayuda a mi hermana.

—Gracias, toda la ayuda que podáis prestarnos será bien recibida.

Sin decir nada más ni esperar respuesta por parte de la joven, Logan se dio media vuelta y volvió a sus quehaceres. Le había pedido a Ian que le dejase participar en las reformas del castillo, pues no se veía capaz de enseñar a luchar a nadie y tampoco creía ser el más cualificado para evaluar las posibles amenazas, obviamente jamás había forjado una espada ni tenía la más mínima idea de cómo se hacía, así que solo servía para transportar los materiales y ayudar en la construcción de las defensas, o al menos era lo único en lo que no se sentía un completo inútil.

La conversación con Grizela le hizo pensar en Athdara, ¡cómo la echaba de menos! La observaba a escondidas mientras ella atendía los quehaceres del castillo y aunque la viese con algunos mechones descolocados o caminando por los pasillos, no era capaz de pensar en otra cosa que en lo hermosa, dulce y valiente que era. Y claramente él no estaba a la altura, pues no tenía nada que ofrecerle a una mujer como ella.

CAPÍTULO 7

Los días pasaban lentamente. Athdara y Logan no volvieron a cruzar una sola palabra en todo ese tiempo, no es que la joven pelirroja no buscase posibles ocasiones para ver al highlander, pero éste no se lo ponía nada fácil y en cuanto la veía acercarse, él encontraba algo que hacer en la otra punta del castillo y se alejaba de ella lo máximo posible ante la furiosa mirada de la joven que pese a lo que sentía por él, cuando huía así de ella, sólo pensaba en arrancarle los ojos de las cuencas por ser tan cobarde.

Ian observaba a su mejor amigo y no alcanzaba a comprender qué era lo que había sucedido para que su forma de ser cambiase de un modo tan radical. Le recordaba a su preciosa inglesa cuando la conoció, ella simuló ser todo candor, sumisión y delicadeza, cuando en realidad era una mujer digna de Escocia, era hermosa como ninguna, leal, feroz en la batalla y tenía más valor del que cabría esperar en una dama de alta alcurnia como era.

Con el tiempo, Katherine le había explicado que todo el dolor sufrido y el verse completamente sola le habían hecho reconsiderar su forma de ser, no para ocultarles su verdadera personalidad, sino para adaptarse a la profunda pena que la devoraba el alma, no podía demostrar cómo era en realidad porque se sentía perdida.

Miraba fijamente a Logan mientras este cargaba él sólo con una pesada viga de madera que transportaba hasta el portón de entrada y se preguntaba qué era lo que hacía que el corazón de su mejor amigo sangrase de tal forma que le hiciese perderse a sí mismo.

—No parece el mismo ¿verdad? — la pregunta de Fergus no le sorprendió, Ian negó con la cabeza — estoy preocupado por él mi *laird*, hace días que no le veo sonreír, no mira a las mujeres a su alrededor y tan sólo deja de trabajar para comer unas pocas sobras y dormir menos horas de las recomendables.

—Está perdido — murmuró McRae — y él es quien debe encontrar el camino de vuelta a casa.

No había mucho más que decir. Los dos guerreros opinaban lo mismo y

aunque ambos sentían el dolor y el pesar de su mejor amigo, también eran conscientes de que nadie aprovecha la ayuda recibida si no es él quien la solicita. De modo que se dieron media vuelta y volvieron a sus obligaciones, el tiempo corría presto y debían ayudar a los McGregor.

Athdara caminaba como un alma en pena por el castillo, hacía un par de días que había tomado la decisión de intentar hablar con Logan o rozarle cuando pasaba cerca de ella, el ansia que sentía dentro de su pecho la hería profundamente y pese a lo mucho que le amaba, también era una escocesa, por lo que su orgullo le impedía volver a humillarse acercándose a él o intentando entablar una conversación, y lo cierto era que estaba cansada de tragarse el rechazo continuo al que él la sometía.

Mientras ayudaba a su hermana a recoger unas raíces que crecían discretas entre la base del brezo florido, no pudo evitar aspirar su aroma y cerrar los ojos un instante, el recuerdo de su madre la golpeó con fuerza, quiso cerrar los ojos y evitar que su mente se llenara con aquellas imágenes, pero no pudo parar a tiempo.

Ella tendría unos ocho años más o menos, aún no se había convertido en mujer y aún era libre de su don. Su madre se sentía profundamente orgullosa, ella era una mujer irlandesa de hermosos cabellos rojos como el fuego y profundos ojos verdes llenos de sabiduría, pero sobre todo, de amor por ella, por Grizela y por su padre.

Caminaban entre el brezo florido y las flores silvestres mientras cantaban canciones y sonreían al sentir la calidez del sol en su piel. Podía recordar cómo le brillaban los ojos a su madre cuando las miraba fijamente a ella o a Grizela, o cómo les acariciaba el pelo distraída mientras pasaban largos ratos conversando de todo y de nada en realidad.

Había pasado mucho tiempo desde aquel día en el que su madre la pilló escondida entre unos arbustos mientras los chicos del clan acompañados por algunos miembros de otros clanes vecinos se bañaban en el río y jugaban entre ellos en las cristalinas aguas.

Más de veinte chiquillos eran los que llenaban el ambiente de risas, silbidos, palabras soeces y vida, pero ella sólo tenía ojos para uno de ellos, aquél que siempre que la miraba parecía que la traspasaba con la mirada, aquél que cuando le sonreía, el mundo dejaba de girar para ella, aquél que

con el paso de los años tan sólo había conseguido mejorar físicamente convirtiéndose en un poderoso guerrero pese a que hubiera perdido su voz y su honor por el camino.

Ella podría ayudarle a recuperar toda la gloria, pero él se negaba tan siquiera a compartir un pedazo de pan con ella y ya no soportaba más sentir cómo era amable con todos menos con ella, lo que más ansiaba en la vida era dejarse llevar entre los brazos del hombre que ocupaba sus horas de sueño y las de vigilia.

—Un penique de cobre por tus pensamientos — la profunda y grave voz masculina la sacó de sus recuerdos y ensoñaciones, le miró con tristeza en los ojos.

—Mis pensamientos valen más de un penique de cobre, guerrero — le dijo poniéndose en pie y apretando la mandíbula para evitar que sus lágrimas escapasen de sus ojos, le dolía demasiado tenerle delante de ella.

—Tienes razón — se interpuso en su camino — estás triste — le dijo con el corazón encogido por la congoja de verla sufrir.

—¿Acaso pretendes que crea que te importa? — clavó sus ojos verdes que brillaban con furia en los de él — ¿acaso tendrás la poca vergüenza de fingir que no conoces el motivo por el cual me siento así? — Logan no se atrevía ni a pestañear — o lo que ocurre quizá sea... que no sólo necesitas verme sufrir sino que además vienes a recrearte en mi dolor y mi pesar — alzó la cabeza con gento altivo — pues bien, no obtendrás la satisfacción que buscas, pues mi paciencia contigo ha sido más que suficiente.

Dicho lo cual, se irguió y comenzó a caminar de vuelta al castillo donde se escondería en su habitación hasta que dejaran de salirle lágrimas a borbotones, ya era suficiente saber que Logan podía percibir cuando se sentía más vulnerable, pero darse cuenta de que había acudido a ella para regodearse la había humillado y herido profundamente.

Logan se quedó completamente paralizado. El arranque de furia de la mujer le había dejado sin palabras. ¿Qué era lo que no comprendía? ¿Por qué ella le trataba como si fuese el causante de todos sus males? Él daría su propia vida por salvar la de ella. La observó irse llena de ira y por más que lo pensó no conseguía dar con la respuesta, podía entender el miedo que debía

sentir con tantos extraños en sus tierras y la desazón que la embargaría al saberse en peligro constante, pero él no era responsable de aquello, de hecho, si por él fuera, se internaría en el territorio de los McIntosh y decapitaría a la serpiente que les dirigía.

—Eres un imbécil Logan — la voz de Ian McRae le sorprendió — llevas varios días evitando a todo el mundo.

—Sé que sólo me toleráis porque soy un buen animal de carga — se encogió de hombros.

—¿Acaso alguien ha osado insinuar semejante blasfemia? — le preguntó interponiéndose en su línea de visión, el escocés negó con la cabeza — mira Logan, eres un McRae, pese a mis palabras y mis acciones eres uno de los míos — el highlander sintió como su corazón casi le estalla en el pecho — y si alguien de estas tierras no te quiere aquí, todos nos iremos contigo — cogió aire y lo expulsó lentamente — me resulta muy difícil estar tan lejos de Katherine y no saber si ella está bien.

—Ian... yo... lo siento — se disculpó torpemente.

—Lo sé — respondió el *laird* — mira, sé que soy un ogro a la vista de muchos hombres y algunos incluso me han acusado de ser injusto, pero...

—La herí y no puedes perdonarme — bajó la vista al suelo — lo entiendo Ian, a veces yo también quisiera que me clavases la espada en el corazón.

—Eres un estúpido Logan — Ian se enfurecía por momentos, ¿qué le ocurría a su amigo? — si quisiera matarte lo habría hecho y no te habría dado tanto tiempo para que permanecieses en mis territorios ni habrías acudido a la boda de mi hermana — le miró con una sonrisa — ¿o acaso pensabas que no te había visto? — soltó una carcajada — sé todo lo que ocurre en mis dominios — le recordó.

—Pero... — las palabras no le salían de la garganta e Ian resopló furioso.

—Pero nada, Katherine cree ciegamente en ti, al igual que Nerys y mi padre y todo el consejo, tú eres el único que parece creer que ya no eres bien recibido en nuestro hogar.

—¡Me echaste de tus tierras! — le espetó preso de la confusión.

—¡Ofendiste a tu señora! — le recordó Ian — ¿acaso ya no recuerdas cómo solucionábamos los problemas antes de que las mujeres nos nublaran el juicio? — miró a su amigo directamente a los ojos — no es el honor lo que has perdido Logan, te has perdido a ti mismo.

Dicho lo cual se marchó de allí casi a la carrera, él no era de tener conversaciones profundas con nadie salvo con su preciosa inglesa, la misma que le había enviado una misiva para recordarle que estaba allí para proteger a sus aliados y amigos, pero también para indicarle a Logan cuál era el camino de vuelta a casa. Ian bufaba lleno de frustración, incluso por carta, esa maldita mujer era capaz de doblegarle y hacerle cometer estupideces como la de hacer entrar en razón a su mejor amigo.

Logan sentía que la tierra apenas podía sostenerle. Ian McRae, el poderoso y orgulloso Ian McRae había ido a hablar con él y aunque las palabras específicas no habían sido pronunciadas, él sabía que le había perdonado. Jamás había visto al *laird* ignorar sus propias palabras, pero al parecer con él había hecho una excepción y se sintió humilde e indigno de semejante favor. Nunca conseguiría entender a las mujeres, ¿por qué Lady Katherine se empeñaba en salvarle la vida una y otra vez?

Caminó de vuelta a la fortaleza sumido en la más absoluta de las nostalgias, las palabras del *laird* McRae le habían calado muy hondo. Al pasar por el patio de armas y ver a aquellos jóvenes y no tan jóvenes esforzarse en los movimientos de la espada mientras Fergus les pateaba el culo le trajo buenos recuerdos de su infancia y juventud en Nairn.

Mientras se dirigía hacia las caballerizas, se dejó llevar por los recuerdos. Él era apenas un muchacho de seis años cuando el entonces *laird*, Niall McRae le lanzó una espada para aprendices y le dijo que le daba dos latidos para comenzar a defenderse, acto seguido comenzó a atacarle con su gran espada mientras él rodaba por el suelo intentando que no le cortase en lonchas.

Aquel fue el mejor día de su vida hasta entonces desde que Aileana le había acogido en el castillo. Terminó con barro hasta en la garganta, un corte en el brazo izquierdo y le dolían todos los músculos de su cuerpo, pero Niall McRae le había cogido en brazos y le había presentado a los bravos guerreros como si él fuese un héroe sólo por no haber muerto en la primera batalla. El

orgullo que sintió aquel día fue tan grande que desde entonces tan sólo comía y entrenaba para que el *laird* jamás dejase de mirarle como lo hacía.

Una sombra le llamó la atención e inmediatamente todo su cuerpo se puso en alerta, los caballos estaban siendo entrenados en los campos y no debería haber nadie en los cubículos.

—¡Quién anda ahí! — gritó mientras sentía como la sangre se revolucionaba en sus venas — sal antes de que te encuentre y quizá te perdone la vida.

—Lo siento mi señor — la femenina voz le dejó desconcertado — sólo quería venir a ver al nuevo potrillo — la mujer salió de entre las sombras poniéndose al descubierto — mi nombre es Ildora, soy el ama de cría de las jóvenes McGregor.

—Sé quién sois — la recordaba de cuando visitaban Daltra, siempre estaba observando a Athdara y Grizela — lo que no sé, es lo que hacéis en las caballerizas.

—Se lo he dicho antes mi señor, venía a ver al nuevo potrillo — le repitió ella con la mirada en el suelo.

—Los potros ya no están aquí y no creo que esté entre tus obligaciones el vigilar a las bestias — no le gustaba nada que no le mirase a los ojos.

—Sólo era curiosidad mi señor, lamento haberle ofendido — se dio la vuelta y salió por la parte trasera de las cuadras.

Logan observó a la mujer salir de las caballerizas y sin darle más importancia decidió comenzar a planear cómo mejorar el acceso de los caballos a los campos de entrenamiento así como a pensar si sería posible crear un pasadizo tal y como existía en Nairn, tendrían que construirlo guerreros de confianza pues debería estar conectado a la alcoba del *laird* y nadie salvo él, debería conocer su existencia.

Athdara estaba dando vueltas en las cocinas y se encontraba particularmente nerviosa, era como si no fuese capaz de controlar sus propios instintos, estaba furiosa con el estúpido highlander que no era capaz de comprender que ella estaba triste porque él no la apreciaba como debería, que no la miraba con deseo y amor en los ojos siendo eso lo único que ella anhelaba en la vida.

—Mi niña — la voz de Ildora fue como un bálsamo para ella — estás demasiado alterada, ¿qué te ocurre?

—Es Logan — confesó mientras se dejaba caer en el banco.

—Ese hombre es atractivo sin duda alguna — sonrió a la joven — sin embargo, no creo que sea el apropiado para ti.

—¿Por qué dices eso? — preguntó confusa.

—¿De verdad quieres a un cobarde a tu lado? ¿alguien que no posee nada que pueda aportar? Por lo que tengo entendido, pese a que Ian McRae le tiene en alta estima, tan sólo es un hombre sin hogar ni honor... y sin eso, ¿qué le queda? — se sentó a su lado y la abrazó — deberías poner tus ojos en alguien que merezca la pena.

—¿Tienes a alguien en mente? — preguntó temerosa de la respuesta.

—Mi niña, ya sabes que yo no soy muy lista, pero si es tanto el deseo que Eskol McIntosh siente por ti y tantas ganas tiene de gobernar estas tierras que está dispuesto a destruirlas... ¿por qué no se concierta tu matrimonio con él? — Athdara saltó del banco con el corazón en la garganta y sintiendo como se mareaba por la mención de aquello.

—¿Te has vuelto loca! — gritó presa de la desesperación — ¿cómo se te ocurre pensar en algo así? ¿acaso quieres verme entregada a un ser tan despreciable y cruel como él? — preguntó a gritos sin dejar de dar vueltas por la cocina.

—Ya te he dicho que no soy muy lista Athdara, yo no sé nada de pactos secretos ni de ofrendas de paz, sólo me pareció algo lógico, ese hombre tiene mucho poder y desea estas tierras y a ti, podría tenerlas a condición de perdonarnos la vida a todos — se levantó tranquilamente del banco y abrazó a la joven — sólo son los desvaríos de una vieja, muchacha, no te alteres más por ello.

—Jamás vuelvas a pronunciar esas palabras ni en mi presencia, ni siquiera para ti misma Ildora, pues sólo de pensar que estaré al alcance de semejante monstruo... — suspiró — prefiero morir antes que permitir que su veneno tiña mis tierras y mi cuerpo.

Volvió a sentarse en el banco mientras Ildora, amablemente, le preparaba una infusión. Últimamente no se sentía como ella misma, sus

visiones no le aclaraban nada y debido a su mal humor constante y a las habladurías que se cernían sobre ella, había preferido alejarse un poco de todo el mundo.

CAPÍTULO 8

Esa mañana el sol brillaba sin demasiada fuerza, las nubes cubrían parcialmente el cielo y a lo lejos se avistaba el inconfundible color añil que presagiaba lluvia. Grizela sonrió encantada porque el agua sería muy bienvenida en los campos, miró al frente y de nuevo enfocó sus pasos lo más firme que pudo mientras caminaba por el patio de armas intentando no distraer a ninguno de los guerreros que tan fieramente peleaban en los entrenamientos.

Lo cierto era que aunque su padre cuando era joven había sido un bravo highlander, desde que se estableció en Daltra apenas había vuelto a coger una espada, no es que hubiera dejado de ser un guerrero, pero agotaba todas sus energías en mejorar las posesiones del clan por medio del comercio en vez de por las armas, ella no podía dejar de admirar la belleza de esos esculpidos cuerpos por el trabajo diario, moverse como si de una danza se tratara.

Un extraño calor comenzó a apoderarse de todo su ser, sintió las mejillas ardiendo, la piel tirante de deseo y algunas partes de su cuerpo con una tensión que empezaba a resultarle demasiado familiar cada vez que pensaba en un hombre en particular.

Paseó la mirada descaradamente por aquellos cuerpos dorados por el sol, los hombres del clan McRae eran, sin duda alguna, dignos de ser admirados, los gritos de guerra que lanzaban antes de blandir la espada le provocaban que el vientre se le contrajese, aunque no era temor lo que sentía dentro de ella. Buscaba a uno de ellos en particular, aunque sabía que no había llegado con la partida de guerreros que acompañaban a Ian McRae, no se negó el hecho de fantasear que alguno de aquellos formidables hombres fuese aquel que se colaba en sus sueños más íntimos.

Al pensar en el *laird* sonrió, siempre le había parecido el hombre más atractivo del mundo, esa intensidad que emanaba de su cuerpo siempre la había puesto nerviosa cuando era una niña, era consciente de que su padre había intentado que ella o su hermana Athdara fuesen de su agrado y mediante un enlace poder unir aquellas tierras, según su padre, era el acuerdo perfecto, Daltra era un territorio próspero y rico gracias al comercio y Nairn

era poderoso gracias a la valentía y el arrojo de su líder. Sólo que entre ellos tres tan sólo había amistad. Y nada más conocer a la bella inglesa que le había robado el corazón, lo comprendió. Katherine de Bradbury había nacido para ser la mujer de Ian McRae, eso era indiscutible.

¡Cómo admiraba a la inglesa! Cuando los rumores acerca de su traición se extendieron, ni ella ni Athdara se los creyeron. Era imposible que esa mujer fuera en contra de Ian, sólo había que estar cerca de ella para darse cuenta de que todo su ser le pertenecía, de que el amor que había entre ellos era intenso y abrasador como el fuego. Cuando por fortuna todo se arregló, ella le entregó a los Dioses una plegaria de agradecimiento, sabía que Katherine era buena para esos territorios y ella ya la consideraba una amiga.

Ella misma soñaba con un amor de esa clase. Un suspiro se escapó de sus labios, ¿sería alguna vez la amada esposa de un bravo guerrero? ¿quizá sería demasiado pedir a los Dioses que le concedieran la gracia de que el hombre por el que ella suspiraba se fijase en sus encantos? En más de una ocasión se había planteado la posibilidad de aplicarse a sí misma alguno de sus ungüentos, pero el temor a ser rechazada le pesaba más que la frustración por saberse indiferente a determinados ojos.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no advirtió como una sombra se cernía sobre ella.

—¿Buscas a alguien en particular? — la masculina voz la sobresaltó.

—¡Hola Fergus! — saludó cariñosamente abrazando al hombre, adoraba a ese highlander — ¿qué tal está Nerys? ¡La echo muchísimo de menos!

—¡Ya somos dos! — se carcajeó el enorme guerrero — ella también habla mucho de ti, antes de partir me pidió que os diese recuerdos de su parte y que os pidiera que no la olvidéis, quería venir pero...

La escocesa le miró fijamente a los ojos y vio cómo un sentimiento de vergüenza apagó su mirada, sintió unas ganas enormes de abrazarle para consolarle, era evidente que pese a su tamaño, su perpetua sonrisa y su buen corazón, la decisión de haber dejado a su amada esposa lejos de él, le atormentaba. Comprendía totalmente las razones por las que había actuado así y ella estaba totalmente de acuerdo con su proceder.

—Pero mientras las aguas estén revueltas es mejor que tu corazón permanezca a salvo — le sonrió con cariño — de ese modo, tu mente se centrará en los peligros reales que se ciernen sobre nosotros.

—Eres una mujer con un corazón de oro y una aguda mente Grizela, gracias por entenderlo — la besó en la mejilla — pero no deberías pasear por los entrenamientos, los hombres se distraen con tu belleza y ya tengo a tres heridos — le guiñó un ojo y ella se tapó la cara horrorizada — tranquila, son cortes que les harán más atractivos a los ojos de las mujeres.

Se marchó de allí muerto de risa mientras la joven le miraba con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Tras una última mirada hacia el grupo de hombres que ahora la miraba con sonrisas llenas de intención, salió del patio de armas casi corriendo para adentrarse en la fortaleza lo antes posible y ocultarse de esas miradas que parecía que le acariciaban todo el cuerpo sin ningún tipo de decoro.

La sangre le corría presta por las venas, sentía que tenía las mejillas sonrojadas y el corazón le latía acelerado contra las costillas. Las palabras de Fergus habían dado completamente en la diana, pues ella estaba buscando a alguien en particular y ese alguien además tenía cicatrices por todo su cuerpo que a ella le resultaban un misterio que deseaba descubrir.

Se imaginaba a sí misma en su propia alcoba, el misterioso hombre estaría en su cama por propia voluntad por supuesto, desnudo a poder ser, mirándola como si ella fuese un manjar y él estuviese hambriento, con sus dedos acariciaría suavemente cada una de las marcas de su piel y sentiría latigazos de placer a notar como se le contraerían los músculos, se perdería en esos ojos azul oscuro, penetrantes e intensos, se acercaría lentamente acercando sus labios a aquellos tan bien delineados, con el inferior ligeramente más grueso y se perdería en el aroma tan viril y sensual que siempre le acompañaba.

Tropezó al dejar de mirar por dónde iba a causa de las imágenes tan reales que le llenaban el cerebro, lo cual hizo que se diese cuenta de que no estaba a solas en su alcoba, sino caminando por el poblado ante la mirada de los aldeanos. Se obligó a sí misma a olvidarse de sensuales caricias, dulces besos y placeres que nunca obtendría, se resignó y necesitó un par de latidos para volver a enfocar la mirada en lo que tenía delante de ella.

Intentó calmar su mente todo lo que pudo mientras caminaba por los alrededores de la fortaleza, debía dirigirse a las cocinas para ayudar a las cocineras a preparar las ingentes cantidades de comida que eran necesarias para mantener a todo el clan además de los guerreros del clan vecino.

Nada más entrar en la espaciosa cocina, se dejó invadir por los olores que lo envolvían todo. La leche de almendras del estofado, los arenques ahumados, la carne marinada con especias para ser preparada en breve y sobre todo a masa de pan caliente. Se dejó llevar por una de sus pasiones, era la sanadora del clan y adoraba las plantas, las semillas y lo que se podía hacer con ellas, pero lo que realmente la ayudaba a calmar su mente, era hundir las manos en un buen trozo de masa o cocinar varios platos llenando sus fosas nasales con los aromáticos olores.

No pude evitar preguntarse cómo sería cocinar para el hombre al que amaba. Ella había heredado ese interés por su madre que la enseñó a hacer varios dulces. La echaba mucho de menos y en momentos en los que se sentía tan sola, los ojos se la llenaban de lágrimas al imaginar cómo la abrazaría con ternura mientras ella le confiaba todos los secretos de su corazón.

—Grizela — la voz de Ildora la devolvió a la realidad — estoy preocupada por Athdara — le susurró al oído — cada día está más ausente y ya apenas se concentra en sus quehaceres, las doncellas están comenzando a murmurar.

No podía negar que ella también se sentía preocupada y ver a su hermana con ese profundo pesar en los ojos la afligía, pero era consciente de que no podía hacer nada para cambiar la tristeza en alegría, por suerte o por desgracia, sólo una persona podría hacer sonreír a Athdara, y ese era un highlander cabezota y terco.

—Se siente sobrepasada Ildora, tú conoces lo mucho que la alteran las visiones que tiene y sin embargo ahora que lleva semanas sin una de ellas, se siente peor aún — suspiró — creo que sólo necesita un poco de tiempo.

—Eso será si tú lo dices — cogió una cuchara de madera y se puso a remover la cazuela del guiso — sin embargo, me tiene preocupada.

Ambas mujeres continuaron cocinando en silencio, cada una sumida en sus pensamientos.

Por supuesto que ambas estaban preocupadas, Athdara les había confesado cientos de veces lo mucho que le dolía ser la portadora de un don como el suyo, pero ahora que se sentía abandonada por los Dioses, la pena se había transformado en un profundo pesar que le había robado el brillo de la mirada.

Eskol McIntosh se sentía como un animal enjaulado. Las cosas no estaban saliendo como él había planeado, sabía que el viejo Angus McGregor pediría ayuda al poderoso Ian McRae, pero aunque dicha ayuda llegase, él no tendría las entradas vetadas a los territorios que tanto ambicionaba, lo que no había calculado era que medio clan de los McRae estuviese en las tierras vecinas.

—¡Eskol! — la voz chillona de la mujer le desquiciaba — tenemos que hablar, por favor... — se acercó a él con cautela.

—¿Y ahora qué quieres? — preguntó mientras no dejaba de observar el mapa que tenía extendido encima de la gran mesa en el Gran Salón de su pequeño castillo.

—¿Me estás haciendo algo? — la pregunta salió tímida de sus labios pero lo suficiente alto como para que él la escuchase con claridad.

—¿Cómo has dicho? — sentía la ira bullir por sus venas, odiaba todo de aquel clan, incluida la hija del difunto *laird* Claud McIntosh.

—Compartimos lecho desde hace años Eskol — le recordó sin atreverse a mirarle a los ojos aunque era consciente de que él no se perdía un solo detalle de sus gestos — y jamás me he quedado encinta, yo soy una mujer sana, sin embargo, desde hace meses mi cabeza no funciona como debería, se me olvidan cosas importantes...

—Puede que te aqueje lo mismo que a tu padre — dejó de mirarla y se concentró de nuevo en el mapa, la conversación había dejado de ser interesante para él.

—Mi padre no enfermó Eskol y los dos lo sabemos, fue traicionado — nada más pronunciar esas palabras se arrepintió, pero no pudo retener su lengua a tiempo y un fuerte golpe la lanzó contra el suelo.

—Si vuelves a insinuar — Eskol la cogió del enmarañado pelo y la

levantó en el aire — que yo maté a tu padre — la empujó con violencia contra la pared — puede que alguien te crea y entonces... ¿qué crees que te ocurrirá? Tu padre era un débil y un cobarde, y todos en el clan saben que tú eres peor que él, sólo sigues viva porque eres mi juguete, aunque te advierto que estoy empezando a cansarme de ti, así que yo en tu lugar dejaría de usar esa inútil cabeza que tienes y me centraría en mejorar tu aspecto — la dejó caer en el suelo — y ahora desaparece de mi vista.

Cuando se volvió a quedar a solas, bufó lleno de frustración. Era consciente de que no podía seguir tratando así a la hija del antiguo *laird*, todo el mundo le temía lo suficiente para no interceder por ella, pero empezaba a ver las miradas llenas de censura de aquellos estúpidos aldeanos y era posible que si seguía provocando así a aquellos, no tardaría en haber una rebelión en sus tierras, estaban en el punto de mira de todos los clanes y aunque él les había convertido en un clan guerrero, todos ansiaban la paz hasta tal punto que llevaban meses aquejados de varias molestias que les impedían entrenar, por eso la invasión de las tierras de los McGregor se retrasaba, no podía confiar en esos hombres que no dejaban de verle como a un extranjero.

Necesitaba encontrar un punto débil en las defensas de las tierras que ansiaba conquistar, pero esos malditos McRae eran condenadamente buenos en protegerse, según su opinión debían contar con alguien entre sus filas que obviamente era mejor estratega que ellos, porque llevaba estudiando a esos clanes durante años y jamás pensó que fuesen capaces de protegerse de esa forma en la ciudadela.

Observó de nuevo el mapa que se extendía en la mesa, siguió la línea que trazaba la frontera entre Daltra y Ellon y sujetó con fuerza un trozo de jade que le recordaba al color intenso de los ojos de Athdara. ¡Esa mujer le volvía completamente loco! ¡Y se le había escapado por un estúpido error de aprendiz!

Cerró los ojos y se dejó llevar por los recuerdos, un gemido se escapó de sus labios, los detalles que tanto le turbaban, llenaron su mente y su corazón se alteró de tal forma que comenzó a sentir un fuerte dolor en el centro del pecho.

CAPÍTULO 9

Athdara se encontraba en su alcoba presa de la desesperación, se sentía muy inquieta y sin embargo no encontraba la causa para su desazón. Miraba a través de las ventanas el exterior. Su habitación tenía vistas de los bosques que rodeaban la fortaleza y le encantaba que así fuera, el anochecer que tenía ante ella era impresionante, los colores rojos del ocaso teñían el horizonte con preciosos matices.

No pudo sino pensar en cómo sería contemplar ese mismo anochecer con Logan rodeándole el cuerpo con sus poderosos brazos, sintiéndose envuelta en su calor y en su aroma. Llevaba tanto tiempo anhelando estar con él, que su corazón comenzaba a rebelarse contra ella y su cabeza no dejaba de mostrarle los recuerdos que tenía de él.

Cuando la ansiedad se hizo insoportable, cogió una capa y salió dispuesta a adentrarse en el bosque para respirar el aire puro. Lo necesitaba, sentía que se asfixiaba y que el aire apenas entraba en sus pulmones.

Lo más sigilosamente que pudo salió del castillo y con paso firme aunque ligero se adentró en la oscuridad que bañaba el bosque. Su vida no era como ella la había planeado, recordaba cómo había hablado con su madre al respecto, las dos estaban en la biblioteca bordando cuando ella, con la inocencia propia de una niña, le había confesado que estaba enamorada de Logan McRae y que junto a él gobernarían en Daltra con la misma sabiduría y bondad que sus padres. Casi podía sentir el cálido abrazo que recibió de su madre cuando esta la abrazó con cariño y le prometió que ella misma convencería a su padre si Logan demostraba ser digno de ella.

Echaba mucho de menos a su madre, la había perdido poco antes de cumplir los diez años y Grizela apenas tenía ocho. Eran unas niñas cuando su madre murió y pasaron a ser cuidadas y criadas por Ildora. El recuerdo de aquella mujer le trajo a la mente otro mucho más desagradable.

“Si es tanto el deseo que Eskol McIntosh siente por ti y tantas ganas tiene de gobernar estas tierras que está dispuesto a destruirlas... ¿por qué no se concierta tu matrimonio con él?” las palabras de Ildora le mordían la

conciencia. No es que le faltase razón, así era como ellos vivían, las hijas eran dadas en acuerdos comerciales, era consciente de eso y de cuál era su responsabilidad para con su clan, pero no podía confiar en Eskol McIntosh, era un hombre mentiroso y cruel, ella lo sabía de primera mano. Rezó a los Dioses para que esa insensata no hubiese vuelto a pronunciar aquellas palabras en voz alta.

—No deberías caminar sola por el bosque a estas horas — cerró los ojos presa del pánico justo antes de ser consciente de quién era el que había pronunciado esas palabras.

Logan llevaba un buen rato observando a la mujer que tenía grabada a fuego en su corazón. Caminaba sin ver por dónde iba, parecía una ninfa del bosque perdida y esa imagen le rompió el corazón, se sentía tan incapaz de consolarla, de hacerle la vida más fácil, se sentía tan indigno de ella que apenas se atrevía a mirarla, aunque el deseo que sentía por ella le complicaba mucho las cosas.

—Y tú no deberías espiar a las mujeres cuando caminan solas — respondió mirándole fijamente a los ojos, adoraba la mirada de Logan.

—No te estaba espiando Athdara, es que esta noche me tocaba a mí la ronda nocturna por los alrededores de la fortaleza — le explicó deseando poder compartir con ella unos instantes de paz.

—La guerra está cerca Logan — inconscientemente dio un paso hacia él buscando el cobijo de sus brazos, con él cerca se sentía más segura.

—Sí, Grizela ya nos informó de tu visión, aún nos queda algo más de un mes para que se cumpla — apretó los puños hasta clavarse las uñas en la piel para evitar estrecharla entre sus brazos — pero por muy buen estratega que sea ese bastardo, Ian McRae es mucho mejor y además tiene de su parte a Lady Katherine y a Jacobo de Bradbury que tampoco se quedan atrás, pues son nietos de uno de los mejores estrategas de Inglaterra, algo habrán heredado — le guiñó un ojo y le sonrió.

—Admiras mucho a Ian, ¿verdad? — preguntó ella sentándose en el suelo.

—Es como mi hermano — se sentó a su lado — mis padres murieron en las revueltas de Irlanda y aún no sé cómo terminé vagando con apenas tres

años por las tierras escocesas cuando Aileana me encontró y me llevó con ella — sonrió por el recuerdo de aquella mujer que tanto le había dado — era increíble, siempre me trató como uno más, jamás me dio de lado, comía, dormía y jugaba con Ian y con Nerys.

—Me consta que ellos también te quieren como a su propia sangre, pese a que no dejas de meter la pata — le empujó suavemente en el hombro y le sonrió con picardía.

—Te juro que no sé cómo Lady Katherine ha podido perdonarme — se encogió de hombros.

—Es curioso, a ella no la vi venir — miró al cielo y se fijó en la cantidad de brillantes estrellas que tenían sobre ellos.

—¿Puedes controlar las visiones? — ella negó con la cabeza sin dejar de observar el manto estrellado — ¿puedes evitarlas? — volvió a negar pero esta vez le miró fijamente — creo que tiene que ser muy duro saber cuándo va a ocurrirle algo malo a aquellos a los que amas.

—No funciona así — volvió a mirar las estrellas — no sé qué destino le espera a mi hermana o a mi padre, sólo veo imágenes distorsionadas, muy pocas veces veo algo tan claro como para no necesitar meditar después de una visión.

—¿Cuándo empezaron las visiones? — preguntó curioso.

—Al morir mi madre — se encogió de hombros — yo la echaba tanto de menos que Ildora me preparaba infusiones que me ayudaban a dormir, hasta que una noche me desperté gritando por un sueño, sólo que no era un sueño, fue una visión.

—¿Alguna vez has tenido una visión que no se cumpliera? — la observó detenidamente para embeberse de cada uno de sus gestos.

—Sí — clavó sus verdes ojos en él — todas aquellas que tienen que ver contigo, nunca haces lo que se supone que vas a hacer.

—¿Tienes visiones conmigo? — la curiosidad podía con él, podía ver que ella estaba incómoda, pero tenía que saber.

—Sí — suspiró profundamente y cerró los ojos un instante — se suponía que tú te enamorarías de mí, que sucumbirías a mis encantos y que

eso me salvaría de la maldición y de paso, salvaría a mi clan.

Se miraron a los ojos durante un par de latidos, los necesarios para que Logan fuese capaz de comprender las palabras que habían salido de la boca de Athdara.

Estaba hablando de él, y lo hacía con anhelo, no se lo había imaginado. Conocía a esa mujer lo suficiente como para saber cuándo se sentía vulnerable y ahora mismo lo hacía. ¿Ella quería que él se enamorase de ella? ¿qué ganaba con eso? ¿era sólo por el hecho de salvarle la vida o salvar a su clan? Y entonces fue cuando cayó en la cuenta.

—¿De qué maldición hablas? — su voz delataba lo profundamente afectado que estaba.

—Cuenta la leyenda que tres mujeres encabezarán el destino de tres grandes hombres. Una de ellas representará la lealtad, otra de ellas el honor, y la tercera, el amor incondicional. A su vez, una de ellas tendrá el don de las visiones y tal poder conllevará una gran responsabilidad, así mismo también portará una maldición, si su destino no se cumple, morirá de amor entre torturas, dolor y fuego. El honor y el amor van siempre de la mano, el uno sufre por el otro, sus caminos son el mismo, sólo si alcanzan sus destinos, serán libres para siempre — recitó sin ningún tipo de énfasis.

Durante un buen rato, ambos se quedaron en silencio.

Logan no estaba muy seguro de lo que esa leyenda significaba y tampoco donde encajaba la visión que ella había tenido de él y por qué motivo era necesario que se enamorase de ella.

Athdara estaba realmente nerviosa y bastante asustada, era la primera vez que hablaba abiertamente con alguien que no fuera Grizela o Ildora acerca de su don y rezaba en silencio a los Dioses para que Logan no saliese corriendo llamándola loca.

—No sé qué decir — las palabras de Logan fueron un jarro de agua fría para Athdara.

—¿Por qué Logan? — preguntó sintiendo cómo los ojos se le humedecían y comenzaba a temblar — ¿por qué no puedes verme como a una mujer? has yacido con miles de mujeres, ¿por qué conmigo no?

—Athdara... — sentía el corazón en la garganta aprisionándole la voz.

—Soy hermosa, mucha gente me lo dice, sé que tengo un carácter endiablado, pero soy escocesa y eso me va en la sangre — se tapó la cara con las manos mientras las lágrimas le caían sin control.

—Athdara... deja de llorar por favor — le cogió de las muñecas con ternura y le dejó al descubierto la cara, le besó las lágrimas — ¿por qué querías que yaciese contigo? No eres una mujer cualquiera y yo no tengo nada que ofrecerte.

—¡Mentira! Tienes lo que yo más deseo en este mundo — él la miró confuso — tienes tu corazón — posó una mano sobre su pecho — y yo deseo tanto ser la dueña de él...

Logan no pudo soportarlo más tiempo, estaba luchando con todas sus fuerzas contra él mismo, pero había perdido la batalla. Esa mujer era su *càraid*, era el amor de su vida y él era consciente de eso desde hacía muchos años.

Cerró los ojos un instante y pidió perdón a los Dioses por dejarse llevar, pero si alguien quería detenerle, tendría que matarle.

Alzó el rostro de la bella mujer que lloraba desconsolada y se acercó poco a poco a esos tentadores labios que pedían a gritos ser besados, no dejó de mirarla a los ojos en ningún momento, si ella tenía la más mínima duda, él se apartaría de ella, pero no, Athdara alzó aún más los labios y se inclinó hacia los suyos.

El contacto les dio una descarga a los dos. La joven se encontraba tan aturdida que no era capaz de hacer ni pensar en nada, por lo que fue el highlander el que se hizo cargo de la situación. Posó sus labios detenidamente sobre los de ella y presionó lo justo para que le sintiese, le acarició el cuello con ternura mientras poco a poco la tumbaba en el suelo cubierto por hojas que empezaban a marchitarse.

Paseó la lengua por esos carnosos labios y empujó suavemente para que ella le permitiera conocer su sabor a fondo, y cuando ella le aceptó, no lo dudó un segundo, introdujo la lengua en su boca, ávido por descubrir cada rincón de aquel lugar que era dulce como la miel.

Athdara se agarró a los fuertes brazos de Logan y éste lo tomó como lo que era, una invitación a que siguiera descubriendo los secretos que ella

escondía bajo las ropas y que estaba más que dispuesto a disfrutar.

Mientras la besaba lo más dulcemente que podía, una de sus manos comenzó a acariciarla por encima de la ropa desde la cadera hasta debajo del pecho. Athdara se retorció debajo de él mientras intentaba disfrutar de ese sueño hecho realidad. La pasión que sentía por ella le estaba consumiendo, la sangre le hervía en las venas, la piel se le erizaba al ser consciente de que su deseo más profundo por fin se iba a cumplir.

La besó suave en los labios para comenzar a acariciarle la piel de la mandíbula con la punta de su lengua, inició un tortuoso camino hasta su cuello, Athdara echó la cabeza hacia atrás para darle un mejor acceso mientras desesperada buscaba introducir sus manos bajo la tela de la camisa de Logan, se moría de ganas por acariciar ese cuerpo modelado a base de trabajo y dorado por las horas pasadas bajo el sol.

—Eres la mujer más hermosa de este mundo Athdara — le susurró al oído mientras le acariciaba el pecho por encima de la ropa.

—Por favor Logan, no te detengas — gimió sintiendo como las sensaciones la embriagaban.

—Pero debo hacerlo *mo beag bean-shìdh* — haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, la acarició el rostro y depositó un suave y sentido beso en sus labios.

Se incorporó con un tremendo dolor en la entrepierna, deseaba a Athdara más que a nada en este mundo, pero no podía mancillarla de semejante forma, no podía poseerla en mitad del bosque, rodeados de posibles ojos indiscretos y a la intemperie como los animales. No. Su ninfa del bosque se merecía algo mejor que eso.

—Logan — sollozó ella — no me rechaces, por favor — se irguió y quedó sentada en el suelo.

—No lo hago cariño — se arrodilló frente a ella — te lo prometo mi vida — la besó de nuevo en los labios — te juro por lo más sagrado que tengo, que eres el amor de mi vida Athdara, llevo enamorado de ti desde que te conocí cuando apenas podías mantenerte de pie.

—Entonces... — el corazón le latía desbocado en el pecho — ¿por qué no continuas? — preguntó al borde del llanto.

—Porque no te mereces que te humille de esta forma, no te tomaré bajo las estrellas como si fueras una mujer cualquiera, te prometo que la primera vez que estemos juntos, haré que merezca la pena, te lo prometo Athdara, pero no aquí, ni ahora... ni de este modo.

Por mucho que la molestase, ella le comprendía, eso era una de las muchas cosas que le encantaban de él, siempre estaba pendiente de los demás, siempre anteponía el bienestar del resto del clan al suyo propio. Abrumada por la experiencia vivida y aún sintiendo como todo su cuerpo estaba excitado, se iba a poner de pie cuando Logan le tendió la mano y tiró dulcemente de ella hasta que terminó entre sus brazos. La besó en el pelo con cariño y así estuvieron hasta que el corazón de los dos comenzó a tranquilizarse.

Logan la cogió de la mano y caminaron de vuelta a la fortaleza, lo hicieron en silencio, caminando uno al lado del otro, cada uno sumido en sus propios sentimientos pero siendo conscientes de que sus corazones estaban uniéndose más a cada paso que daban.

CAPÍTULO 10

Una vez que llegaron al castillo, Logan acompañó a Athdara hasta la puerta de su alcoba y una vez allí, la besó galante en el dorso de la mano.

—Hasta mañana preciosa — la besó con dulzura en los labios — que tengas dulces sueños mi amor.

—Hasta mañana — fue lo único que alcanzó a decir, pues tenía las palabras atrapadas en la garganta.

Una vez sana y salva en sus aposentos, cerró la puerta tras ella y se apoyó en ella, ahora que Logan no la sostenía era probable que se cayese al suelo, pues las piernas le temblaban sin que ella pudiese hacer nada al respecto.

Suspiró varias veces mientras recordaba una y otra vez lo que había sentido estando entre los brazos de Logan, él era el amor de su vida, ella lo sabía desde que era una niña, pero esta noche él le había confesado su amor y había estado a punto de entregarse al hombre al que amaba. Empezó a sentirse eufórica. La maldición estaba rota. Si Logan la amaba de verdad, ella ya no podría morir de amor.

Se dejó caer en la cama y sonriendo se quedó dormida mientras recordaba las deliciosas sensaciones que la cubrieron cuando Logan la acariciaba y la besaba.

Logan se quedó unos instantes mirando la puerta cerrada de Athdara, lo que habían estado a punto de hacer en el bosque era una locura y si el viejo Angus se enteraba, por muy mayor que fuese, pediría su cabeza y estaba seguro de que si lograba conservarla sobre los hombros, sería por suerte. Sin embargo, no podía arrepentirse, pues tenerla entre sus brazos le había dado sentido a su vida, era consciente de que no tenía nada que ofrecerle, pero prefería morir antes de verla en los brazos de otro hombre.

Bajó por las escaleras del segundo piso sintiendo la desesperación con la que Athdara intentaba desnudarle, era evidente que ella no era una experta en las artes amatorias, y aunque era lo que se esperaba de ella, él no pudo evitar que el deseo le consumiese las entrañas. Athdara sería suya, para

siempre.

Al llegar al Gran Salón observó una sombra que se movía lentamente, movido por la curiosidad, entró en la estancia y se quedó de piedra al observar a su mejor amigo y hermano sentado frente al fuego mientras se llevaba un vaso a los labios.

—¿Qué haces aquí a estas horas? — se sentó en el suelo a su lado.

—Podría preguntarte lo mismo — le dedicó una mirada fugaz — o tal vez, debería preguntarte, por qué acabas de llegar del bosque con la hija mayor de nuestros anfitriones.

—Es una larga historia — observó a su amigo y esperó paciente su ataque de furia.

—Sabes una cosa... Katherine me enseñó que las historias frente al fuego, son las mejores — bebió otro trago de leche caliente con miel y esperó a que Logan se decidiese a comenzar a hablar.

Observaron el vaivén de las llamas durante un buen rato, no se oía nada a su alrededor, tan sólo el crepitar del fuego al penetrar en los troncos de madera seca que estaban a su merced completamente indefensos, y así era exactamente como se sentía Logan.

—No sé por dónde empezar Ian — comenzó a hablar torpemente.

—Por el principio, siempre por el principio.

—Siempre he estado enamorado de ella — Ian abrió los ojos como platos, él lo sabía pues le conocía, pero no se esperaba que lo reconociese tan rápido — deja de poner esa cara, ¿qué quieres que te diga? Athdara es como una ninfa del bosque, verla caminar es como una dulce tortura a la que me presentaría voluntario sin dudarle, pero el resto de ella es... — puso los ojos en blanco — no sé qué demonios hago hablando de esto contigo.

—No lo hagas si no quieres — Ian se encogió de hombros y siguieron sentados frente al fuego en el más absoluto de los silencios.

Al cabo de un buen rato, Ian se había terminado la leche y las piernas comenzaban a dolerle por estar en la misma posición, de forma que se levantó casi de un salto para dirigirse a su alcoba y dormir, tenía la esperanza de soñar con cierta inglesa de ojos azules.

—Hasta mañana hermano — se despidió Ian mientras le tendía el brazo a su amigo.

—Buenas noches hermano — casi se atraganta al pronunciar de nuevo esas palabras — dime una cosa Ian, ¿la echas de menos?

—Con cada latido de mi corazón Logan, por Katherine atravesé media Escocia y lo haría una y mil veces, porque ella me devolvió la vida, estaba muerto hasta que ella entró en mi corazón.

Logan meditó sobre las palabras del *laird* McRae y observó como este se iba hacia las escaleras para, seguramente, tener un montón de sueños inapropiados con cierta inglesa de carácter indomable y corazón de oro.

A la mañana siguiente Logan despertó con el corazón acelerado, apenas había podido pegar ojo porque cierta mujer pelirroja no dejaba de torturarlo en sus sueños con caricias demasiado atrevidas, sensuales besos y con esos sonidos que hacía cuando se retorció debajo de él.

Claramente iba a perder la cabeza si seguía por ese camino, pero ahora ya no podía hacer nada, de eso estaba totalmente seguro, antes podía convencerse a sí mismo de que él no significaba nada para ella, que no tenía nada que ofrecer, pero eso ahora había cambiado. Él le había confesado su amor y ella había hecho lo mismo con él, además según parecía, él era el único que podía salvar su vida y al clan de los McGregor, y estaba más que dispuesto a hacerlo. Haría lo que fuese por su ninfa del bosque.

Salió de la cabaña en la que dormía por las noches con el ánimo renovado y una sonrisa estúpida en la cara.

Nada más llegar a las caballerizas comenzó a organizar el trabajo de los guerreros, se sentía pletórico y lleno de energías pese a no haber podido descansar en condiciones, pero... ¿quién necesita dormir cuando la mujer a la que amas se entrega a ti?

Athdara se había despertado un poco antes del amanecer, tenía una sonrisa en los labios y aunque la excitación que sentía a causa de los besos y las caricias de Logan aún la turbaban, no pudo evitar la necesidad que tenía de ir a hablar con su hermana Grizela, estaba convencida de que aunque ella hubiese ofendido públicamente a Logan y todo el mundo pensase que le odiaba, ella la conocía y sabía que en cuanto le hablase de las dulces palabras,

las tiernas caricias y que se comportase como un hombre honorable con ella, Grizela le adoraría con todo su corazón.

Entró en la alcoba de su hermana haciendo el menor ruido posible, entró sigilosa y se metió con ella en la cama, extendió la mano con cautela para no sobresaltarla, pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que su hermana no estaba en la cama. Salió disparada de entre las sábanas y encendió una gran vela que había en la mesita y con horror comprobó que efectivamente, Grizela no estaba en sus aposentos.

Rápidamente salió al pasillo y cuando iba a poner rumbo al Gran Salón, una criada se cruzó con ella, la muchacha lloraba desconsolada y eso hizo que Athdara se pusiese alerta.

—¿Qué ocurre Lisandra? — preguntó sin esconder su preocupación.

—¡Ay mi señora! — sollozó — ¡una desgracia! Su hermana lleva horas en la alcoba de su padre intentando evitar lo inevitable.

Athdara no escuchó más, se giró con rapidez y corrió como si alguien la persiguiese, entró sin llamar en la habitación de su padre y lo que vio la dejó con el corazón paralizado.

—Padre está... — un murmullo salió de sus labios.

—Aún no — respondió Grizela — pero no sé qué más puedo hacer por él Athdara, está muy grave, temo por su vida.

—¿Pero qué le ocurre? — preguntó acercándose a su progenitor — ayer estaba en perfecto estado.

—Lleva quejándose de dolor de barriga los últimos días, Ildora le ha estado preparando una infusión que en un principio parecía que le aliviaba los síntomas, pero de repente, esta noche, empezó a gritar de dolor y a agitarse en la cama, la criada vino a buscarme y llevo horas intentando calmarle.

No había más que decir. Athdara percibió perfectamente cómo su hermana se sentía inútil para salvarle la vida a su padre, por lo que las palabras no eran un consuelo, se arrodilló frente a ella y la abrazó con cariño por la cintura mientras sentía cómo las lágrimas de Grizela le mojaban el pelo.

Así pasaron unos minutos hasta que Angus comenzó a moverse inquieto

en la cama. Grizela le dio unos sorbos de un líquido blanco y poco a poco comenzó a relajarse de nuevo.

Ian y Fergus se encontraban estudiando unos mapas para intentar averiguar los puntos más débiles de los territorios de los McGregor, estaban convencidos de que habían hecho lo que habían podido para proteger a esas gentes, la fortaleza había sido modificada en puntos clave y la mayor parte de las reformas se habían hecho sin decirle nada a nadie salvo al viejo Angus McGregor.

—Ian, yo creo que poco más nos queda por hacer aquí — comentó Fergus sin dejar de mirar el mapa — el castillo es mucho más seguro, los hombres han sido adiestrados lo suficiente como para que sigan ellos solos.

—Te mueres de ganas de volver a Nairn, ¿verdad? — le preguntó con una sonrisa traviesa.

—¿Acaso tú no? — se pasó las manos por el pelo — echo tanto de menos a Nerys que me despierto en mitad de la noche y ya no puedo conciliar el sueño de nuevo.

—Te comprendo, a mí me pasa lo mismo — soltó una carcajada — ¿alguna vez pensaste que terminaríamos así? — su amigo negó con la cabeza sonriendo — bien, vayamos a hablar con Angus, aunque dejaré aquí a algunos hombres por si acaso.

Los dos highlanders caminaron en dirección al castillo para poner al día al *laird* de aquellas tierras, lo hacían en silencio pues estaban demasiado ocupados contando las horas que les quedaban para abrazar a sus respectivas mujeres, pero en cuanto atravesaron las puertas y entraron al Gran Salón se dieron cuenta de que algo no iba bien.

—¿Qué ocurre? — preguntó Ian a una de las criadas.

—Mi *laird*... — las lágrimas le caían por el rostro — no le queda mucho tiempo, Grizela no puede salvarle — la voz se le rompió con la última palabra y salió corriendo en dirección a las cocinas.

Ian y Fergus se miraron con preocupación y un instante después echaron a correr por el castillo, atravesaron el Gran Salón, cruzaron el arco del pasillo, subieron la gran escalinata saltando sobre los peldaños de dos en dos y atravesaron las puertas de la alcoba de un fuerte empujón.

Se quedaron con la boca abierta.

Las dos hermanas lloraban desconsoladas en silencio mientras el viejo Angus yacía en su cama, totalmente inmóvil, con un color de piel cerúleo y evidente rigidez en los miembros.

¿Hacía cuanto que había fallecido? ¿por qué sus hijas no habían dado la voz de alarma? Tanto el *laird* McRae como su amigo se hacían miles de preguntas a las que no encontraban respuestas, pero al ver la tristeza de las mujeres decidieron acompañarlas en silencio. Ahora necesitaban todo el apoyo y la ayuda que pudiesen conseguir.

Fergus salió un instante al pasillo, detuvo a una de las mujeres que cambiaban los aceites de ambiente y le pidió que fuese a buscar a Logan.

Al poco tiempo un descolorido Logan entró como un toro de lidia en la habitación y al observar el cadáver del hombre al que tanto cariño tenía, se acercó con todos los músculos de su cuerpo tensos. No podía comprenderlo, ellos habían estado hablando la noche anterior, Angus se encontraba bien... y ahora... ahora estaba muerto.

—Miladys — se giró para enfrentarse a las dos hermanas que ni siquiera se habían percatado de su presencia — os acompaño en el sentimiento.

—¡Logan! — las dos se echaron a sus brazos y lloraron desconsoladas mientras un desconcertado highlander las abrazaba con todo el cariño que sentía por ellas.

Cuando las muchachas comenzaron a tranquilizarse, Ian se aseguró de que no había nadie al otro lado de la puerta y después la cerró para poder hablar con ellas a solas y sin oídos indiscretos cerca. Tanto la sanadora de su clan como Katherine le habían enseñado unas cuantas cosas sobre las plantas y la muerte de Angus le parecía demasiado repentina como para que fuese por causas naturales.

Sólo estaban los miembros del clan McRae y las dos hermanas.

—Grizela — la profunda voz de Ian las hizo estremecer — lo siento mucho, apreciaba de verdad a vuestro padre, pero necesito tu opinión, ¿crees que su muerte ha sido natural o provocada?

El grito de ambas hermanas les sorprendió a todos.

—¿Qué diablos estás insinuando McRae? — la furia de Athdara era evidente — ¿acaso crees que hemos asesinado a nuestro padre?

—No — intervino Logan antes de que tuviese que sujetar a su ninfa, tenía toda la pinta de querer matar a su amigo — lo que Ian está insinuando es que su deterioro y su muerte son demasiado precipitadas y su aspecto no es normal, supongo que no lleva muchas horas muerto — Athdara negó con la cabeza — a eso se refiere Ian.

—Yo... no soy capaz de mirarlo — Grizela se dejó caer al suelo de rodillas — sabía que no podía hacer nada por él — no podía dejar de llorar — ¡lo juro! — miró a Ian a los ojos — te lo juro Ian, lo he intentado todo, llevo horas preparando toda clase de ungüentos e infusiones, pero nada surtía efecto.

—Grizela — Ian y Fergus la ayudaron a levantarse, Ian la estrechó entre sus brazos — jamás sospecharía de ti pequeña — la besó en el pelo — pero necesito saber qué le ha ocurrido a tu padre, ahora mismo, todo el mundo está en peligro.

Durante un buen rato hablaron con las chicas hasta que dejaron de llorar, pero eso fue todo lo que consiguieron, pues ninguna de ellas parecía estar en el mundo de los vivos, tan sólo asentían con la cabeza mirando sin ver.

Finalmente Logan se hizo cargo de la situación, llevó a un rincón a Ian y le convenció que lo mejor que podían hacer para proteger las tierras de los McGregor era negar la muerte de Angus y hacer venir a la sanadora del clan McRae, ella centraría a las chicas y seguro que podía descubrir qué le había ocurrido al *laird*.

Los tres hombres estuvieron de acuerdo con él, sin duda alguna, era la mejor solución. Un territorio sin *laird*, era presa fácil para cualquiera sin escrúpulos y con el acecho de Eskol McIntosh no podían arriesgarse.

Fergus fue el elegido para partir hacia el clan McRae y volver con la sanadora lo antes posible.

Mientras tanto, Ian y Logan salieron al pasillo y cogieron aire para comenzar a engañar a todos los que se habían reunido ante los aposentos del *laird* Angus McGregor. Sin que a ninguno de los dos les temblase la voz lo

más mínimo y sin pestañear siquiera, les informaron de que el estado de salud del señor de aquellas tierras era precario y muy delicado, no obstante estaba vivo, consciente y en plenas facultades. También se les informó que debido a que no estaban seguros de qué era lo que aquejaba a Angus, lo mejor para todos era que sus propias hijas se encargasen de todo lo que su padre necesitase.

Todos lo que allí estaban reunidos exclamaron con alivio al saber que su *laird* aún seguía con vida, todos se ofrecieron a ayudar en cualquier cosa que hiciese falta, pero Ian de una forma muy tajante rechazó dicha ayuda.

—*Laird* McRae — la voz de Ildora se alzó sobre las demás — me gustaría entrar a consolar a las jóvenes McGregor, estoy segura de que ambas están destrozadas por ver a su padre en un estado tan deteriorado.

—Os agradezco el gesto, pero me temo que no es una buena idea — la miró fijamente y vio cómo la mujer fue a insistir, pero pareció pensárselo mejor — nosotros estamos aquí para apoyarlas en lo que necesiten, su ayuda sería más eficaz desempeñando sus labores diarias, ya casi es la hora de la última comida ¿no es cierto?

La mujer le miró con un destello de ira en los ojos que no les pasó desapercibido a ninguno de los McRae. No podían culparla de su animadversión por ellos, a fin de cuentas, prácticamente la habían convertido en cocinera y ahora respondía ante ellos que no dejaban de pertenecer a otro clan.

Sin más incidentes ni quejas, ambos se dirigieron de nuevo a la alcoba de Angus para consolar las jóvenes que seguían a su lado sin poder moverse.

CAPÍTULO 11

Al día siguiente, poco después del amanecer, cinco caballos y sus jinetes llegaron a la fortaleza de los McGregor, todos ellos tapados con capas oscuras y sin insignia que los identificase, pero a una distancia prudencial de la entrada fueron interceptados por los guerreros del clan.

—¡Soy Fergus McRae! — gritó el highlander consiguiendo que se abriesen las puertas.

Los cinco atravesaron la entrada y se dirigieron a las caballerizas, allí dejaron a los sementales a cargo de los mozos de cuadra que hacían lo imposible por descubrir quiénes eran los acompañantes del highlander, pero no obtuvieron lo que querían.

Con un gran sigilo se dirigieron sin perder tiempo a la alcoba del *laird* Angus McGregor, justo antes de llamar a la puerta, Fergus miró a sus acompañantes y ante la silenciosa negativa de ellos, cerró los ojos un instante, se llenó de valor y golpeó la puerta.

Pero quienes estaban a su lado no esperaron a que les abriesen, de forma que irrumpieron en la habitación sin ser invitados provocando que tanto Ian como Logan desenvainasen las espadas.

—¡Bonita forma de recibir a tu futura esposa! — comentó Katherine justo antes de lanzarse a los brazos de Ian que la miraba contrariado.

—¿Qué estáis haciendo aquí? — preguntó observando como su hermana se quitaba la capa y sonreía coqueta a Fergus.

—¡A mí no me mires! — se defendió el guerrero — ¡te juro que son peor que tú! Le hice prometer a la sanadora que no hablaría con ellas, pero cuando fuimos a por los caballos, ellas ya nos estaban esperando... así que... ¡aquí las tienes!

Era evidente que Fergus estaba agotado. No obstante debía haber corrido como el viento si había hecho el viaje de ida y vuelta a Nairn en un tiempo tan corto, Ian imaginó que el hecho de que las mujeres le acompañaran le había proporcionado un gran dolor de cabeza, pues conocía a

su hermana Nerys y a su prometida, Katherine de Bradbury.

La inglesa y su futura cuñada rápidamente se hicieron cargo de la situación y corrieron a abrazar a las desconsoladas hijas del *laird* fallecido. Eran amigas desde que se habían conocido y ambas sentían profundamente la pérdida.

La sanadora McRae empezó a sacar de su bolsa varias plantas, botes con líquidos y ungüentos, durante todo el viaje, había interrogado a Fergus sobre los síntomas del hombre y el aspecto de su cadáver. Casi estaba segura de que le habían envenenado, pero no sabía con qué. Agradeció tener a Katherine con ella, pues había resultado ser todo un descubrimiento su habilidad para la sanación.

—Athdara, Grizela — comenzó a decir Nerys tras ver las caras de su cuñada y la sanadora — necesitamos que salgáis de la habitación, que os vayáis a vuestras alcobas y que no crucéis una sola palabra con nadie, tenéis que confiar en nosotras.

Las hermanas se miraron la una a la otra y como las ocurría siempre, se entendieron con esa mirada, después pidieron explicaciones silenciosas pero se negaron a dárselas. Athdara intentó protestar, pero Logan se acercó a ellas, las abrazó con cariño y las llevó casi a rastras hasta la puerta, sólo entonces se percataron de que alguien había permanecido en un rincón de la habitación en el más absoluto silencio.

—Y tú eres... — la voz de Grizela se cortó cuando la capucha de ese hombre dejó al descubierto su identidad — Jacobo...

—Lo lamento mucho mi señora — le cogió la mano galante y le besó en el dorso, después hizo lo mismo con Athdara — mis más sentidas condolencias.

—¿Cómo? — preguntó la joven aún aturdida por tener a ese hombre frente a ella.

—¿Cómo no hacerlo? — respondió mirándola fijamente a los ojos.

El silencio se hizo entre ellos mientras no dejaban de mirarse el uno al otro, finalmente Logan rompió la tensión arrastrando a las hermanas fuera para llevarlas a sus respectivos aposentos, fueron seguidos de cerca por el inglés que estaba más callado de lo habitual.

—Pongámonos a trabajar — sugirió Katherine cuando las puertas se cerraron de nuevo.

Ian y Fergus observaban a las mujeres. Estaba claro que sabían lo que se hacían.

Nerys repartía alrededor del cadáver varios pétalos de flores, que después perfumaba con aceites y lo mismo hacía en algunos puntos de la estancia. Mientras tanto, la inglesa y la sanadora descubrían el pecho del *laird* y dándose fuerzas la una a la otra procedieron a la examinación del cuerpo.

Tras un periodo de tiempo que a los highlanders les pareció una eternidad, las mujeres cosieron de nuevo el cuerpo inerte y tras lavarse las manos y limpiarse las lágrimas de la cara, se tomaron unos instantes para dar su opinión a Ian y a Fergus.

—No me cabe ninguna duda mi *laird* — comenzó a hablar la sanadora — Angus McGregor ha sido envenenado con arsénico, a juzgar por el deterioro físico, lleva mucho tiempo siendo envenenado, pero creo que su asesino se precipitó y le dio la dosis mortal un día antes de que falleciese.

Los hombres se miraron con preocupación. Tenían un gran problema ante ellos, acababan de confirmar las peores sospechas y sus mentes pronto comenzaron a sopesar todas las opciones que tenían. Con el *laird* del castillo muerto, ascendía el primogénito varón, como en este caso no lo había, se alzaría como *laird*, el marido de la hija mayor, que tampoco existía... la ley no permitía que ese título lo llevase una mujer.

Además del tema político, estaba la amenaza más inmediata que se cernía sobre ellos desde hacía meses. Eskol McIntosh y su ejército de mercenarios estaban a punto de atacar el territorio de los McGregor y como no había un *laird* que dirigiese la defensa, no tenían forma de salvarle la vida a sus aliados.

Hablaron con las mujeres para que les consiguieran más tiempo, necesitaban urgentemente un milagro que no les obligase a entregar esas tierras a un extranjero.

Ya era la hora de la comida y casi todo el mundo se encontraba en la mesa del Gran Salón, sólo faltaban las hermanas McGregor, Ildora,

Katherine, Nerys y la sanadora McRae. Justo cuando Katherine y Nerys salían de la alcoba de Angus, se toparon de frente con Ildora que aunque las conocía, siempre había evitado tratar con ellas, no obstante, en esta ocasión no se lo permitieron. La cogieron de un brazo cada una y prácticamente la arrastraron hacia el Gran Salón.

La mujer intentó protestar, pero todo fue en vano.

Athdara y Grizela estaban aún impactadas por la noticia que les había dado la sanadora, querían descubrir al asesino de su padre y vengarse al más puro estilo escocés, pero la inglesa las había convencido de que ir de frente contra un enemigo que se esconde a plena vista no era lo más inteligente, confiaban en ella, por lo que decidieron hacerle caso, a fin de cuentas, ambas eran conscientes de que sabía por propia experiencia de lo que hablaba.

Ante la insistencia de la inglesa de que debían tomar el aire, ambas hermanas se internaron en un paseo por los alrededores de la fortaleza, lo cierto era que aunque sólo fuera por un momento, necesitaban estar las dos solas, sin tener que fingir ni mentir a las personas de su confianza.

—Todo esto es muy extraño Grizela — le confesó Athdara a su hermana — llevo sin tener una sola visión, semanas... — la otra la miró a los ojos muy sorprendida — te lo juro, nada de nada, ni sensaciones extrañas, ni sueños... al menos que no tengan que ver con Logan y con lo que pasó en el bosque.

—¿Te encuentras bien? — preguntó preocupada mientras se sentaban sobre un tronco caído — últimamente has vivido demasiadas emociones.

—Tú también — le guiñó un ojo con picardía, pero no recibió respuesta, entendiendo el silencio de su hermana, decidió seguir con la conversación — ¿crees que al confesarme Logan su amor, la maldición se ha roto? ¿crees que esto es la libertad?

—No tengo ni idea *piuthar*... no tengo ni idea — se abrazaron con cariño, consolándose la una a la otra — ¿debemos contarle algo de lo que está pasando a Ildora? Ella nos quiere como una madre.

—Todos los McRae creen que no debemos decirle nada a nadie — se encogió de hombros — y lo cierto es que no estoy preparada para repetir en voz alta lo que ha ocurrido.

—¿Quién ha podido ser? Todo el mundo quería a nuestro *athair* — se enjugó otra lágrima de su mejilla.

—Al parecer no todo el mundo — se incorporó para mirar a su hermana a los ojos — yo también le echo mucho de menos Grizela, pero creo que debemos confiar en los McRae, ellos descubrirán lo que ha ocurrido y de quién debemos velarnos.

Una vez que las dos estuvieron convencidas de que lo más inteligente y seguro para ellas era guardar silencio, decidieron irse cada una a su habitación, darse un largo baño de sales y vestirse para compartir la cena con el clan. Empezaba a haber rumores y eso no las ayudaba en nada.

Al emprender el camino de vuelta al castillo, se percataron de que una sombra las perseguía y presas por el pánico echaron a correr, ni siquiera se molestaron en mirar si alguien iba tras ellas, simplemente salieron disparadas para ponerse a salvo.

—¡Deteneos! — la profunda y grave voz de Jacobo las hizo quedarse clavadas en el sitio — lamento haberos asustado — dijo al llegar a su lado — pero no creemos que debáis estar solas en ningún momento — fueron a protestar pero él alzó una mano para que callasen — sé que pensáis que somos unos bárbaros, pero por favor... ya vivimos esto con Katherine el año pasado, nos confiamos una sola vez y casi la perdemos, sólo queremos que estéis a salvo, lo prometo.

—Gracias Jacobo — Grizela no pudo evitar que su voz sonase demasiado melosa, siempre era así cuando estaba con el inglés.

No recibió respuesta, simplemente un gesto de cabeza para indicarles que podían seguir su camino. Ellas le dedicaron una sonrisa y caminaron cogidas de la mano con la tranquilidad de saberse a salvo.

Ya llevaban un par de días en el castillo y Katherine y Nerys se las habían ingeniado para supervisar cada aspecto de los quehaceres diarios, se inventaban mil excusas para obligar a las cocineras a probar el contenido de las ollas, para que las ropas rozasen primero a los sirvientes. La verdad era que empezaban a tomarlas por locas, pero a ellas parecía no importarles demasiado.

—Athdara, Grizela — la voz de Ildora las sorprendió cuando entraban

en el Gran Salón — debo hablar con vosotras.

—¿Qué ocurre? — preguntó la mayor de las hermanas intentando sonar tranquila.

—¿Por qué no puedo ver a vuestro padre? — fue directa a lo que la interesaba — esos malditos McRae no me dejan ni acercarme a su alcoba, ¿y qué es esa tontería de que su comida sólo puede prepararla esa sanadora? — las cogió de las manos — todo esto es muy raro, ¿qué he hecho para perder vuestra confianza?

—Son los deseos de nuestro *laird* Ildora — se apresuró a responder Athdara — lo sentimos mucho, no es falta de confianza, pero ya sabes cómo es de orgulloso, ahora mismo se encuentra muy débil y no desea ver a nadie hasta que se haya recuperado — la mentira le rasgó la garganta, se sentía desleal.

—Tranquila, dentro de poco todo volverá a la normalidad — interrumpió su hermana Grizela, cogió de la mano a Athdara para finalizar la conversación, pues intuía que estaba a punto de derrumbarse.

Subieron con paso tranquilo hasta los aposentos de Grizela, últimamente pasaban mucho tiempo en esa estancia las dos juntas, incluso dormían en la misma cama. Sabían que los rumores se estaban extendiendo como la pólvora y que la actitud esquiva que tenían lo único que hacía era darles veracidad.

La puerta se cerró con apenas un quejido en cuanto las dos hermanas atravesaron el umbral, se miraron unos segundos y se fundieron en un profundo abrazo. Como siempre las ocurría, no necesitaban palabras entre ellas, ambas podían sentir cómo las mismas dudas, las mismas preguntas sin respuestas y los mismos miedos se apoderaban de ellas.

—Me siento culpable por mentir a Ildora — murmuró Grizela — ella siempre ha cuidado de nosotras.

—Lo sé, me siento igual que tú — la abrazó con fuerza — pero ahora mismo tenemos que tener fe en nuestros amigos McRae... es evidente que tenemos a un traidor entre nuestros muros Grizela.

—Me alegro de que Logan esté aquí — la miró a los ojos — me alegro porque sé que él jamás permitiría que te ocurriese algo malo.

Las hermanas se sentaron en la cama y se quedaron en silencio, ambas tenían mucho en lo que pensar y cuando estaban a punto de perder los nervios, unos golpes en la puerta las sobresaltaron.

Katherine y Nerys entraron con la expresión taciturna y se acercaron a ellas despacio, se sentaron a su lado y simplemente esperaron a que ellas se desahogasen. La inglesa sabía perfectamente lo mucho que dolía perder a un padre, y más aún, hacerlo a manos de traidores. Ella aún podía recordar los gritos, el olor a fuego y destrucción de su fortaleza, donde sus padres y su hermano habían sido brutalmente asediados. Reprimió las lágrimas por los amargos recuerdos y dio gracias al universo por tener a Jacobo aún a su lado.

Las hermanas lloraron desconsoladas. Apenas habían tenido tiempo de llorar la muerte de su padre, debían fingir continuamente que aún estaba vivo y eso las estaba rompiendo el alma. A los seres queridos había que darles sepultura y llorarles como es debido, no ocultarles en su alcoba rociando la habitación con espesos y muy olorosos aceites para evitar que alguien descubriese el fallecimiento.

—Es antinatural lo que estamos haciendo — sollozó Grizela.

—Mírame — Katherine le acarició el rostro — tienes razón, lo es. Lo apropiado sería enterrarle como se merece, tu padre era un *laird* maravilloso, y estoy segura de que era un padre entregado... pero — las miró a las dos fijamente — estáis en peligro, y vuestra vida y la de vuestro clan es más importante que las apariencias o que respetar lo apropiado.

—Pero... — la joven intentó protestar, pero Nerys la abrazó con más fuerza.

—No podemos perderos a vosotras también — le susurró al oído — Ian, Logan, Jacobo y Fergus están investigando todo lo que pueden sin levantar sospechas, sin embargo han tenido que dejar siempre a alguien en los aposentos de vuestro padre porque Ildora no deja de intentar colarse dentro una y otra vez.

—Ella es de la familia Nerys — le dijo llorando Athdara — ella cuida de mí durante mis visiones.

—¿Visiones? — le preguntó Katherine — ¿tienes visiones? — abrió los ojos como platos — ¿del futuro?

—Sí... bueno, más o menos... — Athdara bajó la mirada al suelo — al menos las tenía, llevo semanas sin tener una visión.

Poco a poco la inglesa fue guiando la conversación hasta que las hermanas le explicaron que todo comenzó con la muerte de la madre de las chicas. Le contaron que últimamente las visiones habían sido más vívidas y que a ella le parecía estar en otra dimensión cuando las tenía.

Katherine le preguntó sobre la leyenda y la instó a que le explicara cómo hacía para acercarse a esos guerreros a los que supuestamente ella tenía que ayudar y sin darse cuenta Athdara comenzó a explicar lo perdida y abrumada que se sentía, realmente ella no habría querido poseer semejante maldición, pues jamás le había servido para ayudar a alguien, tan sólo podía percibir los peligros que les acechaban, pero jamás de una forma clara.

Les explicó cómo fue la visión que tuvo con Logan, no tenía claro por qué se lo contaba a esas mujeres, pero lo hizo, hablar con ellas la estaba ayudando mucho y una vez que comenzó, ya no pudo parar.

—Un momento — la interrumpió Katherine — ¿te acuestas con Logan en tus sueños y lo sientes al despertar? — tenía los ojos abiertos como platos, Athdara asintió avergonzada — ¡madre mía! — exclamó, pero entonces una idea llegó a su cabeza y miró a la escocesa fijamente — ¿eres virgen? — preguntó llanamente.

—¿Qué insinúas? — la defendió Grizela — lo que ocurre en sus visiones es algo que ella no puede controlar... ¡no es una cualquiera!

—¡Por supuesto que no! — respondieron Katherine y Nerys.

—Grizela, nosotras no os vamos a juzgar por lo que hagáis con vuestros cuerpos — Katherine miró a Nerys y ambas sonrieron — nosotras nos entregamos a nuestros hombres antes de casarnos y estamos muy felices con la decisión.

Las hermanas abrieron los ojos como platos.

—No me miréis así — sonrió Katherine — ¿vosotras habéis visto bien a Ian? — las hermanas se sonrojaron — considero que me deberían hacer un monumento o algo parecido por no haberme metido en su cama en cuanto desperté — se rio al recordar — bueno, de hecho, me desperté en su cama, pero no fue hasta unos meses más tarde que cedí al deseo y a la necesidad

que sentía por él — un suspiro salió de sus labios — y no me arrepiento lo más mínimo.

—Yo tampoco — sentenció Nerys — Fergus era una tentación constante, con sus sonrisas, su forma de montar a caballo — se abanicó el rostro con las manos — llevamos casados algunos meses y aún me sorprende en la cama.

Athdara comenzó a sentirse peor de lo que lo había hecho hasta el momento. Esas dos mujeres estaban confiando en ella y ella a cambio las mentía y no les decía la verdad, pero no podía. Las conocía lo suficiente como para saber que si su secreto se conocía, los McRae iniciarían la guerra sin contemplaciones y aún no estaban preparados para la batalla. Por lo que calló y reprimió las ganas que tenía de llorar.

—No os juzgo — se explicó Grizela — pero nosotras consideramos que debemos entregarnos a nuestro marido sin haber sido tocadas por otro hombre — suspiró cuando la imagen de un guerrero en particular cruzó su mente — simplemente para nosotras eso es lo correcto.

Katherine no quiso entrar a discutir con esa escocesa sobre lo que era correcto o no. Siempre había sido una mujer muy poco dada a los convencionalismos, a la vista estaba, ya que compartía dormitorio con Ian sin haber sido aún desposados, y según le parecía, a nadie le suponía un problema.

Sin embargo, le llamó poderosamente la atención que Athdara no se pronunciara al respecto, su hermana habló por las dos.

Nerys cambió de tema para relajar el ambiente, pues no querían incomodar a las jóvenes, ellas estaban allí para ayudarlas a sobreponerse a la pérdida, la batalla estaba más cerca de lo que ellas creían y las necesitaban fuertes para dirigir a su clan al lado de los McRae.

CAPÍTULO 12

Cuando la noche ya era oscura y sólo iluminaba la bonita luz de la luna llena, Ildora entró en el cuarto de Grizela con mala cara, gesto que empeoró a ver allí a la inglesa y la McRae.

—No son horas de que estéis despiertas niñas — las regañó mientras recogía los restos de la cena que las hermanas habían tomado sobre la cama — venga Athdara, a tu alcoba, necesitas descansar.

—Voy a quedarme aquí Ildora, necesito estar con mi hermana — se abrazó a ella con cariño.

—¡Ya eres mayorcita para estas tonterías! — exclamó Ildora dejándolas a todas con la boca abierta, al ver sus expresiones dulcificó su rostro — lo siento mi niña, estoy agotada, no me hace ningún bien no poder hablar con vuestro padre.

Katherine observó detenidamente a la mujer. Había algo en ella que no la terminaba de convencer, siempre parecía estar al tanto de todos los movimientos de las hermanas, ella tenía un hermano y un prometido muy posesivos como para no reconocer a la legua ese tipo de comportamiento. Aunque le resultaba raro que fuera una mujer quien se comportara de esa forma.

Ante la insistencia del ama de cría, Katherine y Nerys se despidieron de las hermanas y se dirigieron a las alcobas de sus respectivos hombres. Habían descubierto un par de detalles que las inquietaban y querían ponerlo en conocimiento de los guerreros para que no se llevasen ninguna sorpresa. Habían aprendido por las malas que un pequeño detalle les podía traer muchos problemas.

Finalmente Athdara se dejó convencer por Ildora y aunque no estaba muy segura, la siguió hasta su alcoba, allí entró ella sola sintiendo frío en su interior, hasta que divisó la tina llena de agua humeante, el suave aroma de lavanda y rosa y las tenues luces esparcidas por el suelo de la habitación.

Siguió el camino que marcaban las pequeñas velas hasta dar con los pies de un hombre que estaba en un rincón, sentado sobre una de sus butacas.

Se llevó la mano a la boca para no gritar cuando sintió que el pánico se apoderaba de ella.

—Athdara — Logan susurró su nombre y se irguió cuan alto era para que la luz la permitiese comprobar que se trataba de él.

—Logan — corrió a sus brazos y se dejó consolar por su aroma, su calor y su fuerza.

Durante unos instantes permanecieron en el más absoluto silencio, tan sólo se necesitaban el uno al otro. Logan no podía dejar de pensar en lo mucho que amaba a esa mujer que sostenía entre sus brazos y Athdara comenzó a temblar porque la necesidad que sentían el uno por el otro iba más allá de lo razonable.

—Te he echado mucho de menos — le susurró el highlander al oído — los días se me han hecho eternos sin ti — la miró a los ojos — ¿cómo estás?

—Bien — respondió ella, pero él siguió mirándola fijamente — le echo de menos ¿sabes? Mi padre era un buen hombre — Logan asintió, estaba de acuerdo con ella — pero teneros aquí con nosotras nos hace bien — una débil sonrisa se instaló en sus labios — Katherine y Nerys son encantadoras.

—Lo son — concedió él — con ellas estás a salvo, si te sientes amenazada por el motivo que sea y yo no estoy cerca, acude a ellas — Athdara le interrogó con la mirada — por mucho que les pese a Ian y a Fergus, ambas están siendo entrenadas con el manejo del cuchillo, Katherine es condenadamente buena con su pequeño puñal en la mano.

—Esa mujer esconde muchos secretos — murmuró para sí la escocesa.

—Sé que necesitas estar con tu hermana, pero... — el highlander dudó un instante — no pretendo aprovecharme de ti, te lo prometo, pero sí que me haría muy feliz que me permitieras pasar la noche contigo.

—Sí — no hubo vacilación ni duda, una respuesta tan clara que sorprendió a Logan.

La abrazó de nuevo y mientras la besaba dulcemente en los labios, con una mano le soltaba los alfileres que sujetaban su cabello. Adoraba enredar sus manos en esa melena del color de fuego, llevaba años soñando con hacerlo y ahora que podía, no iba a reprimirse.

Poco a poco le fue desabrochando los botones de su vestido y descubriendo la nívea piel, el deseo le enfebreció, pero hizo acopio de toda su fuerza de voluntad. Athdara había sufrido mucho y lo que menos necesitaba era que un salvaje le robase su virginidad, y aunque eso le provocase un intenso dolor, él quería estar allí para consolarla, cuidar de ella y demostrarle con hechos lo mucho que la amaba y se preocupaba por ella.

Cuando el vestido se arremolinó en sus pies, se forzó a no mirar más allá de sus labios, la envolvió con sus brazos y la alzó del suelo, ella pateó suavemente para deshacerse de sus zapatillas y él la llevó hasta la olvidada tina y la metió en el agua caliente poco a poco y sin dejar de mirarla a los ojos.

Athdara se sentía abrumada por la intensidad, la intimidad y la caballerosidad de Logan. Había sentido claramente cómo el deseo le inundaba, su kilt estaba levantado con orgullo, sin embargo, él no había tocado nada más que su pelo y su espalda cuando la cogió en brazos. Ella adoró sentirse así con él, estaba desnuda, a su merced, pero jamás se había sentido tan a salvo en toda su vida.

—Métete conmigo — le suplicó mirándole con los ojos brillantes de deseo.

—Athdara, se trata de que cuide de ti — se arrodilló en el suelo y le acarició el pelo — ahora mismo estás vulnerable y lo que menos necesitas es pensar en alguien que no seas tú misma — la beso con cariño — tranquila, puedes tomarte todo el tiempo que quieras, yo seguiré estando aquí para ti.

—Logan — le acarició los labios con la punta de sus dedos — jamás dejo de pensar en ti — enredó las manos en su sedosa melena — por favor, métete conmigo.

Logan intentó buscar mil y una excusas en su mente, pero no dejaban de ser excusas y lo cierto era que se le estaban acabando las fuerzas para mantenerse lejos de esa mujer, llevaba enamorado de ella toda la vida y ahora que ambos se habían confesado su amor, el deseo le quemaba las entrañas con más ardor que antes.

Sin embargo no podía dejar de pensar en que ella acababa de perder a su padre.

Pero cuando Athdara le miró de nuevo y se tocó los erectos pezones, su cerebro dejó de funcionar y toda su sangre se agolpó en su miembro que vibraba por la antelación. Llevaba demasiado tiempo sin una mujer y sin duda alguna, eso era lo que le provocaba la ansiedad de no cumplir con las expectativas de esa pelirroja que se sumergía en el agua invitándole a entrar con ella.

La escocesa le miró y sonrió. Le encantaba ver como él se debatía por hacer lo correcto, desde que era muy joven había aprendido a provocarle, a mirarle descaradamente y a deleitarse al verle sufrir y retener su lengua y sus manos.

Finalmente Logan se dejó llevar y se desnudó lo más rápido que pudo, era evidente que deseaba a Athdara, su kilt no es que escondiese mucho. Cuando entró en la bañera, lo hizo frente a ella. Había deseado tanto estar con ella que ahora le parecía estar viviendo un sueño.

Athdara no se lo pensó, en cuanto Logan se estiró, se subió a horcajadas sobre él casi de un salto, lo que provocó que parte del agua saliese volando, pero en ese momento ninguno de los dos le prestaba atención. Tan sólo se veían el uno al otro.

Logan tenía un aspecto de lo más erótico, el pelo húmedo, con algunos mechones rebeldes cayendo por su atractivo rostro, la mirada más oscura que de costumbre y todos los músculos de su cuerpo brillantes por el agua. Athdara le observaba como si fuese su postre favorito.

La joven le provocaba los mismos sentimientos al highlander. Tenía el pelo totalmente mojado, le caía por la espalda acariciando su delgada cintura, la piel clara relucía por las gotas de agua, los ojos verdes brillaban más que de costumbre y tenía los pezones erectos en una clara invitación para que Logan les prestase atención.

—Eres una deliciosa tortura *mo beag bean-shìdh* — la acarició con ternura mientras intentaba que su miembro erecto no se clavase en la preciosidad que tenía encima — te amo tanto Athdara.

Sus palabras fueron un bálsamo y un afrodisíaco para la escocesa, que sin pensárselo ni un minuto, se alzó y se dejó caer sobre el miembro orgullosamente erguido de Logan.

—¡Athdara! — grito este al ver su expresión de dolor — ¿estás loca? — le acarició la cara dulcemente y la besó con cariño — la primera vez de una mujer debe ser mucho más delicadamente — la besó de nuevo — ¿te has hecho mucho daño?

Su instinto de protección prevalecía sobre cualquier otra cosa que ella le hiciese sentir, y le hacía sentir muchas cosas.

—Estoy bien — gimió ella y se escondió en su musculoso pecho.

Logan la acarició con deleite y la besó con todo el amor que sentía por ella, poco a poco comenzó a moverla encima de él sin dejar de observar cada pequeño detalle de su rostro.

Al cabo de un par de minutos, Athdara gemía llena de placer mientras Logan la tocaba y la penetraba buscando que su liberación fuese magnífica.

Los cuerpos se entrelazaron, no se sabía dónde comenzaba uno y terminaba el otro, simplemente se escuchaba el chapoteo del agua, los gemidos de Athdara y los gruñidos llenos de satisfacción de Logan.

El highlander estaba en plena vorágine de felicidad. Había soñado miles de veces con compartir con esa mujer la intimidad de hacerle el amor, siempre había imaginado que sería tremendamente apasionada, pero lo que estaba viviendo superaba con creces todo aquello que él hubiese soñado. Ella era puro fuego, la sensualidad de sus movimientos, la cremosidad de su piel, el olor de su pelo... le estaban volviendo completamente loco.

—Te quiero Logan — exclamó ella dejándose llevar por un clímax que la derritió por dentro.

Cuando él se dejó llevar por el orgasmo, la abrazó como si temiese perderla, como si fuera posible que ella se le escapara entre los dedos y enredó una mano en su larga melena mientras la besaba con tal adoración que Athdara casi dejó de respirar.

El agua se enfriaba con rapidez y Logan decidió que ya era hora de salir. La cogió en brazos después de lavarla cuidadosamente y la llevó a la cama donde sus dedos se paseaban perezosos por su piel mientras la secaba y la vestía. No quería que una corriente indiscreta la hiciese enfermar.

Una vez que ella estuvo lista para meterse en la cama, Logan volvió sobre sus pasos para coger su propia ropa y entonces una pequeña brisa de

aire le acarició las piernas, lo que hizo que todos sus sistemas de alarma sonasen ruidosamente en su cabeza, sus instintos le sobrepasaron. Por un instante se quedó quieto, tan sólo escuchando en el silencio de la noche, mientras le pedía con la mirada a Athdara que no hiciese un solo movimiento.

Se movió como un gato, dio un paso atrás observando fijamente cada detalle, hasta que lo vio. Una esquina de un enorme tapiz se movió tan suavemente que apenas pudo apreciarlo. Necesitó cuatro grandes zancadas para llegar hasta él, lo apartó lleno de ira y observó una puerta de madera.

—¿Sabías que esto estaba aquí? — le preguntó a Athdara que temblaba como una hoja sobre la cama. Ella negó con la cabeza — *¡Galla!* — murmuró mientras intentaba abrir la puerta de madera.

Finalmente y con la furia corriendo por sus venas, Logan le dio una patada que la hizo saltar de los goznes. No era una puerta muy grande, un hombre como él tenía que agacharse para caber por el hueco. Se fijó en que las bisagras estaban recientemente engrasadas e inmediatamente su piel se erizó. Sus músculos se tensaron por el peligro que se cernía sobre ellos.

Esto no era nada bueno. Alguien había matado a Angus McGregor, *laird* y padre de las muchachas, el hecho de que hubiese un acceso a una de las habitaciones principales y que las hijas del *laird* no conocían, les colocaban en una situación demasiado vulnerable.

Se acercó hasta la cama donde la joven pelirroja le miraba llena de terror, la envolvió con la bata de lana que colgaba de un gancho de la pared, tenía la mandíbula tan tensa que apenas podía hablar, por lo que decidió permanecer en silencio. Tenía que proteger a Athdara, no podía permanecer en ese cuarto ni un solo instante más.

La cogió entre sus brazos todo lo protectoramente que pudo y salió sigilosamente al pasillo, lo recorrió rápido y sin hacer ruido hasta que llegó a la alcoba donde Ian McRae y la bella Katherine descansaban, él les conocía y estaba seguro de que estarían en una situación muy comprometida, pero no podía quedarse donde estaba o alguien les vería. Por lo que rezando a los antiguos Dioses, cerró los ojos y abrió la puerta.

CAPÍTULO 13

Mientras entraba en la alcoba del *laird* McRae, rezó mentalmente a los Dioses para que Katherine encontrara la forma de aplacar la ira de Ian, pues estaba seguro que de la intrusión en el dormitorio podía traerle demasiados problemas.

—¡Ian! — exclamó sin alzar demasiado la voz — juro que tengo los ojos cerrados, necesito ayuda.

Se quedó inmóvil apretando a Athdara contra su pecho que temblaba de miedo.

—¡Logan! ¿pero qué diablos haces aquí? — exclamó furioso el *laird* — como abras los ojos te arranco la cabeza.

—¡Ian! — siseó Katherine — está pidiendo ayuda — le miró fijamente a los ojos y el escocés cabeceó.

Se levantó de la cama de un salto y se aseguró de que su mujer estuviera completamente tapada. La observó durante un segundo y no pudo evitar perderse en esos maravillosos ojos azules como el mar de Escocia. Amaba a esa inglesa con cada parte de su ser.

Encendió otra vela y se puso el kilt alrededor de las caderas.

—Podías vestirme algo más — murmuró Logan sin dejar de sujetar a Athdara de forma que no pudiese girar la cabeza.

—Esta es mi habitación — le dedicó una brillante sonrisa — ¿envidia? — le provocó.

—A mí no me importa verle como está — dijo Katherine desde la cama comiéndose con los ojos al hombre al que amaba.

—Tú no vas mucho más vestido — le miró Ian y se interpuso entre su amigo y su mujer, lo que provocó que Katherine pusiera los ojos en blanco.

—Tenemos problemas Ian — informó Logan, dejó a Athdara en el suelo con cuidado — en su habitación había una puerta secreta escondida tras un tapiz y ella no lo sabía.

—¡Maldita sea! — exclamó Logan y se giró para mirar a Katherine — *mo bana-phrionnsa*, vístete y que no se te olvide el puñal.

Logan se giró y miró fijamente a la puerta, podían estar en peligro, pero él sabía que si se le ocurría mover un solo músculo e Ian percibía que podía ver a su mujer, él estaba muerto. Por mucho que Katherine pudiera controlar al *laird*, nadie podría salvarle de observar un trozo de piel desnuda.

La inglesa se levantó de un salto, se enfundó el cobertor de fina lana sobre su cuerpo desnudo y después el vestido que había llevado durante la cena, lo miró con cariño y suspiró al coger el pequeño puñal y cortar la tela desde los muslos hasta el borde, hizo lo mismo con las mangas. Ahora tenía total libertad de movimiento.

—He traído mi espada — le dijo a Ian y pudo ver como él respiraba algo más tranquilo, la seducía que él la considerara peligrosa con un arma en las manos.

—Gracias a los Dioses — murmuraron Ian y Logan a un tiempo.

—Logan, vete a la alcoba de Fergus y Nerys, necesitamos a mi hermana aquí también — el escocés miró al *laird* con sorpresa en los ojos — sí, mi hermana también se defiende con la espada — murmuró sintiendo como las palabras se le atragantaban en la boca.

Reprimiendo una sonrisa, Logan salió del cuarto y caminó sigilosamente por el pasillo.

—¿Estás bien Athdara? — Katherine se acercó a ella y la miró a los ojos, no había dicho ni una sola palabra — ¿estás bien? — repitió acercándose más a ella con movimientos lentos.

—Alguien nos odia muchísimo — susurró sin poder dejar de temblar.

—Te protegeremos — le prometió solemne Ian — te doy mi palabra de highlander — clavó sus dorados ojos en ella y abrió sus brazos, Athdara corrió a cobijarse en ellos — tranquila pequeña — la abrazó con cariño — cuidaremos de ti, de Grizela y del territorio de los McGregor.

Katherine miró a su marido llena de preocupación. ¿Qué estaba pasando en esa fortaleza? Había algo que se la escapaba, por norma general su mente era capaz de registrar los más mínimos detalles y acabar encajando todas las piezas, sin embargo, esta vez se sentía perdida. No era capaz de comprender

por qué motivo alguien odiaría tan fervientemente a las jóvenes McGregor. Más o menos comprendía que los McIntosh quisieran las tierras y el oro que poseían, pero lo que estaba ocurriendo en el castillo era un ataque contra la familia McGregor y eso no tenía nada que ver con las luchas de poder. Eso era maldad en estado puro.

Katherine no podía apartar la vista de la escocesa que se arrebujaba dentro de su bata mientras los brazos de Ian la envolvían con cariño, sintió una punzada de celos atravesarle el corazón, pero rápidamente apartó esa idea de su cabeza. Su highlander era leal y fiel a ella en cuerpo, alma y mente, ella lo sabía. Sólo estaba consolando a una mujer que estaba en peligro. Le dedicó una mirada llena de amor que él le respondió lanzándole un beso lleno de orgullo.

Unos instantes más tarde, Logan volvía acompañado de Nerys y Fergus. Ambos vestidos y armados.

—Nerys, Katherine — la voz de Ian sonó firme — proteged a Athdara.

—¿Y qué pasa con mi hermana? — la tenue voz de la escocesa apenas era audible.

—Iré a buscarla — Katherine salió de la alcoba en el más completo silencio.

Los hombres se armaban en silencio mientras Athdara se sentía cada vez más y más pequeña, miraba de reojo a Nerys, tenía un afilado cuchillo que escondió en un pliegue de su vestido mientras le guiñaba un ojo. Ella no sabía manejar la espada, ni los cuchillos ni nada que le sirviese de ayuda para protegerse, ni siquiera sus visiones servían para ese propósito. Tan sólo eran imágenes desalentadoras con las que no podía hacer nada.

Logan la miró un segundo y lo que vio en sus ojos no le gustó nada. Se acercó a ella con paso firme y la rodeó con los brazos ante la atónita mirada del resto. Le acarició la cara con dulzura y acto seguido la besó en los labios con todo el amor que sentía por ella, quería transmitirle que él la protegería de todos los males del mundo. Ella se estremeció entre sus brazos y él ahondó el beso. Finalmente se obligó a soltarla, le acarició la punta de la nariz en un gesto juguetón y sin decir ni una palabra volvió a ajustarse la espada en el cinto.

Ian sonrió disimuladamente. Ahora le tocaba reírse a él.

Unos instantes más tarde y ajena a lo ocurrido entre Athdara y Logan, la inglesa regresaba con la pequeña de los McGregor envuelta en un camisón y una bata de cama y con su hermano Jacobo pisándole los talones. Ian sonrió de nuevo. Su pequeña inglesa estaba constantemente alerta y el orgullo le hinchó el pecho. ¡Cómo amaba a esa *valkiria*!

—Logan, Fergus — miró a sus amigos — vosotros haréis guardia en la habitación de Athdara — les dijo con voz de mando — Jacobo y yo examinaremos ese túnel secreto y veremos dónde conduce.

Katherine le miró llena de ira. Ese condenado escocés se pondría en la línea de fuego sólo para demostrar que él era más valiente que los demás.

—Ian — le clavó la mirada enfurecida — eso es una estupidez — le dijo sin más rodeos — Nerys y yo estamos preparadas, no nos escondas como si fuésemos muñequitas de paja.

—No te pondré en peligro — siseó cerca de sus labios, él ya se había imaginado que ella sugeriría algo parecido — no es discutible.

—¡Perfecto! — se encaró a él — porque no lo estoy discutiendo — le apuntó con la espada en directamente a su corazón — luchamos bien, podemos protegernos y lo sabes — se acercó hasta que el metal tocó la masculina piel — si nosotras protegemos a las McGregor en el cuarto de Athdara, los cuatro podréis ir por el túnel y protegeros entre vosotros.

Los hombres observaron con detenimiento a la inglesa. No pudieron sino venerar su inteligencia, ella era sin duda alguna, una mujer a tener en cuenta, tenía más valor que algunos de los hombres con los que se habían topado a lo largo de los años.

Ian apartó de un manotazo la espada de su pecho y agarró a su inglesa por las caderas, clavó sus labios en los de ella con un beso voraz que transmitía el miedo que él sentía por ella.

—Te quiero inglesa — le susurró al oído — me aterra perderte.

—*Tha gaol agam ort mo prionnsa* — le sonrió con cariño — jamás me perderás, yo siempre estaré en tu corazón.

Rápidamente se pusieron en formación y salieron discretamente por el

corredor en dirección a la habitación de Athdara. Los hombres divididos, Jacobo y Fergus iban delante, Logan e Ian atrás. Todos ellos temían por las vidas de las mujeres, pero ellas iban entre ellos con expresiones serenas en sus rostros.

Una vez dentro de la alcoba. Katherine cogió a Grizela de la mano y la llevó a un rincón lejos de las ventanas y con la piedra descubierta, Nerys hizo lo mismo con Athdara. Entre las cuñadas verificaron que no había más entradas secretas y colocando unos pequeños puñales en las manos de las McGregor, se prepararon para defenderse de lo que pudiera salir del túnel.

Los hombres no dijeron ni una palabra, llevaban una espada en una mano y un puñal en la otra. Caminaron en fila de a uno y se introdujeron por el estrecho pasadizo. Estaba demasiado oscuro y debido a lo pequeño que era, dedujeron que la persona que lo usara no podía llevar una antorcha. Los pasos resonaban leves sobre las piedras enlodadas para compensar en errático latir de los corazones de los guerreros que se enfrentaban a lo desconocido.

—¿Ya tienes las pelotas azules? — le preguntó Ian en un susurro a Logan.

Tuvo que reprimir una carcajada cuando sintió el gruñido de su amigo ante sus palabras. El *laird* recordaba con detalle cuando Logan le había hecho esa misma pregunta hacía ya algún tiempo, cuando Katherine le volvía loco sin remedio y él no sabía cómo superar las horas sin tumbarla debajo de él.

Los hombres contaron unos cien pasos cuando descubrieron otra pequeña puerta que parecía dirigirse al exterior de la fortaleza. No tenían muy claro con qué se encontrarían ya que parecía tratarse de un pasadizo hecho a la vez que se construía el castillo, las piedras no tenían grietas ni aristas, por lo que dedujeron que no había sido excavado en las rocas.

La puerta cedió sin apenas tocarla. Todos contuvieron la respiración para no oír nada más que aquello que les rodease.

—¡Galla! — exclamó Logan en cuanto sus ojos se adaptaron a la oscuridad bañada por la luz de la luna.

—Opino lo mismo — cabeceó Jacobo. Había estado muy callado hasta el momento — Ian — se giró para mirarle — esto nos hace ser vulnerables.

—Lo sé — miró a sus hombres y todos comprendieron cuál iba a ser su

siguiente orden.

Habían salido justo en mitad de los establos, casualmente en el único cubículo que no tenía un animal dentro. Eso les ponía nerviosos, era una brecha enorme en la seguridad de la fortaleza, del pueblo y de la familia. La persona que usaba habitualmente ese pasadizo para entrar y salir del castillo, lo hacía desde los establos directamente a la habitación de Athdara. Logan tenía la sangre hirviendo en las venas.

Jacobo sabía mucho acerca de preparar trampas, su abuelo había sido uno de los mejores estrategas del fallecido rey Francisco, padre del actual rey inglés Enrique. Un amigo de los Bradbury y afín al *laird* Ian McRae.

Mientras los demás hombres vigilaban los alrededores, Jacobo se dirigió a la sala de armas, donde volvió provisto de dos docenas de flechas metidas en un gran carcaj. Al sostenerlas en sus manos no pudo menos que sonreír. Estaban hechas de una madera más fuerte que las normales y eran ligeramente más finas, la punta era increíblemente afilada. Eran las flechas de su hermana Katherine.

Puso a los hombres a cortar las flechas a un palmo de la punta, cosa que hicieron disfrutando de romper esas malditas flechas con las que Katherine les humillaba en sus competiciones de tiro a una diana.

Les instó a que entraran en el túnel de nuevo, él portaba el carcaj con las flechas modificadas y una vez que cerró la puerta, la trancó con barro y piedras pequeñas, no tanto como para que no se abriera de nuevo, pero sí que lo hiciera con un pequeño empujón.

En las paredes del túnel situó las flechas mirando hacia la puerta a la altura de la cintura, ninguna más alta del pecho. Las iba encajando en los agujeros que hacía con su puñal. Una vez hubo terminado, volvieron sobre sus pasos hacia la alcoba de la hermana mayor de los McGregor.

CAPÍTULO 14

Las mujeres estaban especialmente alerta, sabían que algo ocurría pero no eran capaces de imaginar el qué, estaba claro que alguien quería la muerte de los McGregor y tanto Nerys como Katherine sospechaban que no tenía nada que ver con las tierras, o al menos no sólo con ellas.

—Athdara... — la voz de la inglesa rompió el tenso silencio — ¿has tenido un buen baño? — observó el agua desperdigada del suelo y sonrió.

La escocesa se ruborizó y bajó la mirada al suelo cuando las imágenes de Logan desnudo y totalmente mojado hicieron que su vientre se contrajese por el deseo.

—*¡Piuthar!* — exclamó Grizela — ¿qué has hecho? — se enfrentó a su hermana censurándola con la mirada.

Ahora estaban en un serio peligro, Grizela sabía que según las visiones de su hermana, Logan tenía que enamorarse de ella y según les había instruido Ildora, si una mujer era complaciente en la cama, el camino hasta el corazón del hombre sería más sencillo y sin duda más placentero, y pese a que ella ansiaba entregar su cuerpo a su amor verdadero, comprendía que el sacrificio que hacía su hermana era por el bien de todo el clan.

Pero ¡por los Dioses! Ahora mismo se enfrentaban a un enemigo desconocido que al parecer campaba a sus anchas en su fortaleza, en su propia casa... esto no tenía nada que ver con las precisas visiones de su hermana.

—Vivir — murmuró Athdara encontrando la mirada de su hermana — si me van a matar, será después de haber disfrutado la dicha de ser amada por el hombre de mis sueños — fue alzando la voz a medida que las palabras salían de su boca.

—Pero... — la mirada dolida de Grizela hirió a Athdara — *piuthar...*

—¡No! — exclamó — nada ni nadie me va a alejar de Logan — sentenció ante las insolentes sonrisas de Katherine y Nerys.

Grizela decidió callar y no importunar más a su hermana. Desde que

había dejado de tener las visiones era como si ya no pensarán igual, como si ya no pudieran entenderse sin palabras... y eso la entristecía sobremanera. Echaba de menos a su padre, le dolía pensar que no había sido capaz de salvarle y necesitaba a su hermana más que nunca.

Cuando los hombres entraron de nuevo a la alcoba, el alivio de las jóvenes se sintió en el aire. Katherine se lanzó en los brazos de Ian y comenzó a tocarle el pecho y a observarle detenidamente para encontrar posibles heridas. Afortunadamente su highlander estaba en perfectas condiciones.

—Estoy bien — la miró a los ojos y el corazón le dio un vuelco al ver la preocupación que ella tenía por él — *mo gràdh*, estoy bien — la estrechó entre sus brazos y se maravilló al sentir el calor de ella. Amaba a esa mujer por encima de su propia vida.

Nerys se acercó igual de ansiosa que la inglesa y fue recibida con un apasionado beso y un tierno abrazo.

Logan miró durante unos segundos a Athdara, la necesidad de estrecharla entre sus brazos le estaba consumiendo. Él no había planeado que fuese así, cuando la amase por primera vez, sería en una blanda cama, entre caricias delicadas pero atrevidas, la rodearía entre sus brazos toda la noche mientras la observaba dormir y la besaba dulcemente en la piel. Sin embargo, nada había salido como lo había planeado, había poseído a esa inocente mujer en la bañera, ella se había empalado en él y estaba seguro de que la había lastimado, no había podido controlarse y su instinto de protección le estaba atacando por haber cedido al animal salvaje que le poseyó.

Aún llevaba puesta la ligera bata sobre el camisón y se enfureció. Así no era como debían ser las cosas.

—*Mo ainnir adeas coille* — susurró mientras se acercaba para abrazarla con cariño.

Se quedaron así unos instantes hasta que Ian les hizo señas a todos para que saliesen de la habitación, él sabía que Logan no tenía intención alguna de permitir que ella durmiese en esa cama y mucho menos sola, pero era evidente que ambos necesitaban algo de intimidad.

Athdara se sentía completamente a salvo entre los brazos de Logan, en

lo más profundo de su ser, sabía sin ninguna duda que él la protegería de todos los males del mundo. Los ojos se la llenaron de lágrimas sin que pudiera evitarlo.

—No llores mi vida — el highlander la alzó del suelo — estás a salvo mi amor — la besó con ternura en los labios — jamás volverás a estar desprotegida.

La escocesa se sintió morir por un instante. ¡Había tantas cosas que no le había contado! Y aun así, allí estaba él, con esos fuertes brazos rodeándola y dispuesto a morir por ella, porque si Athdara estaba segura de algo, es que Logan arriesgaría su propia vida para salvarla, no al clan de los McGregor, no... a ella. ¡Y había quien creía que él no tenía honor! ¡Ja! Ellos no le conocían.

Logan McRae tenía el honor corriéndole por las venas, la lealtad tatuada en el corazón, la valentía como capa y el orgullo como bandera. Y ella le amaba con todo su ser por todo eso.

Mientras la mayor del clan se emborrachaba de las sensaciones que le provocaba estar en los brazos de Logan, él la llevó en silencio y con sumo cuidado a su alcoba. Como buen guerrero, en cuanto se instaló en ella lo primero que había hecho, fue asegurarse de que fuera un lugar seguro, por lo que dado que ambos se habían declarado su amor, él estaba convencido de que lo más lógico es que compartiese cama con él, de hecho, tenía planeado que Athdara jamás durmiese en una cama que no fuese la suya.

Al día siguiente los ánimos de los McRae estaban jubilosos, o al menos esa era la imagen que daban. Sonreían a todo el mundo.

Ildora se subía por las paredes, llevaba toda la vida cuidando de esas niñas, ¡y ahora la dejaban de lado por unos McRae! ¡Ese *laird* presuntuoso y su *sasannach*, se habían apoderado del castillo! Las criadas les obedecían en todo, las comidas se preparaban según las indicaciones de esa curandera charlatana que habían traído con ellos, pero lo que más la hacía enfurecer era que había cuatro de esos odiosos highlanders McRae en la puerta de la alcoba del *laird* McGregor y no permitían a nadie la entrada.

Caminaba como una sombra de lo que solía ser. Ya no podía ver a solas a las jóvenes que había criado porque la mayor, Athdara, estaba siempre

custodiada por Logan y la pequeña era vigilada por ese *sasannach* lleno de cicatrices, semblante serio y sombrío y ojos de halcón que no se perdían un solo detalle. Todo estaba cambiando en las tierras de los McGregor, nada era como debía ser y los cambios se sucedían con demasiada rapidez.

Durante el día, las alcobas de la familia del *laird* McGregor permanecieron vigiladas por los guerreros del clan McRae. Katherine le había dicho a Ian la noche anterior que algo se tramaba contra la familia misma, que era algo más que el hecho de conseguir tierras y oro, y él no había dudado en hacerle caso, si algo había aprendido en el tiempo que llevaban juntos, era que el instinto de esa mujer era infalible. Era digna sucesora de su padre y de su abuelo antes que él.

Al terminar el almuerzo, las mujeres fingían que bordaban en la biblioteca, cuando lo que realmente hacían era afilar sus puñales y enseñar a las jóvenes McGregor cómo usar un cuchillo para defenderse.

—Se me ha ocurrido algo — apuntó Grizela — hace un tiempo, cuando toda esta locura empezó, Logan me preguntó que si podría preparar más del veneno que aturde — miró a su hermana — el que usaste para derribar a Eskol McIntosh.

Se levantó nerviosa, se acercó a la chimenea y sin mirar a las mujeres, sacó un ladrillo de su hueco y de este extrajo varios pequeños botes de cristal con un líquido negro en su interior.

—¿Esto derribará a un guerrero? — preguntó Nerys observando cuidadosamente el frasco.

—Hay personas a las que este veneno no las afecta en la misma medida que a la mayoría, Eskol es uno de ellos, hemos comprobado que con él tan sólo es efectivo durante unos cuantos latidos — se acercó a su hermana y se cogieron de las manos.

Katherine las observó sin perderse un solo detalle de sus gestos y de las miradas que se cruzaban entre ellas... había algo en cómo se miraban... ¿quizá miedo? Entonces una pregunta iluminó su cerebro.

—Exactamente... ¿cuántas veces le habéis dado este veneno a ese McIntosh para conocer cuánto le dura el efecto? — preguntó a las hermanas que abrieron los ojos durante un latido e inmediatamente pusieron su cara

más inocente.

—Digamos que nos hemos enfrentado a Eskol en alguna ocasión — murmuró Athdara apretando la mano de su hermana.

—Nos estáis ocultando algo — Nerys asintió ante las palabras de Katherine, ella también se había dado cuenta del cambio en el rostro de las jóvenes.

—No... — comenzó a murmurar Grizela.

En ese momento las puertas de la biblioteca se abrieron de par en par y una azorada Ildora entró como una exhalación y se enterró en los brazos de las hermanas.

Katherine apretó los dientes y sintió como la ira la invadía. Esas chicas sabían más de lo que contaban y no era un momento adecuado para guardarse secretos, miró a Nerys y haciendo un gesto apenas perceptible, tomaron asiento cuidadosamente mientras los vestidos tapaban los frascos desparramados por el sofá al igual que los cuchillos.

Ian, Logan, Fergus y Jacobo cabalgaron por los límites de los territorios de los McGregor observando con detalle todos aquellos indicios que les pudiesen mostrar la entrada de algún intruso. Pero era imposible, más de doscientos hombres se habían postrado en las fronteras, nadie debería poder pasar sin ser advertido por los guerreros o por los perros.

—Será mañana al amanecer — informó Ian a sus consejeros mirándoles directamente a los ojos — estamos preparados, no esperaré a que ese desalmado de Eskol McIntosh ataque este territorio.

Los hombres asintieron mostrando el respeto y la camaradería a su líder. Todos pensaban como él, hacía días que los hombres del clan amigo estaban preparados, la tensión y las ansias de lucha se sentían en el ambiente. Los hombres convertidos en guerreros tenían la adrenalina muy alta y comenzaban a ponerse agresivos. Era el momento perfecto para dirigir toda esa ansiedad a la batalla.

—Jacobó — llamó Logan — bonito truco el del túnel — el hombre asintió — queremos que te quedes con las mujeres, que las protejas en la fortaleza — el inglés se tensó como un arco.

—¡Soy válido para luchar! — increpó molesto.

—Lo sabemos — puso su mano sobre el hombro — por eso queremos que te quedes protegiendo lo que más queremos en el mundo — le miró fijamente a los ojos — confiamos en ti y sabemos que darías tu vida para protegerlas, eso nos tranquiliza para que podamos ir a la batalla y centrarnos en cortar las cabezas de esos traidores.

El inglés observó con detenimiento a Logan, le conocía lo suficiente como para saber cuándo intentaba ganarse la confianza ciega de alguien, y ahora mismo, él era la víctima. Sopesó sus palabras durante unos instantes y entonces lo comprendió.

—El traidor está en la fortaleza — enunció con seguridad — mientras vosotros salís a buscar a los McIntosh, queréis que yo me encargue del traidor.

Logan asintió con una sonrisa. Adoraba la forma de pensar de Jacobo y Katherine.

—¿De verdad pensáis que mi hermana y Nerys se van a quedar de brazos cruzados? — preguntó con malicia.

—Ni por un condenado instante — respondió el highlander con una carcajada.

Los hombres cabalgaron para alcanzar el resto del grupo mientras las carcajadas de todos retumbaban en los valles escoceses.

Mientras tanto, en el Gran Salón del castillo del territorio de los McIntosh, Eskol daba vueltas como un león enjaulado. Llevaba demasiado tiempo encerrado, demasiado tiempo sin ver a la mujer que le obsesionaba, demasiado sin saber qué era lo que ocurría en el clan vecino.

Los planes eran atacar con el comienzo del invierno porque el clan de los McGregor era un puñado de cabreros ignorantes de su propia fortuna, con las primeras tormentas, la mayoría de los hombres estarían en la ladera oeste para reparar las cuerdas de los animales y comenzar a preparar la caza. Las mujeres estarían afanosas en la fortaleza mirando para sus tapices, sus uñas o sus cazuelas, no le importaba demasiado, el caso es que nadie le vería llegar.

Podía sentir cómo su sangre pedía a gritos una liberación. Se sentía demasiado salvaje en estos momentos, llevaba demasiado tiempo sin obtener

el placer al que estaba acostumbrado.

—Eskol — la voz de la hija del antiguo *laird* McIntosh le sacó de sus cavilaciones — estoy aquí como me pediste.

Y ese fue el detonante. El hombre nunca había sido sutil con la chica, pero en esa ocasión dejó que toda su ira le dominase y se descargó en ella como nunca antes lo había hecho.

Al cabo de unas horas, Eskol se encontraba mucho más tranquilo y por primera vez en semanas, dormía prácticamente inconsciente. Tal era el estado de paz interior que sentía, que le permitió a la mujer pasar la noche con él, mientras ella le abrazaba intentando obtener algo del calor de su cuerpo. Lo que habían compartido esa noche no había sido pasión o lujuria, había sido algo oscuro que a ella la asustaba en la misma medida que la seducía. Le besó con toda la ternura de su corazón y se quedó dormida con el rítmico latir de la sangre embravecida del hombre con el que compartía alcoba.

CAPÍTULO 15

La noche se cernió sobre la fortaleza de los McGregor. La cena había sido apacible hasta lo aburrido y en cuanto los platos principales habían terminado de ser servidos, el consejo de los McRae se había ausentado del Gran Salón acompañados de cerca de sus mujeres y las jóvenes McGregor.

—Ian — Logan interceptó al *laird* y este le hizo una seña a Katherine para que se alejara con Athdara — quiero que nos cases — le espetó de repente.

—¿Cómo has dicho? — Ian abrió los ojos como platos — ¿te has vuelto loco? — le apartó un poco más hacia las sombras — no podemos celebrar una boda en estos momentos.

—Ian — le miró a los ojos — la amo más que a mi vida, si mañana muero, quiero que la acojas como una McRae, si este castillo cae, quiero morir sabiendo que contigo estará a salvo.

—Logan... — las palabras de su mejor amigo le hicieron estremecer.

—Escúchame por favor — se pasó las manos por el pelo con desesperación — ella me ha hecho cambiar, desde que la tomé... yo... — las palabras se le atascaron en la garganta — cásanos, no permitas que caiga en desgracia.

—Es ella ¿verdad? — preguntó Ian sabiendo la respuesta — ella es tu *càraid*.

—Lo es — afirmó sin una pizca de duda en su voz.

—Será hecho — se abrazaron con fuerza — será mejor que vayas a preparar a la novia — le palmeó el hombro.

Cuando Logan entró en su alcoba, las piernas estuvieron a punto de cederle. Athdara le esperaba tumbada en la cama, tan sólo con un fino y demasiado corto camisón que apenas tapaba nada de su exuberante figura. Ahogó un gemido y cerró los ojos un instante para obligar a su corazón a que dejase de golpearle las costillas.

—Eres la mujer más hermosa del mundo — se acercó con paso firme a

ella — *mo ainnir adeas coille* — murmuró enterrando sus manos en sus cabellos del color del fuego.

—¿Por qué me llamas ninfa del bosque? — le preguntó aspirando el aroma del cuerpo de Logan y dejándose envolver por su calor y por la sensualidad que emanaba.

—Porque me has hechizado — respondió tirando suavemente de su pelo hacia atrás para descubrir su garganta — porque eres la más bella hada que existe, porque te amo más que a nada en esta vida.

La declaración intensa de Logan la dejó jadeando por la anticipación. Ella había decidido seguir el consejo de la inglesa cuando insinuó que esta noche sería bueno que aprovechara todos los instantes con él, ella había estado más que de acuerdo con eso.

—¿Confías en mí? — le preguntó rozando sus pezones erectos a través de la delicada tela, la escocesa gimió como respuesta — dejarte ahora es lo más difícil que he tenido que hacer jamás — ella abrió los ojos sin comprender — quiero que te vistas con tu mejor vestido y que lo hagas rápidamente.

—¿Dónde me llevas? — preguntó la joven molesta porque él quisiese ir a pasear en vez de retozar con ella en la cama.

—Vamos a casarnos Athdara — sus palabras sonaron en igual medida como una orden y como una súplica, ella se agarró a él por la emoción — no caerás en desgracia Athdara, y si algo me ocurre, McRae ha prometido cuidar de ti, confío en que él te mantendrá a salvo si yo no estoy.

—Sí — fue la respuesta de la joven que se sentía volar sin moverse.

Katherine, Nerys y Grizela estaban demasiado nerviosas como para poder fijarse en los detalles, ninguna de las tres podía negar que la idea de Logan las había llegado al corazón. Era lo más honorable y romántico que alguna de ellas hubiera visto en alguna ocasión.

Ian miraba a Katherine con fuego en los ojos. Él ansiaba más que nada poder casarse con su inglesa, pero al ser el *laird* de Nairn no podía hacer como su mejor amigo, arrastrar al sacerdote hasta el valle de las celebraciones, iluminar la noche con velas y atar a la mujer de su vida a él ante los ojos de hombres y dioses, maldijo una docena de veces. Él quería y

necesitaba ser el marido de Katherine de una vez por todas.

La inglesa percibió la intensa mirada del *laird* y sonrió con picardía. Ella quería ser desposada también, aunque la verdad era que desde que Ian la rescató de las viles manos del hermano bastardo y traidor del rey inglés, habían vivido como un matrimonio.

—¿Estás segura de lo que haces? — le preguntó Grizela a su hermana — no le has contado... — la mirada de Athdara le dio la respuesta — ¡por los Dioses! ¿te has vuelto loca?

—Sí... no... — cogió la mano de su hermana — no lo sé... — la miró con cariño — lo único que sé es que le amo con locura, que sin él ya no me siento yo misma.

—No has sido tú misma últimamente Athdara — su hermana la abrazó — no has tenido más visiones, ni has entrado en trance... — la miró a los ojos de nuevo — ¿es el fin de la maldición? ¿crees que si te casas con Logan, serás libre?

—No lo hago por eso Grizela — las lágrimas empañaron el rostro de la mujer — tendría todas las visiones del mundo si le tuviera a mi lado, pasaría por días enteros sintiéndome exhausta si por las noches él me abrazara.

—Te deseo lo mejor, *mo piuthar* — la abrazó sintiendo una felicidad como nunca antes había conocido.

En ese momento, las voces del sacerdote llegaron hasta ellas rompiendo el momento de intimidad, lo cual, Athdara agradeció. Quería a su hermana y ella era la única que sabía absolutamente todo de su vida, pero si iba a casarse con Logan no podía hacer con dudas en el corazón y que los Dioses se apiadasen de ella, su hermana le recordaba todos los errores cometidos en el pasado.

—¡Los McRae están locos! — exclamó furioso el sacerdote — ¡quieren que celebre una boda ahora mismo! — gritó acercándose a la joven McGregor — ¡si no se han llevado a cabo las acciones tradicionales!

La joven le miró con una sonrisa en los labios.

—Soy yo la que le pide que me case con el guerrero Logan McRae — le miró a los ojos y sonrió dulcemente.

—¡Mi niña! — el hombre la abrazó con fuerza.

No se necesitó mucho más. Había testigos de sobra, un sacerdote y la pareja casadera. La luna iluminaba con fuerza esa noche y las velas que Katherine y Nerys habían llevado y encendido, daban un aire romántico al momento.

El hombre comenzó con la ceremonia del “*handsfasting*”, la ceremonia que les uniría durante un año y un día, pero en cuanto el hombre pidió a los guerreros que hicieran el círculo mágico para la unión, Logan les detuvo.

—No quiero casarme durante un tiempo contigo — le dijo a Athdara — te quiero para toda la eternidad — vio el brillo de sus ojos y el leve asentimiento de ella — quiero que nos case para siempre, quiero que ella sea la dueña de mi corazón a través del tiempo.

Las mujeres no pudieron evitar las lágrimas.

El sacerdote comenzó con la ceremonia para los votos druidas, pero cuando pidió el trozo de tela con los colores del clan de los McRae para unir las manos de los novios, Logan sacó un puñal, cortó un trozo de su tartán y se lo entregó al sacerdote sin dejar de mirar a Athdara que intentaba controlar sin demasiado éxito un jadeo. Sonrió con orgullo masculino.

Athdara se sentía en una nube. ¿Había algo más romántico que ser casada con el hombre al que amaba desde niña, en mitad del valle, rodeada de velas y con la luna como maestra de ceremonias? Miró con renovada admiración a Logan. Amaba a ese hombre, era el highlander más honorable y tierno que ella jamás había conocido y eso la hacía enloquecer, pero cuando vio cómo arrancaba una tira de su tartán para que les uniesen las manos se sintió desfallecer... ¿había algo más erótico que eso?

La ceremonia se celebró sin la interrupción de nadie, todos observaban a la pareja que parecía querer devorarse con la mirada. Cuando el sacerdote dio por finalizada la boda, Logan agarró posesivamente a la que ahora era su mujer y la besó con tal ardor que el resto de los invitados se ruborizaron. Si antes la deseaba, ahora que sabía que ella era suya, el deseo le consumía, le estaba quemando las entrañas y de repente ya nada más que Athdara importaba, él no podía oír ni ver nada ni a nadie más. Solo ella, solo la mujer que le había devuelto el honor.

Athdara voló literalmente a los brazos de Logan. Le ansiaba de una forma primitiva, sí, había cosas que él aún no sabía, pero se las diría por la mañana, por ahora en lo único que podía pensar era en lo mucho que necesitaba estar a solas con Logan, perderse en su cuerpo, en su aroma, en su calor... sentir como la vida la llenaba mientras él estaba dentro de ella.

Ambos amantes fueron escoltados hasta sus aposentos por el resto del clan McRae. Tras las felicitaciones por parte de estos, los recién casados entraron en la habitación y la ropa empezó a volar antes siquiera de que la puerta se cerrase del todo.

Athdara se sentía eufórica. Llevaba tantos años soñando con ser la mujer de Logan McRae que ahora apenas podía soportar las emociones dentro de ella, sabía que no estaba siendo justa con él, pero tenía tanto miedo a perderle que ni siquiera se planteó hablar del pasado. No, no era el momento de hablar. Y cualquiera le hubiera dado la razón si tuvieran delante a un hombre tan sensual y poderoso como Logan.

El fuego del hogar revelaba la pasión apenas contenida en el cuerpo del hombre. Se estaba despojando de la ropa con una lentitud torturadora mientras la miraba como si ella fuese el plato principal de su cena. ¡Y por los Dioses! ¡ella quería ser devorada!

Logan terminó de quitarse su kilt y se mostró orgullosamente desnudo, su miembro erecto presumía de su virilidad apuntando descarado a la mujer con la que acababa de casarse. Apenas podía creérselo, ¡Athdara McGregor era su mujer! algo muy bueno tenía que haber hecho en otra vida para merecer semejante bendición.

Se acercó a ella como un tigre se acerca a su presa. Lentamente fue dando un paso tras otro hasta que estuvo tan cerca que su miembro se acomodó en la unión de sus muslos, le acarició los brazos con delicadeza, tenía que mantener un férreo control contra sus instintos, pero por ella lo haría. Le bajó el vestido por sus hombros y éste no ofreció resistencia alguna, cosa que ambos agradecieron.

Una vez que la tuvo completamente desnuda, la llevó en brazos hasta la cama y la observó detenidamente, toda ella era como un gran plato de nata batida y él se sentía como un tigre deseoso de beber hasta saciar su sed.

Le acarició las suaves piernas mientras se las separaba, ascendió por sus muslos y después por sus caderas donde sus dedos se clavaron mientras, sin poder reprimirse más, Logan hundió su cara entre sus piernas y su ávida lengua comenzó a lamer con deleite el centro de su placer.

Athdara se agarró a las sábanas intentando controlar lo que sentía. Logan era el mejor amante del mundo, podía sentir como todo ese musculoso y varonil cuerpo ansiaba tomarla de cualquier manera, pero él había conseguido reprimirse y la trataba con ternura, con cariño... la abrumaba la intensidad de lo que sentía entre sus piernas.

Logan lamió hasta que su erección le dolía tanto que apenas podía pensar en otra cosa, se incorporó sobre la escocesa y clavó sus oscuros ojos en ella.

—Eres mía — gruñó mientras se introducía lentamente en su interior, le dio unos instantes para que se adaptara — te quiero tanto que no soporto la idea de alejarme de ti — se introdujo hasta el fondo de su cuerpo y el placer comenzó a inundarle.

—¡Logan! — gimió ella mientras enredaba sus manos en la melena sedosa de él — te quiero Logan — las uñas de la escocesa se clavaron con fuerza en la espalda del highlander y provocó miles de sensaciones para ambos.

Logan comenzó a introducirse y salir de ese cuerpo que parecía estar diseñado para provocarle el mayor placer de su vida, sus manos no tenían bastante de ella, enredó una de ellas en su pelo rojo desparramado sobre la cama y con la otra mano la sujetaba por la cadera. Estaba empujando tan hondo que por un instante temió dañarla, pero el ímpetu con el que ella le devolvía los envites le despejó las dudas.

Durante el prolongado tiempo en el que sus cuerpos se unieron ninguno de los dos pudo hacer otra cosa más que saborear el momento, finalmente con un beso tan apasionado como devastador, ambos llegaron al clímax. Logan giró llevándosela con él y poniéndola encima de su cuerpo.

—Eres absolutamente increíble *beag bean-shìdh* — la besó con adoración.

—Lo mismo te digo guerrero — ella serpenteó sobre él para abrazarle

con cariño.

Al cabo de unos momentos, la respiración relajada de ella le indicó que se había quedado dormida, deseó con todas sus fuerzas poder quedarse así con ella eternamente. Cerró los ojos y grabó en su mente cada uno de los detalles de su cuerpo.

Poco a poco la acostó a su lado y la tapó con las mantas. Se tumbó detrás de ella y abrazándola posesivamente se quedó dormido. Cuando amaneciera tendría que separarse de ella y eso le provocaba un dolor agudo en el pecho.

CAPÍTULO 16

El día despertó despejado. Aún se respiraba el aire del final del otoño, el sol aunque se mostraba tímido, amenazaba con brillar con fuerza, el brezo aromatizaba el aire y coloreaba los valles, los pájaros lucían sus plumajes en vuelos acrobáticos. Todo parecía indicar que ese día sería memorable.

Todos los habitantes del castillo dormían plácidamente, al menos la mayoría de ellos ya que no tenían ni idea de que los McRae hacía un buen rato que se habían ausentado de la fortaleza e iban a buscar a todos los guerreros disponibles para la batalla. Saldrían sigilosamente de la propiedad principal con la esperanza de que el traidor que habitaba dentro de los muros no les viese y no pudiese alertar al clan al que iban a vencer en combate.

Los hombres no emitieron ningún sonido, cogían sus armas, sus caballos y salían como si fueran ladrones.

Una vez lejos de ojos indiscretos comenzaron a cabalgar en dirección al territorio de los McIntosh. Ian había enviado a un par de espías la noche anterior y según los planes, estos debían esperarle al pie del cuello de botella que servía de entrada al territorio del clan enemigo. Si les veían con antelación, estaban perdidos, pues era un lugar inmejorable para una emboscada.

Llegaron al punto de encuentro y los espías salieron de su escondite.

—Había cuatro guardias milord — explicó uno de ellos — observamos durante la noche, pero no tenían ninguna señal.

—¿Hay algún peligro? — preguntó Fergus sin disimular su ansiedad, las manos le picaban por la anticipación.

—Eskol se ha confiado milord — respondió el otro — no hay suficiente vigilancia, pero sí que hay bastante malestar — todos le prestaron atención — no creo que muchos se opongan a la toma del clan.

Ian, Fergus y Logan habían aprendido por las malas que no se podía cantar victoria hasta que todos y cada uno de los enemigos reales fuese decapitado. Entraron en el clan enemigo con aplomo, lentitud y seguridad en

sí mismos. Nadie les cortó el paso hasta que la sala de armas fue saqueada y los caballos espantados.

Athdara se despertó con un escalofrío. Tenía una horrible sensación de que algo no iba bien, tenía los ojos aún medio cerrados cuando percibió una sombra a su lado.

—Tranquila mi niña — la voz de Ildora la transportó a todas esas veces que ella la calmaba después de sus visiones — ya estoy aquí — se sentó a su lado y le ofreció un vaso con un líquido ambarino en su interior, por el olor no se trataba de whiskey.

—¿Qué es esto? — preguntó confusa, el olor le resultaba familiar.

—Te hará sentir mejor — le acarició el pelo — te hará volver a ser tú misma — la miró con un pequeño atisbo de algo que Athdara no se atrevió a discernir — mira en lo que te has convertido — ahora sí que había odio en sus palabras — en la amante de un hombre sin honor, sin hogar y sin nada que ofrecer a la hija de un *laird*.

—¡No soy su amante! — protestó ella tirando el vaso al suelo — ¡anoche nos casamos! — los ojos de la mujer se abrieron por la sorpresa y la boca se abrió sin que la controlase — y lo hicimos para siempre, nada de un *handsfasting*, no... fue una unión real y eterna.

—¿Qué has hecho qué? — el tono frío de la voz de Ildora le provocó un estremecimiento a Athdara.

Pero cuando iba a responder, la puerta de su alcoba se abrió de golpe y entraron sin anunciarse Katherine y Nerys. Ambas miraron desconfiadas a Ildora. ¿Qué hacía esa mujer en el cuarto de Logan? ¿La habría llamado Athdara? ¿Cuánto le había contado Logan acerca de sus planes para la conquista de Ellon, el territorio del clan McIntosh?

Poniendo unas falsas sonrisas en sus caras, se lanzaron contra la muchacha y comenzaron a felicitarle por sus nupcias con el bravo y leal Logan. Ambas mujeres le adoraban y deseaban de todo corazón que fueran felices. Ildora se escabulló de las risas y los buenos deseos de aquellas mujeres que se habían apropiado de algo que no les pertenecía.

Una vez que se quedaron a solas las tres, Katherine comenzó a

interrogar a Athdara.

—¿Qué tal la noche de bodas? — preguntó con una sonrisa que hizo que la escocesa se pusiese tan roja como su pelo — por lo que veo, más que bien...

Nerys y Katherine reían encantadas de la vida.

—¿Sabéis dónde está Logan? — la inglesa la miró sorprendida — ¿va todo bien?

—¿Logan no te dijo lo que iban a hacer hoy? — la pregunta de Nerys inquietó a la recién casada que negó con la cabeza — hoy van a entrar en el clan McIntosh y Logan va a decapitar a Eskol — informó sin un ápice de duda en la voz.

—¿Qué va a hacer qué? — preguntó Athdara temerosa de la respuesta, todo a su alrededor comenzó a girar, se sentía mareada — ¡por los Dioses!

Sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, se visitó lo más rápidamente que pudo y salió corriendo descalza por el pasillo, Katherine y Nerys la seguían a poca distancia sin comprender qué era lo que le ocurría a la escocesa.

Athdara corrió hasta las caballerizas, se alzó sobre su yegua y salió al galope, pero al pasar por el portón tiró de una cuerda dejando caer la puerta y encerrando a las dos mujeres que la seguían y que al parecer eran unas excelentes amazonas. Ellas no lo comprendían, estaba a punto de perderlo todo, de perder a Logan para siempre, sentía el errático latir de su corazón en la garganta.

Nadie había creído de verdad en ella. Pero desde que conoció a Eskol hacía ya unos años, había tenido una visión recurrente, si alguien intentaba arrancarle la vida por las malas, él no sólo no caería sino que devolvería el golpe aniquilando todo aquello que le importase a aquél que se atreviese a desafiarle.

El viento le enredaba el pelo, las lágrimas le nublaban la vista, tenía que llegar hasta Logan y detenerle. Él no sabía toda la verdad.

—¿Por qué he sido tan estúpida y arrogante? — preguntó con un sollozo a la nada — no me lo quitéis así — suplicó a los Dioses — por favor, no me lo quitéis así... no permitáis que muera.

El sólo pensamiento de que Logan pudiese morir a manos de Eskol le revolvió las entrañas. Su yegua parecía comprender la ansiedad que su dueña tenía, porque volaba sobre el suelo, parecía que no era posible alcanzar a la comitiva.

No podían llevar más de un par de horas de ventaja y suplicó a los Dioses que ellos se detuviesen a beber agua, calmar a los caballos o que simplemente alguien les metiese en la cabeza que atacar el nido de serpientes que era el territorio McIntosh era un error.

Pero por más que corrió, no vio a ningún jinete, ni siquiera oía el trotar de los caballos o las conversaciones de los hombres.

—Logan cariño — le susurró al viento — por favor, no lo hagas, no te acerques a Eskol.

El miedo tiñó sus palabras y se le clavaron en el corazón. Casi podía sentir como su alma misma se rompía en mil pedazos, Logan era un bravo highlander y un excelente guerrero por las innumerables batallas que había oído, además tenía a los McRae que no le dejarían caer, pero aun así, incluso que si por un enredo misterioso y caprichoso del destino Eskol no matase a Logan... seguro como que existía el cielo que el traidor no se quedaría con la boca cerrada, y si le contaba a su marido lo ocurrido hace años... un escalofrío le recorrió la columna y casi se sintió caer del animal.

Se limpió las lágrimas con furia.

Logan la odiaría y tenía motivos más que suficientes para hacerlo, ella no había sido sincera con él y había permitido que él tuviera una imagen errónea de la realidad, había querido enmendarlo, más de una docena de veces las palabras habían acudido a su mente, pero se habían quedado allí. Los días que había vivido con Logan eclipsaban todo lo demás.

Tenía demasiados frentes abiertos. Alguien quería matar a los McGregor, ya lo habían conseguido con su padre al que ni siquiera le habían enterrado como manda la tradición y desde luego tampoco le habían llorado como merecía. Pero no podía perder a Logan, al menos no podía verle morir, porque estaba convencida de que si la verdad salía a la luz, su reciente marido la repudiaría.

Cabalgó sin descanso hasta llegar al cuello de botella que daba paso al

territorio del clan enemigo y toda la piel se le erizó en la base de la nuca. La batalla estaba en pleno apogeo.

Se bajó de su yegua y caminó intentando pasar desapercibida, nunca había odiado el llamativo color de su pelo hasta ese momento. Los guerreros luchaban contra los McIntosh, había cuerpos por todas partes, el ambiente olía a sangre, a dolor, a lucha, a desesperación... el estómago le dio un vuelco, pero se forzó a continuar entre la miseria.

Llegó a la fortaleza y durante un latido se preguntó qué le había ocurrido. Cuando ella conoció aquella construcción era de un gris pálido pulido, hermosa, imponente, gallarda... ahora era una formación rocosa de un color casi negro que la asustaba. Suspiró y se deslizó por el portón abierto que daba paso al Gran Salón.

Y entonces vio la escena más horrible que alguna vez imaginó.

Ian y Fergus peleaban a dos manos cada uno contra cerca de seis hombres de Eskol, sus guerreros más serviciales. Otros cuatro hombres sujetaban a Logan con cuerdas de las manos y de los pies, estaba completamente estirado, sus músculos tensos, irritados por el estiramiento al que les obligaban las cuerdas y Eskol estaba marcando un símbolo en su pecho.

—¡Oh por los Dioses! — ella conocía ese símbolo, era magia negra — ¡no lo hagas Eskol! — gritó y la batalla se detuvo por un instante.

Todo el mundo la miró estupefacto. Los McRae tomaron posiciones para defender a Athdara de los hombres fuertemente armados y muy diestros en la lucha.

—Athdara — la voz ronca y sensual de Eskol le retorció el corazón — llevo años soñando con verte de nuevo aquí.

Logan estaba amordazado y no podía hablar, pero Athdara pudo ver cómo sus ojos se llenaban de dolor al escuchar las palabras del extranjero. Su mismo corazón se rompió al ver como su marido dejaba de pelear un segundo contra la fuerza de las cuerdas.

—Suéltale — suplicó — por favor — miró a Eskol a los ojos, él podía ver a través de ella y ambos lo sabían — por favor, deja que todos se vayan.

—No — la tajante respuesta heló la sangre de la escocesa — conocías

la profecía, tuviste la visión Athdara — clavó sus ojos en los de ella — si alguien intenta matarme, no sólo no caeré sino que aniquilaré a todos aquellos a los que aman los insensatos que lo intenten.

Por un segundo el suelo no sujetó a Athdara. Se quedó petrificada donde estaba, sin poder dejar de mirar un solo segundo a aquel hombre que tantas cosas le había quitado y que estaba a punto de arrebatarse lo más importante de su vida.

—¿Cómo sabes... — las palabras morían en su garganta y un miedo atroz y visceral se coló por su venas.

—Porque estamos unidos Athdara — le dedicó una sonrisa que la hizo estremecer — desde aquella noche en la que invocamos los votos druidas, nuestras almas son una y nuestros corazones también.

El ambiente estaba helado a su alrededor. Podía sentir la ira y la furia de Ian y Fergus y podía ver cómo el alma de Logan le estallaba dentro del pecho, se mantenía en pie sólo por el efecto de las dichosas cuerdas que le estaban cortando la piel. Y lo peor aún no había llegado.

—No sigas... — la voz rota de dolor de Athdara no le calmó los ánimos a nadie — no sigas...

—¿Por qué mi bella esposa? — Athdara cerró los ojos y una lágrima se deslizó por su mejilla — ¿acaso no quieres que estos hombres sepan que eres mía en cuerpo y alma? — ella podía ver la maldad en sus ojos y estaba segura de que los demás también, pero eso no iba a ayudarles ahora — cariño — dio un paso hacia Logan y terminó de pintar el símbolo en su pecho — estoy protegiendo lo que es mío — una risa tenebrosa brotó de sus labios, miró a Logan con superioridad — a fin de cuentas cuando un hombre toma la virginidad de su mujer, esta le pertenece para siempre ¿verdad? — cogió su puñal del cinto y clavó la punta en el pecho desnudo de Logan — debería sacarte el corazón por acostarte con mi mujer — un hilo de sangre brotó de la herida y Eskol pasó un dedo por ella y se lo llevó a la boca — mmmm, no, la sangre de la virginidad tomada de Athdara era mucho más dulce.

—¡Basta por favor! — la mujer cayó de rodillas mientras las lágrimas brotaban sin control de sus ojos.

Nadie en el Gran Salón decía una sola palabra. Ian maldijo mentalmente

en varios idiomas. Estaban metidos en un buen lío, habían ido a la guerra por un motivo erróneo. Si Athdara era la esposa de Eskol, este tenía derecho legal a tomar las tierras de los McGregor ahora que su padre había muerto, lo que les ponía a ellos en una delicada tesitura, si el Rey escocés se enteraba de su pequeña reyerta, aniquilaría el clan de los McRae sin pensárselo, acababan de violar la ley. Le dedicó una mirada helada a Athdara aunque era consciente de que ella estaba peleando contra sus propios demonios.

Fergus parecía leerle la mente a su *laird*. Cerró los ojos un instante y pensó en su dulce Nerys, él le había prometido una familia y una vida feliz, ahora era más que probable que ninguno de ellos tuviera alguna de esas cosas, con toda seguridad, él estaba condenado.

—Ponte de pie esposa — le indicó Eskol disfrutando del momento que estaba viviendo, no era como lo había planeado, pero tal y como estaban las cosas, le parecía lo correcto — y ven a saludar a tu marido como debes — sus últimas palabras sonaron a una orden que ella no debería desobedecer.

Con las lágrimas anegando sus ojos, su rostro demacrado por el dolor de haber puesto en peligro a todos los McRae y con el corazón roto al comprobar el odio con el que Logan la miraba, se puso de pie lentamente y con pasos tímidos se acercó hasta Eskol. Rezó a los Dioses para que fueran misericordiosos con ella y en ese mismo instante un rayo les fulminase a todos, pues era consciente de que lo que el extranjero les tenía reservado les haría desear la muerte.

Cuando llegó hasta donde estaba, miró a Logan pero este giró la cabeza. Ella quería pedirle perdón sin palabras, quería que viese en sus ojos cuanto le amaba, pero él se negaba a mirarla y ¿qué podría reprocharle?

—Athdara — la besó en los labios provocándole una arcada — ahora eres mía de nuevo, nuestros dones volverán a juntarse y seremos más poderosos que el mismo Rey.

—Eso es traición — murmuró la joven, apenas podía mantenerse en pie.

—Con nuestras visiones y las pócimas de Grizela, las batallas serán un paseo — él intentó que ella le mirase a los ojos, pero Athdara sólo veía a Logan, lo que le enfureció — ¿te has acostado con él? — ya sabía la respuesta, pero quería que ella le diese la excusa para matar a ese escocés,

ella asintió con la cabeza, Eskol sonrió y afianzó más hondo la punta del cuchillo — te lo advertí Athdara, si alguien tocaba tu piel moriría a mis manos.

Eskol hizo unos pequeños cortes sobre las marcas del símbolo que estaba pintado sobre el corazón de Logan y acto seguido puso su mano sobre él, clavó sus dedos en las heridas y sin dejar de mirar a Athdara comenzó a presionar. El grito ahogado de Logan atravesó la tela que le obstruía la garganta.

—Eskol — la voz fría de Athdara se coló en el corazón de cada uno de los hombres que la escuchaban — nos condenaré al infierno antes de que le hagas más daño.

Y sin ni siquiera un parpadeo, clavó el puñal que Katherine le había dado en la parte superior del muslo del traidor. Él la miró fijamente mientras caía al suelo, momento en el que Ian y Fergus atravesaron los corazones de un par de guerreros que miraban estupefactos a la mujer que acababa de matar a su *laird*.

Como si de otra persona se tratara, Athdara se acercó a Logan y cuando uno de los guerreros que le sujetaban quiso interceptarla, ella le clavó el puñal en el corazón haciendo que cayese desplomado de inmediato. Logan no se lo pensó, con una mano libre, tiró de la otra haciendo que el hombre se acercara un paso, lo justo para quitarle la espada y atravesarle el pecho con ella.

Ya tenía las dos manos libres, una espada y tanto odio e ira como para terminar la guerra él solo.

Los otros dos hombres que sujetaban a Logan reaccionaron al fin, pero era demasiado tarde, él ya se había cortado las cuerdas y les amenazaba con la locura impresa en la mirada. Y el terror se apoderó de ellos, los ojos del highlander era los ojos de aquél que lo ha perdido todo, aquél que ha sido golpeado por la traición tan miserable que ya no le queda nada más que perder. Intentaron luchar, pero fue en vano. Logan se movía como un demonio entre ellos, en pocos latidos, ambos estaban en el suelo.

Corrió a ayudar a Ian que empezaba a tener dificultades con su atacante debido a un corte en el brazo que sangraba profusamente, se colocó delante

del enemigo y sin vacilación le atravesó el corazón sin dejar de mirarle a los ojos.

Fergus estaba a punto de terminar con el McIntosh con el que peleaba, pero Logan intervino, la rabia se había apoderado de él y nada podía detenerle. Empujó a su amigo y recibió un corte en el costado que le enfureció más aún, bailó un poco con el hombre y cuando hizo un falso amago de derrota, le dio una estocada final.

—Athdara — la voz de Ian era temible — mírame chiquilla — la sujetó por los hombros y la zarandeó ligeramente — ¿quién más sabía que hiciste los votos druidas con él?

—Nadie, estábamos solos — susurró.

—Tenemos que estar seguros Athdara — clavó sus ojos ambarinos en ella — si alguien más lo sabe y le dice al Rey que hemos tomado estas tierras de forma ilegal, estamos todos muertos.

—Ian — estaba a punto de pedirle que confiara en ella, pero retuvo su lengua a tiempo — nadie más lo sabe, lo juro.

—Tus juramentos no valen nada — escupió Logan que se acercaba a ella peligrosamente, tenía el pecho desnudo, la sangre le corría por la piel y tenía una espada en la mano.

—¡Tienes que quitarte eso! — cuando Athdara fijó los ojos en lo que quedaba del dibujo, se lanzó contra él, restregó sus manos con la sangre y frotó para que desapareciesen las líneas.

—¡No me toques! — Logan la apartó con asco — ¡jamás vuelvas a tocarme! — la miró como si ella no valiese nada — escúchame bien Athdara, como tu auténtico marido está muerto — el veneno impreso en las palabras la estaba destrozando — fingiré ante todos que seguimos casados, sólo espero que tras las dos veces que te he follado te hayas quedado embarazada, porque de lo contrario — se limpió la sangre de la boca — te repudiaré y convertiré tu vida en un infierno.

—¡Logan! — Ian se lanzó contra su mejor amigo, sabía lo que estaba a punto de decir y no podía permitirselo — no lo hagas hermano — le sujetó la cabeza y le miró con dureza — no lo hagas, no te condenes por un juramento — le estrechó entre sus brazos con fuerza — no pierdas tu honor.

—No me queda honor Ian — no podía apartar la vista de la mujer — ella me lo ha quitado todo.

Acto seguido le cortó la cabeza a Eskol ante la horrorizada mirada de Athdara y salió con ella hacia el patio de armas.

—¡Aquí está vuestro líder! — bramó por encima del sonido de la batalla y levantó la cabeza cortada — deponer las armas o moriréis como las ratas que sois.

Todo el campo se quedó en silencio. Todos miraban a Logan alzar la sangrante cabeza del traidor en alto, los McRae y los McGregor sintiendo un profundo orgullo por el highlander que gritaba como si fuera el mismo demonio, los McIntosh sintiendo que por fin el oscura época de Eskol había terminado. No tardaron en lanzar sus espadas al suelo y dejarse caer de rodillas, la mayoría de ellos deseaba morir.

Ian le quitó la cabeza a su amigo y la lanzó lejos de él, podía ver como el veneno del dolor y el rencor le estaba consumiendo, le miró con detenimiento, ya no quedaba nada de aquel hombre que siempre tenía una sonrisa en la boca o una broma para sacarle de sus casillas, en ese momento apenas quedaba algo de humanidad en él. Miró a Fergus y ambos hicieron una promesa silenciosa, conseguirían que volviese, le sacarían del infierno oscuro donde estaba y volvería a ser el hermano al que tanto querían.

Logan cogió su caballo y salió al galope. Nadie se lo impidió.

CAPÍTULO 17

Con un gran suspiro, Ian se hizo cargo de la situación. Rezaba a los Dioses para que nadie supiese que Athdara había hecho los votos druidas con Eskol, y poniendo toda su fe en eso, comenzó a dar órdenes. Según la ley, la guerra había sido válida porque él era el protector de los McGregor que habían sido atacados por los McIntosh. Al vencer a estos, ahora esos terrenos eran suyos.

Miró el exterior del castillo durante un latido.

—¡Quemadlo! — exclamó, sería una buena forma de purificar tantos años de terror — organiza las tropas, que la mitad de ellas se queden aquí, deja sólo a aquellos en los que confíes — se giró y habló a los vencidos — ahora ¡yo soy vuestro *laird*! — gritó — si alguien se subleva contra mí, perderá la cabeza.

Él esperaba que alguno se revolviera, pero ninguno lo hizo, todos asintieron con gesto tranquilo, ninguno de los vencedores entendía el motivo de aquella actitud, pero les daba igual. Estaban eufóricos por la batalla y por la victoria en combate.

Mientras Fergus comenzaba a llamar a sus guerreros, Ian entró en la fortaleza. La escena le encogió el corazón, en otro tiempo habría disfrutado al ver a Athdara en un rincón, encogida y llorando con desesperación, esa mujer había herido a su mejor amigo, pero desde que Katherine estaba en su vida, entendía que a veces las mujeres no tenían elección en sus acciones, o que simplemente se equivocaban y no por eso merecían ser castigadas cruelmente.

Se sentó a su lado en silencio y esperó hasta que ella notase su presencia.

—Debiste advertirme Athdara — le dijo en cuanto ella dejó de llorar, le dio unos instantes pero no obtuvo respuesta — nos pusiste en peligro y le has roto el corazón a Logan — no pudo evitar hacerla sentir culpable — tenemos que volver a Daltra, aún hay un traidor en el castillo y no quiero que mi futura mujer ni mi hermana puedan sufrir algún daño — suspiró

profundamente — además, hay que hacer pública la muerte de tu padre.

Athdara le miró a los ojos aterrorizada.

—No lo hagas Ian — le suplicó.

—No hay opción, no podemos dejarle eternamente donde está, merece ser enterrado para que su alma vaya donde debe ir — la miró fijamente — ahora eres una mujer casada Athdara, y eres la primogénita — cerró los ojos un latido odiando toda la situación — ahora Logan será el *laird* de Daltra y tú su consorte — ella fue a protestar pero Ian la hizo callar con un gesto — es la ley Athdara, lo sabías cuando te casaste.

—Me matará — murmuró, esa imagen tan atroz de su amigo le enfureció.

—Él tiene más honor que tú Athdara, jamás mataría a su mujer — se puso de pie casi de un salto — te aconsejo que emprendas el viaje a Daltra lo antes posible, en cuanto Katherine me cure esta herida haré pública la boda con Logan y la muerte de tu padre Angus.

Apretó los puños y salió airado del castillo. Caminó a grandes zancadas hasta que llegó a su semental y salió al galope con la esperanza de alcanzar a Logan, aunque sabían los Dioses hacia dónde había puesto rumbo.

Ian cabalgó sin descanso hasta regresar a Daltra, durante todo el trayecto había rezado a los Dioses para que Logan hubiese ido allí, porque de lo contrario, no tenía ni idea de dónde debía buscarle, y debía hacerlo, porque si antes había estado perdido, ahora estaba destrozado y Logan jamás había estado tan cerca del abismo de la oscuridad del alma, no sabía de lo que era capaz y eso le atemorizaba.

Logan cabalgó al galope hasta que el resuello de su semental le hizo volver en sí y ver que estaba a punto de matar al animal de agotamiento, aflojó el ritmo poco a poco hasta que se detuvo por completo. Se bajó del caballo y le acarició con ternura. Era todo lo que le quedaba en el mundo, al menos lo único real que le quedaba.

Caminó hasta un frondoso árbol y se dejó caer sobre la húmeda hierba. Se sentó con las rodillas flexionadas y la cabeza apoyada en ellas, no tenía la más mínima idea de cómo iba a continuar su vida a partir de ese momento.

Las estrellas se movían por el cielo indicando al highlander que el tiempo pasaba más veloz de lo que a él le gustaría, era consciente de las implicaciones de sus decisiones de las últimas semanas, ¡vaya si era consciente! No dejaba de preguntarse cómo era posible que la vida le hubiese cambiado radicalmente en tan poco tiempo.

Había pasado de ser la mano derecha de Ian, su consejero de confianza a ser un paria en su tierra, sus amadas Highlands. Se sentía deshonroso, vil y despreciable, no merecedor de que alguien confiase en él, indigno de pertenecer a un clan, no apto para tener su propia familia... después Athdara se había cruzado en su camino y su visión de sí mismo había comenzado a cambiar, la primera vez que la besó sintió cómo su corazón se aligeraba, si una mujer como ella ponía sus ojos en él, Logan McRae no podía ser tan malo ¿verdad? Poco a poco Katherine había conseguido que su futuro marido le perdonase y le devolviese la gloria de ser un McRae, y ahora... ahora era *laird* del territorio de Daltra por derecho de matrimonio. Al menos siempre y cuando nadie supiese que la primogénita primero se había casado por el rito druida con el bárbaro y brutal Eskol McIntosh.

Pensó de nuevo en la inglesa, hasta el fin de los días adoraría a Lady Bradbury. ¡Ella sí que era una mujer por la que merecía la pena dejarse matar! Toda honor y lealtad, amor, compasión y a juzgar por su carácter, seguro que además era apasionada.

Suspiró sin poder evitar las comparaciones. Katherine era realmente una mujer muy hermosa, pero en cuanto su mente le mostraba la imagen de Athdara, su corazón se agitaba veloz en su pecho y le costaba recuperar el aliento.

Y ahí estaba él, apoyado en un árbol en mitad del bosque en medio de ninguna parte, pensando en lo estúpido que era, pues pese a lo mucho que le dolía el corazón por la traición de Athdara, sentía que la seguía amando como si Eskol nunca se hubiera cruzado en sus vidas, como si él no fuera un imbécil al que ella había recurrido con sus hechizos para quitarse de encima al hombre al que pertenecía. Sí, le había dado una posición envidiada por muchos, salvo que él no era uno de esos. Jamás había querido ser *laird*, él sólo quería tener una familia propia y a sus hermanos de clan, cerca.

Y para colmo habían ido a la guerra injustificadamente, si el Rey de

Escocia se enteraba de semejante despropósito, estaba seguro de que ni los McRae, ni los McGregor ni los McIntosh sobrevivirían a su castigo. Y era justo, era condenadamente justo. Athdara le pertenecía a Eskol, ¡por los Dioses! ¡ellos se habían intercambiado los votos druidas!

La cabeza le daba vueltas, la sangre le hervía en las venas, los pulmones se negaban a coger aire y su alma misma se revolvía dentro de él. Ella tenía que haber consumado el matrimonio. No era virgen la primera vez que estuvo con él, y no es que él fuese de esos puritanos que exigían que sus mujeres estuvieran intactas, él había disfrutado de muchas mujeres y no creía que fuera justo que los placeres antes del matrimonio debieran ser sólo de los hombres. Él la hubiese perdonado si le hubiese contado la verdad.

Agitó la cabeza y la golpeó contra el árbol. Se estaba mintiendo a sí mismo, él jamás le hubiese perdonado que se hubiese entregado a otro hombre, no cuando ese hombre era un auténtico *laird*, no cuando ese hombre era un enemigo... cerró los ojos y volvió a golpearse contra el árbol, lo que le hacía retorcer las entrañas era que él había estado velando por ella toda su vida, que él estaba cerca, que se había pasado años esperando que ella le diese la más mínima esperanza de que tenían un futuro juntos. Y cuando eso por fin ocurre, resulta que él no tiene nada que ofrecer, y ahora que están casados, ella le ofrece un castillo, un próspero territorio y un montón de personas que ahora dependen de él.

—*¡Galla!* — exclamó sintiendo como la cabeza le bullía con tanta furia que sentía a sus sienes palpar con fuerza.

El caballo se acercó a su dueño buscando un poco de cariño y restregó su hocico contra la cabeza del guerrero.

—Tienes razón amigo mío — le miró a los nobles ojos — no podemos dejarles abandonados, no puedo huir sin rumbo y olvidarme de esas gentes — se puso en pie y le acarició con cariño en el cuello — hay que hacer pública la muerte de Angus McGregor y darles un *laird*, de lo contrario, las peleas por ascender al poder no tardarán en comenzar destrozando todo a su paso.

Se subió de un salto a la montura.

—Después de este viaje, te dejaré descansar durante varios días y te malcriaré con manzanas y azúcar — le palmeó firme y tiró de las riendas.

El trayecto de vuelta fue embriagador. De repente, Logan sentía el dulce aroma de los últimos días de flor del brezo, disfrutaba de los sonidos de la noche, el aullido del lobo, los chillidos de los búhos y lechuzas, adoraba esas tierras salvajes con todo su corazón.

En cuanto atravesó las puertas de la fortaleza vio a Jacobo que le esperaba cómodamente sentado en uno de los bancos de madera que estaban en la puerta de la herrería. Bajó de su caballo y se sentó a su lado. Durante unos latidos permanecieron en silencio.

—Bienvenido milord — dijo el inglés con un tono de sorna en su voz, Logan bufó — ahora eres *laird* — Jacobo seguía sin mirarle — eres idiota Logan — ahora sí le miró fijamente a los ojos — comprendo el dolor que sientes, y sé que no soy quien para juzgarte, pero cuando te casaste con Athdara, sabías lo que estabas haciendo, yo estaba allí y vi claramente lo mucho que la amabas — Logan permaneció en silencio — cometió un error, o tal vez se entregó al hombre equivocado en terribles circunstancias — un suspiro salió de su garganta — mi hermana hizo lo mismo — bajó la vista al suelo — Katherine se entregó a un hombre salvaje, cruel que intentó poseerla, la humilló, la mostró desnuda a sus hombres, él... — tragó para deshacer el nudo de su garganta — profanó su cuerpo, pero Ian jamás ha renegado de ella porque otras manos tocasen su cuerpo, jamás la ha repudiado y jamás lo hará.

Volvieron a permanecer en silencio durante mucho tiempo. Ambos sumidos en sus pensamientos.

—Hay una diferencia entre Katherine y Athdara — Logan miraba fijamente al cielo — Katherine lo hizo para salvar su vida y proteger a Ian, Athdara lo hizo por el puro placer carnal, sin honor de por medio — el inglés bufó con frustración — le ofreció los votos druidas Jacobo, eres inglés, no sabes lo que eso significa para nosotros, son votos sagrados que van más allá de la vida terrenal, no solo entregas tu cuerpo, también entregas tu alma y la atas a aquél con el que te desposas.

Jacobo se levantó y encaró a Logan.

—Pregunta antes de sacar conclusiones precipitadas — sus ojos ardían con un sentimiento que el escocés no pudo identificar — una vez lo hicimos y casi perdemos a mi hermana de nuevo. Por favor, recapacita antes de

destrozar el corazón del amor de tu vida.

Acto seguido y sin esperar una respuesta, Jacobo de Bradbury se dirigía a sus aposentos con el semblante serio y el corazón acelerado. No podía comprender cómo Logan no podía perdonar un desliz a cambio de estar con la mujer de sus sueños, lo que él daría si cierta mujer le diera un ápice de esperanza.

El highlander se quedó sentado con el corazón roto y sus esperanzas de tener una familia feliz se esfumaban ante sus ojos. Jacobo se había equivocado en una cosa, él pensaba que había dejado de amar a Athdara, ¡cómo si eso fuese posible! Esa pelirroja se le había metido en las entrañas y en el corazón, como jamás nadie lo había hecho.

Suspiró por décima vez y se levantó con gesto cansado. Tenía algo que hacer y debía hacerlo, podía pasarse la noche sentado en ese banco, pero por la mañana las cosas seguirían exactamente como estaban. Él siendo *laird* y casado con una mujer que le había traicionado, la única mujer a la que él amaba más que a su vida.

Tomó las riendas de su semental y le dirigió a los establos, se había ganado varios días libres y varias golosinas. Con gesto derrotado miró de nuevo al cielo, estaba oscuro, las estrellas brillaban con fuerza, pero de la luna apenas había rastro, estaban totalmente oculta tras varias nubes que amenazaban con descargarse en breve. Así se sentía él, como una tormenta a punto de explotar pero sin poder hacerlo.

Cuando entró en el Gran Salón, se sorprendió al ver sólo a Ian esperando por él frente al fuego del hogar, parecía tan triste que el corazón le dio un vuelco, el poderoso *laird* McRae jamás estaba triste. Enfurecido muy a menudo, pero triste... la última vez que le vio triste fue en el entierro de su madre.

—Ian — le llamó — ¿Katherine está bien? — preguntó con tensión en la voz, Ian le miró confuso — estás triste — le aclaró — igual que el día que enterramos a nuestra señora Aileana — se sentó a su lado — pensé que había ocurrido algo...

—Yo pensé que había perdido a un hermano — clavó sus ojos ambarinos en los de Logan — agradeceré a los Dioses que te hayan traído a

casa de nuevo.

—No sé lo que tengo que hacer — murmuró el escocés — no sé quién soy.

—Eres Logan McRae, futuro *laird* de Daltra — Ian le miró con orgullo — es hora de que recuperes tu apellido Logan, es hora de que demuestres el tipo de hombre que eres, lo que has vivido no es fácil, pero el pasado no puede deshacerse, tan sólo podemos seguir adelante.

Ambos hombres se levantaron de las butacas y se fundieron en un abrazo. Se habían criado juntos y siempre habían soñado con estar juntos, ahora la vida les separaba, no a mucha distancia, pero sí la suficiente como para no verse todos los días, como para no tener la seguridad de que en la lucha, el uno protegería la espalda del otro.

—Athdara te ha estado esperando durante horas — murmuró Ian — he tenido que obligarla a que se fuera de aquí, sé que tomó una decisión equivocada, pero...

—Vais a seguir viniendo a remover mi conciencia ¿verdad? — preguntó Logan hastiado e Ian asintió.

Se volvió a sentar en la butaca y contempló el fuego del hogar. Desde niño le había gustado el fuego, no para quemar cosas, pero sí le gustaba contemplarlo, siempre le había fascinado y entonces comprendió el por qué. El pelo de Athdara era del mismo color y con suave brisa se mecía igual que las llamas de la hoguera. Cerró los ojos y maldijo. Jamás podría sacársela de la cabeza.

Subió los escalones sintiéndose confuso, su mujer, su *càraid* debería estar esperándole en su alcoba y no tenía ni idea de cómo se sentía al respecto, ni de qué sería lo que hiciera al verla allí, tan vulnerable, a su merced si él así lo decidía. Ella le pertenecía.

Caminó por el largo pasillo que se le antojaba más grande a cada paso que daba. Hasta que llegó a su habitación, cogió aire en varias respiraciones profundas y abrió la puerta sin llamar, era un recurso desesperado, pero si al menos podía intimidarla mínimamente, él iba a aprovechar cada pequeña ventaja que pudiera obtener. Salvo que cuando entró dispuesto a gritarle y hacerla sentir insignificante, no la encontró y se volvió loco de atar durante

un segundo.

CAPÍTULO 18

Athdara estaba sentada en el alféizar de la ventana mirando a través de los coloreados cristales, el halo de la luna. Se sentía tan sola... jamás se había sentido así. Al llegar a la habitación había maldecido, Ian se había sobre limitado al obligarla a irse a la cama. ¡Cómo si ella fuese una niña pequeña! ¡Bien! ¡Ahora ella era la señora del castillo! ¡E Ian era un invitado! Se tapó la cara con las manos y lloró.

Ian había tenido razón en todo lo que la dijo. Ella mintió, había mentido a todo el mundo, pero lo que más le dolía era haber mentido a Logan, él no podría perdonar su traición, lo vio en sus ojos, lo vio en sus gestos... le había roto el corazón.

—Mi niña — Ildora entró en la habitación como siempre hacía, en silencio como un gato, se acercó a ella — ¿Por qué lloras? — preguntó con gesto de preocupación en la cara — ¿qué ha ocurrido? Todo esto no me gusta nada Athdara — la joven la enfrentó con la mirada vacía — ¡esos malditos McRae se han adueñado del castillo! No me dejan entrar a ver a tu padre cariño — le acarició la cara con la mano callosa — ¿dónde fueron los hombres? Han desaparecido la mayoría de ellos durante casi todo el día, otros han venido heridos, afortunadamente no hemos perdido a nadie... ¡son unos salvajes!

—No... — intentaba hablar pero las palabras se le atropellaron en la garganta — ¿no sabes nada? — preguntó incrédula.

—No, ¿qué tengo que saber? — entrecerró los ojos intentando averiguar sus secretos — Athdara... Ian ordenó que todo el mundo guardase silencio y eso han hecho los guerreros.

Athdara se echó a llorar desconsolada. Entendía el motivo por el que Logan respetaba y veneraba tanto a Ian, incluso con el pésimo comportamiento de ella, la estaba protegiendo. Si prohibía a los hombres hablar, nadie podría acusarla a ella de irrumpir en mitad de una batalla o acusarla de asesinato. Y mucho menos nadie podría acusarla de haber matado a su propio marido. Los recuerdos de aquella noche circularon a toda

velocidad por su mente.

De repente, ya no estaba en su habitación. Estaba con Eskol a la orilla del río, intentando provocar una visión, habían tomado té de hierbas y flores, ella le cogía de la mano mientras cerraba los ojos con fuerza suplicando por respuestas a sus preguntas. Y entonces fue cuando todo se volvió del revés, lo cierto en erróneo, lo correcto en incorrecto, lo real con lo irreal, la verdad con la mentira... el joven *laird* no era un caballero perdido al que ella tuviese que ayudar. Era un lobo con piel de cordero.

Antes de darse cuenta se vio atrapada bajo su pesado cuerpo, tumbada sobre la hierba húmeda, de alguna parte había sacado un trozo de cuerda y le sujetó las manos con un nudo corredizo, el pánico se apoderó de ella y su cerebro dejó de funcionar, de repente no podía mover ni un solo músculo. No tenía claro cómo había ocurrido, pero él había conseguido atar el otro extremo de la cuerda a su cuello, de forma que si ella tiraba de sus muñecas hacia arriba, se asfixiaba. Le suplicó con todas sus fuerzas, hasta que él rasgó un trozo de su vestido y se lo introdujo en la garganta provocando que su voz no se oyese más allá de unos lastimeros susurros.

Eskol le subió la falda y bruscamente le separó las piernas, ella cerró los ojos y lloró como nunca. Él se introdujo con tanta fuerza que el dolor que sintió la paralizó y por un momento pensó que la había atravesado con un cuchillo y casi se sintió bendecida. Hasta que él empezó a moverse.

Cuando terminó, se quitó la camisa y le limpió la sangre virginal de sus muslos, salvo un poco que lamió como si eso les atase para siempre, como si ese gesto pudiese borrar la barbarie que acababa de cometer. No entendió sus gestos hasta que fue demasiado tarde.

Se levantó y la alzó a ella tirando como si fuese un animal, le puso un cuchillo en la garganta y le dijo en un susurro que si no hacía todo lo que él le pedía, cuando la matase a ella, le haría lo mismo a Grizela. Athdara no lo pensó. Asintió con las lágrimas quemándole la piel.

Caminaron por el bosque hasta un claro. Cuando vio el círculo de piedras y al hombre encorvado, lo entendió, no se había dado cuenta hasta ese momento de que era la fiesta de *Lughnasadh*. Entró en el círculo sagrado de la mano de Eskol y pidió perdón a la memoria de su madre... había vuelto a desafiar a su padre y lo que había conseguido era que le robasen la virginidad

brutalmente y ser desposada con un bárbaro.

No fue consciente de lo que ocurría hasta que el druida comenzó con el ritual. No se trataba del *handsfasting*... ¡era el rito druida! Esa unión sería en cuerpo y alma... y sería eterna. Se removió inquieta cogiendo fuerzas para protestar, pero entonces Eskol le susurró al oído: “¿cómo sabrá de dulce la virginal sangre de tu hermana?” y ella había perdido todas sus fuerzas y su voluntad.

Un fuerte golpe y unos gritos la devolvieron a la realidad.

Logan estaba furioso, los puños cerrados con fuerza, los ojos brillantes de ira, los músculos de su cuerpo tensos, Athdara quiso golpearse contra algo, estaba simplemente irresistible, impresionante, todo su cuerpo se erizó deseando compartir una caliente bañera llena de agua.

—¡Tú! — gritó el highlander acercándose a grandes zancadas — ¡fuera de aquí! — Athdara tardó un latido en comprender que le gritaba a Ildora.

—¡No puedes decirme lo que debo hacer McRae! — se revolvió ella — ¡eres un invitado aquí!

—¡Contén tu lengua vieja! — se enfrentó a ella — o te la cortaré con mi puñal — el odio se sentía en el ambiente — ahora yo soy el *laird* de estas tierras, Athdara es mi esposa y te juro que si te vuelvo a ver cerca de ella y a solas, te desterraré.

Ildora observó a la joven a la que había criado esperando que ella la defendiese, pero eso no sucedió. Athdara estaba demasiado aturdida por todo lo ocurrido y totalmente exhausta. Ver a Logan odiándola tanto era más de lo que podía soportar.

Los gritos alertaron a los habitantes de las habitaciones contiguas. Grizela no tardó en aparecer seguida de Katherine, Nerys, Fergus, Ian y Jacobo.

—¿No vas a impedir esta injusticia? — preguntó el ama de cría totalmente sorprendida.

—No hay nada que pueda hacer Ildora — se encogió de hombros — Logan es mi marido ahora, mi padre ha muerto, yo soy la primogénita...

La mujer abrió los ojos en su totalidad y antes de decir o hacer algo de

lo que se arrepentiría más tarde, salió de la habitación totalmente conmocionada por las noticias. Las cosas no deberían ser así, Angus McGregor estaba muerto... ¡y esos condenados McRae lo habían ocultado!

—¡Athdara! — Logan aún hervía de furia — ¡eres mi esposa y las mujeres duermen con sus hombres! — la sujetó fuertemente por los hombros y la zarandeó — mañana llevarán todas tus cosas a mis aposentos — la miró encendido, estaba furioso, debería odiarla, pero sólo podía pensar en abrazarla y besarla hasta hacerla desfallecer — y créeme que vas a descubrir lo que significa ser la mujer de un highlander — la amenazó.

—¡No! — el grito de Grizela les sorprendió a todos — Logan... te lo suplico — se arrodilló delante de él — por favor milord, por favor... no hieras a mi hermana, no la fuerces, te lo suplico.

Todos en la alcoba se quedaron helados.

—Pequeña — Ian se acercó a Grizela y la levantó del suelo — Logan no va a herir a tu hermana y pese a sus absurdas amenazas — miró furioso a su mejor amigo — él jamás la obligaría a hacer algo que no quiera hacer.

Katherine tomó entonces la decisión de intervenir. Se acercó a su marido y abrazó a Grizela, después miró a Logan y le abrazó con tanta admiración que pudo sentir como él se rendía, soltaba a Athdara y sus músculos se relajaban.

—Me parece que los recién casados necesitan un tiempo a solas — miró a su futuro marido — Ian, vámonos a dormir — clavó sus azules ojos en Logan — Athdara está totalmente a salvo.

—Lo está — juró Logan — la protegeré con mi vida, jamás levantaré la mano contra ella — se irguió — doy mi palabra de highlander.

Y con esa pequeña declaración, todos se relajaron visiblemente.

Una vez que todos volvieron a sus aposentos. Logan se clavó las uñas en las palmas de las manos, se sentía un ser ruin, miserable y despreciable, todos pensaban que él podría herir de alguna manera a Athdara, ¡no tenían ni idea! Él lo único que quería era dejar de sentir dolor en el corazón, abrazarla y perderse de nuevo en las dulces mieles de su cuerpo.

Pero cuando la miró a los ojos y vio el profundo pesar de un corazón roto, su misma alma estalló en pedazos de nuevo.

Athdara le miraba con los ojos vacíos, con su delicada piel pálida, como si hubiese perdido toda su energía vital, ni siquiera tenía los músculos tensos, tan sólo estaba ahí, parada, de pie, delante de él sin mover un solo músculo y apenas respirando. Y entonces lo comprendió. Su dulce ninfa del bosque se había rendido. Ya no había fuego en sus ojos, ni pasión en sus labios que parecían mortecinos, tampoco había esa chispa de vida que cubría su piel.

—Athdara — las palabras se le enredaron en la garganta y no se vio capaz de continuar hablando.

—Soy tuya — declaró ella bajando la vista al suelo al tiempo que su vestido caía también.

La joven perdió todo atisbo de coraje ni de capacidad de centrarse. Sabía lo que se esperaba de ella, lo que era necesario que hiciera, lo que su marido podría tomar de ella sin que nadie se lo impidiese y aunque la idea de entregarse a él de esa forma la hacía estremecer, lo cierto es que no la rechazaba del todo. Que los Dioses la perdonasen, pero amaba a Logan por encima de su propia vida y tomaría de él, lo poco que él le ofreciese, aunque sólo fuese odio.

El temor erizó la piel de la escocesa, no se atrevía a abrir los ojos y levantar la mirada, tan sólo se preparaba mentalmente para la furia que Logan descargaría contra ella, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo, ella le había traicionado y debería pagar el precio. Podía estar contenta si él no pedía su cabeza.

Ver la actitud sumisa de Athdara fue más de lo que Logan pudo soportar. Con el corazón destrozado y sintiéndose el ser más ruin y desgraciado del mundo, salió con tal sigilo del cuarto que la joven ni siquiera se percató de ello. Cerró la puerta con cuidado y se sentó en el frío suelo apoyando la cabeza en ella, oiría cualquier cosa que sucediese dentro de aquella alcoba.

La noche pasó lenta como un caracol decidió Logan, apenas se había movido de su posición, le dolía la cabeza, el cuello, la espalda y sentía el culo helado de haber pasado tanto tiempo en aquel frío suelo.

—Estaba pensando en lo mismo — la dulce voz de Katherine le sobresaltó, la miró con los ojos entrecerrados — se lo comentaba a Ian

anoche, teniendo un suelo tan frío y duro como éste, no sé por qué tenemos que dormir en camas blandas y calientes.

—Muy graciosa — murmuró entre dientes.

—Logan — ella le miró a los ojos cuando él se puso en pie — ¿qué estás haciendo?

—No tengo ni idea — agitó la cabeza de un lado al otro y tras mirar la puerta cerrada y suspirar se alejó con paso acelerado.

Los días pasaron con dolorosa lentitud.

Se encontraban en el Gran Salón. Las enormes puertas estaban abiertas de par en par, las ventanas estaban totalmente descubiertas. Athdara paseó la mirada por los bellos tapices tejidos que contaban la historia de su familia, miró con adoración el enorme retrato de su padre y de su madre, Grizela y ella misma estaban sentadas a sus pies y entre ellos había tanto amor... los ojos se le humedecieron, tenía un terrible nudo en la garganta y el corazón encogido por el peso de los recuerdos.

Sus ojos se cruzaron con los de su hermana, también lloraba y una vez más pudo sentir ese vínculo que las unía siempre que se necesitaban la una a la otra. Cerró los ojos un instante y antes de abrirlos se forzó a sonreír, podía sentir el miedo y la incertidumbre de Grizela, ninguna de ellas sabía lo que ocurriría a partir de ahora. Cuando su padre estaba vivo, sabían cuál era su lugar y lo que debían hacer, pero ahora... las dos se sentían perdidas.

Cuando Logan entró al salón seguido de Ian, Jacobo y Fergus, Athdara sintió como el aire salía de sus pulmones y le costaba respirar. ¡Por los Dioses! Cada día la impresionaba más y más ese hombre. Desde que ella se había ofrecido a él y él la había rechazado no habían pasado un solo momento juntos y a solas. Por los rumores de las criadas sabía que él dormía en el pasillo velando su puerta y aunque eso la llenaba de ternura por ese gesto de protección hacia ella, lo cierto es que también la enfurecía y la humillaba, ella le deseaba, le amaba por encima de todo y por más que lo había intentado, él no le dio la oportunidad de explicarle lo que sentía.

Le observó con detenimiento, algo dentro de ella le decía que jamás volvería a pasear los dedos por esa dorada piel, que jamás sentiría esos poderosos músculos tensarse por sus caricias, de modo que pese a lo

impropio del momento, vació su mente de todo lo que no fuese Logan. Caminaba como lo hace un Dios entre hombres, como alguien que sabe el poder que tiene dentro de él, paso firme y seguro, esa mirada oscura tan intensa que a ella la ponía tan nerviosa... estaba realmente impresionante con su kilt ceremonial, aunque no pudo evitar sentir una profunda punzada de dolor en el corazón al ver que lucía los colores del clan McRae. Apartó esos pensamientos de su mente y se centró en la soberbia visión que él la ofrecía.

Se sentía sedienta de él. Observó como las tiras de cuero de sus botas de piel envolvían sus fuertes gemelos, como sus poderosas piernas se perdían bajo la falda de su kilt, un suspiro salió de sus labios, ella sabía lo que se escondía bajo esa tela de cuadros escocesa. Siguió subiendo hasta que sus ojos se posaron en la ceñida tela blanca de su camisa de lino que parecía que iba a reventar en esos brazos. Tenía parte del pecho al descubierto y una expresión tan seria en la cara que su corazón comenzó a agitarse con furia en su pecho. ¿La habría visto ya? ¿se acercaría a ella? ¿la besaría? ¿cómo debía comportarse ella? ¿sería apropiado que le sonriera? ¿y qué ocurriría si ella se acercaba a besarle y él la apartaba con desdén? Su corazón no lo soportaría.

Logan entró en el Gran Salón sintiendo como su corazón le galopaba en el pecho. Había tenido una conversación de lo más intensa con Ian, casi le había suplicado que le enseñase a ser *laird*, él no tenía ni idea de cómo lo hacía su amigo y jamás había prestado demasiada atención, no quería estar donde estaba, no quería ser quien era... y sin embargo cuando su mejor amigo le planteó la posibilidad de romper su matrimonio con Athdara por el hecho de que los votos fueron entregados con mentiras, todo su ser se revolucionó y respondió golpeando a Ian tan fuerte como pudo y lanzándole contra la pared de la biblioteca, varios libros cayeron.

—Ahí tienes la respuesta que buscas, hermano — Ian se levantó del suelo con agilidad y se abrazaron.

CAPÍTULO 19

Caminaba entre las gentes del clan McGregor, podía sentir sus curiosas miradas en su ser, pero sólo había una mirada que ansiaba ver, la de su dulce Athdara. Y cuando la vio su corazón se impuso a todo lo demás y le gritó alto y claro que amaría a esa mujer a pesar de todo, a través del tiempo, del dolor, de la distancia e incluso del honor. Cerró los ojos un instante y maldijo para sus adentros. Sí, la amaría por encima de todo lo demás, incluso de su propio honor, ese que tanto le había costado recuperar.

Ella se veía tan sola, tan triste... que una profunda pena le invadió. Estaba realmente hermosa aquella nublada mañana, tenía el pelo sujeto a mechones en una trenza floja que dejaba libres algunos mechones que enmarcaban su dulce rostro, un vestido de color marrón que asemejaba a un dulce chocolate caliente siguiendo de forma sinuosa las delicadas formas de su cuerpo, sin que pudiera evitarlo, el deseo le azotó, hasta que se fijó en las oscuras manchas bajo sus ojos, una marca inequívoca de que su mujer no dormía cuanto necesitaba y estaba completamente seguro de que era culpa enteramente suya.

Se acercó a ella y siguiendo simplemente sus instintos, la besó, un dulce beso en una sentida unión de sus labios que a ambos les sacudió en lo más profundo de su ser. Logan cogió la mano de Athdara y se preparó para la terrible noticia que tenía que darles a aquellas buenas gentes.

—¡Clan McGregor! — vociferó para acallar los murmullos — hoy es un día triste para todos nosotros — les dio a aquellos hombres, mujeres y niños unos instantes para que asimilaran sus palabras — vuestro amado *laird* Angus McGregor ha fallecido.

Los suspiros, los llantos y los gritos de guerra no tardaron en llegar.

Athdara se había forzado a salir de sus aposentos para acompañar a Logan y al resto de los McRae para hacer pública la noticia de la muerte de su padre. Se le rompió el corazón al ver la tristeza en los ojos de su gente, su clan sentía con verdadera pena y tristeza la pérdida de su padre... a ella jamás la amarían así, ya había demostrado en varias ocasiones que no era digna de

ser la cabeza del clan... quizá ahora que Logan estaba a su lado, los McGregor le amarían a él y a ella la perdonarían por ser quien era.

—¡Silencio! — vociferó de nuevo Logan haciendo que Athdara se estremeciera — todos los presentes queríamos a ese viejo gruñón y le echaremos de menos — hizo una pausa para ganar algo de tiempo mientras las palabras volaban en su cabeza — hay otra noticia que aunque seguro que se ha extendido, me gustaría confirmar — miró a su mujer y la besó de nuevo dulcemente — vuestra señora, Athdara McGregor, me ha hecho el hombre más feliz de toda Escocia al pronunciar los votos druidas del matrimonio.

Una ovación generalizada se extendió por todos aquellos del clan McGregor. Amaban a las jóvenes, pero todos eran conscientes de que necesitaban a guerreros de la estirpe de los McRae para que pudiesen seguir viviendo en paz. Y al ver la tierna mirada que Logan le dedicaba a Athdara, a todo el mundo le quedó claro que no se trataba de una cuestión política, sino de verdadero amor.

—Aún no he terminado con las nuevas — vociferó de nuevo para acallar los rumores — ¡ya no hay peligro de invasión por parte de los McIntosh!

Ahora las exclamaciones de júbilo hacían retumbar las paredes, el miedo por fin vencido que aquellas gentes guardaban en sus corazones les hacía saltar de alegría, abrazarse y besarse para celebrar las buenas noticias, beberían y festejarían durante días para agradecer a los Dioses que la primogénita hubiese encontrado a un honorable guerrero al que entregar su corazón y que deseaban de todo corazón que la liberase de la maldición, y además se habían librado del temible Eskol McIntosh.

—¡Clan McGregor! — esta vez la voz que se alzó fue la del *laird* McRae, Ian clavó los ojos en Logan — con el permiso de mi amigo Angus, Logan ha estado ejerciendo de *laird*, por eso, los dos partimos con nuestros hombres para terminar de una vez por todas con la amenaza que se cernía sobre Daltra — miró fijamente a todos los asistentes — y aquí, delante de todos, doy mi palabra de highlander de que extiendo esa amistad a mi querido hermano Logan y a milady — besó en la mejilla a Athdara que estaba tiesa como un árbol — y por supuesto a ti también — besó a la dulce Grizela — ¡somos clan! — gritó y los vítores no tardaron en atronar la estancia.

Katherine observaba al hombre al que amaba con los ojos encharcados de agua. ¡Cómo le quería! Cada día que pasaba, él le daba un motivo más para sentirse plenamente orgullosa de él, sin pensar mucho en las consecuencias, cosa que hacía a menudo, caminó con paso decidido hasta ponerse delante de él.

—Siempre te amaré Ian — se alzó de puntillas y le besó con toda la ternura de su corazón.

—Lo sé — la estrechó entre sus brazos — yo también te amaré toda mi vida.

Mientras que para la inglesa y el *laird*, el mundo a su alrededor desaparecía, unos ojos llenos de lágrimas observaban la aberrante escena emitiendo tal cantidad de odio que si alguien se hubiese percatado, habría dado la voz de alarma.

Athdara no se atrevía ni a pestañear. Observaba a los hombres vitorear a Logan, acercarse y jurarle pleitesía, se abrazaban y daban sus palabras de highlanders de servirle tal como sirvieron al viejo Angus. ¡Cómo echaba de menos a su padre! Sin duda, él sabría qué decirle, o mejor aún, su madre... ella sí que le daría sabios consejos y la ayudaría a derribar las defensas de Logan y conseguir que volviese a amarla como lo hacía antes de conocer sus secretos.

La gente la abrazaba y besaban mientras la felicitaban por la boda y le daban el pésame por la muerte de su padre. Ella se sentía como si no estuviera dentro de su propia piel, como si lo observara todo desde cierta distancia, no sentía el contacto de los labios ajenos en sus mejillas, tampoco los abrazos o las palmadas de compasión. Sólo sentía una cosa, la distancia que había entre ella y el hombre al que amaba más que a su vida.

El highlander estaba tenso como la cuerda de un arco, recibía los parabienes y las felicitaciones de hombres, mujeres y niños, poco a poco le habían separado de su mujer a la que también habían rodeado y la prodigaban el mismo trato que a él. Una necesidad imperiosa de protegerla se abrió paso a patadas por su interior, intentó convencerse una y otra vez de que debía mantener las formas, que no podía comportarse como un desagradecido ante la impresionante muestra de fe que aquellas gentes le ofrecían.

Giró la cabeza un momento y vio a Athdara siendo arrastrada por los brazos de su hermana pequeña que se deshacía en llanto. Y entonces todo dejó de importarle.

En varias zancadas se puso a su lado, las abrazó a ambas y con una petición silenciosa, Jacobo y él sacaron a las chicas del Gran Salón. Una vez a solas, Logan las miró y en ese instante decidió que amaba a Athdara por encima de todas las cosas, pero que la haría sufrir un poco, no era venganza, era porque necesitaba que ella entendiera que le había roto el corazón.

—Grizela — la profunda voz masculina la hizo tensarse — lo siento mucho pequeña — la estrechó entre sus brazos con fuerza — de verdad que lo siento mucho, pero ahora podréis llorar a vuestro padre como se merece, ya no tendréis que fingir más, se han terminado las mentiras, ahora, yo cuidaré de ti.

Jacobo observaba la escena a la espera de que Logan le diese permiso para escoltar a la pequeña de los McGregor que era lo que había estado haciendo los últimos días.

Fergus, Nerys, Ian y Katherine disfrutaron de la plena hospitalidad y la abrumadora acogida del clan de los McGregor, totalmente ajenos a los sentimientos de las personas que se encontraban en uno de los pasillos que conducían a las habitaciones.

Athdara acompañó a su hermana a sus aposentos y pese a que la tentación de quedarse con ella, fue casi irresistible, finalmente se despidió de ella con un fuerte abrazo y caminó en silencio hasta la alcoba de Logan, aquella que estaba obligada a compartir pero que ocupaba ella sola.

Entró sabiendo que sólo la acompañarían la soledad, las velas y los perfumes de las flores colocadas por los rincones de la habitación.

—Tenemos que hablar — la voz de su marido hizo que su corazón se parara dentro de su pecho, incapaz de decir nada, tan sólo asintió — el problema es, que no sé lo que quiero decirte ni lo que seré capaz de soportar de lo que tú me cuentes.

Observó a su pequeña *ainnir adeas coille* y la rabia, la frustración y un profundo dolor en el corazón le atravesó haciendo que casi cayese de rodillas. Sabía que la amaba con toda su alma, que Athdara era la mujer de su vida,

aquella por la que todas las demás ni siquiera eran visibles, pero al tenerla allí, delante de él se dio cuenta de que por mucho que la amase, pesaba más lo que le reprochaba.

—Logan... — comenzó a decir ella cuando le vio dirigirse a la puerta.

—No — ni siquiera se giró para mirarla — no puedo estar a solas contigo sin que mi cabeza se llene de imágenes tuyas casándote con otro — entreabrió la puerta — eres mi mujer y lo serás para siempre, pero no soporto tenerte tan cerca.

Aquellas duras palabras petrificaron a Athdara. Se sentía morir. Entendía lo que Logan le había dicho, entre ellos había un agujero insondable provocado por sus silencios, por sus mentiras... ¿cómo no entender que si él no rompía el matrimonio era sólo para que ella y Grizela estuviesen a salvo? ¿acaso había un hombre más honorable y perfecto que él? Sin embargo, conocer las razones no hacía que a ella le doliese menos el corazón.

Pocos días más tarde, Ian, Katherine, Fergus y Nerys volvían a las tierras de los McRae, Nairn les esperaba con los brazos abiertos. Ian se moría de ganas de volver a su hogar y comenzar a preparar la dichosa boda con la que soñaba su bella inglesa y que no hacían más que posponer.

—Jacobó — Logan se dirigió a él con el rostro serio — sé que quieres volver a Nairn, juro que nadie te comprende mejor que yo, pero me gustaría pedirte un favor...

—Por supuesto *laird* — el brillo divertido de sus ojos molestó a Logan, pero lo dejó pasar.

—Necesito que te quedes conmigo — el inglés abrió los ojos desmesuradamente — a ti te educaron para ser el gran señor de un castillo, necesito a un consejero del que me pueda fiar, yo no sé cómo demonios se lleva una fortaleza, ni las tierras ni nada de todo esto — abrió los brazos para mostrar a lo que se refería — búrlate cuanto quieras, pero ayúdame.

Durante unos momentos ambos hombres se midieron con la mirada. Jacobo sentía un profundo respeto por aquellos McRae, les consideraba hombres valientes y llenos de una fuerza que iba más allá de que lo que demostraban sus músculos, pero en ese preciso instante, uno de ellos despuntaba sobre los otros. Se necesita una gran cantidad de coraje y valentía

para pedir ayuda.

—No harás nunca nada en este mundo sin coraje, es la mayor cualidad mental junto al honor* — le dijo seriamente — algo de lo que tú puedes presumir — le tendió el brazo tal y como los escoceses sellaban los pactos, Logan no tardó ni un latido en sujetarse a él — me quedaré, te ayudaré, seré tu consejero.

Un nuevo y profundo respeto nació en los corazones de aquellos hombres. Algo que les uniría aún más de lo que ya lo estaban.

Jacobo se despidió de la comitiva de los McRae, no sin antes jurarle a su hermana más de una docena de veces que no se perdería su enlace con Ian, que él la llevaría de la mano, que él estaría allí para ella. Las lágrimas en los ojos azules de Katherine le rompieron el corazón, pero aunque se quedaba porque Logan se lo había pedido, había otras razones que le retenían en Daltra.

Sin una amenaza que se cerniese sobre las cabezas de los McGregor, todos los hombres de Ian salieron tras ellos para volver a casa, los ánimos estaban por las nubes, los hombres echaban de menos a las mujeres y a los niños.

Logan no se atrevía a sentarse en el sillón que siempre usaba el viejo Angus McGregor, se encontraba de pie, a su lado, mirando fijamente la tapicería del mueble sin saber muy bien qué hacer a continuación.

—Sabes que es para sentarse, ¿verdad? — la voz de Jacobo le hizo girarse.

—No sabía que eras tan gracioso — respondió con una falsa sonrisa en la cara.

—Logan — el rostro del inglés se puso serio — ¿no crees que antes de cuidar de la fortaleza y de estas gentes, deberías cuidar de tu esposa? — se acercó hasta él — Grizela dice que apenas soporta estar cerca de ella, que puede sentir su dolor y que eso la destroza a ella también, además... — la inseguridad que expresó el inglés puso en guardia a Logan — según Grizela, la maldición de Athdara aún no se ha roto.

—Lo sé — murmuró el escocés girándose para mirar por la ventana.

—Logan... — repitió el inglés.

—¡Maldita sea! — gritó el *laird* — ¡he dicho que lo sé! — se giró bruscamente — ¿acaso crees que yo no veo cómo se consume? ¿acaso piensas que estoy tan abrumado por mi nueva posición que no me doy cuenta de que ella está cada día más desmejorada? ¿acaso supones que deseo que algo malo le ocurra? ¿se te ha ocurrido imaginar que no sé cómo protegerla? ¿qué no tengo ni idea de cómo romper esa maldición? ¿por un instante has considerado que quizá me siento tan perdido como ella? — se pasó las manos por el pelo con desesperación — ella tiene a su hermana y sus visiones, yo no tengo nada Jacobo — sentenció y se giró de nuevo para mirar por el gran ventanal.

Jacobo observó más detenidamente al escocés y como empezaba a ser habitual en él, en vez de hablar, calló, se dio media vuelta y salió del Gran Salón en dirección a la enorme biblioteca que poseía aquella fortaleza.

CAPÍTULO 20

Athdara se encontraba sentada en la fresca y algo húmeda hierba que bordeaba el agua, había cabalgado hasta que el aire fresco del amanecer le quemaba la piel, cuando llegó a aquella orilla del río se sorprendió, no esperaba haber ido hasta allí, no lo había planeado, pero allí estaba.

Se dejó caer hacia atrás y observó a las bellas águilas volar y por un momento deseó con todas sus fuerzas tener alas para alejarse volando de aquél lugar que tanto daño le hacía. Cerró los ojos y se dejó llevar por sus recuerdos.

Se vio a sí misma corriendo detrás de su hermana y a su madre corriendo detrás de ella, las tres reían, las tres eran felices, las tres sentían que el mundo les pertenecía. Un suspiro se escapó de sus labios, ahora estaba ella sola, sí, aún tenía a su hermana, pero no era justo que la cargase con el peso agobiante de sus pecados. No se arrepentía de nada de lo que había vivido, protegió a su hermana pequeña y viviría uno y mil infiernos más con tal de volver a salvarla, eso jamás cambiaría.

Una pequeña voz en su cabeza le susurró: ¿qué cambiarías entonces?

La respuesta le llegó veloz. “No mentiría a Logan, aquella noche en el bosque, cuando le hablé de mi maldición, debí contarle todo lo demás, lo ocurrido con Eskol... antes de que me besara por primera vez, antes de que todo mi mundo se viniese abajo”.

Las lágrimas le encharcaron los ojos. Según la ley, ella era la esposa de Logan, a todos los efectos estaban unidos, pero ella se sentía tan lejos de él como si les separasen varios mares, y por mucho que intentaba pensar en posibles formas de que él algún día la perdonase, no conseguía permanecer cerca de él lo suficiente como para llevar a cabo sus intenciones.

Cuando ella entraba en una habitación, él salía por la puerta más lejana. No había vuelto a entrar en su alcoba, e incluso le dijo a las criadas que llevasen sus ropas a otro cuarto. Cuando las vio vaciar el armario con la ropa de su marido, el alma se le rompió de nuevo.

Sabía que el orgullo era el que le mantenía en pie, el mismo que

curiosamente, le doblegaba, por eso, Athdara era consciente de que Logan no soportaba estar cerca de ella. Porque ella había roto algo más que su corazón, había atacado a su orgullo y eso para un highlander era imperdonable.

Cerró los ojos un instante y suspiró.

Tenía que llegar de nuevo al corazón de su highlander, ellos se pertenecían, eran el uno del otro, ambos lo sabían desde que eran niños. Pero... había tanto dolor en la mirada de Logan, tantos reproches...

Las lágrimas anegaron sus ojos.

¿Por qué tenía que perder siempre a aquellos a los que amaba? Primero había sido su madre, la muerte se la llevó de forma fulminante a través de unas fiebres, después su padre que había sido envenenado en su propio castillo y rodeado de su familia, y ahora había perdido a Logan, daba las gracias a los Dioses porque aún estuviera vivo, pero era un consuelo muy leve ya que ella no podía enterrarse en sus brazos para que su cuerpo alejase a los demonios.

Ese pensamiento le hizo revivir lo ocurrido con Eskol. Ahora él había muerto. ¡Por fin se había terminado aquella pesadilla! Tan sólo había una cosa que no entendía... las visiones de Eskol eran mucho más reales y profundas que las suyas, siempre se habían cumplido y él había vaticinado que nadie podría matarle, sin embargo, ahora estaba muerto, ya no quedaba nada de él. Ian ordenó prender fuego al castillo y el cuerpo del extranjero se había consumido con las llamas.

Sus recuerdos vagaron por el día en el que ese malnacido se quitó la máscara y se mostró como el verdadero monstruo que era. Tras abusar de ella salvajemente, se unieron con los votos druidas, la leyenda decía que estos votos debían entregarse con el alma en paz y de forma totalmente voluntaria, pero así no fue como sucedió, ella repitió las palabras sólo para proteger a su hermana, y desde luego, su alma no estaba en paz. Seguro que eso era suficiente para que la primera unión no fuese válida, pero claro... ¿a quién podría preguntar? Si lo hacía desvelaría que no se unió a Logan de forma válida tampoco.

El corazón le martilleaba en el pecho, le echaba mucho de menos, entre ellos las cosas habían cambiado tanto que ahora ya apenas se miraban cuando

coincidían en las estancias del castillo.

Comenzó a sentir que los músculos se le entumecían y decidió que era hora de volver a casa, a aquel lugar que siempre había sido su hogar y un escalofrío la recorrió entera al darse cuenta de que no tenía ni la menor idea de qué era lo que el destino le deparaba, de que por primera vez en muchos años, no tenía ni idea de qué era lo que se esperaba de ella.

Miró hacia las cristalinas aguas y trató de recordar cuándo había sido la última vez que había tenido una visión. A su mente acudieron las imágenes de aquella tan potente que la había turbado tanto y dejado completamente exhausta, aquella en la que ella caminaba por una habitación en penumbra con el ambiente saturado del aroma de la rosa de Bulgaria, el potente afrodisíaco, un hombre en una cama con sábanas de seda del color de la sangre... el hombre poseyéndola brutalmente.

Y su corazón se heló por la sensación que la invadió.

Había compartido con Logan la intimidad de su alcoba y aunque era muy apasionado e intenso, nunca había sido brusco con ella, jamás le había provocado dolor más allá de romperle el corazón cuando se negó a estar con ella, algo por lo que ni siquiera podía culparle... una extraña sombra de duda comenzó a bailar en su mente, pero sacudió la cabeza para desecharla. Se sentía extraña porque estaba sin visiones y sin Logan. Tenía que ser eso.

Enfadada consigo misma, se subió a su caballo y galopó a toda velocidad por los valles escoceses sin pararse a mirar la verde y exuberante hierba, sin escuchar a los pájaros cantar, sin admirar el curioso tono de azul de su cielo... simplemente intentaba por todos los medios que las lágrimas no saliesen de sus ojos mientras suplicaba a los Dioses que Logan la hablase durante unos momentos, sólo quería dejar de sentirse como lo hacía.

Al llegar al Gran Salón, se encontró a su hermana interrogando a una criada y eso le extrañó.

—¿Qué ocurre ahora? — preguntó temerosa de la respuesta.

—Ildora ha desaparecido — respondió Grizela mirando a su hermana — y no consigo que nadie me diga nada de ella.

—Milady — la doncella la miraba suplicante — le juro que no sabemos nada de ella, siempre ha sido como una culebra escurridiza, si no estaba con

vos o con su difunto padre, no sabemos dónde se metía.

—¡No te atrevas a cuestionarla! — Athdara estalló — ella cuidó de nosotras.

—Lo sé mi señora — la joven se retorció las manos con nerviosismo — pero le juro que no sabemos dónde está, ni siquiera estamos seguros de cuándo ha desaparecido.

—¿Qué ocurre aquí? — la profunda voz de Logan las hizo estremecer a las tres mujeres.

—Ildora ha desaparecido — le explicó Athdara después de girarse para mirarle, le echaba tanto de menos que le dolía tenerle así de cerca — y nadie sabe dónde está.

—Me alegro, espero que no vuelva — las frías palabras del *laird* les helaron los corazones.

—¿Cómo puedes decir eso? — su mujer le miró furiosa — ¿cómo puedes alejarte así de las personas que amas?

—Porque a menudo, esas personas se empeñan en romperme el corazón — las palabras llenas de veneno y la expresión herida fueron más de lo que Athdara podía soportar — esa mujer no me resulta de confianza — explicó — me alegro de que haya desaparecido porque yo mismo estaba pensando en desterrarla.

Se alejó de las mujeres con paso cansado.

Enfrentarse a su mujer había sido más duro de lo que había imaginado. Sí que era cierto que se alegraba de que la vieja ama de cría de las hermanas hubiese desaparecido, no le gustaba lo más mínimo la forma en la que siempre tenía vigiladas a las jóvenes y cómo aparecía como por arte de magia en los sitios más insospechados.

Jacobo observó la escena en silencio. Comprendía a Logan. Para él, la presencia de Ildora también era desconcertante, jamás le había dirigido la palabra y procuraba evitar en la medida de lo posible a los hombres de los McRae. Se quedó apoyado en la pared mientras Grizela cogía la mano de su hermana y caminaban hacia sus aposentos.

—Logan — sujetó el brazo del *laird* — ¿no te preocupa? — le miró

fijamente.

—No — respondió tajante — pero tampoco me gusta, de modo que intentaré averiguar si hay alguien de confianza en estas tierras y a ver qué averiguo.

—Yo soy de confianza — la mirada que le dedicó divirtió a Logan.

—Lo sé, la única persona que está en Daltra en la que confío, por eso necesito que sigas vigilando a las hermanas.

—Me siento como un ama de cría — la ira bullía en sus venas.

—No puedo con todo yo solo Jacobo — le tendió su brazo — necesito que tú las vigiles y las mantengas a salvo, Angus era un buen hombre pero delegaba demasiado y no llevaba registros de nada, no entiendo cómo hay tanto oro con tan poco control — le miró fijamente — por favor, me duele estar con ella, pero no soportaría perderla.

—Puede que la pierdas de todas formas.

—Me arriesgaré.

Jacobo salió de la fortaleza y puso rumbo a la fragua del poblado. Últimamente había pasado allí algunas tardes y el herrero le estaba enseñando a trabajar y moldear el metal. Y para su sorpresa, había descubierto que los golpes de metal contra metal acallaban las voces de sus padres y de sus compatriotas cuando fueron masacrados en su propio castillo por la traición que sufrieron.

Al atravesar las puertas de la forja, el hombre que atizaba el fuego no dijo nada, él no era muy dado a la palabra y la silenciosa compañía del inglés no le suponía malestar. Sabía por los rumores que era un hombre atormentado, y aunque él no era muy dado a creerse lo que decían, la oscura mirada del inglés le inclinaba a pensar que esta vez, los rumores podían ser ciertos.

Sacó una pequeña piedra del almacén y comenzó a trabajar sobre ella para darle la forma que quería. Jacobo sentía que la vida se escapaba entre sus dedos. Cuando despertó en aquella cama con su hermana Katherine a su lado, se había sentido tan agradecido que no pensó en nada más. Pero ahora el tiempo había pasado y él volvía a estar sólo, esta vez era diferente, pues su amada hermana se encontraba a salvo en las tierras de Nairn, tenía al

poderoso Ian McRae enamorado de ella hasta el tuétano y ella le amaba con la misma intensidad.

Se alegraba de corazón por ella. Tal y como les habían inculcado sus padres, la vida era para vivirla, para disfrutar de ella, para sonreír cada día y para amar cuanto pudiesen. Golpeó con más fuerza el pequeño agujero que ya mostraba la piedra.

Él estaba solo en el mundo, nadie le necesitaba. De momento Logan le había pedido ayuda, pero él sabía que eso no duraría, pese a que decía a los cuatro vientos que él no era el *laird*, lo cierto era que el honor y la lealtad que el escocés llevaba en la sangre, le convertía en un líder apropiado, además tenía valor, coraje y fuerza.

La noche cayó sobre él y aún no había terminado de perfilar la forma que necesitaba en esa piedra tan terca. Miró a su alrededor y observó que el herrero ya hacía tiempo que no estaba, pues la forja se estaba apagando. Suspiró y dejó el martillo y el cincel y decidió que terminaría al día siguiente el molde que estaba preparando.

Athdara se sentó en el alféizar de la ventana envuelta en una manta y observó la preciosa luna llena que iluminaba el cielo. No podía dejar de temblar y sentía que dentro de ella algo estaba a punto de explotar, la actitud de Logan y sobre todo sus palabras la habían herido profundamente. Sabía que se las merecía, pero dolía, dolía demasiado. Era cierto que había tomado decisiones equivocadas en el pasado, pero los hechos por los que su marido la odiaba tan profundamente no habían sido una elección de ella, se había visto obligada, hizo lo que hizo para proteger a su hermana, y volvería a hacerlo sin dudar.

Se arrebujó más aún dentro de la bata y permitió que las lágrimas le recorriesen el rostro. Ella sólo había querido ayudar a un caballero y fue traicionada, no pudo hacer nada para detener los acontecimientos y ahora, el único hombre al que ella había amado y amaría para toda la eternidad, la odiaba.

—Athdara... — la suave voz de Grizela la hizo girarse — pensé que te gustaría un poco de compañía.

—Siempre me agrada tu compañía hermana mía — hizo un intento de sonrisa que se quedó en eso, un intento.

—Te echo de menos... — Grizela se sentó a su lado y le acarició el rostro, Athdara la miró sin comprender — desde que no tienes las visiones ya no me necesitas — bajó la vista al suelo — me siento un poco inútil sin poder ayudarte.

—Grizela — cogió sus manos entre las tuyas — eres mi hermana pequeña, siempre voy a necesitarte — ahora sonrió de verdad — siempre has sido mi mejor amiga, mi luz en la oscuridad y eso no va a cambiar porque yo me haya casado o porque mis visiones me hayan abandonado — un escalofrío le recorrió la columna — si es que eso es lo que ha ocurrido...

—¿A qué te refieres? — preguntó su hermana con preocupación.

—No lo sé — se encogió de hombros — siempre pensamos que Eskol era más poderoso que yo, que sus amenazas eran reales — una lágrima escapó de su control — sin embargo... yo le maté Grizela, pero si no hubiese sido yo, hubiese sido Logan, se suponía que nadie podía vencerle, que su futuro estaba escrito en las estrellas.

—Quizá él se refería a que ningún hombre podría matarle — le secó la lágrima con sus dedos — tú eres una mujer, ¿lloras por su muerte? — intentó mirarla a los ojos, pero no se lo permitió.

—No, lloro por la traición que cometí... yo era su mujer Grizela, y me casé con otro hombre, ninguno de los votos fueron pronunciados con el alma en paz y la conciencia tranquila tal como manda la tradición... — otra lágrima se deslizó por su rostro — la primera boda fue una mentira, la segunda... también.

—Nunca comprendí por qué te habías casado con Eskol — volvió a secarle las lágrimas con sus dedos — me amenazó a mí ¿verdad? — los dorados ojos de Grizela se clavaron en los de Athdara que asintió levemente — me protegiste — la abrazó con fuerza — ¿por qué no se lo cuentas a Logan? Si supiese la verdad...

—¡No! — se revolvió de entre sus brazos — no puede saberlo nunca ¿me oyes? — la joven la miraba sin entender — si me ama y está conmigo ha de ser porque él así lo deseé, porque su corazón le suplique que esté a mi

lado, no por compasión o porque sea su deber.

—Creo que cometes un error — murmuró Grizela volviendo a abrazar a su hermana.

—No sería el primero.

Como tantas otras noches, las hermanas durmieron juntas. No era lo más apropiado que lo hicieran en la cama del *laird*, pero ambas sabían que Logan jamás subiría a esa alcoba por propia voluntad.

CAPÍTULO 21

Logan como cada noche, subió las escaleras con pesadez. Se sentía destrozado por dentro, le dolía el corazón como nunca le había dolido, estaba tan cansado que le temblaban los músculos, había trabajado desde el amanecer, primero habían ido a buscar unas reses que se habían escapado del cerco, después fue la reparación de una de las paredes de la cuadra principal, más tarde ayudó a preparar los pesebres para las nuevas crías que nacerían en breve y arreglaron el abrevadero. Ni siquiera había ido a comer al castillo, y cuando pensó que podría descansar, el tesorero le interceptó para consultarle sobre los precios de venta y compra, algo de lo que él no tenía la más mínima idea.

Había cabalgado durante todo el día, le dolía la espalda tanto que pensó que era muy posible que al día siguiente no fuera capaz de andar.

Caminó por el pasillo con paso cansado, ansiaba darse un baño caliente y meterse en la cama, había dado orden de que no se le molestase hasta la hora de la comida principal. Necesitaba un sueño reparador con urgencia.

Pero antes de entrar en la alcoba, abrió con suavidad la puerta de la habitación que debería ocupar con su mujer, como cada noche comprobó si ella dormía. Un pellizco de dolor en el corazón le hizo encogerse al verla abrazada a su hermana pequeña. Se acercó con sigilo portando una pequeña vela y su estómago se contrajo al ver de nuevo esas horribles marcas de lágrimas en su rostro.

A duras penas pudo resistir la tentación de besarle esas marcas de la desdicha que le rompía el corazón. Sabía cuál era la causa del pesar de su mujer, había oído hablar a los hombres y a las doncellas, él. Siempre era él. Amaba a Athdara, eso no era el problema, pero ella se había casado con otro... y le dejó creer que él era el que había tomado su inocencia, se sintió culpable durante días por lo que ocurrió en aquella bañera, se acercó y apartó con ternura un mechón de ese pelo rojo como el fuego que él tanto adoraba. Apretó la mandíbula hasta casi partirse las muelas y salió igual de sigiloso que entró, sin percatarse de que unos ojos dorados le habían visto acariciar el rostro de su mujer.

Al cabo de un par de días, cuando Logan entró en el Gran Salón al amanecer, se encontró con una nerviosa Grizela que caminaba delante del fuego del hogar como si eso pudiese aplacar su estado de ánimo.

—¿Qué te ocurre? — se acercó a ella con pasos rápidos — ¿qué mal te aqueja?

—Logan... — la pequeña de los McGregor se lanzó a sus brazos ante la atónita mirada del highlander que no sabía cómo reaccionar — lo siento mucho, siento haberme comportado como lo hice, siento ser tan mala cuñada, tan mala hermana... yo... lo siento — los ojos estaban anegados en agua — por favor milord — hizo una reverencia y se quedó postrada en el suelo, lo que le encogió el corazón a Logan — por favor, te suplico que me perdones.

—¡Por los Dioses! — la tomó del brazo y la levantó — no vuelvas a postrarte ni ante mí ni ante nadie — le sujetó la barbilla sin hacerle daño — ¿qué es lo que debo perdonar?

Durante unos instantes ambos se miraron a los ojos. La oscura mirada de Logan gritaba que estaba cansado, dolido, abrumado y desbordado por su reciente papel de *laird* de unas tierras que no conocía y a las que no pertenecía, rodeado de personas en las que no confiaba. Por el contrario, los ojos de Grizela hablaban de perdón, de redención, de congraciarse con los demás y volver a ser esa dulce dama encantadora y comedida que siempre había sido.

—No tengo nada que perdonar Grizela, entiendo que me odieras, lo que no entiendo es por qué has dejado de hacerlo.

—Porque tras pasarme varias noches hablando con mi hermana he entendido por qué has decidido alejarte de ella — él fue a hablar, pero ella le hizo un gesto con la mano para que no la interrumpiera — por favor mi *laird*... — le guiñó un ojo — Athdara me ha pedido que no te hable sobre vosotros y no lo haré, pero sí quiero pedirte un favor, la semana que viene es el cumpleaños de mi hermana — Logan abrió los ojos de golpe — y desde hace muchos años no lo celebramos, pero este año que las cosas son tan diferentes, que no tenemos a padre, pero que te tenemos a ti, creo que deberíamos celebrarlo — Logan frunció el ceño.

—Quieres mi permiso para una fiesta...

—No, bueno, sí — le sonrió con dulzura — pero también quiero que compartas la fiesta con nosotros, ahora eres nuestro *laird*, nuestro señor, moriríamos por ti, es lógico que también queramos reír contigo.

—Tengo la sensación de que hay algo que no me cuentas.

—¡Por supuesto! La fiesta — sonrió de nuevo — si me das permiso, será una sorpresa para Athdara, pero también quiero que lo sea para ti, porque aunque a pesar de estar casados no sois una pareja de verdad, lo cierto es que lo fuisteis, pero no hubo festejos por vuestra boda porque al día siguiente atacasteis esas odiosas tierras de los McIntosh.

—Te doy permiso para la fiesta de tu hermana, pero yo no estaré presente — sentenció con firmeza.

—Comprendo mi *laird* — hizo de nuevo una reverencia y tras mirarle con tristeza comenzó a caminar hacia el arco que conducía a las escaleras.

—¡Grizela! — murmuró Logan entre dientes — de acuerdo, iré a esa maldita fiesta.

Acto seguido se enfundó la espada y salió airado del Gran Salón con la extraña idea en su mente y en su corazón de que esa pequeña y hermosa mujer le había engañado para que accediese a sus deseos.

La pequeña de los McGregor observó al marido de su hermana salir por la puerta envolviéndose en la capa de pieles y juraría que estaba maldiciendo entre dientes y murmurando a los Dioses que se apiadasen de él. No era tan ingenua como para no saber que él ni por un latido se había creído esa lastimosa historia, pero sí sabía una cosa de Logan, y era que no soportaba ver a una mujer llorar.

Con una traviesa sonrisa en los labios, se encaminó a las cocinas, dispuesta a hacer inventario de todo lo que iba a necesitar para la sonada fiesta que iba a dar por el cumpleaños de su hermana.

Los días que siguieron a esa conversación fueron una auténtica locura, las doncellas acicalaban el castillo, las hermanas salían a recoger las últimas flores de la temporada para adornar las paredes y las alcobas y alguna que otra para que Grizela pudiera preparar esos ungüentos y aceites que los aldeanos le pedían para curar sus males.

Logan y Jacobo trabajaban de sol a sol sin descanso. Aún no confiaban en los McGregor que se encargaban de sostener la economía del clan, de hecho, no confiaban en nadie, por lo que los días se hacían demasiado largos y las noches demasiado cortas.

—Logan — el inglés apartó disimuladamente al escocés — te juro que si tengo que volver a cargar con otra viga de madera o a arrastrar una maldita piedra más, resucitaré al hermano bastardo del Rey inglés y me entregaré a él.

—Sí — concedió el highlander — supongo que no podemos seguir así, pero es que no sé cómo demonios puedo elegir a las personas en las que confiar.

—Nunca se te ha dado mal juzgar a la gente — le miró con gesto serio.

—¿Lo dices por mi mujer? — sus ojos ardían de furia — con ella sí que acerté ¿verdad?

—Ya te he dicho en alguna ocasión que no conoces todos los detalles y que te has precipitado — no permitió que Logan le interrumpiese — mira salvaje — le dirigió una mirada divertida — vas a tener que dejar de compadecerte y empezar a confiar más en los demás, por mi parte estoy tan cansado que ni siquiera soy capaz de dormir sin que las cicatrices me ardan, así que voy a dormir durante dos días para que mañana pueda parecer un hombre en esa fiesta y no un cadáver.

Acto seguido se alejó de donde estaban sin permitir que el escocés respondiese. O esa había sido su intención.

—¡Necesitarás dormir más de un día *sasannach* si pretendes parecer un hombre! — exclamó Logan divertido mientras Jacobo se giraba y le dedicaba una sonrisa fría.

Por primera vez en meses, Logan soltó una carcajada que le salió de lo más profundo del corazón. Los hombres le miraron divertidos mientras agradecían a los Dioses que ese hombre que ahora les lideraba volviera a reír. Todo el mundo había adorado a ese escocés por su buen humor y mejor corazón, era cierto que muchos se habían sentido algo “extraños” ante su presencia cuando los rumores se extendieron, pero ahora todo el mundo era unánime en lo que a él concernía. Era un gran *laird*.

Los dos días hasta la fiesta pasaron sin muchas novedades más allá de

aquellas que eran trabajar desde que salía el sol hasta que se ponía y luego caminar agotado por los pasillos del castillo, observar a Athdara dormir sola en esa gran cama y dejarse caer en su alcoba casi inconsciente hasta que el amanecer le despertaba y la rutina diaria se repetía.

Pero por fin la noche de la fiesta había llegado.

Logan estaba en la bañera que habían preparado para él. El agua caliente le relajaba los cansados músculos y tentado estuvo a quedarse dormido ahí mismo, el corazón le palpitaba con fuerza por la anticipación de volver a ver a su adorada Athdara, sin embargo, desde que había asumido su papel como *laird*, era el primer momento que se tomaba para él.

Renegando por ceder a los caprichos de la pequeña escocesa con cabellos dorados, salió del agua que empezaba a templarse y caminó desnudo hacia la cama, donde las doncellas le habían preparado su kilt ceremonial. El corazón le dio un vuelco al ver los colores del clan McGregor y no los del McRae, pero así eran las cosas ahora, él era un McGregor, de hecho, era su *laird*.

Se enfundó la blanca camisa sobre su cuerpo y se sorprendió al comprobar que le quedaba demasiado ajustada, se colocó el kilt sobre las caderas y enrolló el *plaid* sobre su pecho. No era un hombre vanidoso, pero estaba convencido de que resultaría una tentadora imagen para las féminas que hubiese en el salón, aunque en realidad, sólo le preocupaba poder perturbar a una de ellas.

Se ató las tiras de piel de las botas sobre sus piernas, cogió de uno de los cajones el regalo que había encargado para ella y armándose con un par de puñales que llevaba siempre escondidos, abrió la puerta y comenzó a caminar con decisión. Él era el *laird* de aquellas gentes, no era propio de un gran señor sentirse como si fuese un joven enamorado deseoso de perderse en las mieles de los cuerpos femeninos, sin embargo, así era exactamente como se sentía.

Durante el tiempo que le llevó llegar al Gran Salón, no dejó de preguntarse qué aspecto tendría su bella Athdara, de una cosa estaba totalmente seguro, requeriría hasta la última pizca de auto control para no lanzarse sobre ella y devorarla. La echaba tanto de menos que a veces se sorprendía a sí mismo convenciéndose de que mantener las distancias era la

mejor de las decisiones.

Intentó adivinar de qué color prefería verla y no consiguió decidirse. Cuando vestía de verde, sus ojos resaltaban y su pelo parecía más encendido, cuando el marrón era su elección, no podía evitar imaginarse lamiendo chocolate caliente sobre su cremosa piel, el azul también le sentaba bien, el color rojo la hacía parecer tentadora hasta límites peligrosos para él. Mientras entraba al Gran Salón se dio cuenta de que no importaba cómo fuese vestida, sería preciosa aunque llevase puesto un saco.

Se quedó clavado en el suelo sin poder decir ni una palabra y sin ser capaz de hacer que su corazón bombeara de nuevo.

Athdara estaba en medio del Gran Salón, vestida con un sugerente vestido de color marfil con delicados brocados dorados, el pelo lo llevaba semi recogido en lo alto de su cabeza, con pequeñas margaritas que lo decoraban, media melena le caía en preciosos rizos sobre los hombros desnudos. Estaba perdido. Se había casado con una ninfa de los bosques, pero una de verdad, cuanto más la miraba, más convencido estaba de que incluso podía ver un halo de luz a su alrededor.

Athdara se sentía como una niña pequeña a la espera de sus regalos. Todo su ser temblaba, su hermana se había pasado dos días untando toda clase de ungüentos en su cuerpo y aunque ella había protestado, lo cierto es que estaba encantada, su piel estaba tan suave al tacto que apenas se sentía ella misma. Su pelo brillaba con una fuerza olvidada y no podía evitar sentirse una princesa con ese maravilloso vestido que llevaba. Estaba impaciente por ver a Logan, sabía que con lo rebelde que era llevaría los colores de los McRae, pero no le importaba, ella sólo quería verle, sabía que no se acercaría a ella, pero tal y como estaban las cosas entre ellos, se conformaría con las migajas.

Se giró y entonces le vio caminando hacia ella con un paso tan firme y poderoso que la hizo estremecer, hacía días que no le veía y ahora él parecía más grande e intimidante. Se encogió un latido hasta que recordó que él jamás le haría daño y menos llevando los colores de su clan, no pudo evitar que una oleada del más puro orgullo escocés la recorriese entera al verle aceptar su papel como *laird* y marido al ponerse el *plaid* con los colores de los McGregor.

Logan se movía como un animal entre aquellas gentes, no tropezaba con nadie porque todos se apartaban a su paso, no podía detenerse, cuando ella se giró y le miró a los ojos, un profundo sentimiento que él creía enterrado, se desató en su interior con la fuerza del mismo mar de Escocia chocando contra las rocas, y él estaba totalmente dispuesto a estrellarse contra ellas. La tenía casi a su alcance y sin embargo parecía que no podía alcanzarla.

Cuando por fin llegó donde estaba, estiró los brazos para poder tocarla lo antes posible, enredó una mano en sus cabellos rojos como el fuego y la otra la apretó contra las turgentes caderas de la joven que apenas podía respirar, la pegó a su cuerpo y fundió sus labios con los de ella en un beso voraz que les estaba consumiendo a los dos.

Durante varios latidos no se oía un solo murmullo en el salón. Todo el mundo observaba al poderoso líder demostrar públicamente que aunque no durmiese con su mujer, ella seguía perteneciéndole. Los hombres sonrieron con pretencioso orgullo masculino y las mujeres se ruborizaron al sentir la turbación de Athdara.

Logan sólo podía oír su propia sangre bulléndole en las venas, el calor abrasador que le recorría de pies a cabeza le estaba volviendo loco, había anhelado demasiado el calor, el sabor y el olor de su mujer y ahora que había vuelto a caer en la tentación no se veía capaz de separarse de ella.

Athdara se sentía desfallecer. El amor de su vida la besaba con tanta desesperación que sintió ganas de llorar, había deseado tanto acercarse a él que se hubiese conformado con tan sólo una distraída mirada o quizá una mueca a modo de sonrisa, sin embargo, ahí estaba él, en todo su esplendor, besándola con tal pasión que casi podía sentir como se fundían el uno en el otro.

—Me parece que debéis iros a vuestra alcoba — la grave voz de Jacobo les sacó de su entusiasmado estado.

Ambos amantes se separaron un instante y se miraron fijamente intentando decirse con la mirada lo que no podían decir con palabras. Los dos respiraban con dificultad, ella tenía las manos sobre el pecho de él, y él la sujetaba firmemente por las caderas.

Logan hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para sacar de su

sporrán el regalo que había mandado hacer para ella. Sin dejar de mirarla a los ojos, abrió la bolsa de terciopelo negro que escondía el cordón de cuero trenzado con una medalla en su centro.

—*Mo ainnir adeas coille* — susurró ella leyendo el grabado de plata pulida e intentando controlar las lágrimas.

—Eso eres para mí, mi ninfa, mi perdición — la devoción en sus palabras era evidente mientras le colocaba el cordón alrededor del cuello.

Pero la magia se rompió cuando algunos hombres fueron a buscar a Logan para que les contase una vez más cómo de sangrienta había sido la batalla en la fortaleza de los McIntosh. El highlander bufó con desesperación y se dejó guiar por los hombres cuando Athdara le sonrió de aquella manera tan angelical.

La noche fue una auténtica celebración.

Hubo una copiosa y deliciosa cena, baile, música, alcohol a raudales, risas, besos, abrazos, y todo lo necesario para que ninguno de los que acudieron al castillo, olvidaran jamás esa fiesta.

CAPÍTULO 22

Al amanecer, los últimos granjeros abandonaban el Gran Salón y Logan estaba deseando cerrar las puertas, llevaba toda la noche con el corazón encogido por la necesidad de estar con Athdara, de volver a estrecharla entre sus brazos, de besarla, perderse en su sabor y su aroma, descubrir de nuevo el calor de su cuerpo.

—Logan — la suave voz femenina le sobresaltó, se giró lentamente — gracias por venir a la fiesta de mi hermana — los dorados ojos de Grizela brillaban con emoción — he preparado un dulce que hacía mi madre — le mostró el dulce sobre su palma — pruébalo, te encantará.

—La verdad Grizela, es que ahora tengo otras cosas en mente que me urgen bastante más — intento zafarse de ella.

—Lo imagino, pero anda, hazme el favor de probarlo — en la otra mano llevaba un plato pequeño con más bolitas de chocolate — además — le guiñó un ojo — a mi hermana le vuelven loca, hacía mucho que no se las preparaba, y después del beso que le has dado al verla, supuse que serían un buen regalo de cumpleaños por tu parte.

—No me gusta que me manipulen — se acercó un paso más a ella, pero ella no se apartó, lo que le hizo sonreír — aunque te concedo el hecho de que sería un bonito regalo, a las mujeres os encanta el dulce.

Cogió el plato de las manos de la joven y tras guiñarle un ojo, salió precipitadamente por las escaleras que llevaban a la parte del castillo donde estaban las alcobas principales.

El olor del chocolate se fundía a la perfección con el aroma de alguna especia que seguramente llevaba y que a Logan se le estaba haciendo muy difícil no sucumbir a la tentación de probar esas misteriosas bolas de chocolate. Se paró al llegar al pasillo y cogió uno de los dulces que rápidamente se metió en la boca y se concedió unos momentos para saborear ese pequeño capricho que acababa de concederse.

Caminaba despacio hacia la alcoba de Athdara, la que por derecho, era suya también aunque se hubiese negado a compartirla con ella desde el día

que volvieron de los territorios de los McIntosh, habían pasado semanas desde aquello y ahora le parecía una terrible pérdida de tiempo.

Sentía que con cada paso que daba acercándose a ella, su necesidad crecía en su interior como un gran incendio consumiendo todo a su paso. La sangre le hervía en las venas, en su mente tan sólo había imágenes de Athdara en poses demasiado sensuales para su equilibrio mental, algunas eran reales, pero la mayoría eran fantasías. La erección que tenía le dolía tanto que a punto estuvo de esconderse en su alcoba para satisfacerse a solas, pero la sola idea de no deleitarse con el cuerpo de su mujer hizo que algo se revolviere en su interior. Las manos le hormigueaban por la necesidad de perderse en sus curvas, acariciar su piel suave, lamer todo su cuerpo...

Tenía un calor inusual dentro de él y apenas era capaz de pensar en nada más que no fuese, introducirse con fuerza dentro del cuerpo de Athdara, algo dentro de él, le decía que ella era la única que podía devolverle la cordura y el bienestar.

Abrió la puerta de par en par sin llamar y pese a lo excitado que estaba, necesitó un latido para recomponerse.

Athdara se sentía desfallecer, no podía dejar de pasear sus propios dedos por sus labios recordando el inesperado beso que Logan le dio al llegar al Gran Salón si los abandonaba era para acariciar el preciado regalo que él le había entregado. Él había ido a ella, la había besado como si el mundo estuviese a punto de perecer, podía sentir la unión que había entre ellos cuando le puso el cordón alrededor del cuello y juraría que se enfureció cuando les apartaron. Se sentía especialmente excitada, deseaba a su marido, sin duda alguna, la distancia había hecho que ese beso que le prodigó la encendiese, lamentó no tener agua fría en la bañera, pues estaba convencida de que Logan haría como cada noche, dormir en otro cuarto sin pasar a verla.

Tenía los pechos hinchados por la pasión que sentía, un extraño hormigueo le recorría el cuerpo y no podía evitar estremecerse cuando al cerrar los ojos su mente se llenaba con las imágenes de Logan desnudo.

El vestido la oprimía de tal forma que sus erectos pezones le dolían, decidió quitárselo y cubrirse con una fina tela de algodón. Apenas soportaba tejido sobre su piel erizada, lo que necesitaba eran las fuertes manos de Logan haciéndole ver las estrellas mientras se sumergía dentro de su cuerpo y

desataba la lujuria que la mantenía en semejante estado de anticipación. Se encaminó hacia la ventana y la abrió de par en par, la piel le ardía, el frío viento entró con fuerza, demasiado tarde se dio cuenta de que no fue una buena idea, el contraste de las temperaturas la excitó más aún.

La puerta se abrió con un golpe y Athdara al girarse, se le cayó la delicada tela que apenas la cubría.

—Logan — su voz salió como una súplica y lo cierto es que así era.

—Athdara — la voz profunda y grave del highlander provocó que la piel se la erizara de nuevo.

El escocés le dio una patada a la puerta y avanzó a grandes zancadas hacia ella, el plato con los dulces se había estrellado contra el suelo y las bolas de chocolate se desperdigaron, pero eso no les detuvo a ninguno que se habían lanzado el uno a los brazos del otro.

Logan enredó sus manos en el sedoso cabello rojo de su mujer al tiempo que la besaba de una forma tan pasional y ardiente que el corazón les latía desbocado. La alzó del suelo pegándola a su cuerpo y la lanzó sobre la cama sin miramientos. Athdara jadeaba muerta de deseo, abrió las piernas en una clara invitación y se ruborizó ante la sonrisa puramente masculina que se formó en los labios de Logan.

—Te necesito desesperadamente Athdara — acarició sus piernas mientras se las cerraba, la giró sobre sí misma y observó su delicada espalda — tienes un culo que le hace perder la razón a un hombre.

Le dio una suave palmada en el trasero y acto seguido le alzó las caderas. Athdara no se había sentido tan vulnerable en toda su vida, pero el deseo la estaba torturando y le suplicaba mentalmente a los Dioses que Logan comenzara a introducirse dentro de ella.

No tuvo que esperar mucho. El highlander se arrancó el kilt de su cuerpo y de una fuerte embestida se introdujo en ella con desesperación, la sostuvo por las caderas dándole unos instantes para que se adaptara a la intrusión mientras él hacía todo lo posible por mantener la poca cordura que le quedaba.

—¡Muévete por los Dioses! — la voz ahogada de Athdara fue lo que le enloqueció.

Clavó los dedos en su delicada carne y comenzó a entrar y salir de ella con movimientos secos, rápidos y potentes, casi podía sentir como rozaba el fondo de su útero con la punta de su erección y que los Dioses se apiadasen, eso le excitó aún más.

Necesitaba someterla bajo su control, necesitaba borrar de su cuerpo y de su mente el recuerdo del otro hombre que había poseído su cuerpo. Necesitaba verla suplicarle que no parase de hacerla suya.

El sonido del choque de los cuerpos les estaba volviendo locos. Athdara agarraba el cobertor con fuerza, tenía los brazos doloridos y se dejó caer sobre la cama, pero como Logan aún la sujetaba por las caderas sirviéndose a sí mismo, sólo pudo apoyar la cabeza mientras sentía que el orgasmo más poderoso que jamás había sentido se apoderaba de ella.

Logan estaba a punto de estallar. Necesitaba llenar el interior de su mujer y cuando esta se dejó caer sobre la cama, todo su autocontrol se fue al infierno. Una de sus manos se enterró entre las piernas de la joven y con una sonrisa satisfecha pellizcó el clítoris femenino y provocando que ella gritase abandonada al placer, él la embistió con más fuerza y se dejó llevar sintiendo como todo su ser se fundía con el cuerpo de su mujer.

Los dos estaban sudorosos y jadeantes, pero ni la erección de Logan bajó, ni Athdara se sentía satisfecha.

Él salió de su interior perplejo por que siguiese más duro que una roca, no sería la primera vez que poseía a una mujer varias veces en una noche, pero necesitaba un descanso entre cada una de esas veces, sin embargo, se sentía exactamente igual que cuando entró en la habitación.

Athdara se giró sobre la cama.

—Necesito más Logan — se acarició los pechos con lujuria — por favor...

—Yo también — gruñó mientras se lanzaba para devorar esos pezones erectos que tanto le excitaban.

Las manos volaron sobre sus cuerpos, las caricias eran desesperadas, los besos hambrientos, los cuerpos tensos se acoplaban a la perfección el uno con el otro. Rodaron por la cama hasta que cayeron al suelo, pero no les importó. Logan tiró del cobertor y rodaron de nuevo hasta dejar de sentir la fría piedra

en sus cuerpos.

Después de dos trepidantes e intensos encuentros más, por fin, sus cuerpos empezaron a relajarse y ellos mismos comenzaron a dejar de sentir ese frenesí sensual en el que ambos estaban sumidos. Los dos jadeaban, estaban completamente exhaustos y se sentían tan mareados que apenas podían tener los ojos abiertos, sentían que la piel estaba a punto de resquebrajarse, el corazón les latía desacompañado en el pecho y ninguno era capaz de pensar con claridad. Aunque los dos estaban de acuerdo en algo, había sido la mejor experiencia de su vida.

Sin poder evitarlo, se quedaron dormidos en el suelo, sobre el cobertor de la cama arrebujado bajo ellos.

—Grizela — la voz grave y firme de Jacobo la hizo estremecerse — ¿has visto a Logan? — ella no pudo ocultar una leve sonrisa — ¿dónde está?

—No lo sé milord — bajó la mirada al suelo porque sabía que frente a aquel hombre con ojos de halcón no podría resistir.

—Sí que lo sabes — se acercó un poco más a ella y le sujetó dulcemente la barbilla — responde a mi pregunta ahora mismo, ¿dónde está?

—Milord — el suave contacto la estaba alterando demasiado — mi *laird* y su mujer están durmiendo.

—¡Eso es imposible! — espetó Jacobo contrariado, Logan no se desentendería de sus obligaciones.

—Vos habéis preguntado y yo he respondido — le miró tan sólo un segundo para no traicionarse a sí misma y revelar demasiado acerca de lo que ese hombre le hacía sentir — eso es lo que sé.

Acto seguido se giró rápidamente y salió corriendo hacia las cocinas. Todo el cuerpo le ardía, sentía que le picaban las manos por la necesidad que sentía, pero cerró los ojos un instante antes de salir a la fresca tarde sin cubrirse apenas.

Jacobo permitió que aquella delicada joven se escapara. Sabía que debido a su aspecto, lo más probable fuese que huyese espantada, no podía culparla, tras las agresiones recibidas cuando fue apresado por los ingleses

traidores a la Corona y pese a las buenas manos que su hermana tenía para la sanación, su rostro y su cuerpo entero tenían grotescas marcas de lo que le había tocado vivir en la vida. Bufó lleno de frustración y caminó con paso decidido hacia las escaleras que conducían al piso superior.

Entró sin llamar en la alcoba que Logan utilizaba para poder mantenerse lejos del cuerpo de su mujer, él podía llamarlo como quisiera, pero él sabía que lo hacía sólo para no tener que forzar continuamente su autocontrol y de paso dejar su orgullo escocés intacto. Entró y abrió las ventanas de par en par para descubrir que nadie había usado aquella cama esa noche, una sonrisa traviesa cruzó su rostro y cerró la puerta tras de sí.

Logan se sentía desfallecido. Los músculos le dolían como si hubiera cabalgado sin descanso durante una semana entera, la espalda estaba rígida como una tabla y tenía la sensación de que ni las piernas y los brazos podrían sujetarle, pero lo que más dolorido tenía era su miembro. Una sonrisa de pura satisfacción masculina se dibujó en sus labios.

—Gracias a los Dioses que sonrías — la voz dulce y melodiosa de Athdara le sorprendió.

—No son los Dioses quienes me hacen sonreír — tenerla a su lado era todo lo que él necesitaba para ser feliz, la atrajo a sus brazos y la abrazó con fuerza — Athdara... tenemos que solucionar esta situación.

El tono tan serio que el highlander empleó, le rompió el corazón a la escocesa. Que sintiéndose herida mortalmente, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y se levantó con delicadeza de su lado. Logan la miraba embelesado.

—Haz lo que creas conveniente mi *laird* — las lágrimas bañaban su rostro — soy tu mujer, siempre te aceptaré en mi cuerpo — alzó la vista para clavar sus verdes ojos en los de Logan — porque aunque aún no te hayas dado cuenta, te amo con toda mi alma, siempre has sido tú — ya no tenía nada que perder y decidió que ya era hora de aclarar las cosas — desde que te conocí sueño con tu amor, cuando era una niña le confesé a mi madre que te amaba con todo mi corazón — apretó los puños por el dolor que sentía en el pecho — y ahora no la tengo a ella para consolarme, y por descontado que

tampoco te tengo a ti.

Acto seguido, se giró y buscó con la mirada alguna prenda que ponerse para tapar su cuerpo, no es que se avergonzase, por desgracia, ya empezaba a acostumbrarse a que ningún hombre la amase por su corazón, todos la deseaban por sus atributos físicos, nunca le había importado, pero anhelaba tanto que Logan se enamorase de ella...

CAPÍTULO 23

El escocés estaba totalmente contrariado. No tenía ni idea de qué era lo que su mujer le había intentado decir. Era consciente del dolor que se derramaba por sus ojos, de la belleza de su cuerpo bañado por la luz de la media tarde, de la delicadeza de su piel... pero sólo podía pensar en una cosa. No le importaba lo que hubiera pasado antes de que ella se casara con él, él la amaba por encima de todo. Ella era la mujer de su vida, aquella por la que llevaba años suspirando como un niño, aquella por la que deseaba despertar cada mañana sólo para verla deslizarse por los pasillos de la fortaleza como la dulce ninfa del bosque que era.

Estaba a punto de levantarse para estrecharla entre sus brazos cuando un fuerte golpe les sobresaltó a los dos. Athdara corrió a la cama para taparse con las sábanas y Logan se puso en pie con mala cara, se tapó un poco con su kilt y abrió lo justo para ver quién era el que iba a morir bajo su espada por haber estropeado ese momento con ella.

Logan se sorprendió al ver a uno de sus espías lleno de barro.

—¿Qué has descubierto? — preguntó ansioso por conocer las respuestas a todas sus preguntas.

—Nada mi *laird* — el hombre no se atrevía a mirarle a los ojos.

—¿Cómo que nada? — bramó Logan haciendo que Athdara se encogiese entre las sábanas.

—Mi *laird*... llevo varias semanas recorriendo los alrededores de Daltra, le juro que no está por ninguna parte — le miró fijamente a los ojos — no soy un guerrero, pero sí que soy un buen espía, se lo juro.

Logan suspiró y se pasó las manos por el pelo con desesperación.

—Lo sé muchacho, lo sé — intentó ordenar sus pensamientos — recuerdo cómo nos ayudaste a salvar a Katherine de Bradbury, tu valía está de sobra demostrada.

Miró una vez más al hombre enjuto que no parecía tener más de veinte años, aún era demasiado joven y las malformaciones de sus manos le hacían

una presa fácil en una tierra tan salvaje y dura como Escocia. Sin embargo, ahí estaba, en un lugar privilegiado de la fortaleza porque el chico tenía razón, era uno de los mejores espías que él había conocido.

—¿Ni una sola pista? — preguntó de nuevo.

—No mi *laird*... o la han devorado las bestias o los Dioses se la han llevado sin dejar rastro — contestó el joven.

—Las bestias no se comen los huesos y los Dioses están muy ocupados como para hacerse cargo de una simple mortal — murmuró Logan.

Se despidió del muchacho y tras cerrar la puerta, comenzó a vestirse en silencio.

—¿A quién estás buscando? — preguntó Athdara aún tapada hasta el cuello con las sábanas.

—A Ildora — clavó sus ojos en los de ella, sabía que no le gustaría esa respuesta — quéjate lo que quieras, pero esa mujer esconde algo — se colocó la espada en la funda — sé que la quieres porque ella te cuidó, pero dudo mucho que fuese algo hecho simplemente por bondad.

—Siempre piensas lo peor de las personas Logan — tenía los ojos llenos de lágrimas — ella me cuidaba cuando las visiones me dejaban inconsciente.

—Eso es algo de lo que tenemos que hablar — se terminó de atar los cordones de cuero alrededor de sus pantorrillas — ¿has vuelto a tener alguna visión? — ella negó con la cabeza y él sonrió — entonces la profecía era cierta — murmuró para sí mismo y ella no le escuchó.

Se acercó a ella con paso decidido, le acarició el rostro con ternura y depositó en sus labios un dulce beso que hizo que a ambos se les derritiese el corazón. Antes de perder de nuevo el poco control que tenía sobre sí mismo cuando ella estaba tan cerca, se giró y salió de la habitación con la sangre hirviéndole en las venas.

Jacobo le esperaba en el Gran Salón con una enorme copa de whisky escocés en la mano y una sonrisa traviesa en la boca.

—Ni una palabra *sasannach* — murmuró Logan quitándole el licor de las manos.

—Claro que no salvaje — el inglés reprimió una sonrisa.

—¡Estoy famélico! — gruñó el *laird*.

Ambos soltaron una carcajada llena de entendimiento y se sentaron en la enorme mesa a esperar que las doncellas de la fortaleza les sirviesen algo de comer.

Mientras Jacobo le contaba las nuevas que había recibido de Ian McRae, el escocés escogía de la enorme fuente de comida las mejores piezas y las colocaba con detalle y cuidado en su propio plato, echó algo de salsa por encima y cogió un par de rebanadas de pan. Se lo dio a una de las doncellas para que se lo subiera a Athdara a sus aposentos e indicó que se acompañara de una jarra de leche templada con miel.

Jacobo se reía a carcajadas mientras ambos hombres salían de la fortaleza con las capas ondeando al viento, llegaron a las caballerizas, montaron a sus sementales y salieron al galope. El inglés aún se reía cuando llegaron al punto de encuentro con Ian McRae.

—¡Te suplico que te lo lleves! — bramó Logan en cuanto detuvo a su caballo.

Todos soltaron una carcajada que enfureció aún más al escocés.

—Me temo que no puedo — Ian se bajó de un salto de su caballo — tengo noticias del Rey.

Los hombres se bajaron y se fundieron en un fuerte abrazo.

—Tuve que dar parte al Rey de la toma de la fortaleza de los McIntosh — Logan abrió la boca para protestar pero Ian le fulminó con la mirada — yo no quería hacerlo Logan, pero si el Rey de Escocia manda a mi territorio un mensajero con cincuenta hombres...

—*¡Galla!* — maldijo Logan — ¿y cómo diablos se ha enterado?

—Eso no es lo más preocupante — intervino Jacobo e Ian asintió, el inglés hizo una mueca — ahora vienen las malas noticias ¿verdad?

Todos miraron expectantes a Ian que tenía una tormenta en sus ojos, la mandíbula tensa y los puños cerrados.

—No he podido negarme, yo dirigía el ataque, por lo que el rey me hace responsable del futuro de aquellas gentes — miró fijamente a Jacobo — eres

un McRae — el inglés intentó reprimir el ataque de orgullo que sintió — el rey quiere que un McRae tome posesión de la fortaleza y se ocupe de las tierras, las gentes...

El silencio se apoderó del entorno. No se oían ni los graznidos de los cuervos.

Jacobo tan sólo podía oír el fuerte latir de su corazón, su sangre agitada en las venas y durante unos instantes, el suelo no podía sostenerle.

—Ian ¿qué haces? — preguntó Logan incrédulo por la noticia que acababa de escuchar.

—Lo único que puedo hacer Logan, lo dije antes — se pasó las manos por el pelo en señal de desesperación — mira — se dirigió a Jacobo — el rey me obliga a que alguien de mi consejo se haga cargo de esas tierras — clavó sus ojos en Logan — ¿prefieres abandonar Daltra? — el escocés negó con la cabeza — sólo me quedas tú Jacobo.

—¿Y qué pasa con Fergus? — preguntó el inglés aún sin poder creerse lo que estaba oyendo.

—Fergus fue vetado por el rey — la mandíbula del *laird* se tensó de nuevo — quiere castigarme, los rumores de que la toma de la ciudad fueron indignas han llegado a sus oídos, sus órdenes no se discuten, los nombres que sugirió fueron los vuestros — se pasó las manos de nuevo por el pelo — tu hermana se ha propuesto volverme loco, ha amenazado con no casarse si te mando tan lejos.

—Nuestra *valkiria* — comentó Logan antes de reírse a carcajadas.

—Sé que está enfadada por la distancia, pero si el rey sabe que le he desobedecido, ni uniendo a todos los clanes podremos con él — suspiró — por favor, acepta.

Jacobo pensó en su hermana y un suspiro casi se escapa de sus labios. La echaba mucho de menos, desde que se habían distanciado por una estúpida discusión en el territorio de los McRae, nada había vuelto a ser igual entre ellos. Se había escondido entre los McGregor huyendo de las miradas llenas de compasión de Katherine y había encontrado mucho más de lo que buscaba. Y ahora, el destino de nuevo le jugaba una mala pasada demostrando que nadie era dueño y señor de su propia vida. Ya se había

acostumbrado a ser una sombra de lo que una vez fue.

—Dile a mi hermana que la quiero como siempre, que la quiero como nunca, que pese a la distancia, las estrellas que nos iluminan son las mismas — las palabras del inglés les oprimieron el corazón a todos.

Tras la amarga despedida, Logan y Jacobo pusieron rumbo de nuevo a Daltra en completo silencio.

Llevaron los caballos a las cuadras y tras darles un dulce y cepillarlos, no encontraron más excusas para no entrar en el castillo y dar la noticia de que en un par de meses como muy tarde, Jacobo abandonaría las tierras de Daltra para dirigirse al inhóspito clan de los McIntosh que ahora no tenían nombre, ya que su líder estaba muerto.

Logan se sentía demasiado confuso. Sus vidas habían cambiado tanto en tan poco tiempo que le abrumaba el sentimiento de pérdida que tenía dentro de él, ensombreciéndolo todo a su paso. Se despidió de Jacobo con un fuerte abrazo y se dirigió a sus aposentos, necesitaba el calor de Athdara, sus dulces brazos abrazándole, consolándole, calmando la ira que se abría paso en su interior.

Cuando entró en la habitación, la vio metida en la bañera, con los ojos cerrados y se deleitó con su imagen, sin duda alguna, se había casado con una diosa.

—Te necesito — murmuró las palabras lo suficientemente alto como para que ella le oyese.

La escocesa se puso en pie totalmente desnuda y miró a su marido sin saber muy bien qué era lo que había oído, o más bien, el tono que había escuchado. Intentó averiguar algo sobre lo que estaba en su cabeza mirando fijamente a sus ojos, pero estos no revelaban nada. Tan sólo brillaban con fuerza, pero ese brillo contradecía el resto de su aspecto, tenía los músculos tensos, los labios apretados, la mandíbula fuertemente marcada.

—Aquí estoy — sin pudor ninguno salió de la bañera y dejó que Logan la observase.

En pocas zancadas llegó hasta ella, la estrechó entre sus brazos y la llevó a la cama, la deseaba más de lo que quería admitir, incluso a sí mismo, pero esa noche, tan sólo necesitaba de ella su consuelo, sus brazos a su

alrededor, su cálida mirada de jade sobre él, sus deliciosos labios sobre los suyos.

Y eso hizo. La tumbó en la cama, sin desvestirse siquiera se metió con ella y les tapó a ambos con las mantas.

Athdara se sentía confusa y furiosa, sentía la erección de Logan pero los brazos de él estaban firmemente cerrados a su alrededor y sus manos no se movían lo más mínimo. Se acurrucó más contra él pero no consiguió nada, él la besaba en el pelo y la abrazaba con fuerza. Se quedaron dormidos cerca del amanecer.

Cuando Athdara se despertó estaba sola en la cama, permanecía desnuda y se sentía congelada por dentro. No tenía ni idea de qué era lo que les ocurría a Logan y a ella, no entendía por qué motivo no podían arreglar su matrimonio, los Dioses sabían que ella se había entregado en cuerpo y alma a su marido, que le amaba con todo su corazón y por encima de todo lo demás.

Se levantó de la cama y se vistió rápidamente. Llevaba demasiado tiempo sin salir del castillo, se convenció a si misma de que lo que realmente necesitaba era salir a cabalgar con su yegua y permitir que el frío viento de Escocia le aclarase las ideas al volar sobre las verdes colinas mientras el pálido sol intentaba calentar el cielo añil.

Sin comer nada, caminó hasta las cuadras, soltó a su preciosa yegua y se subió a ella con la elegancia propia de una princesa. Con un leve trote, atravesó las puertas de la fortaleza y una vez que cruzó las fronteras más cercanas al castillo, emprendió un galope veloz sin tener un destino en mente.

Las lágrimas le caían sin control por el rostro quemándole la piel.

Amaba a Logan más que a su propia vida, de eso no tenía ninguna duda, pero se sentía culpable, de nuevo se había equivocado, o al menos eso era lo que ella pensaba. Logan no la amaba con la misma intensidad que ello lo amaba a él. No podía ser.

La maldición era clara, la vidente sería libre cuando el amor entrase en su corazón. Bueno, ella estaba segura de que su corazón estaba totalmente lleno de amor por el highlander, no tenía más que pensar en él para que todo su ser se revolucionase. Pero no comprendía la actitud de Logan.

Cuando se dio cuenta de donde estaba, lloró con más desesperación aún.

Se bajó de su caballo y se dejó caer en la tierra. Sintió un dolor sordo antes de desplomarse en el suelo.

CAPÍTULO 24

Logan caminaba con desesperación de un lado al otro del Gran Salón. Hacía más de un día que no sabía nada de Athdara, nadie sabía nada de ella, algunos muchachos le habían dicho que había salido a cabalgar y él mismo había recorrido todos y cada uno de los rincones de Daltra.

—No puedo perderla — confesó el highlander al que se había convertido en su mano derecha.

—Lo sé — afirmó convencido Jacobo — la encontraremos, lo prometo.

—¿Qué ocurrirá si no es así? — el miedo le estaba paralizando — ¡ella no es como Katherine! — bramó — Athdara no sobrevivirá a cualquier cosa, no sabe defenderse.

—¿Por qué la infravaloras Logan? — el inglés le miraba con curiosidad, no terminaba de comprenderle, el *laird* se encogió de hombros — ha sobrevivido a la muerte de su madre, a las visiones, a la muerte de su padre a manos de un traidor y ha sobrevivido a tu ira.

—Cierto — concedió Logan intentando que el aire llegara a sus pulmones — lo hizo.

Inmediatamente caminaron prestos de nuevo a las caballerizas, recorrerían los territorios una vez más.

—¡Mi *laird*! — la voz femenina les clavó en el suelo — por favor mi *laird* — Grizela se dejó caer en el suelo — encuentra a mi hermana, te lo suplico.

—Levántate — ordenó Jacobo sujetándola de los brazos.

—Grizela — Logan la abrazó con fuerza — la traeré de vuelta, de una forma o de la otra, la traeré a casa — las palabras le destrozaron el corazón.

—Ella os ama mi *laird*, os ama desde que os vio siendo una niña, desde que tiene uso de razón — abrazó con fuerza al escocés, temía por la suerte de su hermana — he preparado esto — se separó de él y le ofreció una botella de cristal lleno de un líquido espeso de color rojo como la sangre — si está herida puede necesitarlo — los hombres la miraron sin comprender — es un

bebedizo que la restituirá para que pueda volver a casa — ante la mirada intensa del inglés explicó — no es sangre, aunque se parezca.

Los hombres se miraron sin comprender, pero ante la tristeza de la joven, Jacobo cogió la botella y la guardó en el bolsillo interior de su capa. Un instante después, los dos galopaban sin saber muy bien hacia dónde debían dirigirse.

Al principio fueron en dirección al río. Logan se dejó llevar por los recuerdos.

Recordó con dolor en el corazón el día que partió de Nairn, la congoja que le estaba despedazando, comprendía la ira que sentía Ian por él en aquel momento, después de todo lo vivido, él se hubiera comportado de la misma forma con Athdara, sin duda alguna lo que sentía por ella era tan intenso que le nublabla el juicio, al igual que le ocurría a su mejor amigo.

Estaba agotado de tanto cabalgar y caminar, se metió en el río para refrescarse, para sacar de su alrededor el pesar, la tristeza y el dolor que se habían apoderado de todo su ser y durante un latido se sintió en paz, pese a ser un hombre sin honor, sin hogar, sin familia... que los Dioses le perdonasen, pero se sintió en paz cuando Athdara apareció de la nada y le miró con aquellos ojos verde jade y le acarició en la distancia. Se sintió en casa, en su hogar.

Aún podía sentir el aroma a flores salvajes que la rodeaba, veían las sonrosadas mejillas de la joven por la que suspiraba y recordaba con una mueca el efecto que esa mujer tenía en su cuerpo. La siguió como un corderito hasta Daltra, ahora sabía que la habría seguido hasta el mismo infierno, Athdara había cometido errores en su vida, pero a pesar de todo, ella era el amor de su vida, la mujer que le devolvía la calma después de la tormenta, su *càraid*.

Volvió de sus recuerdos cuando el dolor por el temor a perderla hizo que el corazón se le encogiese en el pecho. Y entonces algo le llamó la atención.

Se detuvo de golpe y bajó de su semental de un salto seguido de cerca por Jacobo, se acercaron a un matojo de hierbas de distintas clases alejadas unos pasos del paso del río, encima de unos cardos estaba el cordón de cuero

que Logan le había regalado a Athdara la noche que celebraron la fiesta de su cumpleaños.

Lo cogió entre sus dedos y lo olió, pudo discernir el dulce perfume de la piel de su mujer, flores salvajes que le transportaban al paraíso cuando sus cuerpos se fundían en uno.

—No es lo que parece — se excusó Logan mirando a Jacobo — no me ha abandonado.

—No lo creo — negó con la cabeza — si lo hubiera hecho, ese collar estaría en el fondo del río y no colocado para que el sol se reflejase en la plata del colgante.

Jacobo observó el collar intentando descubrir algo que les indicase el camino a seguir, cuando un movimiento apenas perceptible le hizo desenfundar su espada, Logan le imitó y se adentraron en el bosque.

Un niño pequeño de no más de cinco años temblaba apoyado contra el tronco de un árbol.

—No temas pequeño — Jacobo tenía debilidad por los niños — él es el *laird* Logan McGregor y yo soy su consejero Jacobo de Bradbury.

—*Sasannach* — murmuró el niño.

—No todo el mundo puede ser escocés — sonrió el inglés ganándose la confianza del niño — ¿qué haces aquí tú solo?

—La *ban-draoidh* que habla en un extraño idioma — explicó el niño tiritando de frío.

Jacobo se quitó la capa de pieles que llevaba después de sacar la botella de cristal que Grizela les había dado en caso de que Athdara estuviese herida, y se la puso al niño. Este le sonrió en agradecimiento.

—¿Dónde está esa bruja? — preguntó Logan intentando sin éxito disimular el miedo en su voz.

—Ellon — la mención del nombre del poblado donde se había asentado el clan de los McIntosh les sorprendió.

—El pueblo entero se incendió — rebatió Logan.

—No milord — el niño sacudió la cabeza con fuerza — tan sólo la

fortaleza, nos permitieron vivir en nuestras tierras, el *laird* McRae nos prometió perdonarnos la vida si jurábamos pleitesía al rey escocés y eso hicimos — reconoció con orgullo.

Logan miraba incrédulo a Jacobo que le devolvió la mirada asintiendo con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—¿Sabes dónde está Daltra? — preguntó Logan al niño y este asintió con la cabeza — vete hacia allí, pregunta por Grizela y dile que el *laird* McGregor te envía — le revolvió el pelo con cariño — ella cuidará de ti.

—¿Cómo mi mamá? — preguntó con ilusión en su tierna mirada, los hombres palidecieron — *mo mamaidh* murió al enfrentarse a Eskol — escupió en el suelo con asco — él mataba a las mujeres que no le obedecían.

Las entrañas del highlander y del inglés se retorcieron de asco. Las palabras del niño habían explicado más de lo que él había sido consciente.

En cuanto el pequeño comenzó a caminar en la dirección correcta, los hombres fueron a por sus sementales y emprendieron el camino hacia el peligroso territorio de Ellon, donde creían que habían derrotado a todos sus demonios, aunque al parecer, aún les quedaba uno.

Sin necesidad de hablar, cuando llegaron al cuello de botella se bajaron de sus caballos y en el más absoluto silencio penetraron en el territorio de los McIntosh. Jacobo se había ido después de que el fuego se adueñara de la fortaleza, pero Logan ni siquiera la vio arder. Y la vista que ofrecían aquellas tierras era realmente desoladora.

Logan caminó sobre la hierba negra, ya habían pasado semanas desde el ataque, la tierra tendría que empezar a curarse a sí misma, pero no había indicios de ello por ninguna parte. Tierra quemada, cabañas medio derruidas, escombros por doquier y una inmensa mole de piedra totalmente destruida donde antes se erigía el orgulloso castillo McIntosh.

Las mujeres corrían a esconderse con sus hijos en brazos, los viejos las seguían de cerca, pero los jóvenes ni siquiera se molestaban en mirarles. A Jacobo se le partió el corazón igual que al highlander, entendían que les temiesen, ellos habían destruido su aldea, pero se suponía que había sido para salvarles de la maldad de Eskol, su difunto *laird*.

El highlander observó el entorno que les rodeaba, tan sólo quedaba

desesperación, tristeza, pesar, penurias y sobre todo dolor... mucho dolor. Se dio cuenta de que era como si la aldea de Ellon no formase parte de Escocia, allí no llegaba el añil de cielo, los rayos de sol eran mucho más débiles y aunque no estaban al lado del mar, sí que estaban lo suficientemente cerca como para notar el aire marino, sin embargo, eso tampoco ocurría.

—Vas a tener un arduo trabajo en estas tierras — murmuró al inglés y recibió un gruñido como respuesta — menos mal que te he entrenado como mula de carga — le dedicó una pícaro sonrisa que aunque el inglés gruñó de nuevo, le alegró el alma.

Era evidente que todo el mundo sabía que estaban allí, por lo que el factor sorpresa no era la mejor estrategia. El silencio sepulcral que había les erizaba el vello de la nuca, observaron en silencio y vieron como una niña de unos doce años miraba aterrorizada hacía la iglesia del poblado.

—¿Te apetece rezar un poco hermano? — Logan estaba muerto de miedo, las leyendas escocesas siempre le habían parecido de lo más reales, sin embargo el sarcasmo siempre le ayudaba a mantener la calma.

—Recemos salvaje — le dedicó una sonrisa perversa que provocó una carcajada en el highlander.

Se encaminaron con las espadas envainadas hacia la pequeña ermita que tenía las puertas abiertas. Tardaron tan sólo un latido en acostumbrarse a la oscuridad que había dentro.

—¡Oh! — la voz enloquecida les sorprendió — ¡pero si es mi *laird*! — la mujer tenía los ojos totalmente enloquecidos — ¿verdad Logan McRae que ahora eres mi *laird*? ¡y el de todo el mundo! — gritó y se giró rápidamente para pegarse a una estatua — shhhhh, no interrumpas — le dijo a la piedra — Logan se casó con la primogénita y ahora gobierna en Daltra, mató a mi Eskol y ahora gobernará también en Ellon... — les miraba mientras hablaba con las piedras y se tiraba del pelo con desesperación.

A Logan se le ocurrían un montón de comentarios ingeniosos con los que sacarla aún más de sus casillas, pero había vislumbrado uno de los largos mechones de pelo rojo a los pies del altar y estaba totalmente centrado en averiguar dónde se encontraba Athdara, ahora estaba convencido de que esa loca la tenía en su poder.

—¿Dónde tienes a Athdara? — su voz grave resonó en el edificio.

—¿La pequeña vidente? — una estruendosa carcajada salió de la garganta femenina — te voy a contar una historia Logan McRae...

Jacobo dio un paso lateral y la vieja loca le miró fijamente.

—*Sasannach* — escupió con ira — ¿quieres que la pequeña vidente muera por tu culpa? — el inglés negó levemente con la cabeza — entonces no te muevas.

Jacobo volvió a donde estaba mientras sus ojos de halcón lo observaban todo con detenimiento, no había muchos lugares donde Athdara podría estar oculta en esa pequeña ermita, pero ninguno le parecía lo suficientemente grande.

—La pequeña vidente — gruñó la vieja loca — aquí la tengo — descorrió una de los pesados cortinajes.

Logan palideció. Athdara estaba atada de pies y manos en el enorme crucifijo de madera que antaño debía estar colgado de la pared, estaba inconsciente, tenía sangre en la boca, en las muñecas y en los tobillos. La ira se apoderó del escocés que gruñó salvajemente.

—¿Quieres a esta pequeña ramera? — sonrió ladinamente — entonces demuéstalo — los ojos encendidos no presagiaban nada bueno — mata al *sasannach*.

Logan no daba crédito a lo que estaba oyendo. Ildora había perdido completamente el juicio, él no podía matar a un gran amigo, a su mano derecha, a su hermano.

—¡Suelta ahora mismo a mi mujer Ildora! Y prometo que no te mataré — gritó haciendo que hasta las piedras retumbasen.

Pero la mujer no se amilanó, simplemente sacó un cuchillo de uno de los pliegues de su vestido y sin ninguna duda, comenzó a arañar la piel de Athdara.

—O le matas, o yo la mato a ella Logan McRae — su voz se le antojaba como el silbido de una cobra y no dudó de que cumpliría su palabra.

—Logan — Jacobo intervino — hazlo.

Logan no entendía lo que el inglés le decía, le había parecido entender

que lo hiciera, pero claramente eso debía de haber sido fruto de su imaginación, él jamás le pediría algo así.

—Salvaje — repitió Jacobo poniéndose delante de Logan y dando la espalda a la mujer que amenazaba la vida de Athdara — hazlo.

El highlander observó al inglés sintiendo como un renovado respeto crecía dentro de él, observó cada uno de sus movimientos y aunque le destrozaba por dentro lo que estaba a punto de hacer y el miedo se había apoderado de él, alzó su espada y de una estocada la clavó en el inglés que cayó fulminado al suelo. Un gran charco de líquido rojo abandonaba su cuerpo para despilfarrarse por las piedras.

—Lo sabía... — rio la vieja — lo sabía... no tienes honor Logan McRae, ni una pizca de honor en tu cuerpo, has matado a tu amigo y hermano de clan por los favores de esta ramera.

Abofeteó a Athdara que ni se inmutó.

—Ahora te contaré la historia... verás — se sentó una piedra saliente al lado de la escocesa — esta perra de aquí jamás ha tenido el don de la visión — reía a carcajadas mientras hablaba — estaba drogada todo el tiempo — Ildora disfrutaba de la tormenta de emociones que surcaban el rostro de Logan — yo le daba unos tónicos que yo misma preparaba y le susurraba al oído las palabras que en su mente tomaban forma y se despertaba creyendo que tenía visiones — rio de nuevo — pero lo mejor aún no te lo he contado — negó con la cabeza rápidamente — su madre era tan perfecta, tan hermosa, tan buena y dulce que me exasperaba... dime Logan, ¿cómo iba a convertirme en la señora del castillo si esa mujer respiraba? — arañó con la punta del cuchillo el brazo de Athdara — tuve que matarla, bueno, en realidad lo hizo Eskol, mi niño siempre fue muy valiente — Logan juraría que había orgullo en su mirada al recordar a aquel bastardo — pero todo tiene un precio ¿sabes? — abría los ojos desmesuradamente — y mientras esta ramera estaba inconsciente, Eskol disfrutaba de los placeres de la carne joven.

Logan hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para no abalanzarse sobre esa maldita *ban-draoidh* y estrangularla con sus propias manos. Había drogado a Athdara desde que era una niña y había permitido que el salvaje de Eskol mancillase su cuerpo. Si lo hubiese sabido antes, habría hecho mucho

más que cortarle la cabeza.

—¿Por qué tantas mentiras? — preguntó intentando distraerla.

—¡No estás escuchando! — clavó el cuchillo un poco más hondo en el cuerpo de la escocesa, una gruesa gota de sangre se deslizó por la blanca piel de entre sus pechos — porque yo quería ser la señora de Daltra... nací como sirvienta y quería vivir como una gran señora, pero cuando estuve a punto de conseguirlo y el decrepito de Angus comía de mi mano, la estúpida de Nireli apareció y todo el mundo dejó de hacerme caso a mí, besaban el suelo que ella pisaba — una carcajada salió de su garganta — pero la maté y condené a sus hijas... guie a Athdara hasta Eskol y cuando se casaron, yo estaba segura de que mi destino se cumpliría, pero Angus se entrometió y Eskol no estaba preparado para enfrentarse a él, así que tuve que seguir fingiendo que no era más que su ama de cría. ¡Fue tan fácil manipular a todo el mundo! — clavó sus ojos en los de Logan — ya lo tenía todo... pero entonces apareciste tú y todo se volvió a estropear, la pequeña ramera ya no obedecía mis órdenes, sólo soñaba contigo.

Logan no se había sentido nunca tan escocés como en aquel momento. Estaba totalmente de acuerdo con su amigo inglés, era un salvaje. La vieja loca hablaba pero él sólo podía ver la sucia sangre traidora corriendo por las piedras que él estaba pisando, imaginaba que le sacaba el corazón de su decrepito cuerpo con sus propias manos y le obligaba a detener sus latidos. Sentía la auténtica furia de los escoceses, sentía la sangre en sus venas golpear como el mar embravecido golpea las rocas, su conciencia apenas brillando como el tenue sol del invierno.

Ildora se sentía pletórica. El inglés estaba muerto y Logan estaba claramente dominado por el temor a que ella clavase el cuchillo hasta el fondo del pecho de Athdara. Comenzó a reír a carcajadas y durante un latido dejó de mirar al escocés.

Un puñal salió volando sin que ella pudiese evitar que se clavase en su cuerpo, el grito atravesó su garganta, el dolor laceró su ser y con los ojos fuera de sus órbitas contempló como el highlander desenvainaba su espada y se acercaba a ella con sed de venganza, mientras el grito de guerra le helaba la sangre y el temor se apoderaba de ella al ver a Jacobo en pie, la ropa llena de sangre, pero en pie con una sonrisa malvada en sus labios.

—¡Muere de una vez *ban-draoidh*! — Logan descargó su espada contra la mujer que había herido a Athdara y sin apenas esfuerzo, la cabeza rodó por el suelo de la ermita.

Logan le pegó una patada a la cabeza haciéndola rodar lejos del cuerpo y clavó su espada de nuevo en el corazón del cuerpo inerte.

—Nunca se sabe cuándo muere una bruja — explicó a Jacobo — Athdara, mi vida... — se acercó a la joven que seguía colgada de la cruz — te quiero Athdara, vuelve conmigo por favor...

Las lágrimas rodaron por el viril rostro, el corazón se le congeló en el pecho para un latido después estallarle provocando tanto dolor que las piernas no pudieron sostenerle, cayó frente a ella y sintió como su misma alma se escapaba de su cuerpo. Había intercambiado los votos druidas con ella, su alma la seguiría a través de los tiempos.

—Logan — Jacobo posó su mano sobre el hombro del highlander — lo siento muchísimo, pensé que podríamos salvarla.

Pero el escocés no podía hablar, ni siquiera era capaz de respirar, tan sólo estaba ahí, delante de ella viendo como su sangre se escapaba lentamente de su cuerpo, pálida como una *banshee*, vacía de vida, con los ojos cerrados y su corazón parado.

El inglés permitió que el escocés llorara la pérdida a solas. Arrastró el cuerpo de Ildora al exterior de la ermita y lo llevó hasta el centro del pueblo, donde los aldeanos se congregaban expectantes, sacó la cabeza también y acto seguido le prendió fuego.

CAPÍTULO 25

Ya estaba anocheciendo cuando Jacobo decidió que si dejaba que Logan pasara más tiempo en ese templo mancillado, se petrificaría. Y no podía permitirlo porque todos los McGregor dependían de él para sobrevivir.

—Debemos volver a casa Logan — le dijo con voz tranquila, esperaba el estallido de furia.

—La llevaremos con nosotros — intentó levantarse pero no pudo, el inglés se abstuvo de ayudarle, al menos le quedaría su orgullo — parezco un maldito inválido — se apoyó en su espada y haciendo crujir sus rodillas, se puso en pie.

Con delicados movimientos, Logan se acercó a Athdara, cortó las cuerdas que laceraban su piel y que la mantenían sujeta a la madera y cuando cayó, Jacobo le ayudó a soportar el peso del cuerpo y de la culpa que estaba carcomiendo el alma del escocés.

Cogió a su mujer en brazos y tras besarla dulcemente en los labios, salió con paso derrotado al exterior de ese edificio maldito. Caminaba arrastrando los pies, notaba como le abandonaban las fuerzas, llegó a su caballo por puro orgullo. Colocó el cuerpo de Athdara sobre su montura y subió tras ella. La abrazó fuerte y aspiró con profundo dolor, el dulce aroma de su mujer.

Los dos hombres cabalgaron en silencio. No había mucho que decir. Ambos se sentían culpables por no haber podido salvarle la vida a la señora de Daltra, la mujer de Logan, la hermana de Grizela. Demasiados corazones rotos por la pérdida de un alma pura como la de Athdara, todo perdido por culpa de la ambición desmedida de un joven extranjero y de una vieja loca.

Atravesaron los valles de Escocia que separaban las dos aldeas bajo una fina lluvia persistente que caían sin tregua.

—Hasta Escocia está triste — murmuró Logan mirando al oscuro cielo sobre sus cabezas.

Jacobo no tuvo fuerzas para responder. Mientras oía el golpeteo de las herraduras de los caballos contra el suelo que empezaba a estar embarrado,

podía sentir como el corazón y el alma del highlander se iba destrozando, como el dolor le envolvía y supo que jamás le recuperarían y que si no le vigilaban de cerca, Logan era capaz de cometer una estupidez.

Al traspasar las puertas de Daltra, la joven Grizela les esperaba con una gran sonrisa en los labios que desapareció en cuanto pudo discernir las expresiones fúnebres de los hombres que traían a su hermana de vuelta a casa.

—No... — susurró cayendo de rodillas al suelo — Athdara...

Jacobo desmontó de su caballo y corrió a su lado mientras los hombres que aún estaban por la plaza corrieron a coger en brazos a su señora que volvía a casa para abandonarles para siempre.

Los ojos de todo el mundo se llenaron de lágrimas, los gritos de dolor se extendieron en la noche. Los niños se abrazaban a sus madres con el miedo mordiéndoles el tierno corazón, las mujeres lloraban amargamente la pérdida de una de las hijas de Angus, sin duda alguna, el mundo había perdido uno de sus mayores tesoros.

Logan gruñó con fiereza cuando sintió que le arrebataban a su esposa. Bajó de un salto con ella en los brazos y besándola en la cabeza, caminó con paso firme hasta sus aposentos. Nadie se atrevió a detenerle.

Una vez que entró en su alcoba, la depositó en la cama y como si solamente estuviera dormida, fue en busca de una palangana con agua, la desvistió con delicadeza, como si tuviera miedo de despertarla y con su propia camisa limpió cada uno de sus cortes, cada una de sus heridas, cada rincón de ese cuerpo que adoraba con todo su corazón.

Después fue a buscar uno de sus vestidos favoritos, de color verde intenso, le recordaba al color de sus ojos.

—Te quiero Athdara, siempre te he querido *mo ainnir adeas coille* — la besó en los labios tiernamente — y siempre te amaré, lo juro *mo gràdh, tha gaol agam ort*.

Durante unos instantes observó a su hermosa esposa y se sintió el ser más estúpido y cruel del mundo, había desperdiciado demasiado tiempo por no atreverse a pedir explicaciones, Athdara era una mujer con una fortaleza formidable, mucho mayor que la suya, había sobrevivido a toda una vida de

esclavitud sin saberlo, sin ser consciente y aun así, se había convertido en una mujer maravillosa.

—Logan — la voz grave de Jacobo le sacó de sus pensamientos — debemos darle sepultura.

—No — respondió con firmeza — no la meteré en un agujero de tierra fría y húmeda, se merece mucho más que eso.

—Pero... — intentó hacer razonar a su amigo.

—¡He dicho que no! ¡y mi palabra es ley! ¡yo soy el *laird*! — bramó furioso lanzándose contra el inglés.

Jacobo se defendió como pudo sin lanzar un solo golpe contra Logan. Entendía que se comportara de esa forma, estaba convencido de que la culpa le estaba desgarrando por dentro, que el dolor le mataría poco a poco.

Los fuertes puños de Logan se estrellaban contra el cuerpo del inglés que los recibía sin pronunciar ni una sola palabra, tan sólo esquivaba los que podía y detenía otros, pero el escocés estaba fuera de sí y le costaba seguir el ritmo.

Poco a poco, Logan se fue agotando. Con cada puñetazo que le daba a su amigo se sentía peor aún, pero no podía parar, ya no podía parar, le dolía demasiado, el corazón le sangraba dentro del pecho, su alma se desgarraba con cada latido y su mente le culpaba una y otra vez de la muerte de Athdara.

Cuando ya no pudo más, se dejó caer al suelo y gritó con todas sus fuerzas destrozándose la garganta. Jacobo le abrazó con fuerza y así permanecieron hasta que los dos dejaron de temblar.

Unos momentos después, un emisario corría como el viento para llevar la triste noticia de la muerte de la joven Athdara, al territorio de los McRae.

El sol estaba en lo alto del cielo, pero las grises nubes que amenazaban tormenta tapaban sus tenues rayos, toda Escocia estaba triste. Apenas había pájaros en el cielo, ni halcones ni águilas... nada.

Katherine de Bradbury sólo oía el errático latir de su corazón, las lágrimas corrían por su rostro quemándole la piel, cabalgaba como si la persiguiese el mismo diablo. Ian iba a su lado, su expresión hierática, pero

sus ojos reflejaban el profundo dolor que sentía dentro de él. A veces le asqueaba la falta de honor de las personas, por algo tan patético como ocupar una posición se habían perdido demasiadas vidas, entre ellas dos de las que él más quería. Sí, la muerte de Athdara había provocado que Logan también muriese, quizá aún respiraba, comía y andaba, pero él le conocía, eran hermanos. Y sabía que jamás podría perdonarse a sí mismo y que jamás superaría la muerte de su *càraid*. Miró a su futura mujer y el dolor se apoderó de su corazón, ni siquiera se atrevía a imaginar cómo sería vivir sin Katherine.

Cuando llegaron a Daltra, todo el mundo inclinó la cabeza en señal de respeto, pero era evidente que estaban abatidos por la tristeza.

La inglesa bajó de su caballo y sin esperar a nadie, entró en la fortaleza y en cuanto vio a su hermano se arrojó en sus brazos.

—Te quiero hermano mío, te quiero con todo mi corazón — lloraba desconsolada mientras los fuertes brazos la rodeaban.

—Yo también te quiero hermanita — susurró en su oído intentando controlar las emociones.

—Por favor Jacobo, perdóname — le abrazó con más fuerza — tienes que perdonarme, yo... lo que siento por Ian va más allá de la razón, es el tipo de amor del que nos hablaba madre... — las lágrimas rodaban por su piel — te lo suplico, perdóname, volvamos a ser hermanos.

Jacobo se estremeció por las palabras de su hermana. ¿Tanto daño le había hecho que ella pensaba que no eran hermanos? ¡Por los Dioses! Eso no estaba bien, Katherine se merecía todo el respeto del mundo, el único pecado que había cometido era el de amar demasiado. Siempre había sido así... exactamente igual que su madre. Ella era pasión en estado puro.

—Siempre Katherine — la miró a los ojos — siempre serás mía y yo siempre seré tuyo, aunque pasen cien vidas, aunque nos separemos cien mundos, tú siempre serás mi hermana pequeña y yo siempre seré tu protector, somos familia, somos clan — la abrazó con fuerza — *tha gaol agam ort mo piuthar...*

Aquellas palabras dichas en gaélico cerraron más heridas que las que la inglesa tenía en el corazón. Ian McRae contemplaba la escena con el corazón

lleno de orgullo por ese hombre que prácticamente había vuelto de la muerte, que había perdido todo aquello que le era querido y que ahora abrazaba a su hermana, haciendo las paces por fin con todos los cambios a los que había tenido que adaptarse.

—Bienvenido a la familia — el poderoso abrazo de Ian sorprendió a Jacobo.

—Gracias *laird* — la emoción se filtró en sus palabras.

Una vez que entre los tres todo se había solucionado, Jacobo les informó de que Logan no se había separado del cuerpo de Athdara desde que habían llegado la noche anterior. Estaba encerrado en sus aposentos, arrodillado a su lado, sin pronunciar una sola palabra.

La inglesa corrió escaleras arriba y entró en la habitación sin llamar siquiera.

—Logan — llamó al escocés — Logan...

El hombre se giró y la miró como si pudiese ver a través de ella. La inglesa no se lo pensó, se lanzó a sus brazos y ambos de rodillas se perdieron en un abrazo intenso.

—Somos hermanos, tu dolor es el mío — le susurró ella al oído — permite que te ayudemos con tu carga y tu pesar.

—La culpa es mía — gruñó el highlander.

—No lo es — la voz firme de Ian hizo que Logan levantara la cabeza — no es culpa tuya que una traidora la arrebatara de su hogar.

El highlander soltó a la inglesa, se puso en pie y se fundió en un fuerte abrazo con Ian. Echaba mucho de menos a su hermano.

—No permitas que la culpa te destruya el corazón hermano — las firmes palabras de Ian sacudieron la conciencia de Logan.

—No pude salvarla.

—¿Dónde está Grizela? — Katherine observó atentamente a los hombres.

Jacobo le indicó que llevaba encerrada en su habitación desde que ellos habían regresado con Athdara. La muerte de su hermana le había afectado tan

profundamente que le suplicó de rodillas que le contase hasta el último detalle, y él lo hizo. No dijo que se odiaba a sí mismo por provocarle semejante dolor.

Katherine vio el dolor en los ojos de su hermano, le conocía bien y podía sentir cómo la tristeza se apoderaba de él. Le abrazó con cariño y salió en busca de la única McGregor que quedaba.

Se sorprendió al ver a dos guardas en la puerta, sin embargo, la dejaron pasar sin hacer preguntas. En cuanto atravesó la entrada, el corazón se le paró en seco.

Grizela estaba sentada en un butacón, con los pies en el asiento, los brazos rodeando las rodillas, la mirada perdida y el rostro lleno de lágrimas. Cerró los ojos un instante para coger aire en los pulmones y encontrar el valor para darle el consuelo que necesitaba.

Se acercó despacio y se arrodilló delante de ella.

—Grizela — le acarició el rostro con ternura — soy Katherine — le apartó un mechón dorado y lo puso tras su oreja — lo lamento muchísimo cariño.

A los pocos instantes, la joven se lanzaba a sus brazos y a duras penas consiguió mantener el equilibrio. Se abrazaron con fuerza y ambas lloraron permitiendo que parte del dolor que las destrozaba por dentro saliese de sus cuerpos.

—Me siento perdida sin ella — murmuró Grizela.

—Lo comprendo — la inglesa sabía cómo se sentía la joven, aún recordaba cómo había vivido ella cuando pensaba que su hermano estaba muerto.

CAPÍTULO 26

Ese día fue triste para todos, Ian había ordenado que su curandera fuese hasta el clan de los McGregor para realizar los rituales previos a la despedida definitiva de Lady Athdara.

La mujer lloraba mientras acariciaba el dulce rostro de la joven, no le gustaba salir de Nairn, cada vez que lo hacía era para enterrar a una persona y ella ya estaba muy cansada de la muerte, anhelaba traer hijos sanos al mundo, disfrutar de las alegrías de su don para la sanación.

Katherine la acompañaba y como habían hecho en otras ocasiones, se daban fuerza la una a la otra. Con mucha delicadeza le quitaron el vestido y tras preparar su cuerpo con aceites, se prepararon para despedirse para siempre de esa mujer que tanto les había enseñado. Había que ser muy fuerte y valiente para vivir lo que le había tocado y aun así, no temer a la vida.

—Logan — la voz de la inglesa le sacó de sus pensamientos — ¿quieres entrar a despedirte antes de que la saquemos de aquí?

El escocés ni siquiera contestó, arrastró los pies con paso cansado y entró en la habitación dejando la puerta abierta, en realidad no le importaba en absoluto que pudiesen oírle, era un hecho que su corazón dejaría de latir en breve.

—Mi preciosa mujer... — le acarició el rostro con ternura — ni siquiera la muerte puede arrebatarte la belleza que posees — la besó en los labios y se estremeció al sentirla fría — jamás podré perdonarme el tiempo que desperdicié contigo — le acarició la cara de nuevo — pero durante el resto de mis días recordaré lo que sentía cuando...

Sus ojos se posaron sobre su delicada carne, el escote del vestido que le habían puesto le proporcionaba una clara visión de su piel donde no había ninguna marca. La sangre se le arremolinó en las venas con furia, su estómago se contrajo y sus manos actuaron sin que su cerebro diese la orden.

En ese momento, Katherine e Ian entraban en la alcoba para ver a Logan alzar su espada sobre el cuerpo inerte de su mujer.

—¡No! — gritó la inglesa.

Ian se lanzó sobre Logan para detener sus acciones y los dos rodaron por el suelo.

—No lo entiendes — el escocés se levantó y miró a Ian — no lo entiendes... tengo que llegar a ella.

—No profanes su cuerpo hermano.

—¡No es eso lo que pretendo! ¡maldita sea! ¿qué clase de hombre crees que soy? — preguntó lleno de ira apenas contenida.

—Un hombre que sufre por la pérdida de su mujer — respondió sin quitarle los ojos de encima.

—No tocaré su piel — miró fijamente a Katherine — os doy mi palabra de highlander.

La inglesa y el *laird* intercambiaron una mirada llena de significado y decidieron que debían confiar en Logan.

Este se acercó temblando hacia la cama donde el cuerpo de su mujer descansaba. Parecía una bella ninfa durmiendo.

Le acarició el rostro de nuevo, bajo por su cuello y después deslizó la manga por su hombro, la piel blanca como crema batida aparecía al paso de los dedos de Logan. Sus pechos casi salían de la tela cuando el escocés se lanzó contra ella cogiéndola en brazos y sollozando palabras que nadie más que él comprendía.

—Está viva... — murmuró para sí mismo — mi amor, mi vida... abre los ojos para mí.

Katherine no podía creer lo que veía, Logan había perdido totalmente el juicio si pensaba que la escocesa estaba viva, ella había pasado un buen rato con la sanadora de los McRae y no habían tenido indicios de tal cosa.

Ian miró a su hermano y el corazón se le encogió de dolor. Le comprendía más de lo que él se imaginaba, él mismo se había agarrado a un clavo ardiendo cuando secuestraron a Katherine, todo el ejército inglés y todo su clan pensaban que estaban perdiendo el tiempo, que el bastardo traidor ya la habría matado, pero ni él ni Jacobo podían aceptar semejante acción.

Confiaron y ahora ella estaba a su lado, llenando su vida de locura,

desafíos, contradicciones, risas, confidencias, pasión y todo el amor que ella era capaz de dar.

—Katherine — la llamó Ian — deja que sea él quien se dé cuenta de la verdad.

La estrechó entre sus brazos y los dos observaron a Logan que continuaba hablando a Athdara como si estuviesen solos en la habitación.

Unos minutos más tarde, Logan la dejó de nuevo en la cama y se giró para enfrentarse a su mejor amigo y hermano.

—No me he vuelto loco Ian — le miró con determinación — esa maldita bruja le clavó el cuchillo en varias ocasiones, pero mira su cuerpo... ni una sola marca — Ian alzó una ceja sin terminar de creer a su amigo — no fueron cortes profundos, solo lo suficiente como para que una gota de sangre rodara por su piel.

Katherine palideció por un momento pero decidió hacer todo lo que estaba en su mano para comprobarlo, no les haría daño asegurarse de que Athdara realmente había abandonado el mundo de los vivos.

Salió de la habitación en busca de la curandera y de Grizela, ambas conocían muy bien el poder de las plantas y aunque ella estaba estudiando para poder ser de ayuda a su clan, de momento aún no tenía los conocimientos suficientes.

Encontró a la escocesa en la biblioteca, sentada en un sofá rodeada de libros con las tapas desgastadas, lo que daba una idea de lo antiguos que eran.

—Grizela — su voz sonaba más firme de lo que se sentía — ven conmigo por favor — se acercó a ella que ni siquiera la miraba — Logan dice que Athdara aún está viva ya que no tiene los cortes que le provocó Ildora.

La joven ni siquiera se quitó de encima los libros, salió corriendo de la estancia y se dirigió con premura a la alcoba de su hermana. Las palabras de la inglesa se le habían metido dentro pese a que ella ni siquiera la miraba a la cara. Si había una oportunidad de salvar a su hermana, ella la encontraría.

Corrió como alma que lleva el diablo atravesando las estancias del castillo, chocó contra alguna de las sirvientas pero no se detuvo por ello, una vez que llegó a la alcoba del *laird*, entró y tras coger aire para recuperar el aliento se postró de rodillas al lado de Logan que miraba con adoración a su

hermana.

—Te juro que no lo soñé, Jacobo también lo vio, esa maldita bruja le arañó en varias partes del cuerpo y no le queda apenas marca, se ha curado — explicó para todos lo que aún le miraba con escepticismo.

Al poco tiempo, la habitación estaba llena de gente, pero alrededor de Athdara tan sólo estaban Grizela y la sanadora. Ian y Jacobo se habían tenido que llevar a Logan de la habitación ya que les impedía hacer su labor.

Fueron unos momentos tan tensos que nadie se atrevía a respirar. Las principales señales indicaban que la joven estaba muerta, sin embargo, las palabras de Logan les mantenía la esperanza fuertemente anclada en su corazón.

Tras unos instantes en los que las mujeres no sabían muy bien cómo proceder, decidieron comenzar a moverse. La sanadora del clan McRae, terminó de bajar el vestido sobre el pecho de la escocesa pero ante su indecisión, fue Grizela quien apoyó su oído sobre la piel de su hermana.

Todo el mundo mantuvo el silencio a su alrededor. Los latidos de sus corazones aporreaban sus pechos rezando a los Dioses que aún hubiera esperanza. Y entonces ocurrió.

Grizela gritó con fuerza mientras abrazaba a su hermana.

—Por los Dioses — murmuró Ian que estrechaba entre sus brazos a Katherine.

—Nada como el amor de verdad para volver de la muerte — ella alzó su rostro para recibir un tierno beso de su prometido — o para no dejarse vencer por ella.

Las lágrimas recorrían el rostro de las mujeres que se sentían eufóricas ante el descubrimiento. Grizela corrió en busca de Logan, su *laird* debía saber que su hermana estaba viva, puede que inconsciente, pero viva.

—¡Está viva! — exclamó cuando llegó al Gran Salón.

Logan se abalanzó sobre ella que le esquivó de milagro, subió los escalones con grandes zancadas y una vez que llegó a la habitación, se lanzó sobre su mujer.

Tres días más fueron necesarios para que Athdara abriera los ojos. Tres

días en los que Logan no se separó de su lado ni un solo instante, Grizela pasaba mucho tiempo también con ellos, pero cuando comenzaba a anochecer, Jacobo la obligaba a salir de allí y la acompañaba hasta su habitación.

Ian se hizo cargo de todo en Daltra. Su mejor amigo no atendía a razones, le daba igual que la gente necesitase su permiso para las compras, las ventas, los arreglos... él no se separaba del lado de Athdara y aunque lo comprendía, también le enfurecía. Él no quería ser el *laird* de dos territorios, bastante tenía con el suyo.

Katherine bromeaba con él e intentaba borrarle la tensión de su cuerpo con delicados masajes y noches llenas de pasión.

Un gemido alertó a Logan que se puso de pie de un salto.

—Mi amor... — susurró, volvió a escuchar un gemido — Athdara cariño... estás conmigo, ya estás a salvo en nuestro hogar.

Tuvo que esperar unos dolorosos instantes hasta que ella por fin comenzó a mover los párpados ligeramente. Logan le acariciaba la cara con suaves movimientos, le apartaba el pelo con cuidado mientras sentía que su corazón estaba a punto de estallarle dentro del pecho.

—*Tha gaol agam ort Athdara, tha gaol agam ort* — le susurraba al oído con el miedo cerrándole la garganta — te necesito a mi lado *mo ainnir*.

—Si esto es lo que necesitaba para que me quisieras a tu lado, debería haberme dejado secuestrar hace mucho tiempo — su voz sonaba ronca.

Las palabras apenas eran audibles, pero Logan las escuchó y en un latido su corazón le martilleó con fuerza en el pecho, no se había dado cuenta hasta ese momento, de que Athdara ya no bromeaba como solía hacerlo, no le provocaba... y ¡por los Dioses! ¡Lo había echado tanto de menos!

La miró embelesado, como si fuera la primera vez que la veía, como cuando la conoció cuando eran unos niños y de nuevo ese extraño calor que sintió tantos años atrás volvió a abrirse paso por todo su ser.

Athdara tenía unas marcadas manchas oscuras bajo los ojos pese a haber estado inconsciente cuatro días, la piel de los labios ajada, su rostro

demasiado pálido... y aun así, Logan jamás la había visto más hermosa y se dio cuenta de que era sólo porque ella respiraba de nuevo, estaba viva y ya no perdería más el tiempo con estúpidos celos o con inseguridades.

—Yo también te quiero highlander — le dijo ella con los ojos encharcados.

—No llores — le besó las lágrimas — estás conmigo, estamos juntos mi amor, ya nada podrá separarnos.

—¿Me das tu palabra? — Logan sonrió y la besó despacio.

Su corazón se hinchó de orgullo. Athdara era muy inteligente, sacarle una promesa como esa, pidiéndole su palabra de highlander para asegurarse de que ni siquiera su orgullo se interpusiera entre ellos en el momento en el que ella acababa de regresar casi de la muerte... deseó poder estrecharla entre sus brazos hasta que no pudiese más, y lo hubiera hecho si ella no estuviera tan débil. Ya habría ocasiones de recuperar el tiempo perdido.

—Te doy mi palabra de highlander.

Se acercó a su rostro y lo enmarcó con las manos, le acarició lentamente los labios y sin dejar de mirarla a los ojos la besó permitiendo que con una caricia, todos los sentimientos que albergaba por ella la inundasen. Él no era bueno con las palabras, pero sí que lo era con los actos.

Cuando consiguieron dejar de besarse, Logan avisó a todo el mundo de que por fin había despertado y unos momentos después, la habitación se llenó de tanta gente que Athdara sentía que apenas podía respirar.

—*Mo piuthar...* — Grizela entró temerosa de que las noticias no fueran ciertas.

Pero cuando entró y vio a su hermana incorporada en la cama y mirándola con los ojos llenos de lágrimas, se lanzó a sus brazos y lloró desconsolada. Se había sentido tan perdida sin ella que apenas había salido de su habitación, sólo comía porque Katherine la obligaba y Jacobo la presionaba para que saliese a caminar.

—Estoy bien — Athdara le acarició los dorados mechones.

—No me di cuenta de que seguías viva — la miró llena de culpa y lloró de nuevo.

—Grizela — murmuró contra su pelo — las pócimas que me obligó a beber eran para simular mi muerte, de eso se trataba, quería que me enterrarais con vida.

—La odio — las palabras envenenadas hirieron el corazón de más de uno de los presentes.

—No hermana mía, no permitas que esa mujer que tanto tiempo nos mintió te destruya el corazón — la miró a los ojos — tú eres mucho mejor que eso, siempre has sido la luz de mi oscuridad, no dejes que Ildora nos arrebatara eso también.

Las hermanas se abrazaron mientras las lágrimas les corrían por el rostro. Lloraban por los asesinatos de su madre, de su padre, por los años de mentiras, engaños, abusos, lloraban por haber vivido una vida que no les correspondía, por el miedo que guio sus pasos... pero sobre todo, lloraban porque ahora se sentían libres, ahora podían amar a quien quisieran, reír sin miedo, caminar con seguridad y sin tener que fingir algo que no eran. Lloraban para curar las heridas de sus corazones.

CAPÍTULO 27

Logan no paraba de dar vueltas en la habitación mientras intentaba encontrar las palabras acertadas para que su terca esposa le obedeciese, pero por la determinación que veía en sus ojos, sabía que tenía la batalla perdida.

—Bien — dijo la sanadora de los McRae — parece que te has restablecido del todo, eres muy fuerte Athdara — le sonrió con cariño — tu latido es acompasado y el color ha vuelto a tus mejillas, tienes apetito y por lo que veo, muchas ganas de levantarte de esta cama.

—¡Pero no lo hará! — exclamó Logan.

—¡Claro que lo haré! — respondió la escocesa — estoy bien Logan, no puedes obligarme a permanecer en la cama — le miró fijamente a los ojos y comenzó a bajar la mirada por todo su cuerpo con descaro — o puede que quizá sí...

—Mejor me voy — la sanadora recogió sus pertenencias y salió corriendo de la alcoba.

—No me provoques Athdara — gruñó el highlander.

—Vaya... debo estar poniéndome enferma de nuevo — con una coquetería que no sabía que tenía — deslizó sus manos por su cuello sin dejar de mirar a su marido — me molesta el roce de la ropa...

Logan abrió los ojos como platos, ¿qué estaba haciendo esa inconsciente? ¿acaso no se daba cuenta de que acababa de regresar de la muerte? Y sin embargo, aunque lo deseaba con todas sus fuerzas, no fue capaz de moverse, de decir algo coherente o de dejar de mirar.

Athdara se desabrochó los botones de su camisón con una lentitud tan sensual que el kilt de Logan no tardó en levantarse, ella esbozó una sonrisa traviesa y comenzó a separar la tela de su piel, se incorporó más y el camisón se deslizó por su cuerpo dejando sus pechos al aire.

—Vas a matarme mujer — gruñó Logan.

—Nada más lejos de mi intención — le sonrió mientras se acariciaba los pechos ella misma.

Logan no pudo resistirlo más. Ver cómo se tocaba a sí misma mientras le miraba con tanto deseo en los ojos era algo contra lo que ningún guerrero podía luchar. Sabía que no debía, ella aún debía estar débil, pero que los Dioses le perdonaran, no podía resistirse.

Lanzó las mantas y las sábanas lejos del cuerpo de su mujer, cogió la tela entre sus manos y la rasgó con fuerza separándola totalmente de esa piel cremosa que él se moría por lamer hasta desfallecer.

Ella gimió y jadeó cuando él la estrechó entre sus brazos mientras su boca se aplastaba contra la de ella con fuerza. La había echado tanto de menos que le dolía hasta respirar, pensó que la había perdido para siempre y ahora la tenía entre sus brazos, dispuesta a recibir todo el placer que él le pudiera proporcionar y estaba dispuesto a hacer que olvidase hasta su nombre.

La dejó caer sobre la cama, le abrió las piernas y la contempló con absoluta veneración, el cuerpo de la mujer siempre le había parecido digno de admirar, pero el cuerpo de Athdara era mucho más hermoso que cualquier otro que él hubiese visto.

Se arrancó la ropa del cuerpo y una vez desnudo, cogió uno de los pies de ella, la besó con ternura en la planta, los dedos, el tobillo... subió lentamente dejando un reguero de besos a su paso, cuando llegó a la rodilla, cambió de pierna y repitió los pasos.

La piel le ardía a la escocesa, se sentía vulnerable a la vez que poderosa, podía ver claramente como el deseo ardía en los ojos de su marido, como su viril miembro latía de impaciencia mientras él se deleitaba haciéndola sufrir con esa deliciosa tortura de besos y caricias.

Poco a poco, Logan comenzó a acariciarle el interior de los muslos, siempre sin dejar de mirarla a los ojos. Paseó los dedos por su hendidura e introdujo uno de ellos mientras Athdara se retorció en la cama, bajó su boca hasta el centro de su placer y lamió con avaricia hasta que sintió como el orgasmo le tensaba todos los músculos de su cuerpo.

—No he acabado contigo — le murmuró sin despegar mucho los labios de entre sus piernas — vas a correrte otra vez antes de que me hunda dentro de ti.

La escocesa no podía ni pensar. Sólo sentía espasmos recorriendo todo su ser, el calor y la intensidad de Logan la volvían completamente loca. Sabía que él había pronunciado algunas palabras pero que los Dioses la perdonaran, no tenía ni idea de lo que había dicho, tan sólo podía escuchar su propia sangre latiendo en las venas, derritiendo todo a su paso.

La lengua de Logan se introdujo de nuevo en ella mientras sus manos le acariciaban los erectos pezones, Athdara sentía que necesitaba un momento para recuperarse del intenso orgasmo, pero también sabía que Logan no se lo iba a permitir, estaba claro que disfrutaba mucho de lo que le estaba haciendo.

Entre suaves mordiscos, caricias, besos y esas maravillosas manos que el highlander tenía, el vientre de Athdara se contrajo de nuevo empezando a sentir como el clímax la abordaba otra vez, entonces sintió como el miembro de Logan empujaba dentro de ella y cuando la llenó completamente, el orgasmo la invadió con fuerza haciendo que todo su ser se contrajera de placer.

—Me vuelves loco — jadeó Logan mientras se tumbaba sobre ella.

Se dejó caer sobre el cuerpo de su mujer apoyando los brazos en la cama para no aplastarla y sin salir de su interior comenzó a besarla con un anhelo que hasta entonces ella jamás había sentido.

—He estado a punto de cometer una locura — le dijo mirándola a los ojos y perdiéndose en esos pozos de jade — pensé que jamás volvería a verte, quería quemar estas tierras.

La tristeza de su voz la tocó el corazón. Tenían problemas que solucionar, verdades que sacar a la luz, pero se amaban con tal intensidad que nada podría separarles.

—Jamás hubieses cometido una locura Logan — le acarició el rostro — tienes demasiado honor como para hacer eso, jamás permitirías que gente inocente pagara por los pecados de otros.

—No sé qué habría hecho sin ti — hundió su rostro en su cuello y lamio su clavícula — eres el amor de mi vida Athdara.

Mirándola fijamente a los ojos comenzó a moverse dentro y fuera de ella hasta que el cuerpo femenino comenzó a agitarse por el placer, las uñas

de Athdara se clavaron en su espalda y el más puro y primitivo orgullo masculino le inundó de tal forma que las embestidas tomaron más ímpetu haciendo que ambos gritasen al llegar al orgasmo.

Logan se dejó caer a un lado llevando a su mujer con él, aún estaba dentro de su cuerpo y mientras pudiese, iba a quedarse así.

—¿Recuerdas la noche de la fiesta? — le preguntó entre besos, ella asintió — jamás me había ocurrido algo así — los brillantes ojos verdes de la escocesa le miraron fijamente — sé que te deseo más que a nada en este mundo, pero esa noche... debió ser por lo arrebatadora que estabas con ese vestido.

—¿Prometes que no te enfadarás? — la pregunta le puso en alerta — verás... Grizela hace unos bebedizos...

—¿Tu hermana me drogó?! — intentó quitársela de encima pero Athdara se resistió.

—Escucha — le besó en los labios — no fue... ella no pretendía... — las palabras se le atragantaban.

—¿Qué era lo que no pretendía? — Logan bufaba lleno de ira y Athdara suspiró con pesar.

—Ella pensó que a través de la lujuria y el deseo te darías cuenta de que me amabas — soltó del tirón sin apenas coger aire — creíamos que la maldición aún no estaba rota, ella sólo quería protegerme.

—¿Y no se le ocurrió otra forma de hacerlo que drogándome para que te poseyera como un animal? — se sentía ofendido, él no necesitaba drogas para desear y tomar a su mujer.

—No digas eso Logan — un atisbo de tristeza cruzó su mirada — no fue eso lo que pasó, esa pócima no provoca el deseo, tan sólo lo mantiene, pero ya tiene que estar ahí... es decir que si tú no hubieras deseado acostarte conmigo, da igual cuantos bombones te hubieras comido.

—¿La muy bruja envenenó el chocolate! — gruñó de nuevo.

—El cacao disimula su sabor — Athdara se encogió de hombros — no te enfades, por favor... para mí fue una noche maravillosa, yo... tenía tanto miedo de que no vinieras a dormir conmigo que cuando te vi en la puerta tan

sólo podía pensar en ti y en lo mucho que te amo.

—Era tu cumpleaños, por supuesto que pasaría la noche contigo — explicó convencido.

—¿Mi cumpleaños? — le miró extrañada — Yo nací en verano...

—¡Maldita bruja! — gruñó de nuevo — ¿nada de lo que me dijo era verdad? — la ira había tomado su cuerpo y su miembro había salido del cuerpo de su mujer.

—No sé lo que te dijo Logan, pero... ella necesitaba que los dos estuviéramos en un lugar... neutral, que nos relajáramos... — le besó en el pecho — por favor, no te enfades con ella.

Logan miró a su mujer y vio la preocupación y el miedo en sus ojos, ¿acaso ella le temía? ¿tan animal había sido con ella que tenía que suplicarle? ¿acaso pensaba que él era capaz de dañar a una mujer? bueno, había matado a Ildora, pero eso era diferente, ella secuestró a Athdara y... no quiso recordar cuando la vio en aquella cruz de madera.

—¿Me tienes miedo? — le preguntó con el corazón golpeándole el pecho.

—No... — dudó y eso le molestó — bueno, sí... — bufó intentando encontrar las palabras — verás, tienes ese genio y esa forma de ser... no quiero que la ira te ciegue y...

—Y le haga daño a tu hermana — ella no negó sus palabras — Athdara, jamás dañaría a una mujer, maté a Ildora, pero fue por lo que te hizo... quiero creer que tengo más honor que eso.

—No es que no tengas honor Logan, ¡por supuesto que lo tienes!, pero la ira a veces te ciega y Grizela aparenta ser fuerte, pero en realidad es muy sensible, ella puede sentir mi dolor y sólo quería evitarme más sufrimientos — le besó de nuevo en los labios — sé que no está bien lo que hizo, pero por favor...

—De acuerdo, no le diré nada al respecto — la mirada se le oscureció y ella se estremeció sobre él — pero vas a tener que compensarme.

Athdara le sonrió con picardía y antes de que Logan dijese una palabra más, descendió sobre el masculino cuerpo y centró su atención en una parte

muy específica del cuerpo de Logan... se lamió los labios despacio para disfrutar más de su sabor.

Ya había anochecido cuando por fin salieron de la habitación.

Ian y Katherine les esperaban en el Gran Salón. El *laird* McRae estaba deseando volver a sus tierras, manejar dos territorios y tener a su futura esposa con esa mirada triste continuamente, era más de lo que él podía manejar.

—Bienvenida — la profunda voz de Ian la hizo sonreír.

El *laird* abrió los brazos y ella se refugió en ellos con cariño. Siempre había sentido algo muy especial por Ian, nada romántico, pero sin duda admiraba y veneraba al McRae.

—¿Yo también puedo abrazar a tu esposa? — preguntó Logan con un gruñido.

—Claro — Ian le miró sin soltar a Athdara — es una pena que esta joven se quede viuda tan pronto, pero...

—No podrías vencerme McRae — una traviesa sonrisa se apoderó de sus labios.

—¿Estás seguro de eso McGregor? — la escocesa se escabulló de entre sus brazos mientras les miraba asustada.

Se situó al lado de Katherine y cuando vio como sonreía la inglesa, supo que no tenía de qué preocuparse.

Finalmente, Ian se lanzó contra Logan y ambos se fundieron en un fraternal abrazo y se palmearon las espaldas con fuerza.

—Prefiero luchar a tu lado que contra ti, hermano — las palabras de Logan salían llenas de emoción.

—Lo mismo digo, hermano — Ian echaba de menos a su mejor amigo — aquí serás feliz, siempre estaremos a pocas horas de caballo y siempre podrás contar conmigo.

—Lo sé y aunque no soy tan poderoso como tú, te hago la misma oferta.

Las mujeres se abrazaron con cariño, era el momento de las despedidas,

de los adioses, de las lágrimas a punto de ser derramadas, de dar por cerrada una época para que otra comenzase.

En ese momento entraron Grizela y Jacobo al Gran Salón. Katherine corrió a los brazos de su hermano que la cogió y la elevó mientras giraba con ella en el aire, la inglesa se agarró con fuerza mientras reía a carcajadas.

Grizela estaba muy nerviosa, se había dado cuenta de que Logan la miraba más fijamente que antes, suponía que tendría sus sospechas sobre si ella había tenido algo que ver en el hecho de que no pudiera salir de la alcoba durante más de un día, pero confiaba en que su hermana no la hubiese descubierto.

Una vez que Ian se despidió de ella con un gran abrazo y un cariñoso beso, Katherine hizo lo mismo en cuanto su hermano la soltó.

—Les voy a echar mucho de menos — murmuró Athdara.

—Jamás estarán lo suficientemente lejos como para que no volvamos a verles nunca más, nuestros clanes son aliados y además — la abrazó con fuerza — en un par de meses van a celebrar por fin la boda.

Jacobo asintió sonriendo, era verdad que sus sentimientos respecto a Ian McRae habían sido cuanto menos, confusos, pero cada vez que veía a su hermana entre sus brazos, o cómo buscaba consuelo en su mirada, se daba cuenta de que actuó como un imbécil con ella. Cuando vivía en Inglaterra, el buen hacer, los modales y el saber estar lo eran todo... en Escocia había aprendido que la libertad era algo bueno, Katherine compartía el lecho con Ian sin estar casados, pero él la respetaba del mismo modo que lo haría un fiel esposo.

Cerró los ojos durante un latido para pensar en sus padres y en lo mucho que les había cambiado la vida. Les echaba de menos, necesitaba el apoyo de su padre y los sabios consejos de su madre. En aquellos años, él era un apuesto caballero, heredero de un título nobiliario, era deseado y codiciado entre las mujeres por su posición y su atractivo y entre los hombres por ser un bravo guerrero y gran estratega. Se sentía el dueño y señor del mundo, sin embargo, no era feliz.

Miró a su alrededor y vio a Athdara cobijada en el fuerte abrazo de Logan que la besaba en el pelo, sin duda agradecido porque aún estuviese

entre los vivos... ellos parecían felices, igual que Ian y su hermana, y por lo que había vivido con ellos, no tenía nada que ver con las tierras, los títulos o los méritos, tenía que ver con que sostenían en sus brazos a las personas a las que amaban.

Ahogó un suspiro. Miró los dorados mechones de la melena de Grizela que se había acercado a Logan y clavó sus ojos en su esbelta figura, ella se giró y se sorprendió al darse cuenta de cómo la estaba mirando, un escalofrío la recorrió y fue el momento en el que Jacobo se dio cuenta de que él no debería estar allí. Se dio media vuelta y salió del Gran Salón en dirección a la fragua.

CAPÍTULO 28

—Debes descansar — murmuró Logan con la cara enterrada en el pelo de Athdara.

—Pero se está tan bien aquí...

El *laird* se había sentado en la gran butaca frente al fuego y Athdara estaba sentada en su regazo, Grizela hacía tiempo que se había retirado a sus aposentos y a Jacobo ni siquiera le habían oído salir.

Ambos estaban sumidos en sus pensamientos.

—¿Se estropearía mucho el momento si te pido que me cuentes la verdad? — Logan no pudo ocultar la tensión de su voz.

—Depende — la escocesa le miró a los ojos — ¿la verdad cambiará tu opinión sobre mí? ¿o lo que sientes?

—No — la abrazó con más fuerza — cuando creí que estabas muerta, tan sólo podía pensar en lo mucho que te amaba y que había perdido un tiempo precioso a tu lado — la besó con cariño en la cabeza — por lo que me contó Ildora, jamás tuviste visiones, sólo estabas drogada y ella se encargaba de susurrarte al oído lo que a ti te parecían esas visiones — Athdara asintió avergonzada, nunca sospechó nada — también dijo que durante esos periodos de inconsciencia, Eskol disfrutaba de tu cuerpo — ella se ruborizó y escondió la cara en el pecho de Logan — ¿alguna vez lo sentiste?

Podría parecer una estupidez, pero esa pregunta le estaba torturando, la única experiencia que él tenía en ese campo fue cuando Grizela les drogó a los dos, y él había sentido cada latido de aquellos momentos.

—No — Athdara susurró — yo no sentía nada, al despertar estaba agotada y entumecida, a veces tenía rastros de humedad entre las piernas, pero jamás noté ni una sola gota de su esencia.

—¡Por los Dioses! — gruñó Logan — no puedo seguir con esto, se me está revolviendo el estómago.

Athdara hizo el amago de levantarse mientras sentía que sus ojos, una vez más, se llenaban de lágrimas a punto de ser derramadas, pero los potentes

brazos de Logan le impidieron levantarse.

—No me das asco tú — la besó en los labios — si no el hecho de que esa bruja permitiese que ese maldito extranjero profanase tu cuerpo cuando tú no podías defenderte.

—Lo siento Logan — murmuró — yo... debí ser más fuerte...

—¿Más fuerte? — preguntó contrariado — ya eres demasiado fuerte, has sobrevivido a esa tortura durante años y aun así, jamás has perdido la sonrisa ni las ganas de amar — la abrazó más fuerte — eres perfecta tal y como eres — había otra pregunta que le pesaba en el corazón — cuando vosotros os casasteis...

No tenía claro cómo debía formular la pregunta para que no pareciese un chiquillo estúpido que se deja llevar por los celos.

—No fue consentido — contestó a la preguntar sin formular — él amenazó a mi hermana después de forzarme y yo le acompañé sólo para protegerla.

—Entonces... — el corazón le latía con tanta fuerza que estaba seguro de que Athdara podía oírlo — cuando hiciste los votos druidas con él... tú no... — no era capaz de formular esa pregunta.

—Yo no... — ella le miraba fijamente a los ojos y pudo ver el miedo en ellos, se sintió tan amada en ese momento que el corazón le saltaba de alegría — jamás he amado a Eskol — le besó en los labios con dulzura — si es que es eso lo que te preocupa, siempre has sido tú Logan, jamás ha habido nadie más que tú en mi corazón.

—Gracias a los Dioses — murmuró con un profundo alivio mientras su boca atrapaba la de ella.

Los días pasaron con rapidez, Logan no sabía si era porque ahora disfrutaba totalmente de todo aquello que le rodeaba o porque cada vez que se giraba, Athdara estaba mirándole como si quisiera devorarlo por completo, lo que le hacía sentir poderoso.

Poco a poco había aprendido a confiar en las gentes de Daltra, había un grupo de hombres que se encargaba de llevar las cuentas de las ventas de

lana, ganado, leche y pieles a los clanes vecinos e incluso a Inglaterra, sonrió por la situación, los ingleses odiaban a los escoceses, sin embargo se vestían con sus pieles y sus lanas, era algo absurdo, a un escocés no se le ocurriría vestir las telas inglesas. Otro grupo de hombres se encargaban de llevar el control sobre todos aquellos animales que no se dedicaban al comercio, si no que servían para alimentar y vestir al clan. Y un grupo de mujeres se encargaba de que el castillo funcionase correctamente.

Observó cómo el crudo invierno estaba dando paso a la primavera y suspiró extasiado. Adoraba Escocia. El verde de sus valles era del mismo color que los ojos de Athdara, el sol del atardecer teñía los cielos de rojo al igual que su pelo... sonrió al pensar que desde siempre, cada rincón de estas bellas tierras le recordaban a la mujer a la que amaba y de nuevo agradeció a los Dioses que ella estuviese a su lado.

Los niños del clan corrían con libertad por sus tierras y una punzada de envidia le atravesó el corazón, ¿cómo serían sus hijos? Tendrían el pelo oscuro como él, o de un salvaje rojo como su madre... el color de sus ojos sería casi negro como los suyos, o verdes como las tierras escocesas. No se atrevía a imaginar un futuro hijo, pero lo deseaba con todas sus fuerzas, Athdara sería una madre maravillosa.

—*Laird* — la profunda voz del inglés le sacó de sus pensamientos — en un par de días salimos para Nairn.

—Lo sé — no dejó de mirar a las gentes llevar sus vidas — ¿todo listo? — miró a Jacobo que asintió con su habitual gesto — ¿nervioso? — una traviesa sonrisa atravesó sus labios.

—¿Por qué debería estarlo? — el inglés no perdía detalle de los movimientos de una de las jóvenes — Ian debería haberse casado con mi hermana hace meses.

—No entendí el motivo por el que ella retrasó la boda — miró a Jacobo pero no adivinó si él sabía a qué se había debido.

—Tuvo algo que ver con Nerys — se encogió de hombros — es todo lo que sé.

—Jacobo, en cuanto volvamos de Nairn, tendremos que preparar tu viaje a Ellon — un escalofrío le recorrió al recordar aquellas tierras.

—Lo sé — el escocés sabía que no le hacía ninguna gracia partir, pero también sabía que no podía negarse — unas tierras llenas de cicatrices para alguien como yo — una sonrisa de medio lado se formó en su rostro — puede que allí ambos nos curemos.

—Puedes contar conmigo, lo sabes ¿verdad? — Logan se puso frente a él y le tendió su brazo — tienes mi palabra de highlander, *sasannach*, de que acudiré siempre a tu llamada.

—Y tú tienes mi palabra de honor, salvaje, de que siempre que me necesites, estaré a tu lado.

Las miradas de ambos se entrelazaron al mismo tiempo que sus manos, sellando un pacto entre ellos. Uno que iba más allá de la amistad, de las fronteras o de las nacionalidades, habían luchado juntos en el campo de batalla, habían sufrido con la desaparición de Katherine y recientemente con la “casi” muerte de Athdara. Eran hermanos, puede que no de sangre, pero sin duda alguna, eran familia, eran clan.

—Katherine me envió una misiva hace unos días — murmuró Logan — quiere que te vigile de cerca, teme que no la lleves al altar.

El inglés rio con ganas al recordar las amenazas de su hermana pequeña, según le había dicho la última vez que se vieron, si él no la llevaba del brazo, le seguiría por toda Escocia y le acribillaría con sus flechas hasta que ya no pudiese tensar el arco.

—Supongo que la tranquilizaste al respecto — le miró de reojo.

—Por supuesto, le dije que en caso de que fuese necesario, te llevaría arrastrado por mi caballo, pero que no te perderías su boda.

—Qué gracioso eres...

En ese momento, unos ojos ambarinos les miraban con atención y Jacobo decidió que ya se había expuesto demasiado por ese día, además, aún tenía muchas cosas que preparar para el viaje a su nuevo hogar. Ellon le esperaba.

Athdara estaba muy nerviosa, acababan de comenzar el viaje hacia Nairn para asistir a la esperada boda entre Ian McRae y Katherine de

Bradbury. Desde hacía unos días había sentido un cambio radical en las atenciones que Logan la prodigaba, no se quejaba por ello, por supuesto, pues era todo lo que había deseado desde que era una niña, pero no podía evitar sentirse alerta ante cualquier posible cambio en el voluble ánimo de su marido. Deseaba con todas sus fuerzas que de una vez por todas, todo aquello que les había separado, hubiese quedado en el pasado y que pudiesen empezar a disfrutar de las vidas que ambos se merecían.

Tanto ella como Grizela iban dentro de un carro por orden de Logan, no negaba que fuera más cómoda y sobre todo más caliente, pero echaba de menos a su marido, observarle sin que él se diera cuenta.

Había intentado hablar con su hermana que llevaba unos días demasiado pensativa, pero ésta había preferido guardar silencio o como si fuese un gran esfuerzo, responder con monosílabos. Suspiró por décima vez y se recostó sobre los cojines que había dispuestos por todo el suelo del carro.

—Deja de suspirar Athdara, parece que vas al cadalso en vez de a la boda de una amiga — murmuró Grizela con un evidente enfado.

—¿Se puede saber qué te pasa? — preguntó empezando a enfadarse también.

—Me pasa que nada es como debería, por si no te has dado cuenta — la fulminó con la mirada — ¿no te pone furiosa que hayamos vivido una mentira durante tanto tiempo?

Athdara miró con cariño a su hermana pequeña. Entendía cómo se sentía, a ella le había ocurrido lo mismo, Ildora había mancillado su cuerpo, había mentido, engañado, confabulado, asesinado a sus padres y casi la mata a ella... había intentado odiarla pero no se veía capaz de eso, porque cuando se forzaba a hacerlo, también veía las noches en vela cuando estaban enfermas, las enormes sonrisas con cada uno de sus logros y los reconfortantes abrazos cada vez que algo las hería.

Después de hablar con Logan durante prácticamente toda la noche, había tomado una decisión, no iba a teñir su humor odiando a una persona que ya no estaba en el mundo de los vivos. Su marido la había vengado y se había reconciliado con ella, para Athdara era más que suficiente.

—Ya no — respondió a la pregunta de su hermana — al principio sí que

estaba furiosa e incluso intenté odiarla por todos los medios — se encogió de hombros — pero eso no cambiará el pasado y lo único que hará será empañar el futuro.

—¿Cómo has podido perdonarla?

—No lo he hecho, ni a Eskol tampoco — le miró fijamente — simplemente creo que me resultará más provechoso centrarme en lo que ahora mismo tengo y puedo controlar — Grizela le prestaba toda su atención — estoy casada con el hombre al que amo desde que era una niña, soy la consorte del *laird* de las tierras de nuestro padre, tengo a la mejor amiga y hermana del mundo y pese a todo lo vivido, aún estoy viva para poder disfrutar de todo eso durante el resto de mi vida.

—*Tha gaol agam ort* — murmuró Grizela con los ojos llenos de lágrimas.

Las hermanas se abrazaron como solían hacerlo sintiendo que el lazo que las unía seguía fuerte entre ellas y que las drogas no tenían nada que ver. Ambas tenían los ojos encharcados y respiraban forzosamente.

Justo en ese momento, la comitiva comenzó a ralentizar el paso.

—Miladys — la profunda voz de Jacobo las envolvió — estamos llegando a Nairn.

Las mujeres se miraron entre ellas y después sonrieron al inglés.

Al cabo de unos instantes, Katherine les alcanzó subida a su semental, nada más llegar al lado de su hermano, se lanzó del caballo y cuando Jacobo también descendió, se tiró a sus brazos con una sonrisa tan luminosa que eclipsaba al sol.

—¡Bienvenidos a Nairn! — exclamó justo antes de comenzar a besar a todo el mundo — ¡estoy tan feliz de veros aquí! — cogió las manos de las hermanas McGregor y las sonrió con candor.

—Y nosotras estamos felices de acompañarte en un día tan especial — aseguró Athdara.

—¿Os lo podéis creer? — sonrió aún más — ¡por fin voy a casarme con Ian!

—Ese salvaje debió desposarte hace tiempo — la voz de su hermano le

borró la sonrisa.

—¡No hables así de él! — le increpó furiosa — además... pronto averiguarás por qué motivo retrasé la boda.

Subiéndose de nuevo a su caballo, encabezó la marcha hacia la fortaleza. Las puertas estaban abiertas de par en par, las calles engalanadas con flores por doquier y telas colgantes de colores blancos y dorados.

La gente sonreía a su señora al pasar y ella les devolvía la sonrisa con calidez.

Una vez entraron todos en el Gran Salón, se quedaron con la boca abierta.

El espacio parecía más grande, habían retirado las sillas y la mesa central, las ventanas estaban descubiertas y a través de las cristaleras de colores la luz se filtraba dando un aspecto regio y mágico a la estancia. Había velas blancas por doquier, adornadas con flores de brezo y salvia, el tapiz que mostraba a los padres de Ian presidía lo que parecía un pequeño altar y el escudo de armas de la familia esculpido en piedra, ahora resaltaba debido a que había sido pintado de dorado.

—¿Os casaréis en el castillo? — preguntó Athdara sin poder dejar de admirar lo que veía.

—Sí — respondió Katherine con ilusión — verás, tenemos una hermosa iglesia, pero en ella murió alguien... — su mirada se clavó en el suelo y no pudo encontrar las palabras que deseaba expresar.

—Entonces — Grizela le cogió las manos con cariño — haces bien en no permitir que los fantasmas te estropeen tu boda — la abrazó un instante — tienes derecho a disfrutar de todo lo bueno.

Katherine sonrió aún más feliz que antes por la aprobación de sus amigas. Era una falta a la tradición y las costumbres y aunque todo aquel que la conocía sabía que ella no era una mujer atada por las tradiciones, tampoco quería que la tacharan de frívola o de indigna compañera de Ian.

—Bienvenidos — la profunda voz del *laird* llenó la estancia.

—Hermano — Logan fue el primero en acercarse a él y saludarle con un cariñoso abrazo — ya era hora de que te casaras.

—Te aseguro que la espera no fue decisión mía — miró de reojo a su adorada inglesa que tuvo la decencia de sonrojarse.

—Felicidades — Jacobo ofreció su mano a Ian y este le abrazó demostrando así que ya eran familia.

—Te agradezco que hayas venido — Ian no podía ocultar la felicidad que sentía — tu hermana me ha amenazado con todo tipo de locuras si finalmente no podías acudir.

—No me lo hubiera perdido por nada del mundo — el inglés aún se sentía abrumado por la cercanía y la confianza con la que Ian le había tratado.

Unos instantes más tarde, una preciosa Nerys entraba en el Gran Salón con un pequeño atadillo en los brazos, seguida muy de cerca por un serio Fergus.

—¡Oh! — la exclamación de Grizela resumía lo que todos los presentes pensaban.

La orgullosa mamá mostró encantada a su preciosa hija que pasó de unos brazos a otros mientras Fergus seguía a su pequeña con ojos de halcón.

Jacobo la sostuvo entre sus brazos temiendo que se rompiese.

—Asumo que esta pequeña fue la culpable de que vuestra boda fuese tan... precipitada.

—¡Sí! — exclamó Nerys sin poder ocultar su felicidad — Katherine fue muy amable al cedernos el día de su boda para que mi hija naciese dentro del matrimonio.

La inglesa se ruborizó y se escondió entre los brazos de Ian que la miraba con una mezcla de ternura y esperanza que la puso más nerviosa aún.

—¿Quieres saber su nombre? — preguntó Katherine mirando a su hermano y este asintió — se llama Aileana Katherine — sus ojos brillaban con intensidad mostrando lo orgullosa que se sentía.

—Eres una princesa con suerte — le dijo Jacobo a la niña — dos hermosas y valientes mujeres te han cedido sus nombres, no tengo la menor duda de que tu padre no va a volver a tener un día tranquilo en lo que le quede de vida.

Todos estallaron en carcajadas ante las palabras del inglés, salvo

Fergus, que asentía con pesar, sabiendo que lo que había dicho Jacobo era totalmente cierto. Jamás volvería a tener una vida apacible y tranquila.

CAPÍTULO 29

Dos días más tarde de la llegada de los invitados, el día amaneció con un sol brillante que llenó de luz todo el castillo.

Desde casi el amanecer, Grizela, Athdara, Nerys y Katherine se habían encerrado en la alcoba del *laird* echando a éste al pasillo, Ian protestó pero no le quedó más remedio que aceptar que hasta que la noche volviese a caer, lo que le esperaba ese día era cumplir todos y cada uno de los deseos de su futura mujer, por mucho que a él le molestase.

Grizela obsequió a la inglesa con una crema que había preparado especialmente para ella, tras darse un baño caliente, se aplicó la crema y con una sonrisa se dejó envolver por la suave fragancia que ésta desprendía.

Las mujeres la ayudaron a vestirse y a peinarse. Las bromas y las risas no pararon de llenar la alcoba mientras las doncellas les subían bebidas y pasteles.

Cuando comenzó la ceremonia, todo el mundo estaba colocado en sus puestos en el Gran Salón, solamente Jacobo permanecía en el pasillo, delante de la puerta de la alcoba de su hermana, llamó delicadamente y entró.

La boca se le secó y contempló maravillado que Katherine parecía tan feliz que era como si brillase con luz propia.

—Estás increíblemente hermosa — se acercó a ella con grandes zancadas — eres la mujer más bella de la tierra hermana mía.

—Y tú sigues siendo el mismo adulator de siempre — le abrazó con cariño — te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, pero nuestros caminos se han distanciado ligeramente y no podemos hacer nada al respecto.

—No quiero que me olvides — los ojos se le empañaron.

—Jamás lo haré — la estrechó fuerte entre sus brazos y se permitió un momento más para grabar la sensación de tener a su única familia sólo para él.

—Te quiero tanto — la voz femenina se entrecortó al pronunciar las palabras — y estoy tan orgullosa de ti.

Jacobo la miró confuso.

—Volviste de la muerte, atravesaste Escocia para salvarme, has ayudado a Logan en su nueva vida y ahora ayudarás a esas gentes de Ellon para que olviden la tiranía que vivieron con Eskol, no hay un hombre mejor para desempeñar esa labor que tú.

Las sinceras palabras de Katherine emocionaron profundamente a Jacobo que volvió a estrecharla entre sus brazos.

—Atravesaría el infierno por ti — aseguró sin una pizca de duda y la inglesa supo que era totalmente cierto.

Bajaron las escaleras lentamente, intentando darle un tiempo a Katherine para que se relajara y comenzara a disfrutar del día de su boda.

Llevaba un precioso vestido que las modistas del pueblo le habían confeccionado con las ricas telas que Ian había comprado para ella hacía meses. Parecía una princesa. El corpiño se ceñía a su esbelto torso mostrando una delicada porción de piel entre sus pechos y el cuello, las mangas eran delicadas y semi transparentes sedas ajustadas a sus brazos terminando en delicados encajes alrededor de sus muñecas. La falda del vestido no se ajustaba a la moda que dictaba Inglaterra, ya que no era abombada en los laterales, simplemente caía alrededor de las caderas de Katherine con un ligero vuelo y se movía fluidamente con cada uno de sus pasos. El color blanco con hilos de plata resaltaba el color oscuro de su pelo y el azul de sus ojos. La única nota de color era una franja con los colores del clan McRae.

Cuando entró en el Gran Salón todo el mundo suspiró ante la belleza de la inglesa que sólo podía observar a Ian y prestar atención a cada uno de sus gestos.

Ian sentía que le faltaba la respiración, el aire apenas le llegaba a los pulmones y la indolente erección que comenzaba a sufrir amenazaba con levantar escandalosamente su *sporrán*. Se condenó mentalmente, pero admitió que no podía ser de otra manera. Katherine era más bella con cada día que pasaba, tenerla a su lado era un regalo de los Dioses y se lo agradecía varias veces cada día.

—Eres la mujer de mi vida Katherine — le dijo con la voz ronca de deseo y amor.

—Y tú el hombre de la mía — le devolvió una sonrisa que por un momento tambaleó el suelo bajo los pies del *laird*.

La ceremonia no fue sencilla, los novios, dentro de un círculo de piedras consagradas, con el sol brillando con fuerza sobre ellos, fueron unidos según los votos druidas y según el rito cristiano, pero tras el beso entre ellos, todo fueron risas, besos, felicitaciones, música, comida y baile.

Cuatro días duraron los festejos por el enlace entre Ian y Katherine. Y durante ese tiempo, Logan no se había separado ni un momento del lado de Athdara. Ella se sentía como en una nube, mientras el druida recitaba los votos, Logan le cogió las manos y sin dejar de mirarla a los ojos los repitió con él, ella, embargada por todo lo que él le hacía sentir, repitió los votos tras él jurándole con dulces palabras que le amaba por encima de su propia vida.

Tras las despedidas emprendieron de nuevo el viaje hacia las tierras de los McGregor.

Logan estaba deseando volver a la rutina de dormirse en los brazos de Athdara, despertarse al amanecer, llevar a cabo todas sus tareas mientras su maravillosa esposa le distraía continuamente con besos, sonrisas y caricias atrevidas.

Cuando estaban entrando en las tierras de su clan, Logan se acercó al galope a Jacobo, le susurró algo al oído y tras escuchar los graciosos comentarios acerca de su idea, se dirigió al carro donde su mujer descansaba con su hermana.

—Milady — le dijo en un tono seductor — ¿te apetecería hacer el viaje conmigo?

Athdara no pudo ocultar la ilusión que sintió con aquellas palabras. Se puso de pie y caminó con soltura hacia el caballo de su marido, éste extendió la mano y cuando ella estuvo a su alcance, la rodeó la cintura y la arrastró a su montura. Ella no podía dejar de mirarle a los ojos sintiéndose totalmente enamorada.

—Puede que tengas algo de frío — murmuró él en su oído haciéndola estremecer.

—En ese caso, me resguardaré entre tus brazos — respondió ella mirándole a los ojos mientras sonreía encantada de la vida.

—Descarada — susurró él casi pegado a sus labios.

—Provocador — contestó ella antes de fundir su boca con la de él.

El caballo comenzó a andar al trote y rápidamente se alejaron del resto de la comitiva.

Cabalgaron durante unas horas en las que a ninguno de los dos les pareció tedioso, se miraban furtivamente, se acariciaban con descaro y cada poco Athdara se giraba para besar en los labios o en el cuello a Logan que se estremecía y la apretaba más entre sus brazos.

Finalmente llegaron a un claro del bosque al pie del río, Athdara reconoció ese lugar de inmediato y un profundo rubor cubrió sus mejillas, hacía muchos años que no iba por allí, por lo que le sorprendió que el entorno apenas hubiese cambiado.

El río se ensanchaba en aquella zona y su cauce era más profundo, tanto como para permitir a un grupo de jóvenes de varios clanes vecinos, nadar a sus anchas en las cristalinas aguas.

Logan bajó de su caballo y sujetó a Athdara por las caderas para ayudarla a descender, la abrazó con ternura y tras un dulce beso en los labios, sacó de las alforjas una manta que estiró en el suelo. La escocesa observó a su alrededor, el sol brillaba con fuerza y se reflejaba en el agua, el cielo estaba de un azul intenso como pocas veces se veía en Escocia, el brezo comenzaba a florecer y con ello a perfumar el ambiente. Suspiró llena de dicha, se sentía en paz consigo misma y con el mundo.

—Ven conmigo — Logan se había tumbado sobre la manta y le tendía la mano.

Ella no lo dudó y se tumbó a su lado, pronto, los fuertes brazos masculinos la rodearon y un tierno beso se depositó en su sien.

—A esta zona del río venía a jugar cuando era un crío — le explicó Logan — éramos un grupo de chicos de varias edades de todos los clanes de la zona — ella intentó contener la sonrisa que se formó en sus labios — ¿qué te hace sonreír?

—Yo os espiaba desde aquel montículo de allí — señaló a sus espaldas — el sol os daba de frente si mirabais en esa dirección, por eso nunca me descubriste — le miró llena de amor.

—Así que ya eras una bruja desde niña ¿eh? — Logan rodó encima de ella y la besó con devoción — me parece que tendré que vengarme.

Las manos comenzaron a moverse despacio, recorriendo el femenino cuerpo con delicadeza, mientras con la boca devoraba sus labios. Athdara se retorció debajo de él con la sangre bullendo en sus venas, el deseo que sentía por su marido era tal que ella estaba segura de que jamás dejaría de sentirlo.

—No podemos hacerlo aquí — jadeó ella cuando Logan comenzó a subirle la falda.

—Claro que podemos — la miró con una pícaro sonrisa — estamos en nuestras tierras, yo soy el *laird* y tu mi consorte — presionó sus caderas contra las de ella para que notase su erección — no hacemos nada malo.

—Alguien podría vernos — murmuró la escocesa intentando ordenar sus pensamientos.

—Tienes razón — la ladina sonrisa de Logan no presagiaba nada bueno.

Antes de que Athdara se diese cuenta de lo que ocurría, se vio izada en los brazos del highlander y poco después estaba dentro del río con ropa y todo. Logan se lanzó detrás de ella y sin esperar lo más mínimo le subió la falda que enredó en su cintura, la besó con fuerza y dominación mientras una de sus manos la sujetaba de las caderas y la otra buscaba el centro de su deseo.

El escocés estaba enfebrecido de deseo. La tierna carne de Athdara brillaba con la luz del sol, su aroma se mezclaba con el del brezo, el agua y la tierra mojada y eso era más de lo que él podía soportar, cada vez que ella se estremecía entre sus brazos, él se sentía más poderoso, más fuerte, mejor highlander.

Mientras su boca devoraba la de su mujer, uno de sus dedos se introdujo dentro de su cuerpo y se bebió cada uno de sus gemidos, la excitación que sentía amenazaba con destrozarle la fuerza de voluntad, pero se había propuesto hacerle el amor a su mujer y mediante las relaciones íntimas demostrarle lo mucho que la amaba.

El cuerpo de Athdara comenzó a tensarse presa de un intenso orgasmo.

—Por favor Logan — sollozó y él se quedó paralizado — por favor...

—Dime lo que quieres *mo beag bean-shìdh* — la mordió en el cuello presionando lo justo para que ella volviese a estremecerse.

—Saca tu mano y entra tú — le miró con los ojos brillantes de lujuria — te deseo y te necesito, quiero sentirme colmada.

—Tus deseos son órdenes para mí — la besó de nuevo — enrosca tus piernas en mi cintura — con ella en brazos caminó hacia una de las enormes rocas de un lateral del río.

En cuanto la espalda de Athdara tocó la piedra, Logan se introdujo dentro de ella de una sola estocada haciendo que ambos gimiesen con fuerza. El corazón les latía con fuerza en el pecho, la sangre les bullía en las venas, las lenguas se devoraban con ansia, ella clavaba sus uñas en la espalda de él y Logan se aferraba a ella como si fuera lo único que le mantenía vivo.

El interludio terminó con una explosión de placer tan grande que ambos se quedaron inmóviles durante unos instantes, Logan se dejó caer contra ella sin dejar de abrazarla con todo lo que tenía dentro de él. Amaba a esa mujer más de lo que se amaba a sí mismo, incluso más de lo que amaba Escocia.

—*Tha gaol agam ort mo prionnsa* — susurró ella.

—Y yo a ti — la besó de nuevo.

Al cabo de un rato, ambos se secaban tumbados al sol mientras se acariciaban el uno al otro distraídamente.

—La boda de Ian y Katherine ha sido preciosa ¿verdad? — comentó ella rompiendo el silencio.

—Sin duda alguna — la miró a los ojos intentando descubrir si había reproche en ellos — nuestra boda no fue así — ella sonrió y a él se le desbocó el corazón en el pecho.

—No, no lo fue — le acarició los labios — pero no me importa, porque lo que yo quería era casarme contigo y aunque tardamos unos días en celebrarlo, lo cierto es que nuestro banquete también fue digno de recordar — al observar el rubor de sus mejillas, Logan se dio cuenta de que estaba rememorando aquella noche que compartieron.

—¿Me has perdonado por todas aquellas cosas horribles que te dije? — la culpa brotó de los oscuros ojos de Logan.

—No tengo nada que perdonar — se subió a horcajadas sobre él — yo no fui sincera, te oculté cosas, te mentí en otras y... — una lágrima se deslizó por su rostro — si no fuese porque te tengo a mi lado, no sé quién sería, toda mi vida ha sido una mentira.

—Toda tu vida no — le limpió la húmeda mejilla con ternura — yo siempre te he querido Athdara, yo siempre he sido real para ti.

—Y doy gracias a los Dioses por ello — se tumbó sobre él y se acomodó en su pecho.

—Hay algo que aún no entiendo — la abrazó — ¿por qué querías que estuviese a tu lado cuando no tenía honor?

—Jamás lo perdiste Logan, además, todo era muy confuso para mí, con las visiones que me atormentaban, aunque resultasen ser una mentira.

—Tú me devolviste el honor — la besó con cariño.

CAPÍTULO 30

Unos días más tarde, el territorio de los McGregor se despertaba con los ánimos por los suelos. Grizela se paseaba por el castillo como un alma en pena y Athdara, por mucho que había intentado hablar con ella, no había conseguido sacar nada en claro. Simplemente se abrazaba a ella y lloraba con desconsuelo.

Logan estaba en las caballerizas con el encargado del ganado del clan y con Jacobo.

—Dentro de una semana partirás hacia Ellon — le dijo sin ocultar el pesar que sentía — he pensado en darte unas cabezas de ganado, algunos sementales y yeguas y varios enseres y bienes que necesitarás para comenzar a levantar ese territorio muerto.

—No voy a declinar una oferta tan generosa Logan, si bien es cierto que no siento el más mínimo aprecio por aquellas gentes, ya que se me ha encargado que me ocupe de ellos, preferiría que no muriesen estando bajo mi protección.

—Serás un buen *laird* — le ofreció el brazo y se abrazaron con fuerza — prepara todo aquello que necesites.

—Eres un salvaje — le dijo Jacobo con una sonrisa burlona — pero tienes honor, coraje, valor y un buen corazón, por eso mi hermana siempre ha sentido predilección por ti.

Esas palabras emocionaron al highlander que carraspeó para liberar el nudo de su garganta, siempre se había sentido agradecido por el cariño que la inglesa mostraba con él y le humillaba que pese a todos sus errores, ella jamás le condenase. Sin ir más lejos, ¡había conseguido que Ian y él hiciesen las paces! Aún no podía creerse que el poderoso Ian McRae se hubiese retractado de matarle, jamás podría agradecerle a Katherine que intercediese por él.

Los días pasaban con deliberada lentitud, preparar la marcha de Jacobo

hacia las tierras de los McIntosh les llenaba de tristeza a la vez que les latía el corazón lleno de esperanza, muchos eran los que se acordaban del antiguo *laird* de aquellas tierras. Claud McIntosh había sido un hombre de palabra y con un corazón de oro. En los corazones de todos los McGregor palpitaba la idea de que con Jacobo al frente de Ellon, las cosas tal vez volverían a ser como una vez fueron.

A su vez, Athdara se sentía extremadamente cansada al despertar, recuperaba parte de la vitalidad a lo largo del día y por las noches se quedaba dormida antes de que Logan entrase en la alcoba. Él debía percibir el estado de agotamiento porque no la había despertado en las últimas cuatro noches.

Faltaba sólo un día para que una partida de hombres solteros del clan y Jacobo saliesen con destino a su nuevo hogar y todo el mundo se afanaba en los últimos detalles. Athdara había convencido a Logan de que dar una fiesta de despedida sería una maravillosa idea, él no estaba nada seguro, pero tampoco quería llevarle la contraria a su mujer, últimamente parecía tan abatida que cualquier cosa que le hiciese sonreír sería bienvenido.

Esa noche, el castillo abrió sus puertas de par en par y las velas iluminaban la noche como si el astro rey brillase en lo alto del cielo. La música se oía a cientos de pasos de distancia y las risas llenaban el ambiente.

La comida fue espectacular, cerdo asado con miel, bacalao al horno, arenques ahumados, venado con especias y un sinfín de pasteles y demás delicias, por supuesto el vino y la cerveza corrían a raudales por la mesa mientras una banda amenizaba el ambiente con una alegre música.

Cuando el sol comenzaba a teñir de un pálido rosado los cielos añiles de Daltra, Logan llevaba en brazos a Athdara por las escaleras que llevaban hasta sus aposentos. Se habían pasado la noche tentándose el uno al otro, durante los bailes, ella se mordía el labio o le guiñaba un ojo mientras él no dejaba de colocarse el *sporrán* que cada dos latidos se movía como por arte de magia.

—Ahora eres mucho más fuerte que cuando te conocí — murmuró Athdara cobijada en el pecho de su marido.

—Es que he pasado mucho tiempo haciendo ejercicio — le dedicó una

mirada llena de amor — te echaba tanto de menos que lo único que podía hacer para sobrevivir día a día era agotarme físicamente.

—Últimamente yo también he hecho mucho ejercicio — sonrió descarada.

—¡Y más que vas a hacer ahora mismo!

Tras esas palabras, Logan le dio una patada a la pesada puerta de su alcoba, traspasó el umbral y cerró con el pie, llevó a su esposa a la cama y allí la posó con delicadeza. La miró con tal veneración que ella se sonrojó y su corazón comenzó a palpar desacompasado.

—Desnúdate para mí Athdara — su voz sonó casi como un gruñido, el deseo le estaba quemando las entrañas.

La escocesa sonrió tímidamente, pero no se negó. Se puso en pie y caminó hasta colocarse de espaldas a Logan, con una mirada llena de sensualidad, se recogió la larga melena pelirroja y al highlander no le hicieron falta las palabras, desabrochó la interminable fila de botones y cuando la cálida piel de ella comenzó a mostrarse, los dedos le temblaban por la anticipación.

Athdara se separó un paso de él y comenzó a recogerse la falda del vestido mientras se acariciaba a sí misma la pantorrilla, subía por el muslo y cuando su cadera quedó a la vista, dejó caer la tela y repitió los movimientos con la otra pierna, pero cuando soltó la tela de la falda, también permitió que el resto la acompañase de forma que se quedó casi desnuda.

Logan gruñó de deseo mientras hacía acopio de toda su fuerza de voluntad para no lanzarse contra ella y poseerla como el animal que se sentía en esos momentos, pero entonces, Athdara hizo algo que le secó la garganta y no pudo contenerse por más tiempo.

Se mostraba gloriosamente desnuda, pues se había quitado las medias que cubrían sus piernas, los suaves rizos de color cobre que ocultaban la entrada a su cuerpo le llamaban como un canto de sirena, Athdara vio su expresión y sin dejar de mirarle a los ojos, se tumbó en la cama, boca arriba, abrió sus piernas en una clara invitación y acto seguido se tocó a sí misma torpemente.

Logan no resistió más.

Se lanzó de cabeza a lamer la unión de sus muslos, la suave y delicada piel de su cuerpo resaltaba por el contraste con el color de los rizos que cubrían su tierna carne, separó los labios con delicadeza y su lengua no tardó en apoderarse del centro de su placer. Chupó, lamió, mordió, sopló y repitió los movimientos hasta que ella se retorció de placer y él se bebió su orgasmo con una sonrisa puramente masculina.

—Eres deliciosa — se lamió los labios deliberadamente despacio — te deseo tanto que me duele.

—Soy tuya Logan — ella aún respiraba agitada — siempre lo he sido y siempre lo seré.

Él se introdujo en su cuerpo mientras no dejaba de mirarla a los ojos con tal intensidad que la escocesa sintió que Logan estaba poseyéndole hasta el alma. Cuando ambos volvieron a alcanzar el clímax, el highlander se dejó caer en la cama y la atrajo sobre su cuerpo.

—Te quiero pelirroja — le dijo mientras le acariciaba la espalda.

—Yo también te quiero — su voz soñolienta le indicó que el agotamiento estaba a punto de dejarla casi inconsciente.

Al día siguiente se levantó de la cama haciendo el menor ruido posible, observó a Athdara detenidamente. La joven McGregor descansaba plácidamente en la cama, con el pelo rojo resaltando sobre las sábanas blancas, la expresión de su rostro indicaba que si no era feliz del todo, en ese momento se sentía dichosa y él no pudo evitar sentirse orgulloso por ello.

Tiró de las sábanas y las mantas para tapar el delicado cuerpo y aunque odiaba no poder deleitarse con las vistas, su instinto protector era más fuerte que su deseo. Inhaló con fuerza y sus fosas nasales se llenaron del típico aroma de flores silvestres que Athdara desprendía además del olor a sensualidad que inundaba la habitación. Sonrió satisfecho consigo mismo.

Se acercó a la ventana y corrió un poco la pesada cortina, el halo de luz que entró no llegaba hasta la cama y no despertaría a Athdara.

Logan se sintió profundamente bendecido por los Dioses. Observó el claro azul del cielo, las blancas nubes, el brillo cálido del sol que bañaba la tierra dotándola de vida y calor, un par de águilas atravesaron el cielo y observó a lo lejos, los verdes valles de Daltra.

¡Dios! Adoraba Escocia. Él no era escocés de nacimiento, al menos, eso era lo que pensaba, nunca conoció a sus padres y si no hubiese sido porque la buena fortuna puso a Aileana en su camino, no tenía claro dónde se encontraría en esos momentos. Sonrió al pensar en la madre de su mejor amigo, siempre se había sentido como un hijo para ella, cuando se ponía enfermo, no mandaba a una nodriza a cuidar de él, ella misma se pasaba las noches en vela pendiente de su temperatura y dándole esos cariñosos besos que curaban hasta el alma.

—Aileana, madre de mi corazón — habló en susurros mirando al cielo — siempre decías que acabaría hallando mi camino — miró hacia la mujer que descansaba en la cama — ella es mi hogar madre, Escocia es mi casa, Daltra mi lugar en el mundo, pero Athdara lo es todo para mí — un nudo se hizo en su garganta al recordar — espero que hayas podido perdonarme por haberme enfrentado a Ian, sé que nunca te gustó vernos pelear, pero querré a mi hermano de corazón el resto de mi vida — luchó con fuerza contra los fuertes sentimientos que le oprimían el pecho — ojalá estuvieses entre nosotros madre, porque tengo miedo... tengo miedo de no ser suficiente, de no poder darles a estas buenas gentes lo que se merecen, de no poder ser el hombre que Athdara se merece... temo no ser un buen cabeza de familia.

Ahogó un suspiró y se perdió en sus recuerdos.

El más lejano de ellos se trataba de un niño perdido, sin rumbo, no recordaba mucho de aquello que le rodeaba, tan sólo la acuciante sensación de pérdida, abandono, soledad y miedo. Y después, la bella Aileana descendiendo de un carro tirado por cuatro corceles negros como la noche, poniéndose de rodillas en el suelo delante de él y sonriendo como si fuera un ángel enviado por los Dioses para salvarle de su propia desgracia.

Recordaba que cuando él se acercó a ella, extendió sus brazos y se dejó rodear por la calidez que esa mujer desprendía, no podía asegurar cuanto tiempo pasaron allí, en medio del camino, ella de rodillas, él cobijado entre sus brazos, lleno de barro y con las tripas rugiendo de hambre. Aileana le alzó del suelo y lo metió con ella en el carro, no le soltó ni un latido, simplemente le acunó con cariño y comenzó a cantar una dulce canción de amor.

Cuando sus ojos se abrieron, delante de él había otro niño de su misma

altura, con la camisa hecha girones, barro en la cara y el cuerpo que le miraba con expectación.

—¿Cómo te llamas? — preguntó el niño.

—Logan — respondió él, no conocía su apellido.

—Eres mi hermano ahora — extendió su brazo para saludarle — madre dice que vivirás con nosotros y que formarás parte de nuestra familia, de nuestro clan.

Y con esas palabras tan firmes dichas por un niño de apenas cuatro años, Logan se sintió completamente a salvo.

Un destello le devolvió a la realidad. Miró en dirección a la fragua y descubrió al herrero golpeando con saña un trozo de metal que estaba claro que había sufrido más de lo que se merecía, pues no era recto como una espada, más bien simplemente estaba al rojo vivo y recibía los golpes como si de un justo castigo se tratase, de fijó más y vio que no se trataba del herrero, sino de Jacobo.

—Tú también encontrarás tu camino hermano — susurró al viento — también eres parte de mi familia, de mi clan.

El corazón se le agitó en el pecho. Era la primera vez que hacía esa promesa a otra persona y aunque Jacobo no había podido oír sus palabras, él era consciente de que aún sin testigos eran totalmente veraces y dignas. El inglés había resultado ser un hombre con extraordinarios talentos en varios campos.

Un murmullo de sábanas hizo que Logan se girase para ver cómo se desperezaba Athdara, sin duda, pensaba que estaba sola en la cama y no se perdió ni un solo detalle del espectáculo tan delicioso que le estaba ofreciendo, se había girado y ahora estaba boca arriba, la sábana apenas le tapaba los pechos y él se encontró deseando que se estirase un poco más.

Cuando ella lo hizo, su miembro saltó de alegría al ver sus blancos pechos coronados por las rosadas cimas, la boca se le hizo agua.

—Buenos días — murmuró con la voz estrangulada de deseo.

—¡Logan! — gritó ella sorprendida — pensé que no estabas en la habitación.

—Ya lo he notado — la escocesa se ruborizó — creo que jamás abandonaré la estancia hasta que tú te hayas despertado — se acercó a ella — eres la mujer más hermosa de la tierra.

Se tiró encima de ella apoyando el mayor peso de su cuerpo sobre sus brazos. La besó con ternura, con comedia pasión, pues era consciente de que no podría parar una vez que se perdiese en los dulces sonidos que emitía su mujer cuando el deseo le hacía hervir la sangre en sus venas.

—Tenemos que ir a despedir a Jacobo — la mirada de ella se clavó en sus ojos — ojalá el Rey no hubiese dado la orden de que partiese, me siento más seguro con él por aquí.

—Logan — ella le acarició los hombros desnudos — Ellon está sólo a unas horas a caballo y además — le besó en el brazo — tú eres perfectamente capaz de cuidar de todos nosotros.

—Gracias por verme así, haré todo lo que esté en mi mano para no defraudarte.

EPÍLOGO

Athdara caminaba sujeta al brazo de Logan, era consciente de que debía sentirse triste por los acontecimientos del día que estaban a punto de darse lugar, pero no podía evitar sentirse la mujer más afortunada de la tierra. El hombre del que siempre había estado enamorada, no sólo era su marido, sino que además, la amaba con la misma intensidad que ella le amaba a él.

Caminaron por el centro del pueblo donde una gran comitiva se había reunido para despedir a Jacobo y a los jóvenes solteros que le acompañaban en su aventura. Ninguno había sido coaccionado, todos iba por propia voluntad, sin duda alguna siguiendo al hombre que los lideraba y al que era evidente que adoraban e idolatraban, a fin de cuentas, las historias sobre el inglés que había vuelto de la muerte eran casi legendarias.

—¡Extranjero! — la voz de Logan sonaba divertida — tienes mucha suerte — el inglés le miró con el ceño fruncido — no conozco a otro hombre que pueda decir que tiene la posibilidad de elegir si quiere ser un McRae o un McGregor — le tendió el brazo que Jacobo apretó con fuerza — y desde luego ningún perro inglés puede presumir de ser escocés — la sonrisa se hizo más evidente.

—De todo con lo que soñé ser alguna vez, ser un salvaje no estaba en la lista — se miraban a los ojos fijamente — te deseo buena suerte *laird* McGregor.

—No te vas al fin de mundo hermano — se abrazaron con fuerza — recuerda mi promesa, jamás volverás a caminar solo, somos familia, somos clan.

—Recuerda tú mi promesa — Jacobo no pudo pronunciar otra palabra más.

Tras un efusivo abrazo a Athdara, la besó con cariño en la mejilla y la hizo prometer que cuidaría de Logan y que si necesitaba ayuda para darle una lección, él estaría encantado de acudir para sujetarle.

Logan gruñó haciendo que todos los que escucharon las palabras del inglés rieran a carcajadas.

La comitiva se puso en movimiento mientras Logan abrazaba a Athdara que se mostraba mucho más triste en esos momentos, lo que desató los celos del highlander. Sabía que Jacobo y Athdara eran amigos, pero uno no se ponía tan triste sólo porque un amigo se alejase a unas horas de caballo.

Sin darse cuenta comenzó a apretar los puños hasta que los dedos se le clavaron en las palmas y la ansiedad comenzó a corroerle por dentro.

—¿Por qué te has puesto tan tenso de repente? — preguntó Athdara mirándole con preocupación.

—¿Y por qué motivo tú estás tan triste? — le gruñó al oído.

La escocesa tardó unos latidos en comprender lo que ocurría, y aunque sabía que no debía sonreír pues Logan se enfurecería más, no pudo evitarlo y una brillante sonrisa apareció en sus labios, su mirada se llenó de amor y se abrazó al fuerte cuerpo de su marido.

—Estás celoso — le dijo sin querer ocultar su diversión.

—Es lo normal cuando mi esposa muestra tanto afecto por otro hombre que no es su marido y la tristeza se apodera de ella al verle marchar — las palabras le destrozaban la garganta y el alma.

—*Mo prionnsa* — susurró ella poniéndose de puntillas — al único hombre al que amo, eres tú y por el único por el que me entristezco, también.

Logan la miró confuso y ella sonrió más abiertamente.

—No lo sabes todo ¡oh poderoso *laird* McGregor! — se burló Athdara ganándose una mirada llena de reprobación de Logan — pero tarde o temprano lo sabrás — se encogió de hombros y volvió a sonreír — quizá te enteres de más cosas de las que esperas.

Y con esas palabras tan misteriosas, Athdara se encaminó con paso firme hacia el castillo, dejando a Logan en mitad de la plaza del pueblo preguntándose a qué diablos se refería su mujer. La observó alejarse meneando sensualmente las caderas y como siempre le ocurría, el deseo se apoderó de él, parecía que nunca se saciaba de ella.

Observó a las gentes comenzar a dispersarse de vuelta a sus quehaceres, la comitiva ya no era visible desde donde estaban y tras mirar al cielo y agradecer de nuevo a los Dioses y a Aileana haber puesto en su camino a la

mujer a la que amaba con todo su ser, se dispuso a dirigirse hacia el Gran Salón.

Se tomaría una copa de whisky escocés, hablaría con los responsables de comercio y se pondría al mando de aquel clan que había depositado sus esperanzas en alguien que una vez perdió su honor, pero que gracias al amor, la fe, la amistad y la familia, consiguió recuperarlo.

FIN

Explicación de términos:

Lughnasadh: es una festividad gaélica celebrada el 1 de agosto, durante la época de maduración de la cosecha local de bayas, o durante el segundo plenilunio después del Solsticio de Verano que es el que se encuentra cerca del punto medio entre el solsticio de verano y el equinoccio de otoño. (Información sacada de: Wikipedia)

Handfasting: (rito de unión de las manos) este rito procede de la antigua cultura celta en la que el lazo era el símbolo de la unión de la pareja. En sus orígenes, era la forma en la que los novios se comprometían durante 1 año y 1 día, tras ese periodo, la unión era confirmada de forma más permanente o se rompía si la pareja no se entendía. El simbolismo de unir las manos con el lazo hacía referencia a que también se entrelazaban las almas de los novios. (Información sacada de: <https://quendijoboda.blogspot.com.es>)

Glosario:

Ban-draoidh — bruja

Sasannach — inglés (despectivo)

Mo beag bean-shìdh — mi pequeña hada

Mo ainnir adeas coille — mi ninfa del bosque

Suirgheach — prometido

Tha gaol agam ort — te amo

Bana-phrionnsa — princesa

Prionnsa — príncipe

Mo gràdh — mi amor

Mo mamaidh — mi mamá

Live, kamp, du er bundet til goberbar – noruego: vive, lucha, estás destinado a gobernar. (Frase grabada en la muñequera de cuero de Eskol McIntosh)